A-490
B2-32-5
5638
16.7-7
6803





LECCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL

LECCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL

POR

D. MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ

CATEDRÁTICO DE ESTA ASIGNATURA

Y

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

OBRA DECLARADA POR EL REAL CONSEJO DE INSTRUCCION PÚBLICA
DE MÉRITO PARA LA CARRERA DE SU AUTOR
Y DE UTILIDAD PARA LOS ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA
DE ULTRAMAR

TOMO PRIMERO

REAL ACADEMIA BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

SEGUNDA EDICION

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓNGORA Y COMPAÑÍA
Ancha de San Bernardo, núm. 85.

1882

Esta obra es propiedad de su autor, que servirá los pedidos que se le hagan en carta dirigida á su nombre, en Granada, plaza de la Universidad, número 2.

Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

MI MUY QUERIDO AMIGO: Hace ya muchos años que mi larga práctica en la enseñanza de la juventud que concurre á las Universidades, me ha dado á conocer la necesidad de un texto para la asignatura de *Historia Universal*.

El autor de este libro, encauzándolo por los dominios del bien, y teniendo en cuenta que escribe para los hijos de una nacion católica, debe inspirarse en las fuentes purísimas de la verdad. Ateniéndose á lo posible y solamente á lo posible, ha de considerar que el catedrático y los alumnos, sin poder salir de un reducido círculo, están obligados á recorrer, durante el curso, la asignatura entera y á repasarla luego á fin de que la materia no pase ante los discípulos como relámpago que alumbra momentáneamente, pero que deja mayor oscuridad. Para ello debe el texto ser breve, ameno y filosófico. *Breve*, omitiendo, en cuanto pueda, nombres propios y condensando los hechos de menor importancia: *ameno*, usando un estilo sóbriamente pintoresco y animado, para interesar la imaginacion de la juventud á quien se dirige: *filosófico*, mostrando el enlace y la razon de los hechos, evitando la frialdad glacial del narrador que mata el entusiasmo y la fé, generadores de las grandes acciones y fin importantísimo de la Historia.

Me atrevo á sospechar que no se ha fijado bastante la atencion de nuestros gobiernos en la parte relativa á libros de texto, y de aquí se sigue un mal gravísimo para la pública enseñanza.

Cada año importaría sacar á concurso la redaccion de uno ó varios libros, convidando para tan honroso certámen á todas las inteligencias, bajo el amparo de un tribunal competente y con el estímulo de una digna recompensa. La obra premiada pasaria á ser propiedad del Estado, que la venderia por poco precio, y el autor laureado tendria por este solo hecho el encargo de escribir un *Epítome* y un *Compendio* para los períodos inferiores de la enseñanza.

De esta manera una misma mano nos conduciría en cada ciencia desde el hogar paterno hasta la Licenciatura ó el Doctorado.

Así el libro de texto no sería objeto de indecorosa y molesta especulacion, ni á los alumnos se oprimiria con gastos excesivos.

Cuál deba ser el método de estos importantes libros: cómo se haya de presentar la materia en globo; cómo se han de distribuir los miembros, con órden, claridad, sobriedad y discreto enlace; cómo se ha de mostrar con lealtad y franqueza al alumno el arsenal de donde se toman las noticias, los pensamientos y á veces hasta la forma, renunciando, en aras de lo bello y de lo bueno, á una originalidad imposible, esto es, la más escogida y útil bibliografía de la materia, para que él mismo pueda completar el estudio y aventurarse á indagaciones propias y á formar juicio propio: puntos son que sabrian determinar préviamente las respectivas Reales Academias, cumpliendo con el fin principal de su instituto.

Miéntras llega este dia, no he de permanecer en la inaccion, ya que me fuerza la caprichosa fortuna á suspender mis dispendiosos trabajos arqueológicos, y no creo perder el tiempo acometiendo el ensayo de un libro de texto para la asignatura de *Historia Universal*, que muestre de un golpe de vista el campo que han de recorrer catedráticos y alumnos, y el espíritu de rectitud, verdad y patriotismo que ha de animarlos constantemente.

Si V., que en tan alto grado reune la rara trinidad de corazon, inteligencia y lenguaje, reprueba las primeras páginas de mi *Ensayo*, que le remito adjuntas, las guardaré resignado, entre mis papeles, como recuerdo de un tiempo perdido para los demás, aunque no enteramente estéril para mí. Si, por el contrario, logro la fortuna de que las crea útiles, entonces, alentado y tranquilo, continuaré en mi propósito.

En este improbable caso, V., á quien tanto debo, sin encontrar jamás nada con que pagarle, será seguramente tan bondadoso, que me permitirá imprimir esta carta al frente de mi libro, aceptando su dedicatoria.

Suyo siempre amigo apasionado

M. de Góngora

Canales 8 de Setiembre de 1866.

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Mi siempre querido amigo: En el próximo mes de Octubre van á cumplirse 22 años que, encontrándome en Jaen de Catedrático y Vice-director de su Instituto, ejerciendo la abogacía con crédito no escaso y gastando cuanto habia á las manos en expediciones arqueológicas, por mediacion de usted,—que á la sazon ocupaba un puesto importante, aunque inferior á sus méritos, en el Ministerio de Fomento,—fuí trasladado á la cátedra de Historia Universal en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, cuya propiedad obtuve más adelante en público concurso.

Al trasladarme á Granada, reflexionando en que esta triple ocupacion de la cátedra, de los viajes arqueológicos y de la abogacía distraia mi atencion, decidí concentrarla; y aunque en el foro encontraba mis más pingües recursos, abondoné los pleitos para dedicarme por completo á mi pasion favorita, á los llamados *estudios sérios*, y dejé de incorporarme al Colegio de Abogados de Granada; lo cual fué tanto como hacer voto de eterna pobreza.

Error gravísimo cuya trascendencia comprendo, cuando ya no es posible repararlo.

En 1866 tuve una, que hoy reconozco feliz inspiracion, y comencé á escribir y publicar á la vez, un texto de *Historia Universal*, cuando el Excmo. señor marqués de Gerona, de inolvidable memoria, conocedor de mis trabajos arqueológicos, me empeñó vivamente en que diera á luz parte de ellos; por lo que, coleccionando mis notas, escribí y publiqué mis *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*.

El éxito inesperado de este libro me encariñó más y más con mis predilectos estudios, y la revolucion de Setiembre, que tantos cambios introdujo en la enseñanza, haciendo que perdieran interés los libros de texto, me decidieron á que, insistiendo en mis antiguos errores, abandonara definitivamente mi obra.

Encontrándome hoy frente á los numerosos borradores, fotografías y láminas de mi *Historia de las Bellas Artes en Granada*, en la que llevo gastado más dinero del que permiten mis escasos medios, hallándome más acaudalado de años

que de recursos para terminarla, y sin larga vida que gastar en imposibles esperas, volviendo á mi antiguo proyecto del libro de texto, sin darme tiempo para reflexionar, reviso la entrega que imprimí en 1867, leo la carta en que dedicaba á usted mi proyectado libro, no me parecen del todo mal, para escritas doce años há; creo que no debo variarles punto ni coma, puesto que, contra lo que muchos pretenden y algunos desean, nuestro país no ha cambiado en lo que le es constitutivo y esencial; arreglo papel, tintero y plumas, y contando con mi voluntad inquebrantable, comienzo á trabajar entre temores y esperanzas.

¿Saldré adelante con mi propósito? ¿Me proporcionarán mis *Lecciones de Historia Universal* los medios para acabar y ver de molde mi *Historia de las Bellas Artes en Granada?*

Encomendando, pues, este trabajo á Aquel que es causa, luz y guia de todo lo humano, envío á la imprenta la vieja entrega de mi libro y esta carta que lleva el doble objeto de testimoniar á V. nuevamente mi afecto inquebrantable y de disculpar las numerosas faltas de que, por fuerza, habrá de adolecer mi libro.

De V. siempre agradecido y apasionado

M. de Góngora

Granada 19 *de Agosto de* 1878.

PRELIMINARES

LECCION PRIMERA

(César Cantú: Historia Universal. Malte-Brun: Geografía Universal. Wisseman. Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religion revelada).

Historia Universal *es la narracion de los progresos y vicisitudes de la humanidad en el cumplimiento de su providencial destino.*

El perpétuo anhelo del alma humana, el vacío de nuestro corazon que nada llenará por completo en la tierra, revelan por sí solos la ley de la humanidad en marcha hácia un fin de mejoramiento y de progreso, en el cual camina el hombre, avanzando unas veces, retrocediendo otras, al realizar los fines providenciales, perfeccionadores, no contrarios de su libertad.

El principal objeto de la Historia es dar al hombre reglas que le sirvan de guía para lo presente y lo futuro; por eso la llamó Ciceron *maestra de la vida.*

Las fuentes de la Historia son: 1.° La experiencia propia: 2.° Las relaciones de los que presenciaron los hechos ó pudieron tener conocimiento de ellos: 3.° Las tradiciones seguidas uniformemente por los pueblos:

4.° Los monumentos, testigos inanimados de los sucesos.

Breve nuestra vida, *la experiencia propia* es una dolorosa piedra de toque que sólo puede comprobar reducido número de acontecimientos; para evitar sus costosas y rudas lecciones tiene el hombre la enseñanza de la Historia, de la cual es aquélla, sin embargo, principal elemento. *Los testigos presenciales* deben ser detenidamente examinados por la fria imparcialidad del historiador, despojándolos de la pasion ó apreciándolos en su verdadero alcance. Como bola de nieve suele ser *la tradicion* que se agiganta con las preocupaciones de las gentes que la trasmiten; descartarla de estas preocupaciones, restituirla á su pristina pureza, adivinar su sentido, son los deberes del historiador. *Los monumentos* deben ser estudiados con fria calma para no convertirnos en eco de la servil adulacion ó de la ruin envidia que pudieron erigirlos.

Los mitos son restos de historia primitiva, sin enlace real entre sí, que además de la relacion de importantes acontecimientos, contienen las ideas dominantes en otras edades acerca de Dios, las observaciones astronómicas y naturales, todo manifestado por medio de símbolos y personificaciones.

Los poderosos ingenios dotados por la Providencia con la profundísima mirada del historiador, han visto alguna vez, tras de los tupidos velos en que el mito y la tradicion se envuelven, en poesías nacionales, en ciertos usos, festividades y palabras, acontecimientos importantísimos. El espíritu de sistema, el deseo de adivinar pormenores imposibles, suelen esterilizar con frecuencia este precioso elemento de la Historia. Sentimiento innato es en el hombre consignar sus creencias y sentimientos, acerca de los hechos

que le han impresionado vivamente, en un monton de rocas informe como su rudeza primitiva: en una concisa piedra escrita: en un rollo de papiro exhumado despues de entre las cenizas de Pompeya, en un templo gigantesco como en la India, elegante y voluptuoso como en la Grecia: en una preciosa ó ruda medalla: en la historia de una familia: en un escudo de armas: en una divisa: en un vaso antiguo: en una arma de guerra. Por lo mismo, cuanto puede revelar el tránsito del hombre sobre la tierra, es eficaz auxiliar de la Historia. El historiador debe, pues, tener muy en cuenta los monumentos de cada pueblo, que pueden ser no escritos y escritos (caractéres alfabéticos, geroglíficos), auxiliándose de la lingüística, de los conocimient s arquitectónicos, de la lithologia, de la numismática, de la paleografía, de la diplomática, de la genealogía, de la heráldica, de la cerámica, del arte militar, de cuanto pueda ser indicador del vario carácter, de las influencias, de las modificaciones mútuas, de las creencias, de la cultura, de los sucesos acontecidos á las diversas agrupaciones humanas.

Los hechos carecen completamente de significacion si no se les asigna el lugar y la fecha en que acontecieron. Realiza el primer objeto la *Geografía (de gê* y *graphô*, tierra, describir), *ciencia que tiene por objeto describir la tierra;* el segundo la *Cronología (de chronos y logos*, tiempo, discurso), *que se propone fijar el tiempo en que acontecieron los sûcesos.* Cada hecho, si no es natural consecuencia de los que le preceden, está modificado por ellos y por la naturaleza de los hombres, de las costumbres y de los clímas. Con razon, pues, dijo Bacon de Verulamio que *la Geografía y la Cronología son los ojos de la Historia.*

Crítica es el arte de distinguir ó de conjeturar lo

verdadero, lo probable, lo inverosímil y lo falso. La crítica, acompañada de la duda racional y modesta, inseparable amiga de la verdad, inquiere los acontecimientos; rechaza los que repugnan á la naturaleza de las cosas; adivina lo que tienen de simbólico; los depura de lo oscuro ó repugnante; para mientes en las creencias de cada época y de cada autor; pesa la influencia del temor, de la adulacion, del espíritu de partido, y considera de la misma manera á los calumniadores que á los panegiristas.

César Cantú lo ha dicho: «sin crítica, la Historia es como un ciego que sirve de guía á otro ciego.»

La distribucion del tiempo en partes, coincidiendo con el movimiento de los astros, es de orígen remotísimo.

Medíanse al principio los tiempos por generaciones. Enuméranse en la Biblia diez ántes del Diluvio y otras diez desde el Diluvio á Abraham. Dionisio de Halicarnaso, citando á Ferécides, Sófocles y Antíoco de Sicilia, cuenta cinco generaciones desde Inaco á Enotro, y diez y siete desde Enotro á Anquises; tres generaciones, segun Herodoto, componen cien años.

Dia natural es el espacio de tiempo durante el cual el sol está visible sobre el horizonte; *civil* el que emplea la tierra en dar una vuelta sobre su eje.

Hé aquí cuatro modos de contar el dia. 1.° El *babilónico*, seguido por los persas, los sirios antiguos, los griegos modernos y los habitantes de las islas Baleares; de una á otra mañana. 2.° El *judáico*, conocido tambien con el nombre de *italiano*, de uno á otro ocaso; aceptado por los atenienses, hebreos, germanos, galos, y en la actualidad por los chinos y algunos pueblos de Italia. Es el adoptado por la Iglesia para sus festividades, fundada en un precepto del

Levítico. 3.° El *astronómico* en que se cuenta de uno á otro mediodía, usado por los antiguos umbríos. 4.° El *egipcio*, seguido por los egipcios, los romanos y la mayor parte de los europeos; de media noche á la siguiente.

Divídense nuestras horas en *antimeridianas* y *postmeridianas*. Distinguíanlas los romanos en diurnas y nocturnas, variándolas segun las estaciones, contando hora primera, tercia, sexta y nona por la tarde, y vigilia, prima, tercia, sexta y nona por la mañana.

El dia consta de 24 horas, la hora de 60 minutos, el minuto de 60 segundos.

Siete dias civiles constituyen una semana. La institucion de la semana se encuentra ya en el Génesis. Los antiguos chinos tuvieron una fiesta hebdomadaria; los indios como los egipcios distinguian los dias con los nombres de los siete planetas. Empiézanla los cristianos el domingo, el sábado los judíos, y los mahometanos el viernes. Los antiguos griegos y los modernos chinos usaban de la década en vez de la semana; los aztecas y los del reino de Benin de semidécadas; los peruanos contaban por novenas; los romanos por octavas; algunos indios americanos por tríduos, diez de los cuales forman entre ellos una lunacion llamada *Suna*.

El espacio de tiempo en que la luna presenta sucesivamente todas sus fases se llama mes y se compone en rigor de 29 dias, 12 horas, 44 minutos y tres segundos: llámase éste mes lunar. El solar es el número de dias que, al parecer, tarda el sol con su movimiento aparente en recorrer cada uno de los 12 signos zodiacales; las lunaciones que hay en un año pasan de 12 y no llegan á 13; de modo que la correspondencia entre los años y los meses lunares no se puede lograr sino valiéndose de ficciones. Los judíos,

los latinos, los árabes, los griegos y los romanos, hasta Julio César, usaron del mes lunar. Año es el espacio de tiempo que la tierra emplea en ejecutar su movimiento de traslacion alrededor del sol ó sean 365 dias, cinco horas, 48 minutos, 45 segundos y 30 tercios. Este es el año solar. El lunar se compone de 12 lunaciones; esto es, de 354 dias, ocho horas, 48 minutos, 38 segundos, 12 tercios. Como es de ver, entre el año solar y el lunar hay cerca de 11 dias de diferencia, que constituyen la Epacta (edad de la luna) y cada tres años se forma con ellos una lunacion más.

Para comprender el principio, la duracion, los nombres y la correspondencia de unos meses y de unos años con otros, el historiador debe tener muy en cuenta los calendarios de los diversos pueblos y sus correcciones varias.

Olimpiada es el espacio de cuatro años, *lustro* el de cinco, *indiccion* el de 15 y *siglo* el de 100.

Ciclos son unas revoluciones de años que se renuevan tan luego como se acaban. El ciclo caldeo comprende 600 años, el pascual 532, el hebreo 50, el solar 28, el lunar 19.

Dáse el nombre de *eras* á ciertos puntos históricos ó astronómicos de donde parte una série de años civiles que se adapta para computar los tiempos. Son las eras más notables: la de los *constantinopolitanos* 5508 años ántes de J. C.; la *hebráica* que fijaba la creacion 3771 años tambien ántes de J. C.; la griega de las *Olimpiadas*, así llamada de los juegos que se celebraban en Olimpia, ciudad de la Elide, contándose desde 19 de Julio en que quedó vencedor Corebo; la de la *fundacion de Roma* en 753; la de *Nabonasar* en 26 de Febrero de 747; la de los *Lagidas* en 12 de Noviembre de 324; la *Siro-Macedónica* ó de los *Sassánidas* en 312;

la *Hispánica* en 38; la *Cesarea de Antioquía* en 47; la *Juliana* en 45; la *Acciana* en 30; la de los *Augustos* en 29, todas ántes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo: la *Cristiana* que comienza en este incomparable acontecimiento; la *Diocleciana* ó de los *Mártires* en 284; la *Armenia* en 552; la *Hegira* en 15 de Julio del 622; la *Pérsica* de Izdegerdes III en 632: todas estas despues de Jesucristo.

LECCION II

La Historia se divide:

1.° Por su extension, en *universal*, *general*, *provincial*, *municipal*, segun que trata de todo el género humano, de los diversos pueblos que constituyen una nacion, de una provincia, de una sola ciudad.

2.° Por su materia en *Sagrada* y *Profana*. La Sagrada puede ser del *Antiguo* ó del *Nuevo Testamento*. *Historia Sagrada del Antiguo Testamento es la historia del pueblo hebreo revelada por Dios á sus profetas para anunciar á Jesucristo. Historia Sagrada del Nuevo Testamento es la historia de Jesucristo y del establecimiento de su Iglesia, inspirada por Dios á los Evangelistas y á los Apóstoles. Historia eclesiástica es la que, continuando á las anteriores, tiene por objeto la propagacion, vicisitudes y estado actual de la Iglesia cristiana hasta nuestros dias.*

La *Profana* se divide en *política*, *civil*, *literaria*, *científica*, *militar*, *artística*, etc., segun el objeto á que preferentemente se consagra.

3.° Por su forma, en *Crónicas*, *Anales*, *Décadas*, *Efemérides*, *Memorias*, *Epítomes*, etc. La *Crónica* se

distingue por la sencillez y por el órden *cronológico*: los *Anales* se ordenan por *años*: sólo abrazan las *Décadas* el espacio de *diez* años: las *Efemérides* son *apuntes* en que se consignan los sucesos por dias ó por semanas: las *Memorias* se refieren á un tiempo breve y una persona que tomó parte en los acontecimientos que narra: la *Historia anedóctica* recoge hechos ó dichos sueltos: los *Epítomes* se ciñen á lo que parece *esencial*.

4.° Por razon del tiempo, en *Primitiva*, *Antigua*, de la *Edad Media*, *Moderna* y *Contemporánea*.

En la Historia, ciencia que segun lo expuesto, tiene por objeto la narracion y apreciacion de las vicisitudes de la humanidad entera, es el método una condicion cuya importancia jamás se ponderará bastante.

El método puede ser *etnográfico*, que trata de cada pueblo ó nacion por separado; *tecnográfico*, que dedica distintos capítulos á las artes, las ciencias, la religion, la política, la moral; *sincronístico*, que refiere los sucesos de todos los pueblos en conjunto, siguiendo el órden de las épocas.

Ya lo hemos dicho: sin el método que ordena los sucesos proporcionando puntos de descanso al entendimiento y á la memoria, fatigada con la múltiple variedad de los hechos, el estudio de la Historia sólo satisfaria el deleite del momento.

De ahí la necesidad de los *períodos* y de las *épocas*.

Período histórico es el espacio de tiempo durante el cual se han verificado ciertos sucesos que tienen íntimo enlace entre sí, que parecen los unos como consecuencia de los otros, constituyendo entre todos un órden de ideas y de cosas completo.

Bajo este aspecto se divide la *Historia Universal* en cinco periodos.

1.° *Historia primitiva*, desde la Creacion hasta la dispersion de los hijos de Noé.

2.° *Historia antigua*, desde la dispersion de los hijos de Noé hasta la ruina del Imperio romano de Occidente, en el año 476 del Nacimiento de Jesucristo.

3.° *Edad Media*, desde la caida del Imperio de Occidente, en 476, hasta la toma de Constantinopla por los turcos otomanos, en 1453.

4.° *Historia moderna*, desde la toma de Constantinopla, en 1453, hasta el principio de la revolucion francesa de 1793.

5.° *Historia Contemporánea*, desde la revolucion francesa, hasta nuestros dias.

De la misma manera que en el órden físico los objetos han de hallarse al alcance de nuestros sentidos, para que podamos tener cabal conocimiento de ellos, en el moral ni han de estar demasiado apartados, ni tan encima de nosotros que nos envuelvan en su torbellino.

En la *Historia antigua*, especialmente en sus datos cronológicos (excepcion hecha de los bíblicos), debemos contentarnos con aproximaciones, disculpando bondadosamente las pretensiones de los pueblos, como de los individuos, en su vanidad genealógica, y descartarnos algo de la admiracion exclusiva, aprendida de memoria en las escuelas, á todo lo que es griego ó romano.

Al llegar la época de las invasiones de los pueblos del Norte (*Edad Media*), es preciso presentar en su terrible desnudez el deplorable estado de la sociedad romana, para verla luego salva, por medios extrahumanos, interviniendo la Providencia en las cosas del hombre, como padre cariñoso que acude al socorro de su hijo emancipado en los dias de la tribulacion.

Así aparece súbito la barbarie, y así se verifica la transfusion de la vigorosa sávia septentrional, en las caducas razas y civilizacion pagana, conservándose

de ésta sus útiles elementos, y coincidiendo con tan asombrosos sucesos la aparicion del *cristianismo*, fundente y depurativo de ambas civilizaciones, sin el cual la humanidad no hubiera podido salvarse.

Así tambien aprenderemos á respetar la *Edad Media*, edad de incubacion, con su ardiente fé, con sus instituciones realmente progresivas, aunque parezca que alguna vez retrocede momentáneamente la humanidad; viajero que atravesando durante la noche ásperos y desconocidos senderos, tuerce el camino que llevaba de frente para evitar un abismo.

En las postrimerías de una sociedad caduca, veremos al *Evangelio* enseñar á los hombres la alta idea de *un Padre comun* en las dos primeras palabras de la oracion dominical, hiriendo de muerte á las castas y á la esclavitud con esa sencilla nocion de la fraternidad universal, desconocida en las sociedades antiguas, como desquiciada en las modernas: hija del cristianismo es tambien la santificacion del magisterio y la vulgarizacion de la ciencia, cuando el Divino Redentor dijo á unos pobres pescadores: *Id y enseñad á todas las gentes*, haciendo que la ciencia sintiera, pensara y se moviera, para dejar de este modo de ser el tesoro trasmitido de unos á otros adeptos: gloria del cristianismo es igualmente la elevacion de la mujer, tan vilipendiada en las sociedades anteriores: suya es asimismo la santa paz de la familia, hija natural de la indisolubilidad del matrimonio: por el cristianismo cayó tambien el bárbaro poder de vida y muerte del padre sobre el hijo y sobre la familia en general: la caridad es una virtud esencialmente cristiana, flor que abrió por vez primera su cáliz entre los peñascos del Gólgota, regada con la preciosa sangre del Redentor del mundo.

La *Historia moderna* está perfectamente deslinda-

da por muchos é importantes sucesos: la caida de Constantinopla que inundando á la Europa de *sábios* y preparando el Renacimiento, trae tambien al Occidente el espíritu disputador y vano de los filósofos de Bizancio, engendrando la mal llamada *Reforma religiosa;* la imprenta que vulgariza y perpetúa las conquistas del entendimiento: la brújula que, facilitando los viajes y comunicaciones, engrandece el humano saber en todos sus horizontes y prepara el descubrimiento de un *nuevo mundo:* la pólvora, poderoso agente de la industria, que debilita la fuerza bruta, sometiendo la victoria, no al mayor número, sino á la inteligencia.

Hemos aceptado el límite generalmente señalado á esta parte de la Historia por la necesidad de un *descanso* en la narracion, no porque afirmemos que el tercer acto de la vida de la humanidad que comenzó con la ruina del Imperio de Oriente, acabó con los principios de la Revolucion francesa. Creemos, por el contrario, que esta tercera parte de la epopeya humana, que está para terminar con algun impensado y memorabilísimo suceso, continúa todavía, aunque en sus postreras escenas, sin que podamos prever su fin.

Con efecto, la soberbia bizantina, la negacion de toda autoridad y los cismas y la Reforma, las guerras religiosas, el filosofismo ateo del pasado siglo, el indiferentismo y luego la tibieza de la fé en los presentes tiempos, ¿no son los resplandores de un mismo meteoro siniestro que, es verdad, va á sepultarse pronto en el ocaso, pero que lanza aún su luz desde el horizonte?

Mas si por razones de órden y de necesidad aceptamos el fin de la *Historia Moderna* y el comienzo de la *Contemporánea* en los principios de la Revolucion

francesa de 1789, division que será sin duda borrada por los historiadores, dentro de algunos siglos, léjos de intrincarnos en la árdua narracion de los presentes tiempos, daremos aquí por terminado nuestro trabajo.

Hemos repetido una y otra vez que el órden y el encadenamiento de los sucesos y la necesidad de descanso eran el orígen de la formacion de los *períodos* y de las *épocas*.

Ya hemos hablado de los primeros: apuntemos ahora las segundas.

Nuestra Historia se divide en quince épocas. Una pertenece á la Historia primitiva; seis á la Historia Antigua; cinco á la Media, y tres á la Moderna.

I. Desde la creacion del mundo hasta la dispersion de los hijos de Noé.

II. Desde la dispersion hasta las Olimpiadas, en el año 776 ántes de Cristo.

III. Desde las Olimpiadas hasta Alejandro. Años de 776 á 323.

IV. Guerras púnicas. De 323 á 134.

V. Guerras civiles. De 134 al año 4 de Jesucristo.

VI. Desde Jesucristo á Constantino. De 4 á 323.

VII. Desde Constantino á la caida del Imperio romano de Occidente. De 323 á 476.

VIII. Los Bárbaros. De 476 á 622.

IX. Mahoma. De 622 á 800.

X. Los Carlovingios. De 800 á 1096.

XI. Las Cruzadas. Los municipios. De 1096 á 1270.

XII. Caida del Imperio de Oriente. De 1270 á 1453.

XIII. Los descubrimientos. De 1453 á 1517.

XIV. La Reforma. De 1517 hasta la paz de Westfalia, en 1648.

XV. Desde la paz de Westfalia hasta los principios de la revolucion francesa de 1789.

LECCION III

Hay en la *Historia Universal* cuestiones de la más alta importancia, que deben préviamente resolverse, por ser la clave de las más grandes dificultades, sin cuya solucion todo es controvertible é inseguro en la accidentada narracion de las vicisitudes del hombre sobre la tierra.

Como el arquitecto que, ántes de levantar el edificio que ha imaginado, indaga la calidad del terreno, allana el área y elige los materiales que le han de servir de cimentacion conveniente, así procuraremos resolver estos problemas, con leal franqueza, por el órden que ante nosotros se presenten.

Hé aquí la primera de estas cuestiones.

La narracion mosáica, el Génesis, ¿puede tenerse y aceptarse como fuente segura é incontrovertible de verdad?

Como pudiera discutirse si era ó no legítimo el texto que poseemos como auténtico, si éste ha sido ó no alterado por la pasion de los judíos, por el mal entendido celo de algunos cristianos, por la saña de los impíos ó por el error de los copistas, indicaremos que

tales dudas están ya definitivamente resueltas tras de empeñada polémica.

Con efecto, excusado es decir que, desde los primeros tiempos del cristianismo, la Iglesia procuró con grande empeño poseer textos correctísimos de los Libros Sagrados, y que á este fin dirigieron sus esfuerzos Orígenes, Eusebio, Luciano, San Jerónimo, Casiodoro, San Agustin y otros hombres eminentes.

Más tarde, cuando la invencion de la imprenta puso la Biblia al alcance de todos, se suscitaron dudas sobre su autenticidad, no faltando quien afirmara que los judíos, en la posesion casi exclusiva de los originales hebráicos, los habian alterado en no pocos pasajes.

Creciendo más y más la polémica, algunos eruditos se dedicaron á estudiar y comparar los códices que pudieron haber á las manos, como el P. Houbigant, los Michaelis, Kennicott, Fabrici y sobre todos Rossi, que, á fuerza de inquebrantable constancia, reunió más de setecientos manuscritos hebreos, con que enriqueció á la crítica sagrada y á la biblioteca de Parma, de que era profesor.

España no anduvo á la zaga en esta erudita tarea, como lo demuestran los antiguos códices atesorados por el inmortal Jimenez de Cisneros para la formacion de su monumental *Biblia Políglota*, códices de que despues se aprovechó el erudito Arias Montano para su *Biblia Régia*.

Mill, en el año 1700, reprodujo y aumentó las diversas colecciones de sus predecesores, que adelantadas aún más por Wetstein en 1751, pareció que llegaron á su límite con Griesbach, que con mano segura puso la clave de estos estudios.

Durante el largo proceso de tan prolijas investi-

gaciones, los diversos manuscristos que existian en las bibliotecas de Europa, como las colecciones del Monte Athos y las del Egipto y de la Siria, habíanse explorado; y durante este árduo estudio, en que intervinieron amigos y enemigos, no se encontró una sola frase diferencial del texto: que si por acaso pareció alguna divergencia, ésta sólo se referia á la insercion ú omision de algun artículo ó conjuncion, á la forma más que á la sustancia de las palabras.

Pero es más: hace pocos años que Buchanan adquirió un manuscrito propio de los judíos de casta negra, aislados en la India desde tiempo inmemorial.

Tan peregrino documento, trozo de cierto desmesurado rollo que debió tener completo como noventa piés de largo, formado por pergaminos de color rojo, escritos en diversas épocas y por distintas personas, contiene una gran parte del Pentatéuco, cuyo exámen comparativo produjo idénticos resultados; diferencias sin valor sobre algunas letras, y nada más.

Afirmacion inesperada y, que sin embargo, tiene su explicacion en el pueblo que estuvo en comunicacion directa con Dios.

Ciertamente que cuanto procede de la nacion hebráica tiene un carácter de inmutabilidad que no suele encontrarse en las demás gentes, carácter que ostenta el pueblo judío, hasta en los rasgos todos de su fisonomía. A pesar de las desgracias y persecuciones sufridas por la nacion Deicida, donde quiera que encontramos un hebreo, rico ó ejerciendo los oficios más viles, luego al punto recordamos su exacta identidad con los vencidos que, en medallas, columnas ó arcos de triunfo, forman el triste séquito de Vespasiano ó de Tito.

Esta larga y empeñada polémica, además de asentar la autenticidad de los Libros Sagrados, produjo,

entre otras, la ventaja de perfeccionar los estudios gramaticales hebráicos y de las demás lenguas semíticas, facilitándose por tal manera la exacta version de los originales.

Ahora bien: si de la certeza de la integridad de los Sagrados libros pasamos á la de sus afirmaciones, el resultado no puede ser más sorprendente.

En efecto, rebelâda la pretendida ciencia humana contra la autoridad de Dios, llena de satánica rabia, se dedica á desmentir las afirmaciones mosáicas, apelando para ello al auxilio de todas las ciencias, y especialmente á la más antigua y á la más moderna: á la Astronomía y á la Geologia.

Consignemos, ántes de pasar adelante, lo que dice el *Génesis* acerca de la Creacion:

«En el principio crió Dios el cielo y la tierra.

»Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

»Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz. Y vió Dios la luz que era buena. Y separó la luz de las tinieblas. Y llamó á la luz dia, y á las tinieblas noche. Y fué la tarde y la mañana un dia.

»Dijo tambien Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y divida aguas de aguas. E hizo Dios el firmamento; y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento, y fué hecho así. Y llamó Dios al firmamento, cielo. Y fué la tarde y la mañana el dia segundo.

»Dijo tambien Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la seca. Y fué hecho así. Y llamó Dios á la seca, tierra: y á las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.

»Y dijo: Produzca la tierra yerba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto segun su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así. Y produjo la tierra yerba verde, y que hace simiente segun su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simientes segun su especie. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el dia tercero.

»Dijo tambien Dios: Sean hechas lumbreras en el firma-

mento del cielo, y separen el dia y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años: para que luzcan en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fué hecho así. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese el dia; y la lumbrera menor, para que presidiese la noche: y las estrellas. Y púsolas en el firmamento del cielo, para que luciesen sobre la tierra, y para que presidiesen al dia y á la noche y separasen la luz de las tinieblas. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el dia cuarto.

»Dijo tambien Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y crió Dios las grandes ballenas, y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas segun sus especies, y toda ave que vuela segun su género. Y vió Dios que era bueno. Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas de la mar, y las aves multipliquense sobre la tierra. Y fué la tarde y la mañana el dia quinto.

»Dijo tambien Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias, y reptiles, y animales de la tierra, segun sus especies. Y fué hecho así. E hizo Dios los animales de la tierra, segun sus especies, y las bestias y todo reptil de la tierra en su género. Y vió Dios que era bueno.

»Y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra. Y crió Dios al hombre á su imágen: á imágen de Dios lo crió: macho y hembra los crió. Y bendíjolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla; y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento. Y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así. Y vió Dios todas las cosas que habia hecho: y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana el dia sexto.

»Fueron, pues, acabados los cielos, y la tierra, y todo el ornamento de ellos.

»Y acabó Dios el dia sétimo su obra, que habia hecho; y reposó el dia sétimo de toda la obra, que habia hecho. Y bendijo al dia sétimo; y santificólo, porque en él reposó de toda su obra, que crió Dios para hacer.

»Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados, en el dia en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra...»

Hasta aquí el Libro Sagrado.

Ahora bien; á desmentir estas afirmaciones, en su totalidad y en sus diversas partes, se han dirigido los esfuerzos de muchos hombres, que apelando á todos los ramos del humano saber, no han logrado otra cosa que afirmar más y más la narracion mosáica, que, como el oro bajo la accion del fuego, cada vez aparece más pura entre la saña de sus enemigos.

Ante todo, es preciso convenir, puesto que en ello convienen la Teología y el sentido comun, que los seis dias de la Creacion bien pueden ser distintos de los que conocemos entre un nacimiento y un ocaso del sol, que no existian en los primeros dias, cuando aquéllos no se miden de la misma manera entre los pueblos europeos y los que sitúan más allá de los círculos polares. Los seis dias del Génesis son, pues, seis edades de varia duracion, que han dejado rastros en la tierra, pero cuya extension aún no puede fijar, ni acaso fijará jamás, la Geología.

Maravilla y asombro debe causar ciertamente que las más grandes y abstrusas verdades que la ciencia ha arrancado á la naturaleza, despues de miles de años de titánicos esfuerzos, estén claramente señaladas en estos sencillos párrafos.

Con efecto, sólo el Génesis, entre todas las cosmogonias, marca la diferencia de la creacion de la materia y de su organizacion, del principio en virtud del cual aquélla comienza á existir y la incubacion que ejecuta el espíritu de Dios, hasta que la pone en aptitud de formar las estrellas y los planetas. Lo primero no podia ser más que un acto instantáneo de la voluntad omnipotente; lo segundo se verificó mediante

la sucesion de los tiempos, y lo vemos proseguir hoy en las nebulosas, que acaso son mundos en estado de formacion.

Una de las más maravillosas leyes de la materia, es la de la gravedad universal, recientemente descubierta; cuando segun la Bibla, entre los cuerpos celestes está la tierra, *suspendida sobre el abismo:* en su seno fueron dispuestas anchas concavidades donde se encierran el agua central y el fuego: el cielo no es el firmamento, ni el cielo cristalino de Aristóteles; es la extension, esto es, *la inmensidad:* Moisés afirma tambien la distincion entre la luz primitiva y la solar, luz tan poderosa en los primeros dias de la Creacion, que con ella germinaron las plantas, aún ántes de que el sol esparciera sus benéficos rayos sobre la tierra. Los astrónomos de la antigüedad señalan y fijan el número de las estrellas; el Historiador Sagrado afirma que *son innumerables como las arenas del mar,* verdad que confirman cada un dia los telescopios; añadiendo la Biblia, para que no cayera el hombre en el error de lo infinito humano, que *Dios sabe el nombre de cada una*: el Hacedor Supremo dió su peso al aire, afirmacion que Moisés hace muchos siglos ántes de que Galileo naciera: el aire es como un vestido de la tierra (atmósfera): la teoría del alzamiento de las montañas, perfeccionada por Elías de Beaumont, segun la cual éstas no son la parte más antigua del mundo, que no proceden del desprendimiento de las tierras ó del sedimento de las aguas, que existen en virtud de una fuerza interior, de abajo á arriba, teoría que explica la formacion de los terrenos más satisfatoriamente que los sistemas neptunianos, se encuentra claramente contenida en los Libros Sagrados (*Ascendunt montes, et descendunt campi, in locum quem fundasti eis.* Ps. CIII-8. *Priusquan montes*

fierent, aut formaretur terra et orbis. Ps. LXXXIX). Los seres fueron apareciendo en distintos períodos, segun la complicacion de su organismo; verdad que los geólogos demuestran cada dia, áun buscando solucion contraria: el último de los seres creados es el hombre, y en vano los enemigos de los Libros Sagrados buscan el más pequeño rastro de su existencia entre los terrenos formados por las no imaginables convulsiones que debieron ocurrir en los cincos dias (períodos) que precedieron á su existencia.

Ahora bien; ¿quién es este historiador, jamás desmentido, ni en el más pequeño detalle; el que sabe las verdades todas trabajosamente averiguadas por los gigantes de la inteligencia humana, miles de años despues; el que posee la clave de todos los portentos; el que tiene descifradas todas las esfinges de la ciencia; el que contiene las soluciones que aún no ha alcanzado el humano saber, y que, ciego el hombre, no podrá leer en las Sagradas Escrituras, hasta que, trascurridas miriadas de siglos, tropiecen con ellas, á fuerza de no interrumpidos estudios, pedazo á pedazo y una á una, los futuros físicos y naturalistas?

BIBLIOTECA

PRIMER PERÍODO

HISTORIA PRIMITIVA

DESDE LA CREACION HASTA LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL
(¿4004 á 2233? ántes de Jesucristo).

PRIMERA ÉPOCA

(DESDE LA CREACION DEL MUNDO HASTA LA DISPERSION DE LOS HIJOS DE NOÉ).

LECCION IV

LA CREACION.—ADAN Y EVA —CAIN Y ABEL.—SETH.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra, formó al hombre á imágen y semejanza suya, y le dió por compañera una mujer, formada de los mismos huesos y de la misma carne del hombre.

Estas verdades que confirman las tradiciones de los pueblos todos, en sus circunstancias más esenciales, se demuestran con evidencia incontestable por las ciencias naturales, por los estudios etnográficos, por las aspiracionos del alma que siempre corre tras de lo noble y lo grande, por el humanitario principio de la igualdad, y hasta por la dignidad de nuestra especie.

No han faltado, sin embargo, pretendidos sábios que, arrojando lodo sobre la especie humana, con mengua de su dignidad y despojándola de su orígen divino, han contradicho verdades palmarias.

Prescindiendo de Volney que supone al primer hombre arrojado por casualidad á un país desierto é

inculto, huérfano, abandonado de la mano desconocida que le dió el sér, porque esto lo desmienten á la vez nuestra prolongada infancia y la necesidad de los prolijos cuidados maternos, y porque si fuera cierto que el gérmen humano se desarrolló fortuitamente, las variedades de los hombres serian infinitas, como acontece siempre en las obras del acaso; prescindiendo tambien de los delirios de Darwin y de Hœkel, nos contentaremos con decir algo de Virey y de Lamark, famosísimos maestros en estas repugnantes teorías. El primero, negando la consoladora verdad de un orígen comun en el europeo y el negro, no vacila en sospechar la fraternidad entre el desgraciado hotentote y los babuinos. Lamark va aún más allá, pues se propone nada menos que señalar los pasos por medio de los cuales ha procedido la naturaleza para ir elevando gradualmente los seres, desde una clase inferior, á la superior inmediata, estableciendo un encadenamiento de eslabones sucesivos.

De esta manera, y en virtud de progresos en plano inclinado, fueron afinándose los seres, hasta que por último, tras del mono, apareció el hombre. No hay que objetar á Lamark el insondable abismo que separa al más perfecto de los cuadrumanos del hombre menos civilizado, porque, segun él, las celestiales prerogativas del espíritu humano no son otra cosa que la mayor extension de las facultades de que gozan los brutos, diferenciándose aquél de éstos tan sólo en la cantidad de la potencia de discurrir.

El animal, obligado por sus necesidades crecientes á contraer nuevos hábitos, adquiere por fuerza el cambio de organizacion necesaria para satisfacerlas. Un ave, forzada á lanzarse al agua, anda ó nada al principio, en los parajes profundos; trascurridas muchas generaciones, sus esfuerzos para extender las

patas hacen salir en ellas una membrana: si por acaso el ave necesita marchar en aguas más hondas, alárganse poco á poco sus piernas, trasformándose, por ejemplo, en grulla.

Así sucesivamente, llegando á la cumbre del mejoramiento de los animales, cierto mono perfectísimo, acaso un cathaliniano ó un orangutan, perdiendo por causa ignorada, la costumbre de trepar á los árboles y de coger los objetos, lo mismo con las manos de atrás que con las de adelante, por consecuencia de estos nuevos hábitos, vé sus manos inferiores convertidas en piés. Sus mandíbulas pierden la antigua forma, sólo adaptada para pelear ó para recoger las frutas, y por tal modo sus patas de delante se truecan en manos; así se va acortando su hocico; su rostro, desde el ángulo agudo, viene á la postre á medir los 90 grados del Júpiter Olímpico, y así tambien á sus ridículos gestos sucede una amable sonrisa, y sus agudos gritos, cambiando primero en interjecciones, vienen á parar, con el trascurso de no sé cuántos millones de misteriosos ciclos, en las filosóficas lenguas muertas y vivas.

Desprecio y lástima ciertamente debe merecer y no más, tan grosera urdimbre de ridículas hipótesis, cuando la Historia, en miles de años de experiencia, no presenta un solo ejemplo de trasformaciones semejantes. No ha dejado la abeja de trabajar en la confeccion de sus dulces panales desde que la describió Aristóteles, ni la laboriosa hormiga ha abandonado su vida de afanes desde que Salomon recomendaba al hombre su ejemplo, y sin embargo, ni en la abeja, ni en la hormiga, vemos que haya aparecido ninguna facultad perceptiva, ni órgano nuevo para perfeccionar sus obras. En pinturas, en esculturas, en mómias, podemos reproducir el cuadro exactísimo de la Histo-

ria natural de hace cuatro mil años: ¿qué variaciones se han producido en ese tiempo? Al empleo de las máquinas, á la febril actividad de los tiempos presentes ¿ha seguido, por ventura, la aparicion de algun órgano nuevo, siquiera en embrion, de alguna facultad anímica que nos aparte algunas líneas más de nuestro padre el mono?

El cuadrumano macho y la hembra debieron perfeccionarse á la vez, si pudieron tener hijos; porque es falso que sea fecundo el comercio del hombre y del mono, comercio siempre estéril entre indivíduos de razas diversas, como sólo producen seres híbridos los semejantes; que sólo los de una misma raza engendran mestizos que se perpetúen.

Pero no pasemos más adelante, porque á proseguir la historia de nuestros abuelos, guiados por el hilo de esta filosofía degradante, despues de haber hecho descender al hombre de su pedestal divino, desde el mono más perfecto, encontraremos nuestros progenitores en la planta más ruda, y, descendiendo escalon á escalon, iremos por acaso á encontrar nuestro padre primero, en la materia más embrionaria, perdida en el más sucio lodazal.

Pero todavía hay quien, sin profesar estas repugnantes teorías, niegue que los hombres proceden de un tronco comun, dividiéndolos para ello en *razas distintas*, fundándose, no en cambios típicos, sino en variedades esporádicas de forma y de color; cuando la experiencia enseña cuán variable son el color y la forma, cuando la inteligencia y la actividad son dos focos perennes de perturbacion, cuando ésta depende de las costumbres, de la civilizacion, y aquél se modifica con la temperatura y bajo la influencia de otras análogas causas.

Sin hacer mencion de las diversas formas y colo-

res de plantas y de animales, en una misma especie, en distintos paises y latitudes, formas y colores, que se han hecho permanentes, sin que por ello formen tales seres especies separadas, presentaremos algunos, aunque pocos ejemplos, para demostrar que las variedades de color y de forma no arguyen, ni mucho menos, variedad de orígen en los hombres.

Los indígenas de la Abisinia son completamente negros cuando por su orígen pertenecen á la familia semítica y de consiguiente á una especie blanca: los portugueses, al cabo de cinco siglos de residencia en la India, se han vuelto tan negros como los cafres: los habitantes de Souakyn, ciudad situada en las orillas del mar Rojo, en la contrapuesta márgen del Hedjaz, de indudable orígen blanco, son hoy completamente negros: los árabes, moradores del valle del Jordan, tienen las facciones achatadas, negra la piel y las cabellos ásperos: en Africa son de ver muchas gentes, como los fulahs, negros en el color y con todos los rasgos de las razas europeas: en Hauran encontraron los viajeros una familia de color negro y cabello ensortijado que procedía de padres blancos y sin mezcla de raza negra.

El tránsito del blanco al negro es, pues, innegablemente efecto del clima, como lo demuestra, además de estos ejemplos, la gradacion de matices entre los polos y la línea formada por daneses, españoles, italianos, moros y negros.

Afirmemos, pues, con entera seguridad que venimos del Paraiso, no de las cuadrumanos; procedentes de un padre comun; razon de la fraternidad universal; negacion del bárbaro derecho de la esclavitud sobre seres que no pueden ser tenidos como bestias; innegable fundamento de la verdad del pecado original y de la consoladora esperanza del dogma de la Redencion.

Creados el primer hombre y la primera mujer, Dios los estableció en el Paraiso, donde el ángel impuro hizo pecar á Eva y ésta á Adan: por lo cual ámbos fueron lanzados de aquel encantado lugar de perpétuas delicias y *condenados á comer el pan con el sudor de su frente*, no sin que les diera Dios la consoladora esperanza de una futura Redencion.

Adan y Eva tuvieron dos hijos: Cain y Abel; de los cuales el primero mató al segundo por envidia de su virtud.

Muerto Adan, éste dejó otro hijo llamado Seth, virtuoso como Abel y padre de Enós. Los descendientes de Enós se distinguieron con el nombre de *hijos de Dios* y los de Cain con el de *hijos de los hombres*.

Cain edificó la primera ciudad, y de él descienden el pastor Jabel, Jubal, hábil músico, inventor de la cítara y del órgano; Tubalcain, que fundió los metales y los trabajó á martillo; Noema, que hiló y tejió la lana de sus rebaños.

LECCION V

NOÉ.—EL DILUVIO.—SU EXISTENCIA.—SU UNIVERSALIDAD.—SU FECHA.

Los descendientes de Seth guardaron fidelidad á los divinos preceptos; pero como al cabo se mezclasen en ilícitos enlaces con los de Cain, se cubrió la tierra de crímenes, hasta el punto de que decidiese Dios borrar de la haz de la tierra á los impíos.

En medio de la universal corrupcion, vivia un hombre justo llamado Noé, á quien el Señor reveló su propósito, ordenándole que labrara un arca donde habian de entrar Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y un par de animales de cada especie.

Durante el largo tiempo que Noé empleó en labrar el arca, no cesó de anunciar á los hombres el castigo que les preparaba el Supremo Hacedor y la necesidad de aplacar la cólera divina; pero, ciegos y desatentados, no escucharon sus palabras.

Terminada el arca y colocados en ella Noé, su fa-

milia y las parejas de animales, aconteció el Diluvio, rompiéndose las fuentes y depósitos del grande abismo de los mares, y abriéndose las cataratas del cielo, por espacio de cuarenta dias y de cuarenta noches, rebasando el agua las más altas montañas y muriendo cuanto en la tierra tenia soplo de vida, excepto Noé y los suyos. Cuando bajaron las aguas, se detuvo el arca sobre el monte Ararat, y Noé, sus hijos y los animales que con él se salvaron, descendieron de ella para repoblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes de Dios.

Como siempre, la Biblia es aquí fuente segura de verdad; áun sin acudir á cierto género de pruebas, no es posible dudar ni de la existencia del Diluvio, ni de su universalidad.

Con efecto, á poco que se estudie la corteza del globo, ella nos demostrará la realidad de ese cataclismo con sus grandes depósitos de animales de toda especie, revueltos y confundidos los que no pueden hallarse juntos sin hacerse cruda guerra de exterminio: con las enormes masas de rocas erráticas, trasportadas á inmensas distancias, desde las regiones polares á Europa, con direccion casi constante de Nordeste á Sudoeste; con los titánicos carriles trazados por el paso de estas moles: con los restos de elefantes y otros animales propios de los países de elevadísima temperatura, encontrados entre el hielo de los rios del mar Glacial.

Si consultamos las teogonías y tradiciones de los pueblos más apartados por la distancia y la incomunicacion, nos contestarán unánimes y acordes con las afirmaciones mosáicas, no sólo en sus rasgos más principales, sino, muchas de ellas, conformes hasta en los nombres de cosas y de personas: si interrogamos á la numismática, nos contestará con la medalla de

Apamea, en que está claramente representada la escena del Diluvio: si preguntamos á la pintura, las de los mejicanos y tlaxcaltecas, nos responderán con iguales afirmaciones: si á la cerámica, ésta nos presentará el vaso *hidrophórico*, encontrado en las cercanías de Roma, que claramente contiene la representacion del arca, bogando sobre las aguas, con Noé, su familia y los animales que con él se salvaron.

Ahora bien: ¿es posible negar la existencia de un hecho que afirman de consuno, con milagrosa unanimidad, la tierra con sus gigantescos monumentos geológicos, las religiones de todas las gentes, las tradiciones de todos los pueblos, las pinturas de fecha inmemorial, los geroglíficos, las medallas, la cerámica, las fuentes todas de la Historia?

Demostrada, en cuanto es posible, dentro del reducido círculo de un libro elemental, la existencia y la universalidad del Diluvio, indicaremos su fecha.

Esta no puede ser muy antigua, á cuya conclusion han venido á parar los geólogos más importantes.

En primer lugar, los continentes actuales nada indican que se parezca á la indefinida fecha que algunos suponen á este acontecimiento, y en segundo, que, siempre que el estudio reflexivo y formal ha dado un resultado práctico y positivo, éste ha coincidido con el tiempo señalado en la Biblia. A este fin se han estudiado, el incremento de los detritus en la base de las montañas; el avance de las aguas del mar sobre los continentes; el aumento de los deltas, que convierten en mediterráneas ciudades cuyos muros lamian ántes las olas; la marcha aterradora de las dunas, que truecan en montañas de arena expléndidas vegas, y en abrasadores páramos pueblos enteros.

Cuvier, cuyo propósito ciertamente no era el de

armonizar la Geología y el Génesis, escribe estas terminantes palabras:

«En realidad, uno de los resultados, aunque inesperado, de toda buena investigacion geológica, es, que la última revolucion que sufrió la superficie del globo no es muy antigua.»

«Opino, pues, con los Sres. de Luc y Dolomieu, que si algo hay demostrado en Geología, es que la superficie de nuestro globo sufrió una revolucion grande y repentina, cuya fecha no puede subir mucho más allá de cinco á seis mil años.»

No ha faltado, sin embargo, quien niegue esta conclusion con gran aparato de hechos, que ha querido hacer pasar como verdades demostradas.

Examinemos siquiera el más ruidoso de ellos.

Al abrir un pozo en Jaci-Reale se atravesaron siete distintas capas de lava superpuestas, entre las cuales habia sendos lechos de tierra vegetal. Ahora bien, cada una de estas capas, afirmaron ciertos escritores, con aplauso de los impíos y miedo de algunos espíritus asustadizos, necesitó para su consolidacion el espacio de dos mil años; incontestable testimonio y demostracion palmaria de la falsedad de las afirmaciones mosáicas, puesto que esta primera corteza hubo menester para su formacion, nada menos que el tiempo de catorce mil años.

Pero hé aquí que la inspeccion más detenida, despues de los primeros aplausos y terrores, demostró que tales capas de tierra vegetal no existian en el pozo de Jaci, y que, aunque existieran, éstas nada probarian.

En dos capas de lava del Etna, próxima la una á la otra y que datan de 1536 y 1636, mientras la primera, ó sea la más antigua, aún permanece negra y árida, la segunda está cubierta de encinas, viñas y

árboles frutales: la lava del Vesubio cubrió á Herculano en tiempos de indudable fecha; sobre la primitiva capa se encontraron, cuando menos, otras seis, entre las cuales existen venas de tierra vegetal; lo que daria de fecha á la erupcion en que murió Plinio, catorce mil años; la misma que el pozo de Jaci-Reale.

Los errores mayúsculos, los absurdos, como las grandes verdades, coinciden entre sí de una manera maravillosa.

LECCION VI

EL MONTE ARARAT.—UNIDAD DE LENGUAJE.—LA TORRE DE BABEL.—SEN, CHAM Y JAFET.

El arca, pues, conducida por la Providencia, se detuvo en el monte Ararat, vecino á la Mesopotamia y á sus regiones alhedañas, paises mediterráneos, aunque cercanos á varios mares y á caudalosos rios que el reciente Diluvio debió haber dejado ricos de abundante limo y de las condiciones todas de asombrosa fertilidad que el largo trascurso de los siglos ha ido esterilizando; paises de donde son originarios casi todos los animales útiles al hombre, en los que son indígenas el trigo y la vid, las más sabrosas frutas y las flores de más delicado perfume.

Con efecto, si preguntamos á la Historia por el orígen de los pueblos que la tienen conocida, responderán que proceden del Asia, y áun los de oscura procedencia, contestarán con sus tradiciones del Oriente; si consultamos los monumentos asiáticos, responderán con su imponente gravedad, que allí florecieron imperios colosales ántes que la luz de la civilizacion pe-

netrara en las demás regiones: si estudiamos la lingüística, bajo los misteriosos geroglíficos y los símbolos, aparecerán los grandes y filosóficos idiomas.

¿Cómo la Providencia habia de apercibir como primera morada del hombre, despues del Diluvio, ni á la América pantanosa, con su rugientes volcanes, ni al Africa inundada y sembrada de arenales interminables, ni al Sudoeste de Europa invadido por las aguas?

Procede, pues, el hombre postdiluviano, del fertilísimo país que riegan el Tigris y el Eufrates, que limitan el golfo Pérsico, el lago Hircano y el mar Interior y que incomunican y cierran los desiertos de la Arabia, las altas montañas de la Susiana y de la Media y las elevadas cumbres del Cáucaso.

Los descendientes de Noé crecieron rápidamente y se multiplicaron en las faldas del Ararat: y, ó porque temieran un nuevo Diluvio, ó en la necesidad de una separacion, en busca de nuevos países donde extenderse, ó como muestra de ingénita soberbia, quisieron construir una torre de desmesurada altura y grandeza, propósito que Dios castigó borrando el idioma primitivo, que hasta entónces había sido comun, y confundiendo sus lenguas.

Como la existencia del Diluvio y su universalidad, como la unidad de la especie humana, han negado tambien ciertos hombres tan palmarias verdades.

Consultados los estudios etnográficos dieron al principio un resultado contrario á aquellas afirmaciones, apareciendo centenares de idiomas, con carácter, al parecer, completamente distinto.

Tambien aconteció con esta ciencia como con las demás, que en sus esbozos renegó de Dios, ofreciendo sacrificios á los altares de los ídolos, pero que, muy en breve, volvió sus ojos al foco eterno de la verdad. Por tal manera, lexicólogos y gramáticos, ven des-

aparecer, ante el estudio desapasionado y tranquilo, las diferencias supuestas de los múltiples idiomas, que se van agregando y reconociendo troncos comunes, y encontrando los rastros de un idioma general y aborigen, nexo de todos los idiomas, primitivo monumento etnográfico que se levanta sobre los demás, como el Dawalhgirí alza su nevado pico sobre las altísimas cúmbres del Himalaya.

Sorprendente resultado á que ha venido á parar la filología, estudiando y comparando las palabras, las frases y los giros gramaticales, reconstruyendo por tal manera los idiomas primitivos; como el naturalista que vé la forma de los animales antidiluvianos, y define sus hábitos y sus costumbres en unos cuantos restos que por acaso vinieron á sus manos, ó como el geólogo que encontrando un canto rodado, busca, y halla la lejana roca de que aquél se desprendiera.

Así vino al cabo la lingüística á demostrar la existencia de tres grandes familias de idiomas, cada cual con su madre, y á encontrar los rastros de otra madre comun, de la cual se apartaron todos, en virtud de una causa que no procedió de la voluntad de os hombres, sino porque éstos fueron separados unos de otros, violenta y repentinamente, por un acontecimiento análogo al que narra el Génesis.

Cuando Dios hubo confundido las lenguas de los descendientes de Noé, rompiendo el gran vínculo que los unia, éstos tomaron distintas direcciones para poblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes del Señor.

Los hijos de Cham poblaron algunas comarcas entre el Eufrates y el Tigris, la Siria y la Arabia, y atravesando el istmo de Egipto, penetraron en Africa y en las islas de los mares del Sur.

Los descendientes de Sem se estacionaron en Asia, extendiéndose por las costas del golfo Pérsico y del mar Erithreo, poblando en una parte de la Asiria y de la Arabia.

La sucesion de Jafet se encaminó hácia el Norte, y á las numerosas islas del Mediterráneo, y á Europa, *penetrando en las tiendas de sus hermanos*.

Antes de terminar el periodo de la *Historia Primitiva*, debemos ocuparnos de la nueva forma con que ciertos escritores presentan errores, ya viejos y desacreditados, queriendo que pasen plaza de novedades.

Hace ya largos años que habian despertado la curiosidad de los anticuarios, ciertos extraños monumentos formados con grandes piedras, que por su desmesurado tamaño, número ó posicion, recibieron los nombres de *piedras oscilatorias*, *menhires*, *trilitos*, *dolmenes sencillos ó complicados*, *recintos sagrados*, etc.; y como estos monumentos parecieron en las Islas Británicas y en la vieja Armórica, fueron bautizados con el nombre general de druídicos ó célticos. Más adelante, cuando fueron vistos y estudiados en Dinamarca, en Alemania, en Portugal, en Cerdeña, en Córcega, en el Asia Menor, y en todas las partes del antiguo y áun del nuevo continente, fué abandonada la anterior denominacion, llamándoseles megalíticos, voz compuesta de dos palabras griegas que significan *grandes piedras*.

Registradas tales construcciones, parecieron dentro de ellas huesos humanos, cuchillos de pedernal, flechas y lanzas de cobre ó de hierro y restos de antigua cerámica, seca al sol ó cocida al fuego y más ó menos tosca.

A la vez fueron exploradas cavernas cerradas en remotísimas edades, donde se encontraron objetos

análogos, los que tambien parecieron revueltos y confundidos bajo de las antiguas rocas y estratos.

Sobre tan deleznables fundamentos levántase en ciertas manos la llamada *ciencia prehistórica*, afirmando con arrogancia que bajo los terrenos primitivos no habian parecido restos humanos, lo que demostraba, contra el Génesis, que el hombre habia aparecido en la tierra despues del Diluvio y que los estratos habian necesitado tantos y cuantos miles de años para su formacion; lo primero, sin detenerse á considerar que las grandes convulsiones parciales sufridas por la tierra, han volcado y trastornado, en muchos parajes, la posicion de los terrenos, y que si el químico, en pocos segundos, puede solidificar un vegetal ó un animal, sumergiéndolo en ciertas preparaciones, no es posible calcular los instantes ó los siglos que se necesitan para producirse fenómenos análogos en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

Cuando sólo se han podido reunir unos cuantos hechos aislados que, estudiados sin pasion, hubieran producido resultados sorprendentes, se ha dado á tal estudio el pomposo nombre de ciencia; se han supuesto edades; se han escrito libros, en los que el buril se ha encargado de representar al hombre, primero como un verdadero salvaje, inventando el fuego, luchando despues con el oso de las cavernas, ó el mahamut, peleando con el reno, armado ahora de inofensivas espinas de pescados, de frágiles huesos de animales ó de rudas maderas endurecidas al fuego; despues de cuchillas de pedernal; más adelante de piedras toscas, á seguida de peñas pulimentadas, seguidamente de armas de bronce, y por último, de hierro. Así se pinta al *hombre primitivo*, grosero y feroz como las bestias á las cuales disputa, en desigual batalla, un alimento miserable, para representarlo á la postre ar-

mado de casco y de espada, seguido de humildes siervos, luciendo vistosas prendas y arreos militares y manejando brioso corcel.

Como es natural, tales novelas, de pura imaginacion, que al principio despertaron la pública curiosidad, han sido olvidadas rápidamente, cayendo en el más profundo desprecio ante los hombres de entendimiento sano.

Comprendemos que una tribu, que una familia, más ó menos numerosa, apartada del centro de los suyos en los tiempos ante-históricos, atravesando montañas inaccesibles, espesos bosques, abrasados arenales ó países inundados por las aguas, luchando con las fieras, víctima de calenturas palúdicas, abrasada por el inclemente sol ó consumida por los hielos, fuera perdiendo su natural cultura, hasta llegar á los últimos escalones de la degradacion humana, pero conservando siempre algo de lo que es esencial en el hombre: la idea de Dios, de la que son inseparables tantas otras; la costumbre de conservar religiosamente sus muertos, sepultados dentro de gigantescos dolmenes ó guardados, con prolijo esmero, en grutas inaccesibles, demostrando la creencia en una vida futura, y por tanto, en la inmortalidad del alma; en un lenguaje más ó menos perfecto, evidente demostracion de una herencia divina; algo, en fin, revelador de que el hombre comienza á levantarse despues de haber caido desde las alturas del cielo.

En la cueva de Albuñol (Granada), necrópolis de una raza desgraciada, sólo parecen armas de piedra, ó de hueso, ó de madera endurecida al fuego; pero entre estos instrumentos que muestran un estado casi salvaje, parecen bolsas adornadas con cenefas de varios colores, donde se guardan vistosas pedrezuelas y cabellos de las personas amadas, y semillas de ador-

mideras; los cadáveres visten trajes de esparto, alguno con precioso tejido y muy elegantes fimbrias : en la casería de Minerva (Luque, Córdoba,) propia del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, y en las cuevas de Carchena, vense piedras con figuras geométricas: en el cortijo de las Cumbres, en las cercanías de ciertos antros, se hallaron otras representando, al parecer, armas de madera, y huesos: en Fuencaliente, en un estribo de la sierra de Quintana, se ven pintados en la superficie de las rocas, con ruda mano y con tinta rúbrica bituminosa, más de sesenta símbolos y geroglíficos, entre los que son de ver, aquí líneas que quieren representar perfiles de animales; más allá un árbol, una segur, un arco y flechas, una espiga, un corazon, un árbol, la media luna, el sol, dos figuras humanas, una cabeza con corona: en la sierra de María, en el cerro del Maimon, á kilómetro y medio de Velez-Blanco, en la provincia de Almería, es de ver la Cueva de los Letreros, adornada con figuras de animales, signos trazados asimismo con tinta roja, como en Fuencaliente y el Maimon : cerca de Olula de Castro, en las estribaciones meridionales de la sierra de Filabres, halláronse parecidos letreros.

Cuando ciertos escritores, atesorando nuevos y más elocuentes hechos, se convenzan de que los estudios *pre-históricos*, no pueden conducir á más resultado que á verificar un determinado estado de civilizacion en una gente ó en una familia, pero nunca á tal coincidencia cronológica que demuestre que los hombres, en una señalada fecha, se hallaban en la edad de piedra, de cobre, de bronce ó de hierro; cuando mediten, por ejemplo, que los romanos conquistaron el mundo con armas de cobre y que sólo conocieron el hierro cuando, en tiempos relativamente muy avanzados, se pusieron en contacto con naciones que

las usaban de este metal; cuando, enriquecidos con muchas noticias y abandonando el afan de estériles disertaciones y sermones, estudien los signos que ostentan las piedras de la caseria de Minerva, del cortijo de Carchena y del monte Horquera, los dibujos de la sierra de Quintana, del cerro del Maimon y de las lajas de Filabres; cuando, á fuerza de meditacion, de estudio y de paciencia, se convenzan, por ejemplo, que tales signos corresponden á la escritura geroglífica, hierática ó demótica de los egipcios, y, leidos por completo, se vea que contienen la teogonía, la historia de un pueblo de orígen egipcio ó que con él estuvo en relaciones, entónces los estudios pre-históricos merecerán seguramente el nombre de ciencia, y sus hoy descreidos flamines, volverán á doblar la rodilla ante el altar del Dios de Moisés, del que se separaron durante la oscura noche de su ignorancia.

SEGUNDO PERÍODO

HISTORIA ANTIGUA

DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL HASTA LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

(Año ¿2233? ántes de Jesucristo, al 476 despues de Jesucristo.)

SEGUNDA ÉPOCA

(DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES HASTA LAS OLIMPIADAS; EN EL AÑO 776 ÁNTES DE JESUCRISTO.)

LECCIÓN VII

LÍMITES DEL ASIA. — HISTORIA DEL PUEBLO DE DIOS, DESDE ABRAHAM HASTA LA INCORPORACION DE LA JUDEA Y LA SAMARIA AL IMPERIO ROMANO.

Antes de emprender el estudio de las tres grandes corrientes de civilizacion que, encaminándose á las cordilleras del Líbano, del Paropamiso y del Cáucaso, poblaron la tierra, daremos una idea sumarísima del Asia, continente de donde las tres partieron, puesto que en él está situado el Ararat.

De un pequeño territorio de la Lidia, regado po el Caystro, procede el nombre del Asia Menor, que fué generalizándose á todo el continente, conforme iba siendo conocido.

Los límites del Asia, más comunmente adoptados, son: por el Oeste, el estrecho de Bab-el-Mandeb, el mar Rojo y el istmo de Suez, el mar Mediterráneo, el Archipiélago, el Helesponto (Dardanelos), el Ponto Euxino (mar Negro), la cordillera del Cáucaso y el rio y los montes Urales: al Norte, el estrecho de Kara, el

Océano Glacial Artico y el estrecho de Bering: al Este el mar de Bering, las costas orientales del Japon, el estrecho de Formosa, el mar de la China y el estrecho de Malaca: al Sur el golfo Gangetico (de Bengala), el Océano Indico y el mar Erithreo (golfo de Oman), en demanda del estrecho de Bab-el-Mandeb, del que partimos.

Abraham, hijo de Taré (1), nieto de Nacor y descendiente de Sem, vivia en Ur, en Caldea, cuando Dios le ordenó abandonar este país, infestado de la idolatría, prometiéndole en cambio una numerosa descendencia, en la cual se conservaria la religion verdadera y de la que habria de nacer el Redentor.

Abraham se encaminó á la tierra de Chanaan, donde se estableció con los suyos, que tomaron el nombre de Hebreos, de Heber, hijo de Salé, nieto de Sem.

El hijo de Taré tuvo de su esposa Sara á Isaac, heredero de las divinas promesas; y de Agar, su esclava, á Ismael, de quien proceden los árabes del desierto. Isaac tuvo dos hijos; Jacob, conocido tambien con el nombre de Israel, y Esaú, progenitor de los Idumeos que se establecieron en Edom, en la Arabia Petrea.

El país de Chanaan habia recibido su nombre de Cham, que pobló desde Sidon á Gaza; territorio que, ganando mayor extension, se llamó Judea, de la tribu de Judá; Palestina, de los filisteos; Tierra de Promision, por haberla prometido el Señor á Abraham; de Israel, por haberla ocupado los Israelitas, y *Tierra Santa*, porque en ella tuvieron lugar el nacimiento, pasion y muerte del Redentor de los hombres.

Eran sus límites, bajo la dominacion de las doce

(1) En esta leccion, como en otras varias, faltaremos al órden riguroso de las *Epocas*, anticipando algunos sucesos, para que no pierdan estos interés, ni se produzcan confusion, inseparable siempre del excesivo fraccionamiento y del nimio respeto á las épocas, en un libro de reducido volúmen.

tribus; al Norte, la Siria y la Fenicia; al Oeste el Gran Mar; al Sur el Egipto, el país de los Amalecitas y la Idumea, y al Este los desiertos de la Arabia.

Doce hijos tuvo Jacob: uno de ellos, José, vendido por sus propios hermanos á ciertos mercaderes de Madian, de suceso en suceso, vino á lograr ser ministro del rey de Egipto; en cuyo país acogió á los suyos, estableciéndolos en la tierra de Gessen, comarca situada en la parte Noreste del Egipto.

Los hijos de Jacob, aumentados con los de José (Manasés y Efrain), á los que aquél adoptó, fueron cabezas de las tribus del pueblo de Dios.

Muerto José y faltos de proteccion los Israelitas, fueron tiranizados, y queriendo Dios librarlos de la esclavitud, dió vida á Moisés, de la tribu de Leví, que salvado de las aguas del Nilo por la hija del rey, fué educado en la córte egipcia. Fugitivo de ella, en el país de Median, Dios se le apareció en el monte Horeb, ordenándole que regresara á Egipto y libertara á sus hermanos.

Tras de no pocos prodigios y el castigo de las diez plagas, el monarca egipcio consistió en la marcha de los israelitas, que atravesando á pié enjuto las aguas del mar Rojo, que se cerraron al pasar las tropas del arrepentido Amenofis III, ahogándolas entre sus atropelladas ondas, se encaminaron á la Arabia Petrea, en demanda de la Tierra de Promision.

En el monte Sinaí dióles el Señor los preceptos del Decálogo.

No pocas desgracias experimentaron los israelitas en su marcha, ya luchando con idumeos, amalecitas, madianitas, amonitas y moabitas, ya en repetidas rebeldías, ya por último, incidiendo en la idolatría, por lo que fueron condenados á andar errantes por espacio de cuarenta años en el Desierto.

Moisés murió cuando ya, desde el monte Nebo, mostraba á los suyos la ansiada Tierra de Promision. Josué, que le sucedió en la direccion de los expedicionarios, atravesando el Jordan, venció al ejército de los reyes de Canaan, se apoderó del país y le dividió entre las doce tribus.

Muerto Josué, (1580), cada tribu fué gobernada por los ancianos, que, reunidos periódicamente, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote, decidian sobre los intereses comunes; forma de gobierno que duró por espacio de treinta años.

Cayendo el pueblo de Israel en repetidas abominaciones, por su contacto con los vecinos idólatras, despues de castigarlos Dios, los socorria con el auxilio de hombres de valor, que puestos á su frente, los libraban de sus enemigos, y á la vez que regian los ejércitos, administraban justicia: catorce de éstos, llamados jueces, se contaron en el espacio de trescientos treinta años, hasta el profeta Samuel, que venció á los filisteos y los arrojó de Israel.

Haciéndose aborrecibles los hijos de Samuel por su crueldad y avaricia, los israelitas pidieron al Señor que les diera un rey, por lo que Samuel ungió á Saul, de la tribu de Benjamin, suceso que tuvo lugar en el año 2903 de la Creacion.

Saul peleó, durante todo su reinado, contra los filisteos, y viendo perdido su ejército y muertos tres de sus hijos, se atravesó con su propia espada en los montes de Gelboé.

David, su sucesor, extendió sus estados por medio de grandes victorias, y edificó á Jerusalem, cerca de Sion. Salomon, heredero de David (1033), engrandeció á Jerusalem; edificó el celebradísimo templo, y ensanchó el comercio de los israelitas, facilitándoles nuevas relaciones. Muerto Salomon, suce-

dióle su hijo Roboam, que por su altivez fué causa de una terrible rebelion, en la que sólo dos tribus, la de Judá y la de Benjamin, permanecieron fieles al monarca, mientras las otras diez eligieron á Jeroboam, quedando por tanto el reino dividido en dos: el de Judá y el de Israel (962).

El reino de Israel acabó en Oseo, contra el cual encolerizado Salmanasar, rey de Asiria, marchó con un poderoso ejército, y apoderándose de Samaria, se llevó consigo á las diez tribus, las dispersó en su imperio, y envió familias de sus súbditos para que poblaran el país (718).

Sedecías fué el último rey de Judá, en cuyo tiempo Nabucodonosor destruyó á Jerusalem y llevó los judíos cautivos á Babilonia (587).

Ciro, rey de Persia, publicó un edicto permitiendo á los judíos volver á su patria y reedificar el templo y la Ciudad Santa (336), donde fueron gobernados por el Sanhedrin, Consejo de los ancianos, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote. Despues de las desgracias sufridas por los judíos en tiempo de Artajerges Ochus, Alejandro de Macedonia los trató con benignidad, hasta que despues de la batalla de Isso, quedaron sujetos á la dominacion de Ptolomeo I, rey de Egipto.

Los Macabeos, que devolvieron su independencia al pueblo de Dios, comprenden un período de guerras, de heroismo, de luchas religiosas, entre fariseos y saduceos, y de crímenes, que terminó cuando Pompeyo, arrojando á Aristóbulo, estableció á Hircano II en Jerusalem con el título de Sumo Pontífice, pagando tributo y reduciéndose á los límites de la Judea.

Desde Hircano II á Arquelao, hijo de Herodes, proclamado con título de Etnarca, la historia de los judíos casi se reduce á la de los partidos que ensan-

grentaban á Roma, y á las bajezas y ambiciones y crueldades de sus hombres; hasta que, por último, Augusto incorporó la Judea y la Samaria á la Siria, bajo el gobierno de procónsules, entre los que es tristísimamente célebre Poncio Pilato.

Filipo, otro hijo de Herodes, quedó de Tetrarca de la Galilea y la Traconita, durante su vida: despues, estos paises fueron igualmente incorporados á la Siria (27-36).

LECCION VIII

LOS GRANDES IMPERIOS ASIÁTICOS.—LA GRANDE Y LA PEQUEÑA FRIGIA.—LA LIDIA.—LA ARMENIA.—LA COLQUIDA.—LA IBERIA Y LA ALBANIA.—LOS FENICIOS Y SUS COLONIAS.

(RAWLINSON: Historia de las cinco grandes monarquías del antiguo mundo.—MOVERS: Los Fenicios. Comercio fenicio.)

En el Asia Central, cuna de las sociedades civiles, es preciso estudiar seis grandes centros de poder. Prirro: la monarquía babilónica que fundó Nemrod. Segundo: la Asiria, de que fué Nino el primer rey. Tercero: la nueva monarquía asiria que debió su orígen á Phul. Cuarto: la caldeo-babilónica de Nabonasar. Quinto: los medos. Sexto: los persas.

Monarquía babilónica: Nemrod, hijo de Chus y nieto de Cham, *Cazador violento*, fundó un imperio alrededor de Babilonia (2180 ant. de J. C.), cuya capital, situada en las fértiles orillas del Eufrates, llegó al más alto grado de explendor.

La dinastía de Nemrod, fué derribada por los elamitas, que á su vez fueron sustituidos por una dinastía árabe.

Nabonadus es el último rey del imperio fundado por Nemrod.

Imperio asirio: Assur, hijo de Sem, encaminándose al Tigris, fundó á Nínive, en la márgen izquierda de este rio; aunque algunos, violentando el texto del Génesis (*De terra illa egressus est Assur et edificavit Ninivem.*—GEN. X. II.), sostienen que muerto Nemrod se dividió su imperio, tocando á Nino la Asiria y la Babilonia á Evecoo.

A la vez que decaia el poder de Babilonia bajo los árabes, engrandecíase Nínive.

Nino expulsa á los árabes de Babilonia; extiende su imperio; lleva á cabo felicísimas correrías en la Media, en la Persia, y en la India; ensancha á Nínive, cuyo ámbito, segun el profeta Jonás, llega á tres jornadas de camino, y la cerca de un muro de cien piés de altura, coronado de quinientas torres de doscientos piés de elevacion. Semíramis, viuda y sucesora de Nino, reconstruye á Babilonia, la engrandece con suntuosos edificios y jardines y funda otras muchas ciudades, hasta que, por último, muere á manos de su hijo Ninías.

Despues de estos dos esplendorosos reinados asoma un largo período de oscuridad, hasta que aparece Sardanápalo, sentina de todos los vicios, cuyo brutal sensualismo é impiedad están sumados en esta conocida inscripcion: *Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo, fundador de ciudades: come, bebe, goza; lo demás es nada*. Por último, unidos contra este miserable príncipe, Arbaces, Sátrapa de la Media, y Belesis, de la Babilonia, lo sitiaron en su capital, y el tirano, reducido al último extremo, se arrojó á las llamas con sus riquezas y las mujeres de su harem.

Nueva monarquía asiria. La monarquía asíria renace bajo Phul, de quien fueron tributarios los israelitas.

Teglat-Falasar, que acaba con el reino de Damasco (726), Salmanasar (718), que destruye á Samaria y traslada sus habitantes al interior del Asía; Senaquerib, declarado enemigo de los judíos, que muere á manos de sus propios hijos; Hasar-Hadon, que debeló la Fenicia y algunos territorios de la Media, de Persia, de la Susiania y del Asia Menor, y, en cuyo tiempo, el arte llegó á su más alto grado de esplendor, fueron los príncipes más notables del imperio asirio, en su renacimiento.

Imperio caldeo-babilónico. Nabopolasar, fundador de la monarquía caldeo-babilónica, conquista la Judea, llevando prisionero á su rey Joaquin, se apodera de la Mesopotamia, de la Siria y de la Fenicia y se une en estrecha alianza con los medos.

Este imperio llega á su mayor altura en tiempo de Nabucodonosor el Grande.

En el reinado de Baltasar termina el poder de los caldeo-babilónicos, pues unido este príncipe al rey de Lidia, contra los medos, éstos se apoderan de la capital de Asiria, mientras Baltasar, entregado á la crápula, profanaba en un lúbrico festin los vasos sagrados del templo de Jerusalem.

Los Medos. Madiai hijo de Japhet, estableció, al Sur del mar Hyrcanio, la monarquía de los medos, que sufrió la dominacion de los asirios á las órdenes de Nino.

Diez siglos despues de la muerte de Sardanápalo, recobran los medos su independencia en tiempo de Dejoces, que fijó su córte en Ecbatana, ciudad situada en las estribaciones boreales de la cordillera del Orontes. Sus sucesores luchan con varia fortuna contra asirios y persas, hasta que Ciajares casa á su hija Mandanae con el persa Cambises, de quien procedió Ciro el Grande, que unió la Media á la Persia.

Los Persas. La historia de los persas, que proceden de Elan, hijo de Sem y hermano de Assur, tambien está envuelta en el más profundo misterio, hasta los tiempos de Ciro.

Reinaba en Media Ciajares II, cuando lidios, babilonios y otros pueblos del Asia, se confederaron contra él. Ciajares se unió á los persas y confió el mando de sus tropas á Ciro, que conquistó el Asia Anterior y se apoderó de Babilonia, dando muerte á Baltasar.

Unidas ya la Media y la Persia, por muerte de Ciajares II (536), publicó Ciro el célebre edicto favorable á los judíos.

Sucedióle su hijo Cambises, conquistador del Egipto y de Cirene, célebre por sus crueldades y su demencia, el cual murió despues de siete años y medio de reinado.

Tras de Cambises entró á reinar Darío I hijo de Hidaspes, que se apoderó de Babilonia, hizo la guerra á los escitas ó saces (perros), durante la cual venció á griegos y macedonios, fijando el pié en Europa é iniciando las célebres guerras médicas.

Darío llegó con sus expediciones militares á la India.

A la muerte de Darío I su imperio estaba limitado al Norte por el Ponto Euxino, la cordillera del Cáucaso y el mar Hyrcanio; al Este por el Indo; al Sur por el mar Erythreo, el golfo Pérsico y la península Arábiga, y al Oeste por el mar Interior.

Gerjes I sucedió á su padre Darío.

Antes de hablar de Egipto, del que no se puede prescindir al historiar las antiguas monarquías asiáticas, y ántes de sumariar la historia de la India y de la China, consignaremos que el Asia Anterior ó Menor, península occidental del continente asiático, limitada

por el Euxino, el mar Egeo y el Interior, el Tauro y el Anti-Tauro, debió su poblacion á los lidios, descendientes de Sem y á los frigios, que procedian de Japhet.

En el Asia Menor florecieron la Gran Frigia, cuya capital fué Gordium, en la márgen derecha de Sangario; la pequeña Frigia, cuya cabeza fué Troya, inmortalizada por Homero; la Lidia que debió su fundacion á Lud, hijo de Sem, cuya capital era Sardes, edificada al pié del monte Timelo, que pasó á ser provincia del imperio persa cuando su último rey, el opulento Creso, fué vencido por Ciro en Timbrea; la Armenia, al Occidente del mar Hyrcanio, poblada por los descendientes de Cham, engrandecida por los japhétidas, sometida por asirios y medos, dependiente de la Persia bajo Tigranes I; en las faldas del Cáucaso mencionaremos á la Cólquida, la Iberia ó Sapiria y la Albania, que cierran por el Norte esta parte del continente asiático.

Los Fenicios. Es conjetura muy aceptable que la Fenicia fué poblada por gentes que, desde el golfo Arábigo, se establecieron primero en el país que se llamó ántes Joppe y luego Fenicia, del nombre griego que significa palma.

Es la Fenicia una estrecha cinta de tierra, limitada por el mar Interior y la cordillera del Líbano, que, en sus tiempos más florecientes, sólo comprendia una costa de poco más de ciento cincuenta millas de longitud, por treinta, cuando más, de latitud. En esta estrecha lengua de tierra se hallaban ciudades tan florecientes como Arado, rodeada de mar; Antarado, en el continente; Trípoli, Biblos, Berito, Sidon, Tiro, Sarepta, Botris y Ortosia.

Los pueblos fenicios no estaban reunidos en un solo Estado; cada ciudad, con su territorio, tenia ré-

gimen distinto, con reyes ó jefes propios, confederados en la paz por los intereses y el culto comun de Melcarte y en la guerra por el peligro.

Ofreciéndoles las montañas del Líbano escelentes maderas de construccion, y no pudiendo ensancharse por esta parte, contenidos por tribus guerreras, limitados al frente por las olas del mar, estos pueblos fueron navegantes, comerciales y colonizadores. Situados casi en el punto donde más se aproximan los tres continentes del antiguo mundo, con una mano recibian los productos del Asia y del Africa y con la otra los ofrecian á Europa.

Las necesidades de comercio, las disensiones intestinas, la superabundencia de poblacion, hija de la riqueza y de la prosperidad, llevaron los fenicios á los países más apartados que inundaron con sus colonias, derramando por tal manera en todas partes la luz de la civilizacion.

Fenicios fueron lo fundadores de Cartago, Utica y Adrumeto en Africa: ellos colonizaron á Chipre, Creta, las Sporades y las Ciclades: ellos poblaron á Proneto y Bitinia en el Asia Menor: en España sembraron sus ciudades desde el Annas al Bétis, como en las costas del mar Interior, de las cuales sólo mencionaremos á Gades, á Malaca y á Hispalis en las orillas del Bétis.

LECCION IX

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA INDIA — PERÍODOS HISTÓRICOS. — SUPUESTA ANTIGÜEDAD DE LOS MONUMENTOS INDIOS.

(ELPHINSTONE: Historia de la India.
—LASSEN: Antigüedades indias.

Al amparo de las más altas montañas del universo, regada por caudalosos rios que la fertilizan, enriquecida de numerosos puertos naturales en las extensas costas del mar Erythreo y del golfo de Oman, sembrada de elevadísimas y áridas rocas y de altas mesetas por donde jamás corre el más pobre manantial, se encuentra la India, donde crecen espontáneas las frutas más delicadas de Asia, donde las flores más bellas impregnan las brisas con sus penetrantes aromas, donde extensísimas praderas, siempre verdes, ofrecen perpétuo pasto á innumerables rebaños.

El Indo y el Ganges, corriendo de Norte á Sur y desembocando el primero en el mar Erythreo y el segundo en el golfo Gangético, recibiendo numerosísi-

mas afluentes, enriquecen este privilegiado país: las cumbres del Himalaya, de incomparable altura, tomando los nombres de Paropamiso y Emodo, segun que se encaminan al Oeste ó al Este, son fronteras de la Cachemira, donde se alza *el monte Merú habitado por el poder de Dios.*

La India termina hácia el Sur en dos grandes penínsulas, el Indostan y la Indo-China, cuyos extremos meridionales baña el Océano Indico, de la primera, en el cabo de Comorin, y de la segunda, el *Chersoneso de oro* (Península de Malaca).

Tal es el país donde Alejandro de Macedonia abandonó sus temerarias empresas; que inundó de sangre la ferocidad musulmana; que explotaron los portugueses, y donde la política inglesa ha fundado un vastísimo imperio.

Divídese la historia de la India en cuatro períodos. Primero: tiempos primitivos, que terminan con las expediciones de Alejandro, en el año 327 ántes de Jesucristo. Segundo: Desde las conquistas de Alejandro hasta el principio de la invasion de los árabes en 680. Tercero: Desde las expediciones de los árabes hasta la llegada de los portugueses en 1500. Cuarto: Desde la llegada de los portugueses hasta nuestros dias. Los dos primeros pertenecen á la Historia Antigua, el tercero á la Media y el cuarto á la Moderna.

Primer período. Como medio siglo despues de la Dispersion de las gentes, ciertas tribus medas y babilónicas, siguiendo las orillas meridionales del mar de Hyrcania, los montes Masdoranos y el Paropamiso, penetraron en la India con el nombre de *Aryos* y venciendo á los aborígenes, de raza chamita, que redujeron á la esclavitud, se establecieron en el Penchab, comarca que recibió este nombre de su equivalente

griego *Pentepotamia*, cinco rios, de otros tantos tributarios del Sindo.

Del viaje de aquellas tribus vencedoras, son clarísimos rastros el rio Aryo, la ciudad de Aryo ó Artacoana y la region Aryana, limítrofe de los desiertos de la Carmania, donde el Paropamiso conmienza á levantar sus cumbres.

Vencidos los primeros obstáculos, los conquistadores se extendieron por el país, siguiendo el curso del Indo y del Ganges, y fundaron varios reinos independientes bajo la direccion de jefes hereditarios y de sacerdotes.

Los árabes invadieron este país, como la Asiria y el Egipto, dominando Soac en la India cual feroz tirano, é introduciendo en él la idolatría.

Rama, conquistando diversos Estados, que fundió en uno solo, al frente de los suyos, se encaminó al Norte del Asia, é invadió la Tracia, la Escitia y la China.

Con Rama triunfa el poder de los Bramas de las tradiciones de los Vedas. Despues de la muerte de aquel héroe, la India se fraccionó en reinos diversos.

Ni Semíramis, ni Ciro, pudieron dominar en la India. Darío, hijo de Hidaspes, hácia el año 509 ántes de Jesucristo, se apoderó de los países situados en la márgen derecha del Indo, rio que, desde entónces, vino á ser el límite oriental de la monarquía persa.

Hácia el siglo décimo, ántes de nuestra Era, ejercíase un comercio por demás activo entre la India y los pueblos asiáticos ribereños del Mediterráneo: á la comarca del Ofir en la India, iban fenicios é israelitas en busca de las riquezas todas del Oriente.

Segundo período.—Alejandro el Grande, despues de haber derribado el imperio persa, ansioso de gloria, se encaminó á la India. Taxilo, fronterizo de los

persas, cuyos Estados limitaban el Indo al Oeste y el Hidaspes al Este, se alió con el héroe macedónico contra Poro, que ocupaba el bello país comprendido entre el Hidaspes, el Hydraotes y las faldas del Emodo, asiento del reino de Abisaro y de otros pueblos libres.

El hijo de Filipo, despues de haber vencido á Abisarés, rey de la floreciente Cachemira, á Poro y á los Praseos, que ocupaban ambas orillas del Ganges, cansadas sus tropas y coronado de gloria, abandonando tan arriesgadas empresas, fué á morir á Babilonia, desapareciendo con él la dominacion de los macedonios en la India

Sandracoto fundó un poderoso reino entre el Indo y el Ganges, que heredó su hijo Asoca, en cuyo tiempo el budismo llegó á dominar en la India.

La religion de los bramas habia degenerado en el culto de la naturaleza y de sus fuerzas, cuando la aparicion de Buda, en el siglo V ántes de Jesucristo, habia de producir terribles guerras religiosas que postraron el país y lo dejaron inerme en manos de los escitas, quienes, llevándolo todo á sangre y fuego, sumieron el país en la más profunda barbarie y lo dividieron en diversos Estados.

La civilizacion india buscó un asilo en las ásperas montañas del Norte y en sus valles; donde, 50 años ántes de Jesucristo, el reino de Cachemira llegó al más alto grado de esplendor intelectual y de prosperidad material bajo el reinado de Vicramaditia y de sus sucesores, esplendor y prosperidad de que es incontestable testimonio la academia de Benarés.

El pueblo indio hallábase dividido en cuatro castas: 1.ª La de los Bramanes. 2.ª La de los Chatrias. 3.ª La de los Vasias. 4.ª La de los Sudras, entre las cuales estaban severamente prohibidos los enlaces ma-

trimoniales, especialísimamente entre individuos de las tres primeras y la cuarta.

Los Parias, resto de una raza conquistada, vivian en la India faltos de todo derecho.

La forma monárquica hallábase establecida en la India; pero el poder del rey estaba limitado por la casta sacerdotal, entre la cual éste debia elegir su Consejo.

A la casta privilegiada pertenecia el monarca, y en el caso de que la dinastía se extinguiera, de entre la misma, habian de elegir nuevo monarca los sacerdotes.

Templos gigantescos escavados en las rocas, decorados con estátuas, relieves é inscripciones; magníficos monumentos; ciudades de perímetro increible; soberbios palacios, muestran al viajero el colosal poder de las razas que en las edades pasadas dominaron en la India, dejando la inconmensurable huella de su poder.

La religion primitiva de los indios fué el monoteismo. Brama, dios único y supremo, creó el mundo y se reveló como Brama (creador), Vishnú (conservador), y Siva (destructor).

Esta religion primitiva fué alterada por los bramanes, sustituyéndola por una grosera idolatría, de la que forman parte la metempsícosis y horribles sacrificios humanos.

Aún degeneró la religion de Brama en manos de Buda. Segun el último, el Dalay-Lama es la personificacion de Dios, dentro del cual éste reside.

El Gran Lama recibe, durante su vida, honores divinos: á su muerte, los sacerdotes eligen otro, en el cual entra el alma de Dios.

La lengua *sanskrita*, que ya no habla el pueblo, era la lengua antigua de los indios.

En su literatura hay que estudiar los Vedas, que contienen las doctrinas religiosas, el culto, los sacrificios, las ceremonias, himnos y oraciones: los Purannas y epopeyas, entre las que son más célebres el Ramayana y el Mahabarata: el código de Manú, que comprende los deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demás, las obligaciones de las castas y un tratado sobre la metempsicosis y la vida futura.

La religion y la filosofía india son generadoras naturales del misticismo abtracto, contemplativo y semi-delirante que caracteriza al hijo de estas vastas regiones; de su indiferencia; de su tendencia al suicidio; de su horrible sacrificio bajo las ruedas del gigantesco carro de Chagrenat (Tirunnal); de su eterna calma, contemplando los majestuosos rios y las altísimas montañas del Himalaya, con sus cimas inaccesibles.

Ahora bien: ¿qué antigüedad cuentan los héroes, los reformadores y los monumentos literarios de la India?

Cuestion es esta que se ha querido convertir en terrible ariete contra el cristianismo y que vamos á contestar sumariamente.

Remontándose al orígen de las dinastías indias, se encuentran las de Surya, (el sol) y Chandra (la luna), que pertenecen á la *Historia poética* de la India, y no merecen más crédito que las fábulas de la mitología griega. Cronólogos tan distinguidos como Jones y Tood, defienden, tras largas investigaciones, que, en vez de los seis mil años de antigüedad, ántes de Alejandro, dados por Arriano á aquellas dinastías y de los millones de años con que cuentan, segun las fábulas bramínicas, son coetáneas, segun Jones de los tiempos de Abraham, y, segun Tood,

coincide el orígen de la cronología india con la época en que se establecieron los egipcios, chinos y asirios.

Ya están rotas las armas que contra las Sagradas Escrituras se recogieron en la filosofía del Oriente.

Además, segun ha demostrado Colebrooke, los Vedas no pueden remontarse de ninguna manera á mayor antigüedad de 1400 años ántes de nuestra era, y la Instituta de Menú es mucho más moderna que aquéllos, á los cuales cita á cada paso.

Las tablas astronómicas de la India, á las cuales se habia atribuido maravillosa antigüedad, segun Heeren y Cuvier, se formaron en el siglo VII de la era vulgar.

En el Ramayana se cantan los hechos de Rama: pero como en él se marca menudamente la posicion de los planetas al tiempo de nacer el héroe, ha venido á demostrarse que este suceso tuvo lugar hácia el año 961 ántes de Jesucristo.

El Surya-Siddhanta, cuya antigüedad remontan los indios á más de dos millones de años, y que tan curiosos errores hizo cometer á Dupuis, no pasa los límites del siglo X al XI de la era cristiana, segun los victoriosos cálculos de Bentley que lo atribuyó á Varacha, famoso astrónomo indio, cuyo discípulo Sotanund, vivia hace como setecientos años.

Al publicarse el Bhagavad-Gilá, pareció el nombre de Kristna, encarnacion de la Divinidad, y con grande analogía con la vida y los hechos de Nuestro Señor Jesucristo. Esto dió ocasion á los filósofos del siglo XVIII, para afirmar que Kristna era contemporáneo de Homero, y que la vida de Cristo estaba copiada de los libros índicos. Pero como en el Jonampatra se hallara igualmente la descripcion de la posicion de los planetas, al nacer Kristna, quedó demostrado que

este suceso tuvo lugar el 7 de Agosto del año 600 de la era cristiana.

Habiéndose encontrado gran semejanza entre las doctrinas del Ezur-Vedan y las cristianas, afirmó Voltaire, con su proverbial ligereza, que éstas estaban tomadas de aquéllas; declaró, bajo la fé de su palabra (Siglo de Luis XV), que aquella obra era de una antigüedad asombrosa y que la habia compuesto cierto brama de Seringham.

Ahora bien: sir A. Jonhnston hizo en las provincias del Sur de la India grandísimas diligencias sin encontrar el más pequeño rastro del libro, ni del supuesto autor, en la misma pagoda de Seringham. El Ezur-Vedam pareció al cabo en la biblioteca de los Jesuitas de Pondichery, en sanskrito y en francés, demostrándose que lo habia compuesto en el año de 1621 el misionero Nobilibus, sobrino del cardenal Belarmino y cercano pariente del Papa Marcelo II.

Despues de estas demostraciones, ¿qué resta de la prodigiosa antigüedad de los libros sagrados indios, de su cronología, de sus dinastías, de sus millones de años de fecha ántes de la Dispersion de las gentes?

LECCION X

LA CHINA.

(MAILLA: Historia general de la China.)

Es el imperio chino un inmenso plano inclinado, desde las cumbres del Tibet al mar Amarillo, que cierran por el Este los montes Chan-Alin, el mar Houang-Hai y los mares Azul y de la China; por el Norte el rio Amor, y los montes Altai; por el Oeste la Siberia y el Turquestan, y por el Sur la cordillera del Himalaya y los reinos de Birman y de Annan.

El número de habitantes que ocupan tan vasto territorio no puede determinarse, pues mientras unos afirman que llega á trescientos treinta millones, otros aseguran que no pasa de ciento cincuenta millones.

Este pueblo no fué conocido de los antiguos, pues parece demostrado que el país de los *Seres* de que hablan Horacio y Floro, como término geográfico en su tiempo, no era la China; que, segun Pomponio Mela y Plinio, *los Seres habitan en el centro de las regiones*

orientales, cuyas dos extremidades ocupan los escitas y los indios. Las primeras noticias exactas de la China las debemos á las invasiones árabes de los siglos VII y IX. Visitaron la China los portugueses desde 1516, y sus maravillosas narraciones merecieron poco crédito; los Jesuitas admitidos por Kan-hi, dieron acerca del país nociones claras, hasta que, por último, fueron expulsados. La China ha permanecido desde entónces cerrada á los europeos, hasta que, no sin graves dificultades y peligros, van aquéllos penetrando en el Celeste Imperio, gracias á recientes tratados.

Debe creerse que algunas familias descendientes de Sem, encaminándose á lo largo de las costas meridionales del mar Cáspio y del país de los Phartos, se establecieron primeramente en el Tibet, desde donde extendieron su dominacion por el país.

La historia de la China puede dividirse en nueve épocas.

Primera. Monarquía patriarcal (2200 á 1122 ántes de J. C.)

Segunda. Monarquía feudal (1122 á 237).

Tercera. Monarquía absoluta (237 á 221 despues de J. C.)

Cuarta. Desmembracion de la China: guerras interiores (221 á 580).

Quinta. Restablecimiento del imperio (580 á 907).

Sexta. Segunda desmembracion. Conquistas de los tártaros (907 á 1280).

Sétima. Los mongoles en la China (1280 á 1368).

Octava. Ultima dinastía indígena (1368 á 1616).

Novena. La China bajo los tártaros manchues (1616 hasta los presentes tiempos).

Primera época.—Unánimes las tradiciones chinas afirman que su civilizacion procede de Occidente.

Con efecto, expedicionarios del monte Ararat,

ejerciendo la profesion de pastores, vinieron al cabo á establecerse en el Tibet, desde donde se corrieron al Oriente. constituyendo una monarquía patriarcal, de la que fué Yao primer monarca.

Yao gobernaba las doce provincias en que la China quedó entónces dividida, por medio de doce jefes, considerados como hijos del emperador.

Esta primera dinastía fué derrocada por el caudillo de la provincia de Cang, que á su vez fué derribado por Wouwang, príncipe de Tcheou, que cambió la situacion patriarcal del imperio.

Segunda época.—Wouwang dividió el imperio en ventidos Estados feudatarios, número que más tarde se aumentó hasta el de ciento cincuenta y seis al terminar esta época.

Tal subdivision de autoridad produjo ambiciones que estallaron en sangrientas guerras y desórdenes que aprovecharon los tártaros para invadir la China.

Tercera época.—Chi-hoang-ti atacó y venció á los príncipes feudatarios; dividió el imperio en treinta y seis distritos, y fué tan absoluta su autoridad que mandó quemar los libros antiguos amenazando con pena de muerte al que no los entregara; conquistó el Japon; venció á los hunos, y para evitar nuevas invasiones, hizo construir una inmensa muralla en los límites del imperio.

La dinastía de Tsin fué derribada ántes de la muerte de tan poderoso príncipe, siendo reemplazada por la de Han (5.ª dinastía), de la que fué el más ilustre Wouti, que hizo buscar cuanto quedaba de la antigua literatura china y escribir los anales del imperio. Dotado este príncipe de grandes talentos militares, extendió sus conquistas hasta la Bactriana y otras comarcas del Oriente.

Cuarta época.—Por espacio de tres siglos y medio

fué la China teatro de guerras asoladoras y de profundas desgracias morales y políticas. Los tártaros hicieron durante ella dos grandes invasiones: al comienzo del siglo V se fraccionó en dos imperios separados por el rio Kiang, division que no desapareció hasta que el emperador del Sur, perteneciente á la dinastía de Sout, venciendo al del Norte, volvió á reunir los antiguos estados: el culto de Buda, protegido por el emperador Wouti (502), se extendió en la China, y filósofos como Fou-Tchin enseñaron que *todo lo que sucede en el mundo es obra del acaso; que el alma perece con el cuerpo, y que nada hay despues de esta vida.*

Esta religion sumergió al pueblo en la más profunda barbarie: en vano fué el restablecimiento de la unidad del imperio: en vano fueron los esfuerzos de los misioneros cristianos: cuando se rompen los vínculos religiosos, rómpense á la par los vínculos políticos, de los cuales son aquéllos única fuerza y sosten.

Reina una grande oscuridad sobre el orígen del pueblo chino, sobre sus antigüedades y sobre su historia, á pesar de que esta ciencia está en este país tan honrada, que además de existir un tribunal que entiende de ella, cada emperador lleva consigo dos historiadores: uno á su derecha y otro á su izquierda, respectivamente encargados de consignar sus actos y sus palabras, historias que no se leen, segun algunos, hasta que cada emperador ha muerto, y segun otros, hasta que ha concluido su dinastía.

Pero cuando Chuang-ti ordenó quemar todos los libros para borrar las pretensiones de los príncipes feudatarios, que se apoyaban en lo pasado, desaparecieron los trabajos históricos que más adelante se reconstruyeron á la memoria y bajo la influencia del

amor de la patria, tan exhuberante en aquel país en que todo es la familia.

El mismo Yang-seu escribe estas terminantes palabras: *¿Quién conoce los acontecimientos de los tiempos primitivos, cuando ninguna relacion auténtica ha llegado hasta nosotros? El que lee atentamente aquellas narraciones se convence de su falta de fundamento.* Ma-tua-li rechaza todas las primeras dinastías, y coloca los principios de la historia del Celeste Imperio en el reinado de Yao: Klaport prueba la no existencia de documentos históricos en la China, hasta los tiempos inmediatos á la fundacion de Roma. Aun concediendo á la escritura y á los caractéres chinos cuatro mil años de antigüedad, éstos sólo remontarian su fecha á tres ó cuatro generaciones despues del Diluvio.

Modelada la autoridad suprema en la China por la paternal, siendo el emperador personificacion viva de Dios, segun las doctrinas lamáicas, degeneró pronto aquella autoridad en absoluta, reuniendo aquél en su persona el poder civil y religioso y siendo contrariar su voluntad, no sólo rebeldía, sino impiedad. Cuando el emperador dirige la palabra á los personajes más elevados de la córte, éstos se postran en el suelo; en la calle todos besan la tierra al pasar él y se cierran todas las puertas; miles de satélites le preceden para castigar á los que incurren en su cólera, conducta que imitan los mandarines en sus respectivos gobiernos.

No hay castas en la China: el pueblo se divide en seis clases: mandarines, guerreros, letrados, agricultores, artesanos y mercaderes.

En el Celeste Imperio tres religiones subsisten, las unas al lado de las otras, con tan apática tolerancia que pudiera tenerse como el ideal de ciertos políticos modernos.

La filosofía ha tomado en este país dos distintas direcciones.

Bajo Lao-seu, á quien llevó su madre en el vientre por espacio de ochenta y un años y en el que se encuentran las ideas filosóficas y religiosas de los pueblos de Occidente, se esparcieron doctrinas que, exageradas cada vez más, condujeron á la indiferencia, al escepticismo y á tener por verdadera sabiduría no saber nada. Sus sectarios se perdieron en artes cabalísticas y adivinatorias y en una moral relajada, lo cual hizo que se diera á Lao-seu el nombre de *Epicuro chino*.

Esta secta, degenerando más todavia, vino á ser la de la gente más abyecta y despreciada de la sociedad.

Bajo Confucio, el carácter distintivo de la moral es el de derivar del cumplimiento de las obligaciones domésticas los demás deberes, reduciendo todas las virtudes á una sola, á la piedad filial; de suerte, que, confundiéndose la sociedad política con la doméstica, la voluntad individual se reduce á la voluntad del jefe del Estado. Confucio habló con grandísima vaguedad de Dios y de la vida futura, por lo que sus discípulos pudieron deducir de sus palabras el panteismo y el ateismo, una religion indeterminada y vaga, sin imágenes, sin culto y sin sacerdotes.

La literatura china es rica y exhuberante aunque falta en ella el entusiasmo. Kieng-lung decretó en 1771 que se hiciera una coleccion de los libros más estimados, la cual pasa hoy de ciento sesenta mil volúmenes.

Las obras públicas en China son verdaderas maravillas. Pekin está rodeado de altos muros de ladrillo que cuentan nueve leguas de circuito; el canal imperial mide seiscientas leguas de largo y quince toesas de ancho, y tiene un muellle de legua en legua; atra-

viesa montes y desiertos, y al llegar los buques á las esclusas, son éstos elevados por medio de máquinas poderosas y trasportados al paraje opuesto: la célebre muralla que sirve á la China de límite por el Norte, tiene mil cuatrocientas millas de longitud, mide veinticinco piés de altura, otros tantos de espesor en su base y quince en la plataforma, pudiendo correr por ella seis caballos de frente; está almenada y á cada dos tiros de flecha tiene una torre: los caminos, los puentes, los templos, son admirables. Los chinos conocieron desde tiempo inmemorial la brújula y los pozos artesianos: desde el año 952, despues de Jesucristo, están en posesion de la estereotipia: en 1154 usaban ya el papel moneda, y en el siglo XII los naipes.

Y sin embargo, reglamentado todo en la China, este pueblo permanece condenado á perpétua inmovilidad; á ser la negacion viva de todo progreso, á vivir eterna infancia, aunque envuelto en expléndidas y deslumbrantes vestiduras.

LECCION XI

EL EGIPTO.

(LENORMAND: Historia del Oriente.

Habiéndonos ocupado ya, aunque de una manera sumarísima del pueblo de Dios, de la monarquía babilónica, de los imperios asirios, del caldeo-babilónico, de los medos, de los persas, de algunos otros pueblos que habitaron en el Asia Menor, y hechas algunas indicaciones sobre la Arabia y la Siria, que completaremos más adelante, despues de habernos ocupado de la India y de la China, cerraremos el vasto perímetro del Asia consignando la ignorancia casi completa de la Historia y de la Geografía antigua, acerca del Norte del continente asiático, con su rio Fase de doble corriente, país de las fábulas, donde, aún más hácia el Norte, sólo reinan nieblas perpétuas y frios insoportables.

Para acabar, pues, con esta *segunda época*, sólo nos resta ocuparnos del Egipto.

El Egipto llamado Chem (¿Cham?) por los natura-

les, Misrain por los hebreos y Mirs por los árabes, ocupaba la parte más Noreste del Africa, y estaba limitado al Norte por el mar Mediterráneo, al Oeste por el Nomo líbico y la Libia Interior, al Sur por la Etiopía, y al Este por los golfos Arábigo y Heroopolito y el istmo de Suez. Dividíase en tres partes: Alto Egipto ó Tebaida, capital Tebas *(Diospolis Magna);* Medio Egipto ó *Heptanomide*, capital Menfis, y Egipto Inferior ó *Delta*, capital Sais.

El Nilo fecunda al Egipto con sus inundaciones periódicas.

Entre los infinitos monumentos que por todas partes llaman en este país de las maravillas la atencion del viajero, merecen citarse las pirámides, el laberinto, el lago Moeris, las catacumbas de los reyes en la cordillera líbica y el templo de Carnac.

La Historia del Egipto, con relacion á este segundo período, se divide en seis épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos hasta Sesostris, (Ramsés III), (2259 á 1491 ántes de J. C.)

Segunda. Desde Sesostris hasta Psamético (1491 á 650).

Tercera. Desde Psametico hasta la conquista del Egipto por los persas (650 á 525).

Cuarta. Desde la conquista de este país por los persas hasta su dominacion por Alejandro el Grande (525 á 332).

Quinta. Desde las conquistas de Alejandro hasta el combate de Actium (332 á 29).

Sexta. Desde el combate de Actium hasta la ruina del Imperio romano de Occidente (29 ántes de Jesucristo, al 476 de Jesucristo).

Concentrado el saber del Egipto en los templos, tres son sus principales fuentes históricas, como eran tres los principales centros sacerdotales: Herodoto

que lo visitó como 60 años despues de la ruina de los Faraones y adquirió sus preciosas noticias de los sacerdotes de Menfis; Diodoro que preguntó á los de Tebas, y Maneton, sacerdote y gramático de los sagrados recintos de los templos de Egipto, de raza sebenítica y ciudadano de Heliópolis, que las adquirió en el suyo. Pero la buena fé de los dos primeros fué engañada por los sacerdotes, interesados en ocultarles la verdad, y el tercero, del que sólo se conserva una parte traducida por Eusebio y algunos fragmentos citados por Josefo, si bien muestra exactitud en los nombres de los reyes, especialmente de las dinastías XVIII y XIX, no llena las aspiraciones de la Historia, que para satisfacerse necesita algo más que listas nominales.

La Historia tiene en el Egipto una fuente más segura de verdad: la Biblia, que áun prescindiendo de su inspiracion divina, fué escrita por Moisés, descendiente de Adan en vigésimoquinto grado, que no estaba separado de él más que por seis indivíduos intermediarios que alcanzaron larguísima vida, que nació en Egipto, que fué educado en la córte y en el palacio de sus reyes, que residió en el país durante mucho tiempo, y que, por lo mismo, tuvo cabal conocimiento de su Historia.

Vano ha sido, por tanto, el ciego empeño de algunos *sábios* por desmentirlo. Moisés sabe más que los más doctos sacerdotes de Menfis, de Tebas y de Heliópolis; más que Herodoto, que Diodoro y que Maneton. En vano fué el encuentro, por la expedicion de Napoleon I á Egipto, de los zodiacos de Denderah y de Esneh, tenidos por astronómicos, y que contaban, el primero, la fecha de 4000 á 4600 años, segun Volney, y el segundo la de 25000, segun Dupuis; porque la ciencia demostró muy pronto con la lectura de la ins-

cripcion trazada en una columna del templo de Esneh, que su zodíaco habia sido construido en los primeros años del imperio de Antonino. Mr. Letronne, explicando un zodiaco exactamente igual al de Denderah, contenido en la caja de una momia descubierta en Tebas y llevada á Francia por el intrépido viajero Mr. Caillaud, probó que la momia era de Patemenon, hijo de Tolemeo Soter y de Cleopatra, que falleció el 2 de Junio del año 116, imperando Trajano.

Los famosísimos zodiacos eran, como si dijéramos, de ayer, y simples documentos astrológicos y no astronómicos, como se afirmaba.

Censurábase que los Libros Sagrados no mencionaran la invasion de Sesostris en la Palestina y en otras regiones asiáticas, cuando es de toda notoriedad que los israelitas abandonaron el Egipto en el último año del reinado de Ramsés, antecesor de Sesostris; que aquellas expediciones tuvieron lugar durante los cuarenta años que el pueblo de Dios anduvo errante por el desierto, y que el conquistador egipcio atravesó la Palestina ántes de que á ella llegaran los israelitas, razon sobrada para que semejantes empresas no se mencionaran en la Biblia.

Los cronólogos cristianos señalan el año quinto de Roboan como el tiempo en que Sesac conquistó á Jerusalem, verdad que los monumentos egipcios han confirmado demostrando que Sheshonk comenzó su reinado y la dinastía vigésima primera, precisamente en la misma época.

Hállanse en la Biblia muchos nombres de reyes que sólo han parecido últimamente en los monumentos, como el de Amasis en Ezequiel.

La supuesta contradiccion entre el Génesis (XXXIII-19) y las Actas de los Apóstoles (VII-16) acerca de la manera de pagar un campo que compró

Jacob á los hijos de Hemor, se desvaneció al punto con el recientísimo descubrimiento de una moneda fenicia encontrada cerca de Cetiun, en Chipre, por el Dr. Clarke.

En el siglo XVIII fueron calurosamente atacadas las Sagradas Escrituras por *las uvas y el vino* de que en ellas se hace mencion como fruta é industria del Egipto, cuando nada menos que Herodoto, el *padre de la Historia*, afirma terminantemente que no hay viñas en aquellos países, y el sesudo Plutarco dice que los naturales del país aborrecian el vino.

Esta cuestion quedó brevemente resuelta con los monumentos.

En la descripcion del Egipto publicada por el Gobierno francés, Mr. Costaz, ateniéndose á las pinturas encontradas en el hipogeo del subterráneo de Eilitya, describe menudamente el cultivo de la viña y la vendimia en los países regados por el Nilo, desde la poda de las parras hasta la extraccion del vino, y censura acremente á Herodoto por haber negado la existencia de la viña en aquel país. Mr. Jomard trajo á Europa pedazos de ánforas encontrados en las ruinas de ciudades antiguas é impregnados de tártaro. El descubrimiento del alfabeto egipcio por Champollion puso fin á la polémica, demostrándose con él, no sólo que era conocido el vino en el país de los Faraones, sino que de él se usaba en los sacrificios. Rosellini ha añadido aún nuevos pormenores á asunto tan esclarecido.

Un bello y amenísimo libro pudiera escribirse contando los rayos de viva luz que sobre la Historia Profana han esparcido los *Libros Sagrados*, hasta el punto de que, léjos de afligirse los católicos por el resultado de ciertas investigaciones, deben sentir hácia ellas viva complacencia, en la seguridad de

que, á cada nuevo ataque contra los *Textos divinos*, ha de suceder una nueva y más expléndida victoria.

Todo, pues, de consuno demuestra que la verdadera fuente de la Historia del Egipto son los *Libros Sagrados*.

Ahora bien: ciertas tribus del Asia Meridional, se extendieron por la Etiopía (*Æthiopes ab Indo flumine consurgentes, justa Ægiptum consederunt*, EUSEBIO), descendiendo al Egipto cuando éste iba saneándose de la inundacion del Diluvio. Confirman este aserto del antiguo escritor el nombre comun de *Arábigas* dado á las costas del mar Erythreo; que Manes tiene nombre, atributos y vida análogas á las del Manú índico; que existe gran similitud entre las radicales egipcias y las sanskritas, y que, hasta estudiando los cráneos de los antiguos egipcios, se han encontrado en ellos señales de origen etiópico y de la raza indiana.

Los cusitas, pues, que habitaron el valle del Eufrates y la Península arábiga, pasando desde aquí á la contrapuesta orilla del mar Rojo, fueron los pobladores del Egipto.

La cultura de este país creció rápidamente, merced á la fertilidad de su suelo, á su rio navegable y á su posicion topográfica, como parte del Africa, lindante con el continente asiático.

El Egipto estaba divido en *Nomos*, cada uno de los cuales reconocia como capital el templo de la divinidad en él dominante, de los cuales el más antiguo era el de Tebas.

Rodeado el Egipto de tribus nómadas, éstas lo invadieron frecuentemente.

Los árabes beduinos inundaron el Bajo Egipto, y sus jefes llamados *hiksos* fortificaron á Pelusium y extendieron su dominacion hasta Menfis, entablando

ruda guerra con los naturales que conservaban la Tebaida, hasta que Thumotsis logró expulsarlos, fundando una poderosa monarquía con los diversos Estados egipcios.

La segunda época la llena Sesostris (Ramsés el Grande) con su glorioso reinado; sin embargo, á la muerte de este príncipe comenzó á decaer el Egipto arruinado por los etíopes y por la usurpacion de Sethos.

El territorio se dividió entónces en doce Estados, que gobernaron otros tantos príncipes independientes, hasta que Psamético, jefe de Sais, con ayuda de griegos y de carios, venciendo á los demás reyezuelos, se apoderó de todo el país.

Durante la tercera época, Necos, hijo y sucesor de Psamético, proyecta unir, por medio de un canal, el mar Medirráneo y el golfo Arábigo; realiza grandes expediciones militares al Asia, y lleva á cabo el periplo alrededor del Africa. La familia de Psamético acaba de reinar con Apries, vencido por Amasis que reinó expléndidamente.

Psaménito, hijo de Amasis, fué derrotado por Cambises, hijo de Ciro, rey de Persia, que convirtió al Egipto en provincia de sus poderosos Estados.

Formaban los reyes de Persia, en la oscura série de las dinastías egipcias, la veintisiete.

El Egipto recobra otra vez su independencia, gracias al auxilio de los espartanos, hasta que, en tiempo de Natanebis II, de la trigésima dinastía, Artajerges Ocus restablece la autoridad de los persas, que luego sucumben á manos de Alejandro el Grande.

TERCERA ÉPOCA

(DESDE LAS OLIMPIADAS HASTA ALEJANDRO.—AÑOS DE 776 Á 323).

LECCION XII

LÍMITES DE EUROPA Y DE GRECIA. — INVASIONES. — ESPARTA Y ATENAS.

(ROCHETTE: Historia de la fundacion de las colonias griegas).

Parece que en tiempos remotísimos, ciertas tribus, separándose en las faldas del Paropamiso, de la gran familia Arya, se encaminaron por el lago Oxio y el mar Hyrcanio y se establecieron en la desembocadura del Daix; y que otras, de la misma familia, que viajando por distintas vías (Sur del Euxino), se habian detenido en la Sapiria y la Colquida, unidas despues á parte de las primeras, avanzando por las estribaciones meridionales de los montes Bastárnicos y el Ister, fueron sucesivamente poblando la Grecia, la Italia, la Germania, las Galias y la España, donde encontraron á otras de su misma raza, que por el Asia Menor habian penetrado, antes que ellas, en Europa, pues que, segun las Sagradas Escrituras, Javan, hijo de Japhet, pobló las islas inmediatas al Asia Menor, desde las cuales pasaron sin duda á las opuestas costas occidentales.

La Europa, principal teatro de los progresos y vi-

cisitudes de la raza japhética, estaba limitada al Este por el mar Egeo (Archipiélago), el Helesponto (Estrecho de los Dardanelos), la Propontide (mar de Mármara), el Bósforo de Tracia (canal de Constantinopla), el Ponto Euxino (mar Negro), el Bósforo Cinmeriano (Estrecho de Kertch), el Palus Meotides (mar de Azof) y el rio Tanais (Don) hasta los 48 grados de latitud; al Norte, por los países de las nieblas perpétuas y de los frios insoportables; al Occidente, por el Océano Atlántico, y al Sur, por el Estrecho de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y el mar Interior (mar Mediterráneo).

Una de sus regiones, la Grecia, de que vamos á ocuparnos, recibió el nombre de Hellada de Heleno, hijo de Deucalion, rey de la Tessalia. En tiempo de Homero dábase á sus habitantes el nombre de Danaos ó Argivos y Achivos: los latinos llamábanlos Græti y Grætia al país.

La Grecia, en los tiempos posteriores á la guerra de Troya, estaba limitada al Este por el mar Egeo, al Norte, por la desembocadura del Peneo, los montes Cambunios, el Olimpo y la cordillera Acroceraunia (de la Chimera); al Oeste, por el mar Jónico, y al Sur, por el mismo mar Jónico, los golfos de Mesenia (Coron), de Laconia (de Maraton), de Argos (de Nauplia), y el Sarónico (de Egina).

Dividíase la Grecia en cuatro regiones: 1.ª La Septentrional ó Hæmonia, dividida más adelante en dos, la Tesalia al Este y el Epiro al Oeste, y estaba limitada al Sur por el golfo de Ambracia (de Artú) y el monte Eta (Aninos y Kata-Vothra). 2.ª La Central, dividida en ocho regiones, que terminaba al Sur en el istmo de Corinto, el mar de Crissa ó de Alcion (golfos de Lepanto y de Patras). 3.ª La Meridional ó Peloponeso (Morea), que comprendia otras ocho regiones y ter-

minaba en el promontorio Ténaro (cabo Matapan), punto el más meridional de la Grecia. 4.ª Eran las principales islas griegas, por el Oeste, la de Corcyra (Corfú), la de Leucades (Santa Maura), la pequeña Itaca (Teaki) inmortalizada por Ulises, Cephalonia y Zacynthus (Zante) al Sur del promontorio Ténaro, Cytherea (Cerigo) y más abajo la poderosa Creta (isla de Candía) y la elevada Carpathos; por el Este, Rodas, Chipre, el grupo de las apiñadas Cyclades y el de las Sporades, entre las que son de notar Patmos, donde San Juan escribió su Apocalipsis; Chios, Lesbos, Lemnos, Imbros, Samotracia, Thasos, la poderosa Eubea y otras muchas.

La Historia de la Grecia se divide en cinco épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos hasta la dominacion de los helenos (2200 á 1400 ántes de J. C).

Segunda. Edad heróica (1400 á 1180).

Tercera. Desde la invasion de los Dorios hasta el principio de las guerras médicas (1180 á 500).

Cuarta. Desde las guerras médicas hasta la batalla de Queronea (500 á 338).

Quinta. Desde la dominacion de la Grecia por los macedonios hasta que es declarada provincia romana (338 á 146).

Primera época.—La Grecia debe su poblacion á los pelasgos, que fundaron en ella varios Estados, entre los que son notables Elis y Argos, en la Grecia Meridional; Tebas, al Este de la Central, y los de Larissa y de Dodona, el primero en la Tesalia y el segundo en el Epiro: á los helenos, que diez y seis siglos ántes de Jesucristo, la invadieron fundando los Estados de Pilos y de Corinto (Eolios), de Micenas, de Argos y de Laconia (Aqueos), otros en la Atica y en el Norte del Peloponeso (Jonios), otros que se quedaron en la Tesalia poblando la isla de Creta (Candía), y á diversas

colonias extranjeras (1550 á 1350), entre las cuales fueron más notables las egipcias de Cecrops y de Danao, que se establecieron respectivamente en Atenas y en el Peloponeso, la fenicia de Cadmo, que se apoderó de la Beocia, y de la Pelops, que dió su nombre al Peloponeso.

Segunda época.—Los helenos, descendiendo de la Macedonia y la Tesalia, conquistaron la Grecia despues de varios siglos de encarnizada lucha.

Llenan este período, de cerca de trescientos años, no pocos sucesos históricos que han desfigurado de consuno las fábulas mitológicas, el amor pátrio y el génio de los grandes poetas de la antigüedad.

Son entre estos acontecimientos, los más memorables, las hazañas de Hércules y Teseo, la expedicion de los Argonautas, la guerra de Tebas y la de Troya.

En estos tiempos de revueltas y de desórdenes, alcanzaron justa fama ciertos hombres que hicieron cruda guerra á fieras y malvados que asolaban la Grecia, de los que no ha conservado la Historia más que los nombres del dorio Hércules y del ateniense Teseo, únicos que recordó la memoria de los griegos agradecidos: de ahí los trabajos del primero y las hazañas del segundo.

Más tranquila la Grecia, parte para establecer nuevas relaciones comerciales, parte para limpiar el el Archipiélago de piratas, pensaron los helenos en expediciones marítimas.

Al efecto prepararon una escuadra, en la que embarcándose cincuenta y cuatro jefes griegos, con sus respectivos contingentes, á las órdenes de Jason que montaba la nave *Argos*, de que tomó nombre la empresa, hicieron rumbo hácia el desconocido Euxino, en demanda de la Cólquida, donde se apoderaron del *vellocino de oro.*

Demuestra el atraso de los griegos en esta época y lo limitado de sus relaciones comerciales y de sus conocimientos geográficos, la afirmacion de que tratando el sorprendido Ætes, rey de la Colquida, de vengar el ultraje recibido, apercibiendo sus naves y sus numerosos aliados, se colocó á la entrada del Bósforo para castigarlos, y que los griegos burlaron tan grave peligro, regresando á su país por otro camino, cuando es sabido que el Euxino no tiene más vía marítima que el Bósforo Trácico.

La guerra de Tebas es ejemplo de la fuerza del destino ciego, del hado que, como falsamente afirman la religion y la filosofía paganas, impulsa á los hombres inconscientes.

Reinaba Layo II en Tebas, el cual tuvo un hijo de su mujer Yocasta. Consultado el oráculo sobre el destino de este príncipe, por la respuesta del númen, afirmando que el niño habia de ser causa de terribles desgracias, Layo lo expuso en la vía pública, de donde fué recogido por personas compasivas.

Educado Edipo en la ignorancia de su orígen, dió muerte á su padre, se casó con su propia madre y murió de dolor al conocer los crímenes á que lo habian impulsado *los hados*.

De este incestuoso enlace nacieron Eteocles y Polinice, mortales enemigos desde la cuna, y habiendo Eteocles usurpado el reino de Tebas, su hermano, auxiliado por otros siete jefes, despues de haber instituido los terribles juegos Némeos, se dirigió contra la capital de la Beocia, ante la cual los dos hermanos se dieron la muerte y perecieron todos los jefes, á excepcion de Adrasto, rey de Argos y suegro de Polinice.

La guerra de Troya es la vindicacion de la moral y del derecho internacional ultrajados.

Mediaban grandes resentimientos entre pelasgos (troyanos) y helenos: Tántalo, bisabuelo de Agamenon, habia robado al troyano Ganimedes; Hércules habia saqueado á Troya y muerto á Laomedonte, despues de apoderarse de su hija; Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, robó en represalias á Elena, esposa de Menelao.

Sediento de venganza Agamenon, convocó á los jefes de las ciudades griegas y con ellos, en mil doscientos bajeles que reunió en Aulide, se dirigió al Asia Menor.

Priamo en tanto, que dominaba desde la Propontide al mar de Licia, se apercibió al frente de una confederacion de pueblos asiáticos.

En esta guerra, lucharon encarnizadamente el Oriente y el Occidente, y en ella fueron principales actores, por parte de los griegos, los reyes de Argos y de Esparta, Ulises de Itaca, Nestor de Pilos, Idomeneo de Creta, Aquiles de Ftia, Ayax de Salamina y Diomedes de Argolida; y por la de los troyanos, Priamo, Hector y otros muchos.

Parece que la guerra concluyó con un convenio en que prometieron los griegos no inquietar á los aliados y súbditos de Priamo y los troyanos no poner el pié en el Peloponeso, la Beocia, Creta, Itaca, Ftia y Eubea.

Homero inmortalizó esta guerra en su incomparable Iliada, y el dulcísimo Virgilio, que tomó su argumento de Stesicoro, cantó en su Eneida la expugnacion y la ruina de la ciudad asiática.

LECCION XIII

INVASION DE LA GRECIA. —SUS CONSECUENCIAS. —ATENAS Y ESPARTA.—PISISTRATO.—HIPIAS É HIPARCO.

Como un siglo despues de la guerra de Troya, los tesalios, cayeron desde el Norte sobre la antigua Hemacia, la conquistaron desposeyendo á dorios y á beocios y dieron su nombre al país, que desde entonces se llamó Tesalia.

Este acontecimiento produjo un grande movimiento de empuje en los pueblos que habitaban las diversas comarcas griegas, lanzando los unos á los otros de sus primitivas mansiones.

Así los dorios, unidos á los etolios, fundaron en el Peloponeso los reinos de Esparta, Mesania y Argolida; los etolios se fijaron en la Elida; los aquos, estableciéndose en las orillas septentrionales del golfo de Corinto, dieron nombre á la Acaya, y los jonios, fijándose en la parte más Sureste de la Hellada, engrandecieron la Atica: parte de los jonios, fugitivos de este último país, pasando el mar Egeo, sembraron de colonias las costas de la Lidia: los dorios de la

Argolida las llevaron á la Caria y á las islas de Cos y de Rodas.

Por consecuencia de estos cambios y guerras varió en la Grecia la condicion social de las personas, que por punto general se dividieron en tres clases: la de los vencedores dorios, la de los domiciliarios y la de los vencidos, reducidos á la esclavitud.

Dos grandes centros de poder se señalan al cabo en la Grecia; los dorios dueños del Peloponeso, á cuyo frente se colocó Esparta; y los jonios, dominadores de la Grecia Central, dirigidos por Atenas.

El poder real en Esparta, se dividió entre las familias sucesoras de los dos hijos de Aristodemo, que representaban Proclés y Agis.

Polidecto, descendiente de los Proclidas, dejó un hijo póstumo, Carilao, en cuyo nombre gobernó á Esparta su tio Licurgo, que aceptó el cargo de legislador, dado por el pueblo y que sancionó el oráculo de Delfos.

Licurgo se propuso en sus famosas leyes, más que otra cosa, hacer de Esparta un vasto campamento de soldados.

El ódio al lujo, el amor á la patria, el valor personal y la obediencia á los superiores. fueron el fin de su legislacion.

Así los reciennacidos, débiles ó contrahechos, son inhumanamente muertos; la educacion casi se reduce al desarrollo de las fuerzas físicas y al más profundo respeto á jefes, maestros y ancianos; las comidas son frugalísimas y se hacen en comun; proscríbense el comercio, el uso de los metales preciosos, los viajes al extranjero, y, dividido el territorio, se prohibe la venta de las tierras que son propiedad del Estado.

Licurgo dividió el poder entre los reyes, el senado, y la asamblea popular.

Ciento cincuenta años despues de la muerte de Licurgo, empezaron las guerras entre los espartanos y sus colindantes los mesenios.

Estas guerras fueron tres y, á apesar de los heróicos esfuerzos de los mesenios, terminaron con la derrota de éstos, de los que, unos se quedaron en el país, reducidos á la condicion de *ilotas*, y otros emigraron á Italia y á Sicilia, estableciéndose en Zanclea, á la que dieron el nombre de Mesina.

Los mesenios llevaron á Italia las luces y la civilizacion griega, cuyas comarcas recibieron por ellos el nombre de *Magna Grecia*, desde la desembocadura del Tiferno y del Silaro á los cabos Pachyn y Lilibeo.

En Atenas se estableció la autoridad real que fué suprimida á la muerte de Codro, instituyéndose el Arcontado que ejerció su hijo Medon, continuando sus sucesores en este cargo por espacio próximamente de cuatro siglos. La autoridad de los Arcontas fué restringiéndose, ya limitándose su duracion al espacio de diez años, ya aumentándolos al número de de nueve, elegidos cada un año. De estos nueve Arcontas, tres ejercian el poder judicial, de los cuales el uno era llamado por antonomasia el *Arconta* ó *Epónimo*, que cuidaba de los negocios civiles y daba su nombre al año; el *Basileo*, que dirigia los asuntos religiosos, y el *Polemarca*, que tenia á su cargo los militares; los otros seis *(Termotetas)* constituian un colegio que velaba por la conservacion del órden y la pureza de las costumbres.

Desacreditada esta forma de gobierno, encargóse al Arconta Dracon la reforma de las leyes, cuyas disposiciones severísimas descontentaron á todos.

En su consecuencia estallaron guerras y desórdenes que se calmaron cuando Solon, (354), descendiente de Codro, fué nombrado primer Arconta.

Solon estableció leyes conciliadoras, procurando contentar á las diversas clases que entónces luchaban en Atenas.

Casi en todos los pueblos de la Grecia degeneraron los gobiernos en oligarquías, cuya conservacion en nada interesaba al pueblo; así es que cuando algun ciudadano que se hacia notable en cualquier sentido, solicitaba los votos de la asamblea, ésta se los concedía.

Por tal camino, Pisistrato, pariente de Solon, se hizo dueño de los destinos de Atenas, que gobernó con gran esplendor, aunque arrojado tres veces del poder por sus contrarios, los Alemeonidas, poder que recobró otras tantas, dejándolo al morir á sus dos hijos Hipias é Hiparco.

Faltos los hijos de Pisistrato de las condiciones propias para deslumbrar á las muchedumbres, cayeron ante una sublevacion dirigida por Aristogiton y Harmodio.

Hiparco fué muerto, é Hipias, fugitivo, se refugió en los Estados de Dario Hidaspes, rey de Persia, ofendido por los griegos del Asia Menor, que con ayuda de los de Europa, habian incendiado á Sardes, capital de la Libia, y ansiando vengarse, escuchó con viva alegría á Hipias, preparándose por tal camino las famosas *Guerras Médicas*.

LECCION XIV

GUERRAS MÉDICAS.

Primera guerra médica.—El Imperio persa habia llegado á la cumbre de su poder: y así como Ciro lo engrandeció en el continente asiático y Cambises en el africano, Darío I, sucesor de éste, puso sus codiciosos ojos en Europa.

La destruccion de Sardes irritó de tal manera al monarca persa, segun ya hemos dicho, que, de su órden, un sátrapa le recordaba todas las mañanas la ofensa y la necesidad de vengarla.

A estos motivos de ira agregábanse la ambicion del hijo de Hidaspes por conquistar la Europa que ya habia aprendido á vencer en su expedicion contra los escitas, y los consejos del rencoroso Hipias que, asíduo cortesano de Darío en Susa, le pintaba á la Grecia dividida y fácil de vencer: tales fueron las causas de las guerras médicas.

Darío, en efecto, puso á las órdenes de Mardonio, sátrapa de la Lidia y su yerno, una escuadra y un

gran ejército; pero la escuadra fué destruida cerca del promontorio de *Athos* (cabo Santo) y los valerosos tracios, amparados en sus montañas, hicieron sufrir tan terribles pérdidas al ejército, que Mardonio tuvo que abandonar la empresa, salvando los restos de sus tropas en el Asia Menor.

Este desastre irritó aún más la cólera de Darío que mandó heraldos ordenando á los griegos la entrega de la tierra y del agua, esto es, la sumision. Atenas y Esparta contestaron á tan humillante precepto dando muerte á los enviados y preparándose para la guerra, aunque no todos observaron en Grecia análoga conducta, porque no pocas ciudades del continente y de las islas obedecieron la intimacion.

Darío armó una gran escuadra y un ejército comandados por Datis y Artafernes, los que, conducidos por el rencoroso Hipias, saquearon la ciudad de Eretria en la isla de Eubea y trasladaron sus habitantes á Anderica en la Susiana.

En situacion tan desesperada, Atenas reclama el auxilio de los demás pueblos griegos. Esparta promete tropas que en vano son esperadas, y sólo Platea, ciudad de la Beocia, entre el monte Citheron y el rio Asopo, manda mil hombres.

El valeroso y experto Milciades, con un ejército de diez mil soldados y algunos esclavos, toma posiciones cerca de Marathon (en la Atica) al frente de los persas que contaban con un ejército diez veces superior en número.

La victoria de los atenienses fué completa, muriendo en la batalla gran número de persas con el traidor Hipias. Los vencidos se refugiaron apresuradamente en sus naves, apoderándose los atenienses, entre los grandes despojos de tan insigne combate, de un gran trozo de mármol que aquéllos llevaban

consigo para erigir un trofeo á su soñada victoria, el cual fué entregado á Fidias para que esculpiera una Nemesis; erigiéronse tumbas en honor de los muertos y se colocó un cuadro en el pórtico Pecilo, en el que, por única recompensa, obtuvo Milciades el honor de ser retratado al frente de los demás generales en actitud de exhortarlos á la pelea.

Milciades, con setenta naves, marchó á castigar las islas que no habian cumplido con su deber; pero mostrándosele contraria la fortuna en Paros, fué juzgado como traidor y condenado en los gastos de la empresa. Falto de recursos el héroe, no pudo pagarlos y fué reducido á prision, donde murió víctima de la ingratitud de la plebe ateniense.

Preparaba Darío un ejército poderoso para vengar la afrenta de Marathon, cuando una sublevacion en el Egipto y á poco la muerte, estorbaron sus propósitos.

Segunda guerra médica.—A Darío sucedió su hijo Jerjes, que lo hubo de su segunda y predilecta mujer Aloxa, hija de Ciro.

Jerjes, excitado por su cuñado Mardonio, por los partidarios de Hipias, por los príncipes tesalios y por su favorito el adivino Onomacrito, reunió al cabo de tres años de preparativos inmensos, un ejército de un millon setecientos mil infantes y cuatrocientos mil caballos, sin contar los numerosos eunucos, vagabundos, marineros y mujeres que lo seguian y que hacian sumar aquella masa de gente como á cinco millones de almas.

Florecian entónces en Grecia Arístidis y Temístocles, notable el primero por su prudencia y desinterés, y el segundo por su habilidad y su valor incomparable.

Oponiéndose Arístedis á Temístocles, por considerar las eminentes cualidades de éste peligrosas

para la república, entablóse entre ámbos una lucha en la que fué vencido el primero y condenado al ostracismo.

Un incidente ocurrido en la asamblea, durante la votacion, pinta gráficamente el carácter de aquellos atenienses, suspicaces y desconfiados como los ciudadanos todos de todos los gobiernos democráticos.

Asistia Aristides á la votacion en que se decidía su suerte, cuando un individuo se le acercó sin conocerlo, suplicándole que escribiera su nombre en la concha que le entregaba, condenando; y como aquel le preguntara *¿pero qué mal te ha hecho ese hombre?* Le respondió: *Ni aun siquiera le conozco, pero ya me cansa oirle llamar continuamente el Justo.*

Construido un puente de barcas en el Helesponto, para que por él pasara el ejército persa, y habiéndolo destruido una tempestad, Jerjes mandó azotar al mar y fabricando otro nuevo, siete dias tardaron sus tropas en trasladarse al Chersoneso de Tracia.

En Dorisco, en el país de los Cicones, pasó Jerjes revista á su ejército.

En tan grande apuro y por indicacion del mismo Temístocles, fué Arístides llamado á su patria.

Consultado el oráculo acerca de lo que debía hacerse, contestó la pitonisa que los atenienses debian buscar su salvacion en muros de madera, por lo que, trasladados los niños, mujeres y riquezas á Egina, Salamina y Tezene, trescientas naves con los hombres útiles se situaron cerca del promontorio Artemisío, en la isla de Eubea, cerrando el paso á las naves persas.

Impedido el camino del mar, encargóse á Leonidas que defendiera las Termópilas, paso estrecho y difícil entre la Tesalia y la Locrida, fortificado parte por la naturaleza, parte por el arte. El espartano no

quiso llevar consigo más que trescientos de los suyos, á los que se agregaron como unos siete mil hombres.

Despues de haberles hecho Jerjes todo género de tentadoras proposiciones, que fueron noblemente rechazadas, al quinto dia los centinelas anuncian á aquellos valientes: *Ya tenemos encima á los persas.—Antes bien*, opone Leonidas, *los tenemos debajo:—Pero son tantos*, replicó uno, *que sus flechas oscurecerán el sol.—Mejor*, dice Dioneces, *así pelearemos á la sombra.*

El griego Efialtes mostró á Jerjes otro paso que facilitó al persa rodear á los griegos por todas partes.

Leonidas entónces, al frente de sus trescientos espartanos y algunos centenares de aliados, atacó heróicamente el campamento medo, hasta entrar en la propia tienda de Jerjes, donde hizo gran carnicería.

Vendido por los tebanos, rodeado por la multitud de sus enemigos, y contados los suyos á la claridad de la aurora, excepto uno, todos al fin fueron muertos (Julio de 480).

Más adelante se colocó en las Termópilas esta inscripcion, escrita por Simónides:—*Pasajero, dí á Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus santas leyes.*

Jerjes, siguiendo adelante, se apoderó de la abandonada Atenas y la redujo á un monton de escombros.

Este desastre produjo tal espanto entre los griegos, que trataron de disolver su escuadra; por lo que, temiendo Temístocles que tal resolucion se llevara á cabo, hizo avisar secretamente al persa, anunciándole que, en este caso, le seria muy difícil vencer á los griegos, que, en su accidentado país, le opondrian muchos centros de resistencia.

Jerjes, dando crédito al aviso, acometió con sus mil doscientas siete naves, á las trescientas de los

griegos, que lo esperaban en el estrecho de Salamina, donde fué completamente derrotado y forzado á huir á la Persia con el resto de su escuadra (Setiembre de 480).

Aún quedaba Mardonio con un ejército de trescientos mil hombres, la flor de las tropas persas, que se encontraron con los griegos mandados por Pausanias y Arístides, en los campos de Platea (en la Beocia, al Sur de Tebas), donde los griegos alcanzaron la más completa victoria, con muerte de Mardonio y de cuarenta mil de los suyos (Setiembre de 476).

El mismo dia de la victoria en Platea se señaló por otro hecho de armas no menos notable.

La escuadra persa, que contaba aún cuatrocientas naves mandadas por Tigranes, llegando al promontorio Micale, á la entrada del célebre golfo Lamáico, fué sacada á tierra y rodeada de muros, amparándose tras de ellos los medos como en una plaza fortificada.

Los griegos, á las órdenes del ateniense Jantipo y del espartano Leotiquidas, acometieron á los persas é incendiaron su escuadra.

De aquí en adelante fué imposible sostenerse á los persas.

Jerjes, de vuelta á Susa, murió en una conjuracion tramada por Artabano y por el eunuco Spamitres.

Terminada esta segunda parte de las célebres guerras médicas, á pesar de la oposicion de Esparta, Atenas fué reedificada, y los persas, vencidos en los campos de batalla y en el mar, se dedicaron á corromper por medio del oro á los griegos, excitando entre ellos rivalidades y vergonzosas ambiciones.

El altanero Pausanias, vanidoso con la victoria de Platea, convicto de traicion á su patria, fué condenado á muerte por los éforos, y habiéndose refugiado en el templo de Neptuno, le encerraron en él tapiando sus

puertas, donde murió de hambre. Su misma madre puso la primera piedra, para impedir la salida al traidor, renegando del hijo enemigo de su patria.

Los ingratos atenienses dudaron de Temístocles que, citado ante los jueces, tuvo que huir, siéndole sus bienes confiscados.

El vencedor de Salamina, perseguido por el ódio de los lacedemonios, se refugió primero cerca de Adumeto, rey de los molosos, luego en Pidna, y por último, se embarcó para la Jónia.

Arrojado por una tempestad á la costa del Asia, se vió obligado á presentarse á Artajerjes Longimano, sucesor de Jerjes, que lo recibió con generosidad, muriendo al cabo entre los que tantas veces habia vencido.

En el destierro, en las costas del mar Egeo, debió muchas veces recordar el solitario Temístocles las tristes palabras de su padre, que, mostrándole una barca vieja y abandonada en la playa, le decia proféticamente: *Así abandona el pueblo á aquel á quien ya no necesita.*

Arístides murió tan pobre que la república tuvo que pagar sus funerales y alimentar á sus hijos.

Tercera guerra médica.—Cimon, hijo de Milciades, sucedió á Temístocles en la direccion de los asuntos de Atenas.

Cuando Artajerjes, heredero de Jerjes, se aseguró en el trono dando muerte al parricida Artabano, envió un gran ejército y apercibió una poderosa escuadra en el Eurimedonte, rio que tributa sus aguas al mar de la Pamphilia.

El ejército persa recobró á Chipre.

Cimon destruye la escuadra meda; viste sus soldados con las ropas de los vencidos persas; cae de esta manera sobre el engañado y sorprendido ejército

enemigo, y los destruye, alcanzando en un solo dia (470) dos grandes victorias dignas de Salamina y de Platea.

Desesperanzado Artajerjes en sus luchas con los griegos, contrató una paz vergonzosa, en la cual se estipuló la libertad de las ciudades griegas del Asia Menor; que los buques persas no navegaran en el mar Egeo y que sus tropas no se acercasen á las costas griegas en distancia menor de tres jornadas. Con este tratado, que se conoce en la Historia con el nombre de paz de Cimon, tuvieron fin las guerras médicas (449) que duraron por espacio de cincuenta y un años.

LECCION XV

(Tucidides: Guerra del Peloponeso.—
Jenofonte: Retirada de los diez mil).

Ya hemos visto á la celosa Esparta oponiéndose á la reedificacion de Atenas, víctima de su fidelidad á la patria comun. Estos celos crecieron en vista de la prosperidad, cada vez mayor, de la Atica, que engrandecida y orgullosa con tan repetidos triunfos, imponia su dominacion á las ciudades todas de la Grecia.

Estas rivalidades habian de resolverse por medio de las armas; y fueron causa de la guerra del Peloponeso.

Pericles, de ilustre nacimiento, hermoso de cuerpo, rico de ingenio, elocuente, conocedor de los hombres y de los tiempos, dotado de una irresistible elocuencia, adornado de todas las cualidades que convierten á las democracias en esclavas de un hombre, dominaba á la sazon en Atenas.

Él engrandeció su patria con suntuosísimos edifi-

cios, entre los que son de notar los Propíleos, incomparable vestíbulo dórico enriquecido con obras de Fidias, de Miron y de Alcamenes; el Partenon, consagrado á Minerva, y el Odeon, dedicado á los certámenes musicales.

Sitiada Potidea por los atenienses, para libertarla, celebraron una conferencia en Corinto los representantes de siete repúblicas del Peloponeso y de las nueve de la Grecia Septentrional, excepto pocas ciudades que permanecieron adictas á Atenas; y, por su resolucion, la guerra quedó declarada.

Esta lucha en que predominaba Atenas como señora de las fuerzas marítimas, y Esparta por su superioridad en las terrestres, habia de ser larga y empeñada y sangrienta como toda contienda civil.

Contaba Atenas con inmensos recursos procedentes por su mayor parte de los enormes tributos impuestos sobre los aliados, los cuales habian de amenguarse con la guerra; pero las obligaciones que sobre ella pesaban eran aún mayores en razon á los gastos que le imponían sus grandes escuadras, y sobre todo por las pretensiones de la plebe que, adulada por Pericles, vivia á cargo del Estado y por las pagas señaladas á los ciudadanos, que encontrando en ello su subsistencia, concurrian asíduamente á los tribunales y á las asambleas.

Avanzaban los espartanos dirigidos por su rey Arquidamas en tanto que las naves atenienses talaban las costas del Peloponeso: así prosiguió la guerra por espacio de tres años sin que ocurrieran trances decisivos, pero durante los cuales, devastada la Atica, sus habitantes se refugiaron en la capital, que sufrió la falta de víveres y de moradas, natural consecuencia de la afluencia extraordinaria de personas.

Una asoladora peste, que, originaria de la Etio-

pía, despues de diezmar el Egipto, invadió la Grecia, coronó tantos males. Más de dos años duró esta calamidad, durante los cuales, sólo en Atenas, y en los alistados para la guerra, mató cinco mil hombres, y de la que fué víctima el mismo Pericles.

Al fin se ajustó la llamada paz de Nicias: pero como subsistian las causas de la guerra, fácil era comprender que aquélla no era más que una efímera tregua.

Alcibiades, sobrino de Pericles, y gran conocedor de las pasiones del vulgo, hizo abrir de nuevo la lucha que por espacio de tres años se limitó á sucesos poco importantes hasta la batalla de Mantinea, ganada por los espartanos.

Emprendida por consejo del ambicioso Alcibiades la guerra contra Sicilia, y habiendo sufrido en ella grandes reveses los atenienses, Alcibiades, perdido el favor de la plebe y llamado para dar cuenta de su conducta, se refugió en Esparta, declarándose enemigo de su patria.

De Lacedemonia tuvo tambien que huir muy pronto, perseguido por su vergonzoso libertinaje, acogiéndose á Persia, de donde al cabo volvió, llamado por sus volubles compatriotas.

Nuevamente salió Alcibiades desterrado á las costas de la Tracia con ocasion de la derrota que á los atenienses hizo sufrir el espartano Lisandro en las aguas de la isla de Samos.

Tras de la victoria alcanzada por Atenas contra los enemigos en las Arginusas, con muerte del general espartano Calicratidas, Lisandro hizo sufrir á los atenienses una gran derrota en Egospótamos (Chersoneso de Tracia), á que siguió el terrible sitio de Atenas que acabó con un tratado en el que se acordó que fueran desmontadas las fortificaciones del Pireo

y los muros que lo unian á la ciudad; que, exceptuando ocho, los atenienses entregaran á los espartanos todas sus naves; que levantaran el destierro á los amigos del partido aristocrático; que siguieran á Esparta en toda guerra y que recibieran de su misma enemiga la forma de gobierno.

Así acabó la guerra del Peloponeso; que duró veintisiete años, que dejó á la Grecia yerma, dividida en eternos rencores, y á la Atica abandonada á la tiranía de Esparta.

Desmantelada Atenas, puso Lisandro al frente de ella treinta indivíduos, de los cuales era el principal Critias, los que se entregaron á tal género de atrocidades y violencias que han merecido que la Historia los confirme en el nombre de *los treinta tiranos*, con que fueron conocidos. Para apreciar la conducta de estos oligarcas basta con la asercion de Jenofonte, quien afirma que pereció más gente en los ocho meses que tales monstruos dominaron á Atenas que en los últimos veintisiete años de guerra.

El mismo Temístocles, arrojado de su refugio de Tracia y escondido en los dominios de Farnabazo, viéndose á punto de ser preso por las gentes del sátrapa que obedecia á las instigaciones del feroz Lisandro, murió peleando para no caer en las manos de sus implacables enemigos.

Una conjuracion tramada por setenta emigrados, dirigida por Trasíbulo, se apoderó del puerto de Pilos; luego, con el refuerzo de quinientos hombres que les envió Licias, del Pireo, y por último de Atenas, derribando tan odiado gobierno.

No mejoraron por eso en la Atica la moral y las costumbres públicas degradadas, pues el filósofo Sócrates fué condenado á beber la cicuta.

Reinaba en Persia Artajerjes II (Mnemon), hijo de

Darío II Notho (Ocus) y gobernaba la Lidia, la Frigia y la Capadocia su hermano menor Ciro el Jóven, el cual, deseando desposeer á Artajerjes del trono, armó cien mil guerreros y con auxilio de trece mil griegos se sublevó contra él. Las tropas de ambos hermanos se encontraron en Cunaxa, á la márgen del Eufrates, donde Ciro fué vencido y muerto.

Diez mil hombres, resto de los auxiliares griegos despues de esta batalla, conducidos por el historiador Jenofonte, emprendieron la famosísima retirada á que su número dió nombre, y tras de mil combates, privaciones y fatigas, llegaron á Grecia, aunque reducidos al número de seis mil.

Agesilao, rey de Esparta, corrió al Asia en socorro de los suyos, donde alcanzó grandes victorias; pero en breve tuvo que regresar á su patria, que atacada por la liga griega contra los lacedemonios, habia sido vencida por Conon (394), en el combate naval de Gnido (Península Dorida).

A poco (387) Antalcidas tuvo que estipular con Artajerjes un tratado vergonzoso para la Grecia, donde ya habia muerto el espíritu que produjo tantos héroes, durante las guerras médicas.

Por un momento pareció reanimarse este espíritu en la Beocia.

En Tebas, el partido aristocrático pidió auxilio á los lacedemonios contra el democrático, y los espartanos se valieron de este pretexto para ocupar la ciudadela Cadmea, suceso que fué causa de una revolucion, que obligó á abandonar su patria á más de cuatrocientos tebanos.

A poco tiempo, los fugitivos, con auxilio de los atenienses, se apoderaron de Tebas, arrojando la guarnicion lacedemonia.

Dirigian estos sucesos Pelopidas, de noble cuna,

rico, valeroso, y Epaminondas, filósofo, pobre, modesto, esforzado y uno de los más notables hombres de guerra de la antigüedad.

La lucha entre Tebas y Esparta se hizo general, pero muerto Pelopidas en una expedicion contra Alejandro, tirano de Feres, y muerto tambien Epaminondas en la batalla de Mantinea (362), terminó la guerra y el pasajero engrandecimiento de Tebas con un tratado de paz que ajustó Artajerjes, rey de Persia, que combatia á los griegos con el oro y las intrigas, preparando por tal manera la dominacion de los macedonios.

LECCION XVI

LÍMITES DE LA MACEDONIA.—FILIPO.—ALEJANDRO EL GRANDE.

(SAINTE-CROIX: Exámen crítico de los antiguos historiadores de Alejandro el Grande.)

La Macedonia, situada al Septentrion de la Grecia, estaba separada de la Mesia por el monte Orbelo; al Oeste limitaba con la Iliria y el Epiro en los montes Scardus y Stymfeo; llegaba por el Sur á la cordillera Cambunia que la separaba de la Thesalia, y al Este acababa en el mar Egeo y en el rio Nestus, límite de la Tracia.

Sólo poseia la Macedonia costas en el Egeo, donde son de notar el Golfo Strymónico, el Singítico, el Torónico y el Thermáico, que rodean la península Chalcídica.

Parece que los jefes de una aristocracia militar venian rigiendo los destinos de la Macedonia, desde los principios, en que estuvo á punto de desaparecer luchando contra sus vecinos los tracios, los peonios y

los ilirios, y que aquéllos vinieron sucediéndose en el mando á título de herencia. Entre ellos son de notar Pérdicas II, Arquelao y Amintas II.

Amintas dejó tres hijos, de los cuales Alejandro, que sucedió á su padre, dió en rehenes á los tebanos á su hermano Filipo, que con tal ocasion se educó en la casa y en el ejemplo de Epaminondas.

Filipo huyó á Macedonia, se apoderó del gobierno y, durante los veinticuatro años que ejerció su autoridad, la elevó al mayor grado de esplendor.

Valiéndose de su superior habilidad, se apoderó de Potidea, de Anfípolis y de las ricas minas del Pangeo.

Anulada la Grecia por sus eternas rivalidades, en ella puso los ojos Filipo como primer objetivo de su engrandecimiento.

Caminando para ello con pasos tan astutos como seguros, expulsó á los tiranos de Feres y se apoderó de la Thesalia, en tanto que en Macedonia organizaba la famosa falange y elegía, dentro de la poderosa aristocracia de sus Estados, una guardia que era su córte armada dentro del país y sus rehenes para cuando de él salia.

En un país tan degradado como Grecia, no tardó en presentarse al macedonio ocasion de realizar sus planes de engrandecimiento.

En la Fócida, rica con el templo de Delfos, habia declarado Apolo malditos los territorios de Crisa y de Cirra, que fueron condenados á perpétua esterilidad, despues de exterminados sus habitantes; pero habiendo ciertos focenses cultivado una parte de él, el consejo de los Anfictiones los declaró sacrílegos, suceso que fué causa de la llamada *Guerra sagrada*, que concluyó por la intervencion armada de Filipo, quien logró que se excluyera de los estados coaligados á la Fócida, nombrándose en su lugar á la Macedonia, y

que se quitara á los de Corinto la presidencia de los juegos Píticos que se confió al mismo Filipo.

Florecian entónces en Atenas dos hombres ilustres: Demóstenes y Focion.

Dotado el primero de una elocuencia sublime y arrebatadora, creia posible que volvieran para su patria los tiempos de Temístocles y de Arístides. Focion, amantísimo de su patria, conocia el escaso valer de los griegos: su elocuencia consistia en decir el mayor número de cosas en el menor número de palabras. De él solia decir Demóstenes: *Focion es la segur de mis discursos.*

Demóstenes y Focion, conocedores de los planes del macedonio, se ocupaban en contrariarlos; pero por distinto camino.

Éste, que habia mandado las tropas atenienses cuarenta y cinco veces, aconsejóles siempre la paz; aquél, cobarde y pusilámine, clamaba en toda ocasion por la guerra.

A un ciudadano que preguntaba á Focion si se atreveria aún á hablar de paz, contestó éste: *Me atrevo, aunque sé que, habiendo guerra, tú me obedecerias, y que miéntras dure la paz, te obedeceré yo á tí.*

Filipo, bajo pretexto de que los atenienses habian ayudado á sus enemigos, ocupó parte de la isla de Eubea; entónces los atenienses confiaron el mando de sus tropas á Focion, que hizo retirarse á los macedonios.

Habiendo los locrios de Anfisa reincidido en el sacrilegio de cultivar terrenos sagrados, se renovó la guerra, y por consejo de Esquines, rival de Demóstenes en la elocuencia y vendido al oro de Filipo, fué confiada la direccion de las tropas al macedonio.

En vano fueron los consejos de Focion; coaligáronse atenienses y beocios, y marcharon contra Fili-

po que los venció en Cheronea, á las márgenes del Cephiso, donde los cuatrocientos del batallon sagrado de Tebas perecieron todos. Focion, que habia sido excluido del mando, sostuvo los ánimos, y huyó cobarde Demóstenes arrojando vergonzosamente el escudo.

Cuando proyectaba Filipo, armando á todos los pueblos griegos, combatir á los persas, que, vencidos en las guerras médicas, intervenian en todas las disensiones de los pueblos helénicos, siendo los autores de su degradacion y vileza, Pausanias, tal vez instigado por el mismo rey persa, lo asesinó durante la solemnidad de las fiestas con que celebraba el casamiento de su hija, al cumplir los cuarenta y siete años de edad y veinticuatro de regir con segura mano los destinos del pueblo macedonio.

A Filipo sucedió su hijo Alejandro.

Educado éste por Aristóteles, y jóven de cuerpo aunque maduro de espíritu, creyeron los griegos que habia llegado el momento de recobrar su independencia: así, celebraron el asesinato con repugnantes fiestas y alegrías. Demóstenes se presentó al pueblo coronado de flores; propuso que se dieran gracias á los dioses y se ofrecieran coronas al asesino Pausanias. Solo Focion, prudente como siempre, dijo á los atenienses: *No hay sino un soldado menos en el ejército que nos venció en Queronea.*

Alejandro conquistó con dádivas y privilegios la voluntad de los jefes macedonios, castigó á tracios y getas, tríbalos é ilirios; reforzóse con la caballería pesada de los tesalios y la ligera de los agrianos, y escribió al vocinglero é imprevisor Demóstenes: *Me llamaste niño cuando estaba en el país de los tríbalos; adolescente cuando penetré en Thesalia; ya soy hombre, y espero estar dentro de pocos dias delante de Atenas.*

Y en efecto, se precipitó como un torrente sobre la Grecia sublevada.

Tebas, que habia asesinado á su guarnicion y que se atrevió á resistir al macedonio, fué arruinada y vendidos treinta mil de sus ciudadanos, no perdonando Alejandro más que á los sacerdotes y á los descendientes del poeta Píndaro.

Comprendiendo Atenas con esta ruda leccion que no debia oir los consejos del siempre ciego Demóstenes, se apresuró á pedir la paz que le fué otorgada generosamente, y, como acontece siempre en los pueblos degradados, á las vocinglerías y á los gritos de falsa independencia sobrevinieron las muestras de la más servil bajeza. El consejo de los Anfictiones proclamó á Alejandro general de las tropas griegas; la asamblea convocada en Corinto le confirió el mando de la expedicion contra los persas; adulábale la Pitonisa de Delfos, y oradores, poetas y sofistas cayeron á sus piés.

Alejandro, despues de celebrar la fiesta de las Musas al frente de su ejército, más fuerte por su condicion que por su número, provisto de víveres para cuarenta dias y con sesenta talentos, tomó el camino del Asia.

Formaban el ejército del hijo de Filipo en esta portentosa expedicion, 12.000 macedonios, 7.000 aliados, 5.000 mercenarios, 5.000 odrisios, tribalios é ilirios, 1.000 arqueros agrianos, 1.500 ginetes macedonios, igual número de tesalios y 600 griegos, 900 exploradores tracios y peonios, caballería de varias especies, dimacos que peleaban á pié y á caballo, muchos soldados ligeros, y su guardia, compuesta de macedonios.

Alejandro se dirigió con sus tropas á Sexto, embarcadas en ciento sesenta triremes, en cuya pobla-

cion halagó la vanidad griega y rindió tributo á sus aficiones clásicas postrándose ante el sepulcro de Aquiles.

En seguida atravesó el Helesponto, y en la opuesta orilla del Granico venció al numeroso ejército de Darío Codomano, con muerte de su general ródio Nnemon que lo dirigia.

A seguida sometió el Asia Menor y encontrando al valeroso Darío en Isso, lo derrotó completamente.

Proponiéndose despojar á los persas de sus costas occidentales, ántes de atacarlos en el centro de su imperio, se encaminó á la insular Tiro, donde, falto de naves con que combatirla, hizo construir un dique que unia la ciudad al continente, y despues de siete meses de asedio, se apoderó de la opulenta ciudad fenicia, haciendo pasar á cuchillo á ocho mil ciudadanos, vender á treinta mil y ahorcar á dos mil jóvenes que se le rindieron.

Igual conducta se prometia observar con Jerusalem á la que al cabo perdonó, conmovido por las súplicas del Sumo Pontífice Jadro.

Gaza, mandada por Betis, opuso obstinada resistencia, que castigó Alejandro degollando á diez mil de sus ciudadanos, vendiendo á mujeres y niños y arrastrando alrededor de los muros de la ciudad á su heróico defensor, recordando por tal manera la conducta de Aquiles con el desgraciado Hector.

Hecho esto, tomó la vía del Egipto, donde derribó fácilmente al aborrecido poder de los persas, y atravesando los desiertos arenales de la Libia, visitó el templo de Júpiter Ammon, de quien se proclamó hijo.

El heredero de Filipo, insistiendo todavía en sus propósitos, pasó el Eufrates y el Tigris y se enseñoreó del Asia Inferior.

En Arbelas venció á Darío que luchó heróicamente

y que arrastrado por sus vencidas tropas que huian miserablemente, fué asesinado en la fuga por Beso, sátrapa de la Bactriana.

Fruto de esta victoria fueron Babilonia, Sussa y y Ectabana que se rindieron al vencedor.

Alejandro, en la embriaguez de un festin, contentando á una meretriz que lo incitaba á vengar la destruccion de Atenas por los medos, incendió á la opulenta Persépolis, cuyas llamas alumbraron la ruina del imperio de Ciro el Grande.

El macedonio, despues de castigar á Beso, recorriendo paises desconocidos, se dirigió á Samarcanda, pasó el Iaxartes, en cuyas márgenes, como á las orillas del Nilo, fundó la ciudad de Alejandria: por medio de un camino militar puso en comunicacion los diversos Estados de Persia y echó los cimientos de otras muchas ciudades, donde estableció colonos griegos.

Terminadas estas gigantescas empresas se dirigió al Penjab (327).

En Taxila (Attok) pasó al otro lado del Indo y en las márgenes del Hidaspes derrotó á Poro y atravesó el Accesino y el Hidroates: mas al llegar al Ifasis, negándose su ejército á seguirle, regresó por el país de los mallos al Hidaspes y por el Indo salió al mar.

Alejandro, al regresar á Babilonia, atravesó los grandes desiertos de la Gedrosia y de la Caramiana, donde estuvo á punto de perecer con los suyos; en tanto que su almirante Nearco, desde el Indo, penetraba en el Golfo Pérsico.

Vuelto el héroe macedónico á Babilonia, una terrible fiebre, efecto tal vez de las emanaciones de los canales que se estaban limpiando, lo condujo brevemente al sepulcro.

Es Alejandro una de las mas grandes figuras que

la Historia registra en sus anales. Dotado de un valor temerario, participaba de los peligros y de las fatigas de los suyos como un simple soldado: amigo de las ciencias, iba rodeado de filósofos, historiadores, arquitectos y poetas: conquistador felicísimo, supo atraerse á los vencidos dejándoles el gobierno civil de los pueblos y en la posesion de sus leyes y costumbres: ansiando unificar el Asia y la Europa, casó expléndidamente á diez mil mujeres persas con nobles macedonios y él mismo se unió con Parisatis, Statira, y Roxana, enlazándose á la familia real persa y al más poderoso de los sátrapas: politeista y político profundo, sirvióse de la religion para atraerse la voluntad de los pueblos. Así, en Grecia, hace que el oráculo de Delfos lo declare invulnerable: en Frigia, corta el nudo gordiano: en Egipto, se postra ante los dioses de Menfis y hace que Ammon lo pregone hijo de Júpiter: ofrece á Belo sacrificios en Babilonia: halaga á los caldeos, y en Jerusalem respeta al gran sacerdote. Soñando en el más grande de los imperios, funda colonias, edifica ciudades, abre grandes vías militares, jamás soñadas, y engrandece á Babilonia.

Existencia incompleta la del hijo de Filipo, espántase el ánimo al considerar adonde habria llegado Alejandro si la muerte no hubiera cortado en flor sus incomensurables esperanzas.

Y sin embargo, el coloso proyecta oscuras sombras que entristecen el alma del que recorre maravillado las brillantes páginas de su vida prodigiosa.

Las mortandades de Tebas, de Tiro, de Gaza y de los Coseos, el incendio de Persépolis, su feroz cólera con Casandro, su crueldad con Filotas, con Parmenion, con Clito y con Calistenes, son el reverso, la negra sombra que proyecta el gigante macedonio.

LECCION XVII

DESMEMBRACION DEL IMPERIO MACEDONICO. — PRINCIPALES ESTADOS EN QUE SE FRACCIONÓ.

(DIODORO DE SICILIA: Libros XVIII, XIX y XX.—PLUTARCO: Vidas de Eumenes, Demetrio y Focion.)

Alejandro Magno, conociendo la índole de su familia compuesta de seres débiles, imbéciles ó crueles y el carácter de sus generales, criados en el hábito de guerras contínuas y acostumbrados á no obedecer otra autoridad que la suya, habia dicho al morir que que sus funerales serian sangrientos.

Dejaba el héroe á Roxana, su esposa predilecta, en cinta de un hijo, que nació tres meses despues y á quien se puso el nombre de Alejandro Egos; un hijo natural apellidado Hércules; á su madre la altanera y cruelísima Olimpia; á Arideo su hermano, hijo de Filipo y de una concubina; á su hermana Cleopatra; á la artificiosa Eurídice, hija de Ciana, hermana de Filipo, que casó con Arideo, y á Tesalónica, que se unió con Casandro.

Hacíanse notar entre sus generales Pérdicas, Meleagro, Leonato, Antígono, Eumenes, Demetrio, Ca-

sandro, Lisimaco, Seleuco, Antípatro, Cratero, Ariston, Peuceso, Piton, Nearco y Atalo.

Enfermo el héroe, al noveno dia, los macedonios, creyéndole muerto, golpearon con violencia las puertas tras de las que aquél agonizaba y ultrajaron de tal manera á sus más fieles amigos, que hubo necesidad de dejarlos pasar por delante de su lecho.

A los dos dias de la muerte de Alejandro, cuando sus generales se reunian para deliberar, invadieron la asamblea soldados y pueblo.

En esta tumultuosa reunion, Perdicas, despues de dejar sobre el trono las insignias y el anillo del rey, manifestó que renunciando al poder que aquéllas y éste simbolizaban, creia que hallándose Roxana en cinta, el hijo póstumo de Alejandro debía sin duda sucederle. El astuto Nearco aprobó la proposicion, añadiendo que era preciso nombrar un jefe, para cuyo cargo propuso á Hércules, hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine: proposicion que reprobaron ruidosamente los soldados. Ptolemeo habló de una regencia y otros de Perdicas como rey. Al fin, la soldadesca, á propuesta de Meleagro y de Atalo, impuso á Arideo, hermano natural de Alejandro.

Pérdicas se deshizo muy pronto de Meleagro haciendo que los elefantes pisotearan á sus parciales, y para contentar á todos, dió á Ptolemeo el Egipto; á Leonato la Misia; á Antípatro y Cratero las provincias de Europa; á Antígono la Frigia, la Licia y la Pamphilia; á Lisímaco la Tracia; á Eumenes la Capadocia y la Paflogonia, y á Piton la Media.

Renunciamos á describir la feroz lucha que devoró á la familia entera y á los ambiciosos generales de Alejandro, en el espacio de veintidos años que mediaron desde la muerte del héroe hasta la batalla de Ipso (323 á 330).

Arideo y Eurídice murieron de órden de Olimpia, el primero degollado y ahorcada la segunda; Olimpia, prisionera en Pydna, vió castigadas sus crueldades con muerte cruelísima; Alejandro Egos y Roxana fueron asesinados por Glaucias, de órden de Antígono, Ptolemeo y Casandro; á Cleopatra hizo morir Antígono temeroso de que Ptolemeo aumentara su poder casándose con ella; Hércules fué muerto por Casandro. Solo Tesalónica, unida á este último, se salvó de morir violentamente en la desgraciada familia del más grande de los héroes de la antigüedad.

Lisímaco pereció en la guerra lamáica; Perdicas, asesinado por los suyos en las cercanías del Nilo; Cratero, á manos de Eumenes; Antípatro en la guerra etolia; Eumenes, vendido á Antígono por los argiráspidas; Piton cayó ante éste, que á su vez murió en la batalla de Ipso, y Demetrio y Lisímaco fallecieron en poder de Seleuco, el primero despues de una cautividad de tres años,

Los ejércitos de Antigono y Demetrio se encontraron al cabo con los de Seleuco y Lisímaco en las cercanias de Ipso, ciudad situada entre los límites de la Grande y de la Pequeña Frigia, y vencidos aquéllos, los segundos se repartieron los restos de los dominios de Alejandro, que despues de otros varios sucesos, quedaron divididos en tres grandes imperios: la Siria, que comprendió ocho provincias del Asia Menor y todas las del Asia Superior entre el Eufrates y el Indo: el Egipto desde la Gran Sirte á la Celesiria y desde el Mar Oriental hasta el desierto incluyendo la Cirenáica, la Palestina, la Fenicia, parte de la Arabia y de las Cíclades, el litoral de la Tracia y la isla de Chipre; y por último, el de Macedonia, cuyos linderos variaban, pero que tuvo por frontera, desde los montes Orbelo y Scardo hasta la Grecia Central.

Además, de los restos de la Siria, se formaron otros seis reinos; la Capadocia, el Ponto, la Armenia, la Galacia, Pérgamo y la Parthia.

A la vez recobraron su independencia los tracios, los bactrianos y los indios; y los gálatas ocuparon la Frigia Septentrional entre los parajes en que el Halys media su curso, las fuentes del Parthenio y el Sangario.

La Siria.—En paz Seleuco despues de derrotar á Demetrio en Gaza, fundó la ciudad de Antioquía; protegió el comercio y las artes, y murió asesinado por Ptolemeo Cerauno.

Reinando los dos primeros Antíocos y el segundo y el tercer Seleuco, se realizó la independencia de Pérgamo y de los parthos.

Antíoco el Grande, vencido en Rafia, acoge en su córte á Hanibal y es al cabo derrotado por Lucio Escipion y Eumenes, rey de Pérgamo, quedando postrado para siempre el poder de la Siria, desangrada y empobrecida por la política romana que desmembró estos estados, que les impuso fuertes tributos, y dejó, al lado del imperio de Siria, el reino de Pérgamo, pretexto para reducir más adelante los estados de Seleuco á provincia romana, como protegió á las ligas Etolia y Aquea contra los macedonios y á Masinisa contra Cartago.

Por consecuencia de la derrota de Antíoco, en la Grande y en la Pequeña Armenia se fundaron dos reinos independientes; y aquel desdichado príncipe fué asesinado al querer despojar á un templo de sus tesoros para pagar el enorme tributo que le habian impuesto los romanos.

Los sucesores de Antíoco, desde Seleuco IV Filopator, hasta Antíoco XIII el Asiático, vieron cada vez más debilitado su reino, que, por último, declaró Pompeyo provincia romana.

Grecia y Macedonia.—La Grecia y la Macedonia quedaron despues de la rota de Ipso, sujetas á Casandro, á quien Demetrio arrebató la Macedonia, de la que á su vez fué despojado por Pirro rey de los epirotas, Lisímaco y Ptolemeo.

Para librar á la Grecia del yugo de la Macedonia, se fundaron las ligas Etolia y Aquea, cuyos mayores contrarios fueron los mismos griegos, que empequeñecidos y divididos por ambiciones, rivalidades y odios implacables, fueron vencidos por Filipo III y por su hijo Perseo, quienes á su vez fueron derrotados, el primero en la batalla de Cinoscéfalos (en la Tesalia) y el segundo en Pydna (en la Pieria, en las costas del golfo Termáico.

La victoria de Metelo sobre Andrisco, supuesto hijo de Perseo, dió pretexto á Roma para apoderarse definitivamente de la Macedonia, como la toma y el saqueo de Corinto por Mumnio dieron ocasion para que la Grecia fuera declarada provincia romana (146).

El reino de Pérgamo, en el Asia Menor, vivió próspero, gracias á la grandeza de sus reyes y á la interesada proteccion de los romanos, hasta que Atalo III legó á éstos su reino, los cuales, despues de vencer á Aristónico, á quien correspondia (130), lo redujeron á una de sus provincias con el nombre de Asia.

La monarquía de Bitinia existia ya en tiempo de los persas, con sus reyes Didalso y Botyras: Bias y su hijo, muerto en 281, luchan contra Carano y Lisímaco: Nicomedes I llama á los galos de la Tracia, concédeles terrenos y da así orígen á la Galogrecia: Prusias II, que se honraba con el vergonzoso título de *liberto de los romanos,* acoge en sus estados á Hanibal; quiere luego entregarlo á los latinos y obliga al desgraciado cartaginés á suicidarse. Envuelta la Bitinia en guerras contra sus vecinos, tuvo diversos reyes

hasta Nicomedes III que murió (75) dejando sus estados á Roma; suceso que dió lugar á la tercera guerra entre los romanos y Mitrídates.

La Paflagonia, gobernada por los sátrapas persas, formó parte del reino del Ponto despues de la muerte de Alejandro, y tuvo más adelante algunos reyes hasta Pylemenés II, que legó sus estados á Mitrídates V, rey del Ponto.

El Ponto fué regido por príncipes Achemenidas, siendo uno de ellos Artabaces, nieto de Hidaspes, que murió en 480. Mitrídates VI Eupator, el Grande, sucumbe ante los latinos, y por último, el Ponto es declarado provincia romana en tiempo del emperador Neron.

La Capadocia perdió su efímera independencia con su último rey Arquelao, á quien Tiberio hizo quitar la vida en Roma, á donde lo habia llamado.

La Armenia formó parte del reino de Siria hasta la derrota de Antíoco el Grande, en que sus gobernadores Artaxia y Zariadres fundaron los dos reinos de *la Grande y la Pequeña Armenia*. La primera formó parte del nuevo reino de Persia en el año 412 de la era vulgar; la segunda fué declarada provincia romana en tiempo de Vespasiano.

La Parthia fué provincia del imperio de los Seleucidas hasta Antíoco II. En ella fundó un reino Arsaces I, dando muerte á Agatocles, gobernador por los reyes de Siria, cuyo Estado existió con varia fortuna hasta que Arsaces XXX (226) fué derrotado por Artajerjes, hijo de Sasan, y formó parte del imperio de los Sasanidas.

El reino de la Bactriana fué creado por Deodato I, que se emancipó de los reyes de Siria en el año 254, y acabó en el de 126 á consecuencia de la derrota de su último rey Eucratídas II por el persa Arsaces VI.

Con la ruina del imperio de Alejandro, la civili-

zacion, abandonando las comarcas donde anteriormente se habia desarrollado, levanta su vuelo dirigiéndose más al Occidente, en cumplimiento de los secretos designios de la Providencia.

En efecto, durante la primera época de la Historia, los hombres faltan á los preceptos divinos y hacen necesaria una gran catástrofe, de la que sólo se salvan Noé y los suyos, que se establecen en las faldas del Ararat: durante la segunda, rota la humanidad por el orgullo humano, en desacuerdo las facultades internas y perdida la armonía de las externas, se confunden el idioma comun y las tradiciones primeras y los hombres se separan para poblar la tierra. Durante esa edad se establecen grandes centros de poder en el Asia y se manifiestan dos grandes civilizaciones distintas, la oriental y la occidental, representando la primera á los descendientes de Sem y la segunda á los de Japhet.

En tanto un pueblo, guiado por Dios, conservaba sin mancha las tradiciones primitivas que en las demás gentes ibanse mancillando conforme se apartaban de sus fuentes: este pueblo es el judío, especialmente encargado de la conservacion y propagacion de la más grande de las ideas, la de la existencia de un solo Dios, de cuya voluntad es un hecho la creacion de los mundos, idea que se conserva, aunque corrompida, en el Asia Central y se manifiesta en el horror de Jerjes al politeismo y en el afan con que este desgraciado conquistador derribaba los templos de la Grecia.

Durante la tercera época, la civilizacion se concentra en el pueblo griego, y cuando éste se degrada y se corrompe, aparece un nuevo elemento, la Macedonia, cuyo rey Alejandro el Grande, concibe el gran pensamiento de colocar la cultura griega al frente de la unidad oriental, y aunque su obra queda incom-

pleta, pone en contacto al Oriente y al Occidente, que se comunican sus ideas y sus pensamientos por medio de las expediciones militares, de las colonias y del inmenso comercio de Alejandría, corazon entónces del mundo oriental y occidental.

Un nuevo centro de poder, un nuevo foco de luz va á alumbrar de aquí en adelante la Historia Antigua, desde la península central de Europa, abandonando la Grecia donde se habia empequeñecido la talla de los hombres, donde Hipérides, refugiado en el templo de Ayax en la isla de Egina, es vilmente asesinado; donde Demóstenes, amparado en el de Neptuno en Calauria, pone fin á su existencia con un veneno; donde Jenócrates es vendido como esclavo por los atenienses; donde Focion, condenado á beber la cicuta, es escupido en el rostro delante de los impasibles anfictiones y arrojado con ignominia su cadáver fuera de los límites de Atenas; donde las bellas letras y las artes se ponen vilmente al servicio de los más feroces tiranos y de las más abyectas meretrices; donde la filosofía se degrada hasta el escepticismo, que niega al espíritu la facultad de lograr la certeza y que aspira á la indiferencia para adquirir el sosiego del hombre; al epicureismo, que mira todo placer de los sentidos como legítimo, que aconseja el egoismo para librarse del dolor; al estoicismo, que considera la ciencia como fuente única para poseer la imperturbabilidad del espíritu.

La civilizacion, pues, sacudiendo sus puras alas mancilladas en el corrompido suelo de la Grecia, siguiendo la direccion del sol, se remonta en busca de las comarcas italianas.

LECCION XVIII

NOCIONES SOBRE LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS EN GRECIA.—GENERALIDADES.—PRIMERO Y SEGUNDO PERÍODO.

Siendo de todo punto imposible consignar en estas *Lecciones* la detallada historia de los orígenes, progresos, vicisitudes y decadencia de las letras y de las ciencias en Grecia, nos contentaremos con algunas rápidas nociones sobre la vida literaria y científica de ese pueblo maravilloso, tan original en las producciones todas de su ingenio, que aún hoy sirven como de patron y de modelo en las naciones más cultas á cuantos consagran sus esfuerzos al estudio y propagacion del humano saber en sus varias y múltiples manifestaciones.

Como todos los demás pueblos, debe Grecia su primitiva poblacion al Asia, cuna del género humano, y así la vemos poblada, en tiempos ante-históricos, por la raza pelásgica, dotada ya de cierta cultura.

Más adelante, arribaron á Grecia ciertas colonias del Asia y del Egipto, que aumentaron esta pri-

mitiva civilizacion, entre las cuales deben contarse las dos egipcias de Cécrope al Atica y de Danao á Argos, y la oriental de Pelops (que dió nombre á la península meridional de la Grecia) y la fenicia de Cadmo.

Estas tribus, encerradas al Este y al Oeste por los mares Egeo y Jonio, y limitadas al Norte por altísimas cumbres, se establecieron en diversas comarcas circunscritas por muy abruptas cordilleras, y vivieron vida independiente, si no enemiga, hasta que Heleno, invadiendo el país, dominó estos distintos elementos, siendo más adelante Doro, Eolo, Ion y Aqueo, sus descendientes, cabezas de los cuatro grandes centros de cultura en que se dividieron aquellas indómitas gentes, á saber: dorios, eolios, jonios y aqueos.

La Grecia, pues, debe su pristina cultura á gentes pelásgicas que hicieron prosperar distintas inmigraciones asiáticas, fenicias y egipcias, hasta que la invasion de los helenos redujo estos diversos elementos á las cuatro indicadas tribus, unidas ya con los vínculos de un orígen comun.

En estas varias gentes se fundió, pues, la raza griega, hermosa de cuerpo, exuberante en las dotes del espíritu, que reunia las distintas condiciones de los pueblos valientes desarrollados entre las asperezas de las montañas, el espíritu aventurero de los que habitan cerca de las orillas del mar, y la imaginacion soñadora de los pueblos meridionales, cobijados por un cielo intensamente azul, alumbrados por un sol ardiente, aunque templado por las embalsamadas brisas del Mediterráneo, factores que tanto influyen en el carácter, en la manera de ser de los pueblos y en los varios productos de su ingenio.

Tales fueron los orígenes de la literatura y de las

ciencias en Grecia, que, en cierta manera, podemos apellidar originales.

La historia de los productos de la inteligencia helénica se divide generalmente en seis grandes períodos: 1.° Mítico, ó sea desde los primitivos tiempos hasta la guerra de Troya (1184 ántes de Jesucristo). 2.° Poético, hasta Solon (594). 3.° Ateniense, hasta la toma de Corinto (146). 5.° Romano, que trasladó la capitalidad del imperio á Bizancio (306 despues de Jesucristo). 6.° Bizantino, hasta la caida de Constantinopla en poder de los turcos otomanos (1453).

Período mítico.—La cultura literaria de los griegos principia, como es natural, por la poesía; conformes los entendidos en afirmar que el primer ritmo regular que usaron estos pueblos fué el exámetro, exclusivamente empleado por ellos durante muchos siglos.

Los asuntos religiosos, los combates, los funerales, las bodas y los festines fueron entónces los asuntos predilectos de los poetas de Grecia.

Pero ¿qué podemos decir de esta primera edad á la que todo se discute, duda de los autores, pues no puede afirmarse, por ejemplo, si los nombres de Anfion, Tamiris, Filamon, Eumelpo, Lino, Museo y otros, son ó no personajes reales, y, cuando no nos queda un solo verso de sus composiciones?

Período poético.—Terminada la guerra de Troya, ocurrieron en Grecia grandes disturbios producidos por distintos pueblos que la invadieron.

Al cabo, despues de ochenta años de incesante luchar, los heráclidas, arrojados anteriormente del Peloponeso, unidos ahora á los dorios, se apoderaron de diversas comarcas.

Congregados entónces eolios y jonios (pelópidas) se establecieron en el Atica, y, navegando en el Egeo,

poblaron en las islas de este mar y en las contrapuestas costas asiáticas.

Estos hechos, las emigraciones consiguientes, la superabundancia de poblacion y el espíritu aventurero de los griegos sembraron de colonias la Cirenáica, la Sicilia, y sobre todo, la parte meridional de Italia, que de ellas recibió el nombre de *Magna Grecia* extendiéndose por tal manera las ciencias y las letras helénicas.

Entónces fué cuando, especialmente en las colonias jonias del Asia Menor, y en las islas del Egeo, los diversos ramos del humano saber tomaron distinto rumbo, moviéndose dentro de más grandioso horizonte.

La poesía, desvinculándose de los sacerdotes, pasó á manos del pueblo.

De esta manera, congregaciones de poetas que recorrían las ciudades recitando sus composiciones, inoculaban en los más apartados pueblos el amor á la poesía épica; y poco despues (700), la verdadera lírica, hija del individualismo, tan propio de los pueblos regidos por instituciones democráticas.

A este período corresponden: Homero, el gigante de la épica, cuyos poemas inmortales, conservados en la memoria de los rapsodas, fueron recogidos en la Jonia por Licurgo; copiados de órden de Pisístrato, revisados en tiempo del hijo de Filipo de Macedonia, y ordenados en la forma que hoy los conocemos por los críticos de Alejandría, y Aretino, Lesques, Estasino, Aguias, Eugamon y otros.

El inmortal Hesiodo fué cabeza de los poetas didascálicos: en la lírica se distinguieron: Calino, Tírteo, Mimnermo, Arquíloco, Simónides, Terpandro, Olimpo, Taletas, Alceo, Safo, Erina, Alcmeon, Estesicoro y Arion.

LECCION XIX

NOCIONES SOBRE LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN GRECIA.— TERCER PERÍODO.

En el trascurso de este periodo sobresalieron entre los demás pueblos griegos, Esparta y Atenas: las letras y las ciencias se cultivaron con grande éxito en la Magna Grecia y en la Cirenáica, y se mostraron por demás decadentes en las ciudades del Asia Anterior, azotadas por las depredaciones de los persas.

Terminadas las *guerras médicas*, las grandiosas victorias obtenidas por los griegos sobre los medos exaltaron la imaginacion de los helenos, y por lo mismo alcanzaron las ciencias y las letras insólito esplendor.

Perdida por Atenas la heguemonía, por consecuencia de la batalla de Egos-Pótamos (406), aquélla pasó á Esparta, cuya dura dominacion fué interrumpida por la de los tebanos, dominacion que duró tanto como la vida de Pelópidas y Epaminondas, muerto el primero en una expedicion contra el tirano de Feres y el segundo en la batalla de Mantinea (362).

Despues, los griegos perdieron su independencia en Queronea (338), derrota que entregó á la Grecia corrompida en manos de Filipo de Macedonia.

Y, sin embargo, en esta edad de guerras, de desórdenes y de conmociones políticas, alcanzó el pueblo ateniense su mayor grado de explendor, al que contribuyó grandemente el uso del papiro que popularizó la escritura, perfeccionadora de la prosa, con los discursos forenses, las escuelas filosóficas, las discusiones políticas que atraian á los ciudadanos todos, y los premios y muy codiciados honores que se otorgaban en públicos certámenes á poetas y autores dramáticos.

Así se explica el gigantesco vuelo que en este período emprendieron la elocuencia, la historia, la filosofía, la poesía y la dramática.

Fuera de Atenas, aún sobresalian en la lírica las ciudades de la Magna Grecia.

En esta edad, la épica, que habia alcanzado su mayor grandiosidad en manos de Homero, decayó visiblemente, tomando un carácter más histórico bajo Querilo, Paniasis, Antímaco y otros varios. En la poesía gnómica, consignadora de reglas y de preceptos morales, se distinguieron Solon, Teognis, Focílides, Pitágoras de Samos, Critias, Jenófanes, fundador de la escuela eleática, y otros de menos renombre.

No es posible hablar del *apólogo*, sin nombrar á Esopo; de la *prosodia*, sin mencionar á Pigres; de la *poesía didascálica*, sin indicar los nombres de Jenófanes, de Parménides y de Empedocles.

La lírica alcanzó en este período gran desarrollo, ya subdividiéndose en distintas especies, segun que cantaba los dioses, las festividades religiosas, las hazañas de los héroes, los matrimonios, ya inventando diversidad de nuevos y muy concertados metros.

En ella se hicieron inmortales como satíricos: Solon, Hiponacte, Ananio y Jenófanes.

Para no detenernos demasiado en los líricos de esta edad mencionaremos al inimitable Anacreonte, á Ibico, á Simónides de Ceos, al inmortal Píndaro, á Baquílides, á Telesila, Práxila y Corina, á los dos Melanípides, á Laso, Antímaco, Pratino, Filoxeno, Platon, Telestes y Dionisio.

En un pueblo democrático y tan amante de lo bello como Atenas, era imposible que no apareciera, con nativa espontaneidad, la poesía dramática en sus diversas ramas ya iniciada por los rapsodas y cantores, y llevado en gérmen las fiestas que se celebraban en honor de Baco.

El arte y la literatura dramática crecieron y se desarrollaron en manos de Tespis, de Frínico, de Pratino y de Querilo, y se elevaron á incomparable altura por el inmortal Esquilo, llamado el *padre de la tragedia*; por el apasionado Sófocles, apellidado *príncipe de los trágicos*; por el filosófico Eurípides, en cuyo tiempo comenzó á decaer la musa trágica, y las cultivaron Jon, los dos Aqueos, Agaton, Melanípides, Filocles, Euforion, Bion, Iofon, Jenocles, Teodecto, Dionisio de Siracusa, Poliides, Neoponte y otros.

Distinguiéronse en el drama satírico, Esquilo, Querilo, Pratino, Anitias, Aqueo, Jenocles, Hegemon, y sobre todos, Sófocles y Eurípides.

En *la comedia*, que busca sus asuntos en las realidades de la vida comun, se hicieron notables Epicarmo de Ceos, Formis de Siracusa, Cratino, Eupolis, Ferecrates, Platon el cómico, Antífanes, Alexis, y sobre todos, el incomparable Aristófanes.

A la tragedia, al drama satírico y á la comedia hay que añadir el *mimo*, iniciado por medio de ade-

manes y gestos (mímica) de que fué cultivador principal el siciliano Sofron.

Al fin, de entre los estrechos elementos de la epopeya, de los poemas cíclicos y de la logografía, en que se distinguieron Cadmo, Dionisio de Mileto, Acusilao, Hecateo milesio, Janto, Caron, Hipis, Ferecides y Helanico, se levanta en Grecia la venerable Clio, en brazos de Herodoto que, con razon es apellidado *padre de la Historia*, y llega á su mayor altura en tiempo de Tucídides y de su continuador Jenofonte, sin que podamos dejar de mencionar entre los cultivadores de estos estudios á Cterias, á Filisto, á Teopompo y á Eforo.

En un pueblo como el ateniense, en el que todo se lograba de la movediza plebe por medio de la elocuencia, claro es que este ramo del humano saber habia de alcanzar cabal desarrollo. Gorgias fué el primer maestro de Oratoria y de Retórica en Atenas, artes que en muy breve se elevaron á la verdadera elocuencia en lábios del dulcísimo Antifon; de Andocides, rival de Alcibiades; del persuasivo Lisias; del correctísimo Isócrates; de Iseo, maestro de Demóstenes; y de Dinarco de Corinto, que cierra el número de los diez mencionados como clásicos en el cánon alejandrino.

Cultivóse tambien con éxito en Grecia la filosofía, y en ella se distinguen Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, y sus sucesores, Ferecides, Anaximandro, Anaxímenes, Diógenes de Apolonia, Heráclito y Anaxágoras: Jenófanes, fundador de la escuela eleática, con sus secuaces Parménides, Meliso, Zenon y Gorgias; Pitágoras, que dió nombre á otra escuela, con sus discípulos Alcmeon, Arquitas, Filolao y Occelo: Empedocles, Lencipo, Demócrito y algunos otros, pertenecientes á la escuela atomística.

Frente á frente tan contrarias doctrinas, sobrevinieron las rivalidades, las disputas frívolas, las argucias y el descrédito de la Filosofía en que se distinguieron Protágoras, Gorgías, Pródico, Calias, Hipias, Diágoras, Critias y Traninaco.

En medio de estos desdichados tiempos floreció Sócrates, que, con la pureza de su doctrina, excitó la implacable saña de los sofistas, los cuales lograron que fuera condenado á muerte.

La doctrina de Sócrates fué consignada por Jenofonte, Cebes y el ateniense Esquines.

Otros discípulos del aquel insigne maestro dieron á sus principios rumbos diversos; como Aristipo, creador de la *escuela cirendica*; Antistenes, de la de los *cínicos*; Euclides, de la de los *dialécticos*; Fedon y Menedemo de la de *Eretria*; y Platon, el más ilustre de los filósofos griegos, de la de la *Academia*; al que sucedieron Espeucipo, Jenócrates y otros de menos nombradía.

Hipócrates es considerado como el padre de la Medicina entre los griegos; alcanzando tambien celebridad en este ramo del humano saber Diocles y Proxágoras.

Las Matemáticas, la Mecánica, el Arte Militar, la Música, la Astronomía y la Geografía tuvieron en Grecia felicísimos cultivadores.

LECCION XX

NOCIONES SOBRE LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN GRECIA.—CUARTO PERÍODO.

Despues de la batalla de Queronea, Grecia, arrastrada por la gloria de Alejandro, siguió la suerte de este incomparable conquistador.

Pero, como, segun demuestra la Historia, si á la conquista de todo pueblo precede siempre la decadencia y desprestigio de sus creencias religiosas, á aquélla sigue, como lógica consecuencia, que las letras, las ciencias y las artes, huyan en busca de nuevos horizontes.

Vencidos Antíoco y Demetrio en Frigia (302) se fraccionó el imperio de Alejandro en diversos reinos, entre los cuales se distinguió el de Egipto, bajo los Ptolemeos, cuyos príncipes, amigos entusiastas del humano saber atrajeron á su córte, con crecidas recompensas y mercedes, á los sábios y á los artistas de la desventurada y envilecida Grecia.

Desgraciadamente, las plantas trasladadas de la zona donde crecen espontáneas, por más nimios cui-

dados de que se las rodee, mueren tras de producir escasas flores y frutos insípidos. Así, las letras, las ciencias y las artes griegas, fuera de sus ingentes montañas y de sus valles risueños, carecieron de espontaneidad y vigor, muriendo las bellas letras entre la fria imitacion de los antiguos modelos y las artificiosas galas de una retórica declamadora, ganando en cambio la erudicion, la Filología, la Crítica y las ciencias todas que pueden vivir sin los gigantes esfuerzos de la imaginacion libre.

Segun el cánon alejandrino, sobresalieron durante este período, en la *comedia nueva*, Filemon, Menandro, incomparable rival del anterior, quien tuvo por imitadores en Roma á Plauto y á Terencio, Filípides, Posidipo y Apolodoro.

De los siete escritores que componian la pléyade trágica, apénas queda más que el nombre de Licofron y su poema Alexandra.

Consérvanse entre los elegíacos algunos fragmentos de Filetas; y de Calímaco, una traduccion ó imitacion hecha por Catulo: en la Epica, Apolonio de Rodas, á quien imitó Valerio Flaco; en la Didáctica, florecieron Arquestrato, Dicearco, Arato y Nicandro; en la Bucólica, Teócrito, Bion y Mosco; y en la parodia de la tragedia y de los poemas didácticos, Rinton, Timon y Menipo.

Señaláronse en este período, como comentaristas, escoliastas y críticos, creando los fundamentos de los estudios gramaticales, y prestando inapreciables servicios á las ciencias y á las letras, entre otros varios, Licofronte, Filetas, Calímaco, Arato, Zenodoro, Aristófanes de Bizancio, Aristarco, Alejandro, Amonio, Aristódemo, Crates y Zoilo; y entre los mitólogos, Apolodoro, Heráclides, y acaso Paléfates.

Las portentosas hazañas de Alejandro el Grande

llenaron de natural asombro á los griegos; y, por consecuencia, muchos se dedicaron á historiar la vida del héroe macedonio, como Anaxímeno, Calístenes, Jerónimo, Onesicrito, Duris, Ceres, Nearco y Políbrito.

Diversos otros escritores emplearon su ingenio en escudriñar los sucesos de diferentes pueblos, como Hecateo de Abdera, Eumero, Beroso, Maneton, Timeo, Arato y Filarco.

Extraviábase la Historia entre las exageraciones y las fábulas, cuando apareció un ingenio excepcional, propio de tiempos mejores, quien se encargó de encauzarla: el megalopolitano Polibio, que inquirió los hechos con verdadero espíritu crítico, sacando de lo pasado lecciones y enseñanzas para lo presente y lo futuro.

Como era natural, al cobrar importancia los estudios históricos, cobróla á la vez la *Cronología*, que con la Geografía, constituyen ámbas los elementos más esenciales de aquéllos.

Hácense, pues, de notar entre los cronólogos griegos, Anaximeno, Timeo, quien usó el primero la era de las Olimpiadas y los años de los Arcontas; Demetrio Falerio, Eratóstenes, Filocoro, Polemon, Castor y Apolonio.

La verdadera elocuencia habia muerto en Atenas con Demetrio Falerio, que perseguido por sus ingratos conciudadanos, fué á morir en la córte de Ptolemeo Soter.

La tribuna fué entónces ocupada por ampulosos retóricos.

Entre las escuelas de oratoria de estos tiempos se distinguen la de Rodas, creada por Esquines, y la de Egesias, tenido como el padre de la elocuencia asiática.

En el campo de la Filosofía, á Platon sucede su comentador Crántor, último de la *Academia antigua*.

Con Argesilao, primero de la *Academia media*, se inicia el escepticismo, que crece con Carneades, cabeza de la *Academia nueva*: tal generacion tiene la más desconsoladora de las filosofías, como de padres sanos y robustos descienden por acaso hijos entecos y sietemesinos.

Estos desdichados caminos quedaron temporalmente interrumpidos con la aparicion de Aristóteles, discípulo predilecto de Platon, talento verdaderamente enciclopédico, fundador de la *escuela peripatética*, á la que pertenecieron Teofrasto, Heráclides, Aristoxeno, Dicearco, y, más adelante, Licon, Estraton y otros.

Al cuarto periodo pertenece igualmente la escuela de los *epicúreos* que recibió nombre de Epicuro su jefe. Los más notables discípulos de esta escuela son: Hermarco, sucesor del maestro; Colotes, Metrodoro, Hipóclides y Polistrato.

Zenon de Citio fundó la *escuela estóica*, entre cuyos sectarios deben contarse Posidonio, Cleanto, Crisipo, Herilo, Zenon y Antípatro; Pirron creó la *escuela esceptica*, cuyo más calificado continuador fué Timon de Fhonte.

Otras diversas ciencias adquirieron entónces verdadero progreso, como las Matemáticas entre los discípulos de Aristóteles, por medio del incomparable talento de Euclides, de su discípulo Apolonio, y del afamado Arquímedes: la Mecánica por Biton, Arquímedes, Afeneo, Hieron, Filon y Apolodoro: la Astronomía fué engrandecida por Eratóstenes, Aristarco é Hiparco; la Música, de que fué tratadista Aristoxeno; la Geografía que popularizaron Eratóstenes, Hiparco, Nearco y Agatarquides; las Ciencias Naturales, de

entre ellas, la Zoología y la Fisiologia Comparada, que ilustró el estagirista, y la Botánica, á que especialmente se consagró Teofrasto; la Medicina, adelantó no poco con el permiso de los ensayos anatómicos sobre los cadáveres, concedidos en la córte de los Ptolemeos, de que usaron Herófilo y Erasistrato; Filino y Serapion, fueron los fundadores de la *escuela empírica* en los estudios médicos.

Así hemos visto crecer en Grecia las letras y las ciencias, á par que su nacionalidad, durante el primer periodo; tomar rumbo resueltamente poético en el segundo; llegar á su más alto explendor en el tercero, y trasladarse decadentes á Alejandría en el cuarto, donde viven ya como plantas llevadas léjos de su línea isotérmica.

LECCION XXI

LAS BELLAS ARTES EN GRECIA.

El arte, en Grecia, toma un carácter esencialmente distinto del que habia tenido entre las gentes que precedieron al pueblo helénico.

Cierto es que en los elementos artísticos que existian en las antiguas naciones del Oriente, y que encontramos en los monumentos que nos han quedado de los primeros tiempos del arte en Grecia, se notan marcadas influencias orientales; pero tambien lo es que, como ha dicho un conocido académico, «Grecia despertó al vivífico suspiro que le trajeron las auras del Oriente, y, al esparcir la vista en torno suyo y hallar por todas partes la belleza del país que la rodeaba, comprendió la idea típica de la belleza, encontrando sus inmejorables modelos humanos en la hermosa y privilegiada raza con que á Dios plugo poblarla.

»De este modo, el heleno, aprovechando la madera de sus selvas, los ricos mármoles de sus canteras, sus minas de oro de Thasos y su plata del Laurio, hallóse

con todos los elementos necesarios para ser el gran pueblo artista de la antigüedad. La Grecia, segun la feliz expresion de un pensador, era una voluptuosa sala de estudio al aire libre, donde la inteligencia, abrigada y sin trabas, podia soñar á la sombra del laurel délfico, y preparar, bajo el influjo de la naturaleza, una nueva civilizacion. Así, aquel pueblo activo, dramático, inquieto, crea una cultura puramente humana, pero á la que diviniza por el arte en todas sus manifestaciones, tanto esculturales como pictóricas y arquitectónicas.»

El arte, que hasta los griegos habia estado sujeto á reglas hieráticas en los pueblos más adelantados, como el egipcio, hermanó en Grecia los principios científicos con la libertad del pensamiento, y llegó al más alto grado de apogeo, porque lograron reunir en íntimo maridaje el estudio y la libertad.

El símbolo, que reducia á estrecho círculo al arte oriental, cede el puesto en Grecia á la realidad idealizada, á la imitacion ingénua, sencilla y sin trabas de la naturaleza.

La unidad en la variedad, que es la gran base de la inmensa armonía de la creacion, fué tambien el fecundo principio de que brotó, vario y libre, pero siempre uno, el arte griego.

Como dice con grande acierto el historiador italiano, los orientales carecian de regla y de medida; y debiendo la imágen de la Divinidad representar á sus ojos cuantas ideas se concebian acerca de ella, manifestar todos los puntos de vista que podian ofrecerse á una mitología fantástica, y ayudar á la meditacion sobre lo infinito, única cosa que creian digna de los pensamientos religiosos, procuraban llegar á la inmensidad sublime del primer sér, acumulando símbolos y signos por medio del arte, lo cual dió

orígen á esos dioses gigantescos, hermafroditas, de muchos brazos, cabezas y pechos, que tienen y dirigen en sus manos los sobrepuestos órdenes de la creacion.

Los griegos, en un principio, no pueden sustraerse á estas influencias; pues es un error suponer que los pueblos realizan de un golpe sus ideales.

Todo en la historia de la humanidad está enlazado de maravillosa manera, obedeciendo á sábias leyes de la Providencia, sin soluciones de continuidad, como está enlazada la creacion, desde el microscópico infusorio hasta el hombre.

Así es que, en las primeras obras griegas, como la Diana de Efeso, envuelta en cintas y bandas y cubierta de pechos; en la barbuda Venus de Amatunta; en el Jano itálico cuadrifronte; en el Júpiter de Lancia con tres ojos; en los Titanes de cien brazos, se ven marcadas reminiscencias orientales, como en la manera de traducir la forma humana con cierta rudeza y amaneramiento servil, se vé tambien en las esculturas de Egina y en la célebre estela del soldado de Maraton.

El original de esta representacion humana se encuentra en Atenas, y su reproduccion en el Museo Arqueológico Nacional, gracias al celo de la Comision científica de Oriente, que dirigió el ilustre académico granadino Rada y Delgado.

Pero cuando el sentimiento de lo bello, convertido en principio religioso entre los griegos, se sobrepone á las tradiciones y á envejecidas prácticas, el arte griego adquiere ese carácter de originalidad que le distingue y le inmortaliza.

Aquel pueblo, que alzaba un templo á Filipo de Crotona porque era hermoso; que absolvia á Friné

por su belleza, que abria certámenes de hermosura femenina y varonil, tenia que ser el gran pueblo artista de la antigüedad; y cultivando la belleza, estudiándola con análisis científico, sintiéndola con síntesis estética, rompia las estrechas ligaduras del símbolo hierático para volar por los espacios libres del pensamiento humano.

Lo mismo que hemos visto suceder en la Escultura aconteció en Arquitectura. La influencia egipcia nótase marcadamente en un principio, como se vé en los monumentos más antiguos de Grecia, encontrando hasta el orígen del órden dórico en las célebres tumbas egipcias de Beni-Hassan. Pero entre los griegos toma tal carácter de individualismo, que no hay más que comparar dos templos, el uno egipcio y el otro griego, para comprender la diferencia que existe entre la obra de un pueblo que levantaba pacientemente un edificio sujeto á las prescripciones marcadas de antemano en el santuario, con el del pueblo que, áun dentro de las cánones de los estilos dório, jonio y corintio, en que tradujo todos sus pensamientos arquitectónicos, sabia encontrar la variedad en la unidad, y la aplicacion de las severas y precisas reglas geométricas, en admirable consorcio con el libre vuelo de la fantasía.

Estos caractéres encuéntranse en todas las cuatro épocas principales que pueden reconocerse en la historia del arte griego.

En la primera, que comprende desde los tiempos primitivos del pueblo griego hasta el florecimiento del arte, á pesar de estar éste todavía sujeto por las tradiciones orientales, se nota la tendencia á sacudir el yugo, y á la imitacion predominante de la naturaleza, sustituyendo así al antiguo ritmo hierático. En la segunda, que simbolizan los nombres de Fidias, Po-

lícletes, Scepa, Alcamenes y Miron, pero, sobre todo, Fidias, se rompe por completo con aquellas tradiciones; y en la analítica imitacion de la naturaleza, y en la realizacion de lo sublime encuentra su nota característica. En la tercera, sintetizada por Praxiteles, humanizándose más el arte, conforme con las nuevas costumbres introducidas despues de la guerra del Peloponeso, perdió la antigua severidad, que pudiéramos llamar olímpica, para reproducir seres humanos en los diversos estados de la vida; por lo que á este período llaman algunos *gracioso*. Por último, el cuarto, que sucede á la pérdida de la independencia de la Grecia, despues de la toma de Corinto, en que comienza el arte á convertirse en adulador del pueblo victorioso, aunque sin perder nunca los caractéres que le distinguen.

La Pintura siguió la misma marcha; y desde accesorio ornamental de la arquitectura polícroma, elevóse á verdadero arte, sobresaliendo entre las escuelas de pintura griega la de Sicione, fundada por Eupompo; así como entre los artistas que la cultivaron, Timantes, Parrasio, Zeuxis; y, sobre todos, el jonio Apeles, aquel pintor á quien sólo creia digno de retratarle Alejandro.

Desgraciadamente, los procedimientos técnicos empleados por los griegos para sus pinturas, han sido causa de que apénas lleguen hasta nosotros para poder juzgarlas, otros monumentos que los vasos pintados griegos y algunos mosáicos, mientras de su arquitectura tenemos, aunque destrozados, los restos del templo de Teseo y del Parthenon, el de Minerva Poliada ó Ericteon, los Propileos, la tribuna de las Cariátides, el monumento de Lisícrates en Atenas, el Júpiter Olímpico en Olimpia, el de Samos y otros muchos en la Península, en las islas del Archipiélago

y en la Magna Grecia. En Escultura, las admirables metopas y los relieves del Parthenon, la Venus de Milo, la Venus Calipígera de Siracusa, el Apolo de Belvedere, el Gladiador y otras muchas que pueblan los museos de Europa, demostrando hasta qué grado de perfeccionamiento llegó en el arte aquel pueblo amante de lo bello por excelencia.

CUARTA ÉPOCA

(DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS PÚNICAS.—DE 323 AL 4 DE JESUCRISTO).

LECCION XXII

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA ITALIA ANTIGUA.—SUS PRIMITIVOS POBLADORES.

(MELA.—STRABON.—C. PLINIO SEGUNDO.—C. PROLEMEO.—AVIENO.—CELLARIO.—Orbe antiguo.—ORTELIO-Tesoro geográfico.—STEPHANO: De Urbibus.)

A la manera que el continente asiático termina hácia el Sur en las tres grandes penínsulas de la Indo-china, del Indostan y de la Arabia, así el europeo acaba tambien al Sur, en las penínsulas Griega, Italiana y Española.

La Italia estaba limitada al Este por los mares Jonio y Adriático; al Sur la separaba de Sicilia el estrecho del nombre de esta isla; al Oeste la circunscribian el mar Inferior ó Tirreno y los Alpes, que tambien la apartaban al Norte del resto del continente europeo.

Esta península fué conocida por los griegos con los nombres de *Hesperia* (de Hespero, el lucero de la tarde, país occidental) y *Ausonia*, *Saturnia* y *Oenotria* la apellidaron los naturales: del rey Italo se lla-

mó *Italia*, segun Antíoco de Siracusa; pero segun Hellanico de Lesbos, Hércules le dió el nombre de *Vitalia*.

Limitábase este país, en tiempos remotísimos, al territorio comprendido entre el Golfo Nepontino y el Scyletino: al mediar el siglo V, ántes de Jesucristo, estaba cerrado por el Laus y el Metaponto: se extendia al Flumesino dos siglos despues, y en tiempo de Augusto, llegaba á los Alpes y comprendia el país de los *venedos* y la Galia Cisalpina.

Dividíase en tres partes la Italia. 1.ª *Septentrional* ó *Galia Cisalpina*, frontera entre la Liguria y la Etruria, que acababa por el Oeste en el Macra (Magra) y por el Oeste en el Rubicon, que tributa sus aguas al mar Superior en el país de los senones: la Galia Cisalpina estaba dividida por el Pó en *Cispana* y *Transpadana*. 2.ª *Italia Central* ó *Italia propiamente dicha* que terminaba al Este en el rio Æsis, entre el Piceno y los Senones, y al Oeste en el Silarus (Sere), divisorio de la Campania y la Lucania. 3.ª *Italia Meridional* ó *Magna Grecia* (bajo esta denominacion se comprendia la Sicilia) que abarcaba el resto de la Italia.

La Galia Cisalpina se subdividia en cuatro regiones, en siete la Central, y en cuatro la Meridional.

Pertenecian á esta última, *la Apulia* (Capitanata, tierra de Bari, de Otranto y Basilicata) limitada por los rios Frentus, Silarus y Bradanus; la Mesapia ó Iapigia (Otranto), desde Tarento al promontorio Iapigio: la Lucania entre los rios Silarus, Bradanus, Crathis y el mar Tirreno: y el *Brutio* en la parte más sur de la Italia, desde los rios Laus y Crathis al estrecho de Sicilia.

Correspondian á la *Italia Central la Etruria* ó *Tuscia*, entre el mar Tirreno, los Apeninos, el Macra y el Tiber; *la Umbria*, al Este de la Tuscia, entre el Ru-

bicon, el Æis, el Nar, el Tiber y los Apeninos; *el Piceno*, entre la Umbría y el mar Superior, el Æsis y los Apeninos; *la Sabinia*, entre el Lacio, la Umbria, el Piceno y el Tíber; *el Lacio*, entre el Tiber, el mar Inferior y el Liris; *el Samnio*, al Este del Lacio y al Oeste del Adriático y desde el rio Aterno al Frento.

En la *Italia Septentrional* se encontraban: los *Ligurios* al Sudoeste, entre los Alpes, el Golfo Ligustino (de Génova), el Arno y el Tesino: los *Insubros*, entre el Tesino y el Adda al Norte de la Liguria: los *Venetos*, entre el Athesis, el Arsia y el Mar Superior: los *Etruscos*, entre los Apeninos, el mar Tirreno, el Lacio, la Sabinia y la Umbría.

Varias islas situadas en el mar Interior, pertenecen á Italia.

La Trinacria (Sicilia), así llamada por su figura triangular, vestíbulo del mundo fabuloso de Homero, habitada por los sicanos y los sicelos ó sicalos que la poblaron desde Italia; abundante en vino y aceite, con gran comercio de esclavos. Las cordilleras de los Nebrodes y del Hæreo que la atreviesan de Oeste á Este, forman otros montes que se desprenden de las dos en su parte central, marchando hácia el Sur, y constituyen las principales montañas de la Sicilia, que van á morir en el Mediterráneo, formando respectivamente los promontorios Lylibæo, Peloro y Pachin: el Etna, volcan en actividad, alumbra la Sicilia con sus fuegos siniestros.

Cercanos á la antigua Trinacria, se encuentran dos grupos de islas: las Ægates al Oeste, y las Eolias, de Lipari, ó Vulcanias, al Norte.

El estrecho de Mesina separa la Italia de Sicilia.

Al Sur del golfo de Liguria (de Génova) parecen las islas de Córsica (Córcega) y *Sadinia* (Cerdeña), separadas por el estrecho de *Taphros* (de Bonifacio),

rica la primera por sus minas de plomo y de hierro y por sus numerosos rebaños, y la segunda por su abundante y estimada miel.

Pertenecen tambien á Italia otras varias islas menores, de las cuales sólo nombraremos á Ilva ó Ætahali (Elba), á Ischia y á Caprea, donde aún parece que se levantan las terribles sombras del feroz Tiberio y de su favorito el adivino Trasilo, iluminadas por los reflejos del Vesubio.

Debió la Italia su primera poblacion, segun algunos, á los llamados aborígenes, á los pelasgos, á los arcadios, dirigidos por Evandro, á otros griegos, capitaneados por Hércules, y á los troyanos, á las órdenes de Eneas.

Entienden otros, con mejor fundamento, que la Italia fué primeramente poblada, desde el Asia Menor, por los pelasgos, divididos en italos, sículos y tirrenos, los cuales fueron despojados (1200) por los iberos, que se señorearon de la Italia y de Sicilia, dando orígen por su fusion con los naturales pelasgos, á ligures, umbrios y oscos, subdivididos estos últimos en samnitas y sabinos: que los etruscos penetraron en Italia, como siglo y medio despues de la invasion ibérica (1050), despojaron á umbríos, tirrenos ligures, y se establecieron en las llanuras del Pó.

Tal es el cuadro rápido y sumarísimo de la Italia antigua, del teatro donde comienza á desarrollar su actividad el pueblo más grande de cuantos la Historia registra en sus anales.

De hoy más el centro de la civilizacion es Roma, ciudad que perderá un dia la capitalidad del mundo gentílico para ser la cabeza del orbe cristiano.

REAL ACADEMIA BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

LECCION XXIII

FUNDACION DE ROMA.—LOS REYES.—CAIDA DE LA MONARQUÍA.

(T. MOMMSEN: Historia de Roma).

Cuenta la tradicion latina que Rea Silvia, hija de Amulio, descendiente del troyano Eneas, despojado del trono de Alba por su hermano Numitor, obligada á consagrarse á Vesta, tuvo del dios Marte á los dos gemelos Rómulo y Remo: que arrojados éstos al Tiber, fueron conducidos por las aguas á la orilla y amamantados por una loba, y que despues, conocedores de su orígen, ambos hermanos, al frente de una colonia del Lacio, fundaron una ciudad á las márgenes del Tiber, entre las fronteras de los latinos, de los sabinos y de los etruscos.

Rómulo (754). La misma tradicion afirma que habiendo dado muerte Rómulo á Remo, para aumentar su naciente pueblo, abrió en él un asilo y un mercado; clasificó á los suyos en patricios y plebeyos, ligados por medio del patronato; los dividió en tres tribus,

y eligió en cada de éstas cien senadores y cien caballeros.

Cuentan que los latinos, faltos de mujeres, convidaron á los sabinos á una fiesta en la cual robaron á éstos sus hijas, y que cuando romanos y sabinos estaban á punto de venir á las manos, por intervencion de las sabinas, se unieron ambos pueblos y formaron uno solo.

Muerto el fundador de Roma, los suyos lo colocaron en el número de los dioses.

Numa Pompilio (714), sabino, introduce del Lacio las vestales; establece los sálios, los aruspices, los augures y los feciales, reforma el calendario, divide el pueblo en gremios, funda el templo de Jano, y para que todas sus disposiciones fueran respetadas, les da la sancion religiosa, haciendo creer á los suyos, que cuanto dispone le es ordenado por la ninfa Egeria.

Tulo Hostilio (670), lucha contra los de Alba, y por evitar la efusion de sangre, deciden ambos ejércitos, romano y albano, que combatan sólo los tres hermanos Horacios y los tres Curacios, dando la victoria al pueblo á que pertenezcan los que triunfen. Hácese así en efecto, y habiendo sobrevivido uno de los Horacios á todos los combatientes, triunfa Roma, es destruida Alba y sus habitantes trasladados á la ciudad de Rómulo.

Anco Marcio (638) vence á los fidenses y sabinos, domina en el Lacio, llega con sus conquistas á las orillas del mar y funda el puerto de Ostia.

Tarquino Prisco ó el *Antiguo* (614), de orígen griego y lucumon de Etruria, aumenta el Senado con otros cien ciudadanos; construye magníficos acueductos y cloacas, engrandece á Roma edificando el Circo, y comenzando el templo del Júpiter Capitolino; vence

á los sabinos y tuscios, castiga á ciertos rebeldes y muere asesinado por los hijos de Anco Marcio.

Servio Tulio (576), yerno de Tarquino Prisco, es el más notable de los reyes de Roma. Servio se pone al frente de la liga de los pueblos latinos, liga que consolidó por medio de la comunidad de los sacrificios *(communia sacra)*; hace una nueva division del pueblo, fundada en la propiedad; crea el censo y los comicios *(comitia centuriata)*; continúa la guerra contra los etruscos; establece las férias latinas; amuralla á Roma; fija el valor de la moneda y el de los pesos y medidas, é introduce el uso de la escritura. Al cabo muere asesinado por su yerno Tarquino, parricidio que dió en Roma nombre á la calle donde se cometió el crímen, llamada hasta hoy *Via scelerata*.

Tarquino el Soberbio (532), que ocupa el trono por medio del crímen, concluye el Capitolio; compra los libros sibilinos que profetizan el destino de Roma; oprime á patricios y plebeyos; en ódio á éstos, anula las leyes de Servio Tulio; declara la guerra á los volscos, y se apodera de Suessa Prometia su capital.

Miéntras Tarquino sitiaba á Ardea, ciudad de los rútulos, su hijo Sexto viola á Lucrecia, mujer de Tarquino Colatino, ocasion de que se unieran patricios y plebeyos y abolieran la monarquía estableciendo la república (509).

Tal fué el fin de la monarquía en Roma.

Durante los doscientos veinticinco años trascurridos desde la fundacion de la ciudad hasta la institucion del Consulado, estuvo Roma gobernada por caudillos llamados reyes, que ni eran hereditarios ni mucho menos absolutos, por mas que procuraran serlo. Formóse muy luego un gobierno municipal que suponia cierto grado de cultura política y que, en sus

principales partes se habia amoldado verosímilmente al gobierno de la metrópoli, como acontece en todas las colonias.

Este gobierno consistia principalmente: primero, en el establecimiento y régimen interior del Senado: segundo, en el establecimiento y formacion del patriciado hereditario, que conservado con la introduccion de los nombres de familias, formó luego un cuerpo político, que se hizo cada dia más poderoso: tercero, en la organizacion del pueblo y en el modo de verificar las asambleas á que aquélla servia de fundamento; porque además de la division primitiva por colonos, en tribus y en curias, se hizo tambien otra, puramente política, en clases y centurias; de modo que, además del antiguo sistema de convocar al pueblo en los *comitios curiatos*, hubo tambien los *comitios centuriatos* organizados con grande arte: cuarto, en las instituciones religiosas que por su estrecho enlace con el gobierno político, formaban como una religion nacional que unia todas las instituciones con un vínculo poderoso, y recibia de ellas su sancion, sin que pudiera jamás establecerse una jerarquía que hiciera del cuerpo sacerdotal un cuerpo completamente aparte en el Estado: quinto, en que las relaciones que la ley establecia en la vida privada, ya entre los clientes y sus patronos, ya respecto de los matrimonios, y sobre todo, en la institucion de la patria potestad, concurrian tambien muy directamente al mismo objeto, pues estrechando los lazos de la familia, inspiróse desde su orígen, á este pueblo, un grande espíritu de órden y de subordinacion al cual en gran parte fué deudor de su incomparable grandeza.

La discusion acerca de si los plebeyos eran ó no ciudadanos en Roma, procede de una mala inteligencia; seguramente los plebeyos no tenian los mismos

derechos que los patricios, pues estaban privados del de los auspicios y del matrimonio *(jus auspitiorum et jus connubiorum)*. Pero aunque los plebeyos fueron adquiriendo, poco á poco, derechos de que al principio carecian, áun cuando les estaba vedado consultar los auspicios, ¿puede inferirse de aquí, que no tuvieran parte en los comicios que se celebraban, despues que los magistrados habian declarado que los presagios eran favorables, y negarles en absoluto la condicion de ciudadanos?

Como hay escritores empeñados en convertir las fábulas mitológicas en hechos históricos desfigurados por la tradicion, así otros se afanan en trocar la Historia en fábulas; y aunque alguna vez acierten en sus cálculos, otras no consiguen más efecto que el de llevar la duda y el escepticismo al ánimo del lector.

Uno de los escritores que más se distinguen en este género de investigaciones es B. G. Niebuhr en su *Historia Romana*, obra más bien crítica que histórica, en la que su autor, dotado de gran sutileza de ingenio, á vuelta de investigaciones profundas y no pocas veces felices, se empeña en contradecir y refutar todas las ideas admitidas hasta su tiempo.

Puede muy bien sospecharse que Rómulo, naciendo de Marte, dios sabino, y de Vesta, sacerdotisa de una divinidad pelasga, simboliza la union de ambas castas y la asociacion del hombre con la mujer, divinizándose así el estado doméstico, tan importante en Roma, donde el régimen político descansaba sobre la familia.

Debe creerse que el nieto de Amulio, fugitivo de su patria, fundó su pequeña ciudad sobre una altura, al pié de la cual se acoge el vulgo, protegido por los fuertes, atentos á los asuntos de la guerra, miéntras

aquél se dedica á las tareas de las artes y de la agricultura, de donde nace la distinta condicion de los unos y de los otros, y de los derechos de los primeros sobre los segundos.

En buen hora que se explique el respeto con que la mujer era tratada en Roma por el recuerdo de que á su intervencion se debió la union entre latinos y sabinos, cuando ambos pueblos estaban á punto de venir á las manos en cruelísima batalla.

Sospéchese, si se quiere, que los nombres que hemos aprendido como propios de los siete reyes de Roma, son verdaderos mitos; que el semidios Rómulo representa una edad heróica, y que Numa, que se inspira en la ninfa Egeria, representa una edad sacerdotal.

Todo esto es justo y legítimo; porque si, como dijimos al comenzar estas *Lecciones*, la crítica, inseparable amiga de la verdad, inquiere los acontecimientos, rechaza los que repugnan á la naturaleza de las cosas, adivina lo que tienen de simbólico y los depura de lo oscuro y repugnante, debe por ello entregarse á este género de investigaciones; pero sin someter los acontecimientos á un patron preconcebido, sin descoyuntarlos y mutilarlos para que quepan dentro de un verdadero lecho de Procusto.

¿Es oportuno acaso buscar en las dinastías que han reinado en Europa, igual número de reyes que los que rigieron á Roma; sumar el tiempo durante el cual todos imperaron; ver que los segundos reinaron por espacio de muchos más años que los primeros; considerar que éstos fueron electivos, llegaron al trono en edad granada, y muchos acabaron asesinados, y que por el contrario, aquéllos fueron hereditarios, ocuparon el trono estando aún algunos en la infancia y murieron pacíficamente, para deducir de tales precedentes, que faltan muchos nombres en los reyes de

Roma, y que cada uno es representacion de varios otros, con su carácter especial y determinado?

¿No seria más justo, guiados por la duda racional y modesta, sospechar que en efecto tal vez falte, entre los siete reyes romanos, alguno ó algunos cuyo nombre, por acaso, revele el afortunado hallazgo de algun monumento epigráfico?

LECCION XXIV

EL CONSULADO.—GUERRAS.—EL MONTE SACRO.—CREACION DEL TRIBUNADO.

(CANTÚ: Historia Universal.—ANQUETIL: Historia Universal.)

Ingrato Tarquino el Soberbio con la aristocracia que lo habia elevado al poder, acompañado de una guardia de extranjeros que ejecutaba ciegamente sus órdenes, se ensaño con las familias más ricas é ilustres de Roma.

Entre sus víctimas figuró su pariente Lucio, á quien dió muerte con su familia, apoderándose de su cuantiosa hacienda.

Unicamente perdonó el tirano á uno de los hijos, del mismo nombre que su padre, el cual salvó la vida figiéndose imbécil, por lo que le dieron el sobrenombre de *Bruto* que le ha conservado la Historia.

Lucio Junio Bruto permaneció por más de veinte años representando su estúpido papel, hasta que el ultraje hecho al honor de Lucrecia por Sexto, hijo

de Tarquino, puso en sus manos la ocasion de despojarse de su máscara, de indignar al pueblo contra los reyes, de concertar á los patricios y de que se cerraran á Tarquino las puertas de Roma.

Los conspiradores de todos los tiempos, cuando han tenido la fortuna de lograr la consecucion de sus proyectos, han visto que, desatada la revolucion, ha ido ésta mucho más allá de donde se propusieron, y que el fruto ha sido recogido por otras manos que las suyas, cuando ellos mismos no fueron las víctimas de sus propios proyectos.

Todo esto aconteció á Junio Bruto.

Que en los propósitos del supuesto imbécil, vengador de Lucrecia, entraba algo más que vengarse, derribando á Tarquino, sirviéndole de instrumento la aristocracia y la excitacion producida en la movediza plebe ante el ultrajado cadáver de la mujer de Colatino, y que acaso imaginaba sustituir al rey destronado, lo demuestra su conducta cuando al volver á Roma despues de consultar al oráculo de Delfos sobre cual de los hijos de Tarquino reinaria, y habiendo contestado Apolo que el primero que besara á su madre, al regresar á Italia, procuró que ámbos la abrazaran á la vez, y él, postrándose, besó la tierra, nuestra madre comun, explicando así en su favor el sentido del oráculo.

No se vive por espacio de tanto tiempo como Lucio Junio entre las artes del disimulo, víctima de las burlas de todos, insensible á ellas, sin crearse un carácter duro, tenaz, pronto á la consecucion de los fines sin reparar en los medios.

El mismo Bruto, forzado por la marcha de la revolucion que él habia madurado, temeroso de las relaciones de Tarquino con los lucumones etruscos, enemigos de Roma, y de la plebe, que vuelta de su

sorpresa, mostraba tendencias á deshacer su laboriosa obra, tuvo necesidad de jurar y de hacer jurar al pueblo, en nombre de los dioses inmortales y con el sangriento puñal de Lucrecia en las manos, no sólo que ni Tarquino ni ninguno de sus familia reinaría jamás en Roma, sino la abolicion absoluta de la monarquía.

En vano Tarquino, abandonando sus tropas, vuelve á la capital cuyas puertas encuentra cerradas; en vano regresa al ejército que, dominado por los patricios, sus jefes, vuelve las armas contra el monarca: á la edad de setenta y seis años, el *Soberbio* busca y encuentra asilo entre los enemigos de Roma.

Derribada la monarquía, se fundó la república y el feroz patricio tuvo que contentarse con el nombramiento de cónsul que obtuvo con Colatino, viudo de Lucrecia.

El establecimiento de la república fué el triunfo del absolutismo de la aristocracia que muy pronto hizo sentir á la muchedumbre el peso de su dominio, destruyendo gran parte de las ventajas que á ésta habian concedido los reyes.

Uno de los primeros pasos del nuevo gobierno fué despojar á la plebe de las tierras que Servio Tulio les habia concedido fuera del *Ager romanus* y apartar de la muchedumbre á los que podian haber sido sus valedores, aumentando el Senado con cien nuevos miembros escogidos *(conscripti)* entre las clases que pudieran favorecerla.

Abolióse la monarquía civil; pero se conservó la religiosa, en manos de la aristocracia, volviendo á reconocer el derecho y la vida pública y la del hogar, al sacerdocio, como única fuente de poder.

Durante el período de los reyes, éstos, para debilitar á los patricios, de los cuales no eran más que eje-

tores, y para favorecer su propia autoridad, buscando apoyo en la muchedumbre, concedieron á ésta grandes privilegios; pero habiendo recobrado su autoridad los jefes de las *Gentes*, al advenimiento del nuevo gobierno, la plebe quedó abandonada y fuera del amparo de las leyes sociales.

La intervencion del pueblo en la eleccion de los cónsules era absolutamente nula, pues que no pudiéndose elegir más que entre los que le proponia el magistrado á quienes, segun éste, habian sido favorables los augurios, eran electos cónsules los que queria la clase patricia á que aquél pertenecia.

Entre tanto los Tarquinos, recordando sus relaciones de parentesco con los lucumones de Etruria y con los enemigos de Roma, los favores hechos por los reyes á la plebe, la tiranía de los padres y el triste papel de los jóvenes patricios bajo el nuevo gobierno, que no reconocia más autoridad que la de los jefes de familia, preparaban la restauracion.

Con el objeto aparente de que se leyera en junta del pueblo una carta suplicante de Tarquino, á lo que el Senado se negó, y rogando en último término que fueran devueltos al rey depuesto sus bienes patrimoniales ó cuando menos los de su abuelo Tarquino Prisco, marcharon á Roma embajadores de Etruria que realmente iban á contar los parciales de la monarquía, á buscar otros nuevos y á concertarse para la contrarevolucion.

Al frente de la conjuracion se hallaban los dos hijos de Bruto, Tito y Tiberio y tres sobrinos del cónsul Colatino.

Reunidos los conspiradores, para ligarse con un juramento infernal, sacrificaron un hombre, mezclaron la sangre de la víctima con vino, bebieron este brebaje, juraron sobre las entrañas del muerto derri-

bar la república y restablecer la monarquía y escribieron una carta á Tarquino sancionando sus promesas, la cual entregaron á los embajadores etruscos.

Por su desgracia, escuchaba á los imprudentes conjurados un esclavo, que, con el mayor secreto, dió detallada cuenta de todo al patricio Valerio, quien reune á sus hijos, hermanos, clientes y siervos, sale á la calle, cerca la casa donde aún permanecian los ciegos conjurados, los prende, desde allí se encamina á la morada de los embajadores, los despoja de la carta que aquéllos les habian entregado y con esto llega el dia.

Reúnense apresuradamente los cónsules; ante ellos son presentados los conspiradores, y el mismo Bruto tiene el salvaje valor de interrogar á sus propios hijos que no contestan á su terrible intimacion de que se justifiquen más que con súplicas y sollozos.

Observando Bruto que Colatino, Valerio y cuantos presenciaban tan terrible escena, daban clarísimas señales de su emocion, ordenó á los lictores que ejecutaran la ley, y vió sin inmutarse que éstos desnudaron á sus hijos, los azotaron con sus varas y les cortaron la cabeza. Hecho esto salióse del tribunal el feroz cónsul, dejando á su colega el cuidado de castigar á los otros culpados.

Más humano Colatino, concedió un dia á sus sobrinos y á los demás para que se justificaran, con ánimo de salvarlos; pero como acordara devolver á su amo al esclavo denunciador, lo cual era tanto como enviarlo á una muerte segura, habiéndose opuesto á ello Valerio, fué nuevamente llamado Bruto, quien hizo ejecutar á todos los conjurados; que por extremado respeto al derecho de gentes fueran despedidos sin castigo los embajadores etruscos; que se conce-

diera libertad al esclavo denunciador, y que los bienes de los Tarquinos fueran confiscados.

Colatino, que se habia mostrado compasivo, fué depuesto y nombrado en su lugar Valerio, conocido con el sobrenombre de Publícola, por el amor que alardeaba profesar á la plebe.

En efecto, Valerio fué quien, por simples rumores de que aspiraba al trono, en razon de que edificaba una casa en el monte Palatino que dominaba la plaza pública, en una noche, hizo que los operarios la derribaran, destruyendo hasta los cimientos; él fué quien mandó quitar las hachas de las fasces consulares que *asustaban* á la muchedumbre; él fué quien mandó á los lictores que abatieran las insignias de su autoridad ante la majestad de la asamblea popular; él fué quien, adulando á la multitud, inició el período de luchas entre las clases, que más de una vez puso á la república en inminente riesgo de perderse.

No es ciertamente de ahora ni comienza en Valerio Publícola la larga série de cortesanos del vencedor, que adulando á los que mandan ó á los que deben ser mandados, pervierten á los unos divinizándolos, ó enloquecen á los otros presentando ante sus ojos ideales imposibles.

Al fin, los de Veyes tomaron las armas para restablecer á los Tarquinos, y viniendo ambos pueblos á las manos, como mandara la caballería veyentana Aruncio, hijo del monarca destronado, al divisar éste al feroz L. Junio Bruto ostentando las insignias consulares, exclamó al punto: *Ahí está el enemigo mortal de mi familia y el usurpador del trono de mi padre.*

Bruto y Aruncio se encaminaron el uno hácia el otro con igual furia, traspasándose con las lanzas y cayendo ámbos muertos.

Un solo hombre menos que los de Veyes perdieron

los romanos en esta batalla; pero, como quedaron dueños del campo, se adjudicaron la victoria.

El cadáver del cónsul recibió en Roma extraordinarios honores, y por espacio de un año vistieron los ciudadanos riguroso luto por su muerte.

Porsena, rey de los clusios, recogió las armas que habian caido de las manos de los veyentanos, y aunque la fortuna favoreció al etrusco, bien pronto abandonó la ciudad de Rómulo, vencido por el heroismo de Horacio Cocles, de Mucio Escévola y de Clelia.

El incansable Tarquino, unido á los pueblos del Lacio, inquieta vivamente á Roma, donde á la sazon reinaba hondo descontento, producido por la severidad de los patricios.

Descubierta una conspiracion de esclavos, el Senado la ahogó en sangre; renaciendo aquélla y descubierta tambien, cuando estaba á punto de entregar la ciudad á Tarquino, reunidos los conjurados por medio de un ardid, fueron cruelísimamente exterminados.

Dura la ley contra los insolventes que entregaba al deudor en manos de sus acreedores, quienes podian hasta dividírselo en pedazos segun la respectiva cuota de su crédito, el pueblo sobre quien pesaban cargas tan insoportables, se negó á alistarse en las legiones para hacer la guerra á los latinos. En vano fué decretar la suspension de las acciones de los acreedores hasta el fin de la guerra; en vano fueron las promesas del Senado, que al cabo tuvo que acudir á un expediente, más de una vez salvador de la república.

Depositóse en un varon consular la facultad de nombrar los magistrados y los jefes todos del ejército; invistiósele por espacio de seis meses de una autoridad absoluta é irresponsable, y fué tal el efec-

to que en la muchedumbre produjo Tito Lárgio, primer Dictador, que cedió el pueblo.

Tito nombró general de la caballería á Espurio Casio, y habiendo conseguido algunas ventajas sobre los enemigos, ajustó una tregua y renunció el cargo ántes del tiempo señalado por la ley.

Renovada la lucha, nombrado Dictador y alistado el pueblo, mediante la promesa de mejorar la suerte de los deudores, se trabó la batalla entre latinos y romanos, en el Campo Tusculano á orillas del lago Regilo.

Los denodados latinos, un formidable cuerpo de desertores y de desterrados que habia jurado morir ó imponerse á Roma, los tres hijos de Tarquino, valientes y desesperados, luchaban por una parte; de la otra el patriciado romano, resuelto á sucumbir ántes que entregar sus hogares al gobierno de los reyes.

La lucha fué, pues, desesperada; buscábanse personalmente los jefes y heríanse sin piedad: todos ó casi todos los realistas fueron muertos ó heridos, contándose entre los primeros los tres hijos de Tarquino, que huyó á la Campania bajo la proteccion del tirano Aristomenes, donde falleció á la edad de noventa años.

Vencidos los latinos y muerta la monarquía, siguieron los patricios oprimiendo á los plebeyos, por lo que, produciéndose una nueva guerra contra los volscos, el pueblo se negó á alistarse en las legiones, pero al cabo cedió, vencido por las promesas del cónsul Servilio.

Derrotados los volscos, el Senado no hizo caso de las promesas de Servilio, y como sobrevinieran nuevas guerras y el pueblo volviera á su antigua actitud, fué nombrado Dictador Manlio Valerio, hermano

de Publícola, que venció á los enemigos, como sus predecesores.

El Senado, para distraer á los plebeyos, provocó dos nuevas guerras, una contra los ecuos y otra contra los sabinos.

El ejército, apoderándose de las banderas y abandonando á sus jefes, bajo la direccion del plebeyo Sicilio Belluto, se trasladó al *Monte Sagrado*, más allá del *ager romanus*.

Uno de los cónsules, el inflexible Apio Severo, queria que se abandonara á la plebe; por el contrario, Servilio propuso medios de transaccion.

Prevaleciendo este dictámen, pasó una comision del Senado á avistarse con los plebeyos, á los que convenció Menenio Agripa con la fábula de los miembros y el estómago, no sin que Lucio Junio, que ostentaba el sobrenombre de *Bruto*, tuviera que contener el generoso arranque de la plebe, dispuesta á volverse á Roma sin condiciones.

Verificóse, pues, un acuerdo en virtud del cual fué creada la *Potestad Tribunicia* encargada de defender los intereses del pueblo, recayendo naturalmente el nombramiento en Belluto, jefe del movimiento, y en Lucio Junio que habia llevado la voz de la plebe sublevada en aquellas disensiones.

LECCION XXV

LUCHAS ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS.—GUERRAS CON DIFERENTES PUEBLOS.—COLONIAS.—CORIOLANO.—LA LEY TERENTILA.—EL DECENVIRATO.—TRIUNFO DE LA PLEBE.

La creacion del Tribunado habia de conducir á la plebe de Roma mucho más allá de sus primitivos deseos, que naturalments se limitaban entónces á hacer menos dura su suerte. Resistian tales pretensiones los patricios, con injusta tenacidad, provocando contínuas guerras para distraer la atencion de la multitud, á la que, léjos de la proteccion de los tribunos que carecian de autoridad fuera de los muros de Roma, subyugaban sus jefes en el ejército.

Estas guerras, que terminaban generalmente con la victoria de la república y el despojo de los vencidos, arma de dos filos, aumentaban más y más la democracia en las cercanías de Roma, adonde éstos se trasladaban, y por consiguiente, acababan por dar más vigor á la plebe.

Tal fué el principal propósito que animó á la república al apoyar á la confederacion de los latinos y

hernicos contra volscos y ecuos, guerra que acabó con la derrota de los segundos, extendiendo Roma sus fronteras hasta la Campania.

Los pobres pedian ya participacion en el *ager romanus*, á cuya posesion iba unido el derecho de ciudadanía.

Para contrariar estas pretensiones, para satisfacer á los ambiciosos sin prevision, acudió muchas veces el Senado al expediente de la fundacion de colonias, que no siempre producia el fin apetecido. Con efecto, ideando los patricios debilitar á sus enemigos y dominar á los vencidos, anunciaban la fundacion de una nueva colonia en los países de que era absoluta señora la república por derecho de conquista *(deditio)*, y al efecto, salian los colonos de Roma bajo la direccion de tres *triunviros*.

Al llegar al paraje marcado como favorable por los augures, cavábase en el centro un hoyo en el cual arrojábanse tierra y frutos de la patria *(terra patrum)* y sobre él se erigía el hogar de la ciudad, el ara de Vesta.

El jefe superior de la colonia *(fundador)*, dirigiendo una yunta, compuesta de un buey y una novilla, colocados el macho á la derecha y la hembra á la izquierda, para significar que la mujer debia atender á los cuidados domésticos, y el hombre, colocado fuera, á la defensa del país, trazaba con una reja de cobre el perímetro de la ciudad futura. En los parajes convenientes levantaba la reja *(la porteaba)* para no herir la tierra en los lugares que habian de ocupar las puertas *(portae)*; detrás, los colonos iban ahondando el foso, procurando que la *tierra sagrada* de la ciudad no cayera fuera de su recinto.

Los augures y los agrimensores derribaban los términos y los sepulcros de la raza vencida, que por

tal manera quedaba despojada y sin derechos *(plebs)*, cerca de los colonos, como en Roma.

La colonia romana, fundada por los esfuerzos de la metrópoli, se parecia en mucho á la colonia española y tenia por tanto derecho de exigirle tributos y soldados, como el deber de socorrerla en los malos trances: así como la colonia griega, efecto de la superabundancia de poblacion ó de las discordias civiles, se asemejaba mucho á la inglesa, que en razon de justicia, no puede exigir á los colonos más que las relaciones de amor y de afecto, natural consecuencia de un origen comun.

Las colonias romanas, colocadas en puntos estratégicos, eran, además que plantel de soldados, como fuerte cadena que sujetaba á los municipios, donde los naturales, amigos de Roma, conservaban cierta sombra de independencia.

La democracia romana, sin embargo, en muchas ocasiones, no aceptó este simulado destierro, que la apartaba del centro de los partidos, despues de sus primeras victorias.

¡Cuán cierto es que las concesiones tardías, arrancadas por medio de la violencia, sólo consiguen dar á la multitud la conciencia de su fuerza y preparar su ánimo insaciable para nuevas luchas y nuevas victorias!

El decreto de creacion del Tribunado estaba concebido en los siguientes términos:

«Que el tribuno del pueblo esté exento de toda »carga servil impuesta á los ciudadanos; que ningu»no le dé golpe ni haga que otro se lo dé; y si alguno »violare esta ley sea declarado maldito y sus bienes »consagrados al servicio de la diosa Céres. Si alguno »quita á un tribuno la vida, tengan todos derecho »para matar al que se la quitó.»

Los tribunos, segun ya hemos dicho, no tenian autoridad fuera de la ciudad, ni ostentaban el esplendoroso traje de los magistrados, ni usaban lictores; sólo tenian á sus órdenes una especie de criado *(mensajero)*, ni podian penetrar en el Senado. Mas como eran inviolables y sus personas sagradas, entraron al cabo en el Senado y allí contrariaron á los patricios sin que nadie se atreviera á ponerles encima las manos.

Distinguíase en la oposicion ardiente á los tribunos el patricio Cayo Marcio, jóven valentísimo que debia su sobrenombre de *Coriolano* á las victorias que habia alcanzado sobre los habitantes de la ciudad de *Coriolos*.

Como reinara el hambre en Roma, se proyectó una expedicion militar para adquirir víveres. Negándose el pueblo, contra toda razon, á tomar parte en ella, indignado el valiente Coriolano, se pone al frente de su familia y amigos, penetra en las tierras de los contrarios y vuelve á Roma con un espléndido botin de mantenimientos y ricos despojos.

Irritados los tribunos sorprenden á Coriolano en la plaza pública y lo condenan á ser precipitado por la roca Tarpeya, castigo de los traidores.

Pronto se rehacen los patricios que acuden en defensa de Coriolano, y hubiera terminado todo en una lucha sangrienta, si arrepentida la plebe, no hubiera anulado la sentencia, convocando para nuevo juicio.

Celebrado éste, en medio de una escena conmovedora, el jóven patricio fué condenado á destierro perpétuo.

Oida la sentencia, Coriolano se dirige á su casa, despídese de Veturia y de Volumnia, su mujer y su madre, y encaminándose al país de los volscos á quienes tantas veces habia vencido, se presenta al jefe de

éstos, Acio Tulo, que pone los recursos todos del país á sus órdenes, y con ellos Coriolano reduce á Roma al último extremo.

Una diputacion religiosa sale de la ciudad, con permiso del Senado; los augures, los sacerdotes, los pontífices, ostentando sus majestuosos trajes sacerdotales, se dirigen al campo de los volscos, en donde son recibidos con extremo respeto; pero que vuelven á Roma sin conseguir nada.

Valeria, hermana de Publícola, al frente de las más distinguidas matronas romanas, haciendo que se les unan la mujer y la madre de Coriolano, toma el mismo camino, y él, no pudiendo resistir las súplicas y las lágrimas de las que tanto amaba, cede, deja libre á Roma y á poco es asesinado por los volscos.

Distribuidas por Servio Tulio las clases, con arreglo á la riqueza de cada ciudadano, acudiendo á Roma todos los despojados por las guerras, triunfantes los plebeyos en sus luchas, verdaderamente tardaba mucho en presentarse la causa final de la discordia, la guerra verdadera, la batalla entre los pobres y los ricos.

El cónsul Casio, para vengarse de los senadores que le habian disputado los honores del triunfo, arrojó la tea ardiente de la discordia, proponiendo la *Ley Agraria*, á la que se opusieron por envidia los mismos tribunos, quienes despues consiguieron que se nombraran diez varones para que verificaran la reparticion de las tierras.

El Senado castigó al cónsul haciendo que el ingrato pueblo lo condenara á ser arrojado desde la roca Tarpeya.

Promovida una nueva guerra para no llevar á cabo la Ley Agraria, dejándose la plebe derrotar, los Fabios, para vengar esta afrenta, salieron de Roma

en número de trescientos *(Gens Fabia)*, se batieron heróicamente contra los enemigos y todos perecieron, salvándose sólo un adolescente que perpetuó en su descendencia familia tan ilustre.

Con nada se satisfacia ya la muchedumbre en sus pretensiones incesantes: falta la ciudad de mantenimientos, comprábase trigo con los fondos públicos que se repartia á precios moderados.

No contenta la democracia con estas previsoras medidas, encontraba aún en esto motivo para tumultos, y clamaba porque el trigo se le repartiera graciosamente.

Los tribunos hicieron morir al cónsul Menenio: los patricios mataron al tribuno Gennio: á pesar de la oposicion del cónsul Apio fué aprobada la ley de Voleron, agravio de que se vengó el cónsul castigando rudamente á los soldados que se habian dejado vencer por los enemigos, y los tribunos en cambio acusaron al cónsul, que, á pesar de su valiente defensa, para evitar la ignominia del suplicio, tuvo que apelar al triste recurso del suicidio.

Acudió entónces el Senado al medio de proponer el establecimiento de colonias para repartir las tierras de los anciates, lo que rechazaron los plebeyos, que, como dice Tito Livio, preferian *pedir tierras en Roma á poseerlas en Ancio.* Los tribunos halagan con deslumbradoras esperanzas al pueblo hambriento y necesitado, encadenado á Roma por los juegos, los espectáculos, las asambleas, la agitacion de los negocios, las dádivas públicas y la riqueza tentadora de los patricios.

Las pretensiones de la plebe se dirigieron entónces á fines más altos y tomaron formas más violentas.

Los cónsules administraban justicia ateniéndose á los usos y costumbres tradicionales *(mores patrum)*, á

algunos restos de las *leyes reales* que se conservaban en los libros sagrados, ocultos al pueblo bajo fórmulas y ritos que sólo poseian los patricios.

El tribuno Terencio pidió que los cónsules no fueran los únicos intérpretes de la ley y que se nombrara una comision para redactar un código á que pudieran atenerse los ciudadanos para reclamar sus derechos y los jueces para sentenciar los pleitos y causas.

Quincio Ceson, que se opuso con violencia á peticion tan justa, fué procesado y hubiera pagado con la vida su temeridad sin los respetos de su padre Cincinato; pero fué condenado á una fuertísima multa, que pagó el padre vendiendo cuanto poseia, excepto una pequeña propiedad, con una cabaña, á donde se retiró con su familia.

Puesta Roma en gran peligro por los sabinos, Quincio Cincinato fué elegido Dictador, á quien encontraron los comisionados que fueron á notificarle su eleccion, dirigiendo la yunta con que labraba su reducida propiedad.

Vencidos los enemigos, volvióse Cincinato á su choza, que tuvo que dejar otra vez ante la noticia de que habia sido nuevamente nombrado Dictador, por consecuencia de que los volscos habian encerrado en un desfiladero al cónsul Minucio con su ejército.

Cincinato salvó otra vez á la república, y aumentados por su consejo los tribunos, desde el número de cinco al de diez, al cabo de diez y seis dias renunció el poder dictatorial que con arreglo á la ley hubiera podido conservar por espacio de seis meses.

Al fin, se vió forzado el Senado á aprobar la *Ley Terentila*, á que dió nombre el tribuno Terencio, la cual se encaminaba á dotar á Roma de un código de leyes.

Con este objeto, y de acuerdo con el dictámen del cónsul Apio, fueron elegidos diez ciudadanos dotados de facultades omnímodas.

Los Decenviros, inspirándose en el código de Solon, expusieron á la aprobacion general sus Tablas de leyes, así llamadas porque, cuando aún estaban en proyecto, eran grabadas en tablas de encina, y cuando fueron aprobadas, se esculpieron en columnas de bronce, como perpétuo código del derecho público y privado.

Para completar *el Código de las Doce Tablas*, se amplió la comision, de que formaron parte tres plebeyos, y de la que era el alma Apio Cláudio.

El Decenvirato cayó por el asesinato de Licinio Dentato y por haber atentado Apio al honor de Virginia, jóven plebeya, á la que sólo pudo salvar de la lascivia del triunviro, la muerte que ante todos le dió su propio padre.

Las leyes de las *Doce Tablas* fueron universalmente respetadas, porque en ellas no se estableció el triunfo de ningun partido, dictadas como estaban por un verdadero espíritu de conciliacion.

Así, por ejemplo, sus preceptos referentes á la patria potestad y á los matrimonios, están inspirados por el sentimiento patricio, como se contenta á los plebeyos en las que regulan las relaciones entre el patron y el cliente, la que ordena que las causas capitales sean juzgadas en los comicios centuriados y la que castiga la usura.

Por tal manera fué autorizado sucesivamente el matrimonio plebeyo por la compra de la mujer *(coemptio, usus)*; la emancipacion del hijo, por tres ventas; la facultad de testar el padre dividiendo la hacienda entre sus hijos *(actio familiæ erciscundæ)*, y la prescripcion de los inmuebles *(mancipatio)*.

Dados por la democracia estos primeros pasos de gigante, los demás, hasta su completa victoria, fueron facilísimos y naturales, á pesar de la ardiente oposicion de los patricios.

Los plebeyos obtuvieron pronto que la ley reconociera como legítima la union entre individuos de ambas clases, acuerdo que fué tan generalmente adoptado como que se vió, por ejemplo, á la opulenta familia plebeya de los Licinios unida por medio de enlaces matrimoniales á las tres *Gentes* patricias de los Fabios, de los Cornelios y de los Manlios.

Con el objeto de velar porque cada uno de los individuos que componian las diversas clases en que Roma estaba dividida, cumpliera con sus deberes, fué inventada la *Censura*, cargo que muy en breve se hizo omnipotente.

Cada cinco años convocaba el Censor á los romanos al *Campo de Marte*, y allí, á la voz del heraldo, comparecian, primero, los plebeyos, que si habian observado una conducta indigna, eran destinados á á la clase de *erarii;* comparecian despues los caballeros que, si se habian hecho indignos, eran degradados, y, por último, los senadores, que podian ser borrados del *album*.

Estas listas, que constituian el verdadero censo de poblacion, eran depositadas en el templo de las Ninfas.

Pronto las antiguas querellas volvieron á resucitar con más violencia que nunca.

El tribuno Cayo Licinio Estolon propuso una ley en favor de los deudores contra los intereses acumulados; otra que limitaba á quinientas yugadas la extension de la propiedad particular en el *ager romanus*, distribuyéndose el exceso entre los pobres, y otra por la que se preceptuaba que uno de los dos cónsules fuera plebeyo.

A seguida los tribunos lograron que todos pudieran formar parte del colegio de los Sacerdotes Sibilinos; que los plebeyos no fueran inhábiles para desempeñar la Dictadura (año 353), la Pretura (350), el Pontificado (354), la Edilidad y la Censura. El Dictador Polibio hizo los plebiscitos obligatorios para todos, y, por último, un secretario de Apio Cláudio divulgó el sagrado secreto de las fórmulas jurídicas y del calendario.

Así rompió la plebe romana todas las barreras, despues de cuatro siglos de tenacísima lucha.

LECCION XXVI

LOS GALOS EN ROMA.—GUERRAS CONTRA LOS SAMNITAS Y ETRUSCOS.—PIRRO, REY DE EPIRO.

Los galos, que habitaban la Galia Cisalpina, fueron conducidos por Aruncio, excitado por los celos, ante Clusio, ciudad de la Etruria, aliada de Roma, que mandó á tres hermanos Fabios cerca de Breno, jefe de los galos, para que procurasen poner en paz á unos y á otros; los cuales, léjos de hacerlo así, animaron á los clusianos contra los galos.

Irritado Breno marchó contra Roma, y los Fabios, nombrados tribunos militares, reuniendo las tropas de la república, sin reparar en la inferioridad de su número, pelearon contra los galos senones en las orillas del Alia, donde sufrieron una terrible derrota, llegando á Roma pocos fugitivos perseguidos por los senones, los cuales aumentaron hasta tal punto el terror, que los romanos ni áun cerraron las puertas de la ciudad.

Asombrado Breno, no se atrevia á penetrar en Roma, temeroso de alguna emboscada, lo que dió

tiempo á los romanos para refugiarse en las ciudades vecinas y para que, á las órdenes de Manlio, se ampararan en el Capitolio cuantos quedaban á propósito para defenderlo.

Vacilaba Breno al penetrar en la ciudad vacía, aunque precedido de fuertes destacamentos, cuando, al llegar al Foro, se ofreció ante sus ojos un espectáculo extraño.

Ochenta patricios, entre los que habia varones consulares, pontífices, generales honrados con los honores del triunfo, que habian ofrecido su vida para aplacar á los dioses infernales, al tenor de una súplica dirigida por el Pontífice Supremo, sentados en sus sillas curules, vestidos con sus expléndidos trajes, desafiaban la muerte con serena majestad.

Mudo de asombro, Breno creyó encontrarse ante una asamblea de dioses.

Sin embargo, habiéndose atrevido un soldado galo á pasar la mano por la barba del patricio Marco Popinio, que castigó tal insolencia descargando el baston de marfil, atributo de su dignidad, sobre el soldado, éste atravesó á Popinio con su espada: Los galos imitaron el ejemplo de su compañero, no dejando con vida á uno solo de aquellos valerosos ancianos, incendiando despues la ciudad y asaltando, aunque inútilmente, el Capitolio.

En tanto, Camilo, vencedor de Veyes y desterrado en Ardea por la ingratitud de los romanos, reunió á los fugitivos de Roma y los restos de los vencidos en Alia, última esperanza que quedaba á la república que imploró su auxilio.

Camilo exigió que los senadores, encerrados en el Capitolio, le autorizaran por un decreto, lo cual realizó un jóven plebeyo que, atravesando el campo de los enemigos, llevó á Camilo el nombramiento de Dictador.

Camilo marchó entónces contra los galos, é interceptándoles los víveres, les hizo sentir los rigores del hambre y los redujo á la condicion de sitiados, como estaban los refugiados dentro del Capitolio.

Repetia, en tanto, Breno sus incesantes ataques á la ciudadela romana, de que sin duda se hubiera apoderado, entregados sus defensores al sueño, si no los hubieran despertado los agudos gritos de las aves consagradas á Juno, espantadas ante la presencia de los galos que trepaban por los muros, siendo rechazados por los romanos que acudieron en su defensa.

Creciendo la necesidad de los galos aterrados por los ataques de Camilo, hallándose los romanos en mayor apuro, é ignorantes de los progresos del Dictador, vinieron á concierto Breno y el tribuno Sulpicio, conviniéndose en que, mediante la entrega de mil libras de oro, los galos abandonarian á Roma.

Al verificarse la entrega de la suma convenida, como advirtiera el romano que las pesas eran mayores y se quejara, poniendo Breno su espada en el platillo de las pesas exclamó: *¡Ay de los vencidos!*

Sobreviniendo en tanto Camilo, los galos fueron derrotados y la ciudad quedó libre de sus enemigos, no sin que se creara, por tal motivo, perdurable rencor entre galos y romanos.

Quedó la ciudad tan destruida, que muchos pensaron abandonarla para trasladarse á Veyes.

Libertada Roma, el Dictador renunció su cargo, que pronto tuvo que aceptar otra vez para vencer á los vecinos, rebelados ante las desgracias de Roma.

Esta es la época de los grandes hombres en Roma, engrandecida por las virtudes de Camilo.

A ella pertenece la abnegacion de Curcio; el heroismo de Manlio Torquato; el sacrificio de Decio;

Fabio, apellidado Máximo; Rullano; Curio Dentato; y el Aquiles romano, Papirio Cursor.

Entónces fué cuando la plebe acrecentó sus franquicias por mediacion de Fabio Ambusto, cuyas dos hijas estaban casadas una con un patricio y otra con un plebeyo.

Continuando la guerra contra los samnitas, éstos encerraron al ejército que mandaba el cónsul Postumio entre unos desfiladeros, sin esperanza de salvacion, en las fronteras de la Campania y el Samnio, al Este de Capua.

Pretendian algunos jefes samnitas el exterminio del ejército romano; pero Poncio, su general, se contentó con hacerles pasar por debajo del yugo, dejándolos en libertad.

Este acontecimiento tuvo lugar cerca de Caudium, por lo que aquellos parajes recibieron el nombre de *Horcas Caudinas*.

Tamaña generosidad fué recompensada por los romanos dando muerte á Poncio, vencido despues y hecho prisionero.

Derrotados los samnitas, queriendo Roma completar su dominacion en la Italia Inferior, acometió á los tarentinos que habian ofendido á sus embajadores: los tarentinos imploraron el auxilio de Pirro, rey de Epiro, que acudió con un ejército y venció en Heráclea á los romanos, asustados por los elefantes que no conocian.

Esta lucha reconocia por orígen que resentidos los de Tarento porque los romanos, contra lo convenido en cierto tratado, habian navegado más allá del promontorio Lavinio, (Cabo de las Columnas, en la Calabria Ulterior), aquéllos en cambio habian apresado sus naves, ultrajando á los embajadores que fueron á reclamarlas.

Pirro acudió con un ejército y venció en Heráclea á los romanos, asustados por los elefantes que no conocian.

El rey de los epirotas avanzó hasta Preneste, desde cuyas alturas pudo contemplar á Roma.

Cineas, delegado por Pirro para ajustar la paz con los romanos, comparó al Senado, por su majestad, con una asamblea de reyes, no obteniendo más que esta respuesta: *Si Pirro quiere la paz, que salga primero de Italia.*

Vencido el epirota por la generosidad de Fabricio, que le anunció que su propio médico le habia propuesto envenenarlo, abandonó la Italia dos años y cuatro meses despues de haberse en ella presentado.

Pirro, tras de haber vencido á los cartagineses en Sicilia, tras de muchas y novelescas empresas, encontró fin miserable, herido por una teja que le arrojó una mujer, al acometer la ciudad de Argos.

Despues, de suceso en suceso, vencidas todas las resistencias, Roma dominó en Italia, desde el estrecho de Mesina hasta el Rubicon y el Auser.

Sólo le faltaba en este tiempo, para dominar por completo en la Península, enseñorearse de la *Galia Cisalpina.*

REAL ACADEMIA (PISLIOTECA)

LECCION XXVII

CARTAGO.—PRIMERA GUERRA PÚNICA.

(Tito-Livio: Décadas.—Polibio: Historia Universal.—Dureau de la Malle: Historia de la ciudad de Cartago).

Perdida hasta la memoria de sus escritores nacionales, ha tenido Cartago el tristísimo destino de que su historia ha llegado á nosotros escrita por los griegos, aduladores eternos del pueblo romano, y por los escritores latinos, implacables enemigos de la poderosa nacion que por espacio de largo tiempo osó disputar á Roma el imperio del mundo.

Aun huyendo del exagerado sentimentalismo que, reconociendo como raíz una pasion noble y generosa, nos inclina siempre del lado del vencido, no podemos creer que los penos, que ejercieron en todas partes el comercio, que sembraron de colonias las orillas de los mares entónces conocidos, que oprimian con sus escuadras el Mediterráneo, que tan alto poder alcanzaron, sean tales cuales nos los pintan griegos y latinos.

¿Qué dejó el *delenda est Carthago* de esa poderosa república? ¿Dónde están los monumentos que sin duda levantó en sus emporios y colonias? ¿Dónde los libros de sus grandes escritores?

El esqueleto de una inmensa ciudad sobre cuyo sepulcro vegetan el oscuro pueblo de Mersa y las insignificantes aldeas de Malga y de Duar-ex-Xat; el imborrable nombre de algunos generales y políticos; la memoria de algun escritor inolvidable; unos poquísimos versos, y algunas palabras populares conservadas en las obras de Plauto, es cuanto queda de aquel pueblo gigantesco.

La mano del inexorable Caton, cayendo sobre el vencido, pulverizó hasta los recuerdos de su rival, con una saña de que no hay ejemplo en la Historia.

La tradicion conservada por Virgilio y Trogo Pompeyo afirma que Cartago debió su fundacion á Elisa ó Dido, mujer de Siqueo y hermana de Pigmalion, rey de *Tiro*; aunque varios sostienen que esta ciudad fué fundada por Zoro y Karchedon, y otros creen que éstos no hicieron más que engrandecer la ciudad africana.

Como quiera que sea, desde la muerte de Dido, existe en la historia de Cartago un período de cerca de trescientos años, durante el cual aparece ésta envuelta en la más densa oscuridad.

En este espacio de tiempo el poder de Cartago se extendió en las orillas del Meditarráneo, llegando por el Oeste á las *Columnas de Hércules* y por el Este á las *Aras de los Filenos*, por consecuencia de sus luchas con *Cirene*. Por resultado de su guerra con los focenses (1543 ántes de J. C.) se apoderaron de la isla de *Cyrnos* (Córcega), y Malco, primer sufeta que menciona la Historia (536), se enseñoreó de gran parte de la Sicilia.

Acaso en tiempo de Malco fué cuando, derribado el gobierno monárquico, se estableció la república en Cartago, al frente de la cual se hallaban dos sufetas, magistrados análogos á los cónsules de Roma, y un senado omnipotente.

Polibio, historiador sagacísimo, inserta en su historia tres tratados celebrados entre Cartago y Roma (años 509, 352 y 278 ántes de J. C.), por los que se adivina el poder de cada uno de estos dos pueblos y el número y el nombre de sus respectivos aliados.

La isla de Sicilia fué teatro de grandes victorias y de grandes derrotas para los cartagineses; en ella experimentaron el rigor de terribles epidemias que alguna vez llevaron hasta la misma Cartago; de Sicilia salió Agatocles como tromba incontrastable, poniendo en grave riesgo de acabamiento á la república cartaginesa.

Reinando Agatocles, ciertos aventureros que estaban á sueldo de este tirano, se enseñorearon, por traicion, de la ciudad de Mesina, degollaron á una gran parte de sus desgraciados habitantes, expulsaron á los demás, y se apoderaron de sus bienes y de sus mujeres.

Igual perfidia llevó á cabo la legion romana, tambien compuesta de campanios, que mandaba Decio Jubelo, en la desventurada ciudad de *Rhegio*, situada frente á Mesina en las contrapuestas costas italianas.

Los mamertinos, amenazados por Cartago y por los sicilianos, dueños de la isla, divididos entre sí, unos entregaron la ciudadela á los cartagineses y otros imploraron el socorro de Roma.

Era de esperar que los romanos que habian castigado á los infames legionarios de Jubelo, devolviendo la ciudad de Rhegio á sus legítimos dueños, no protegieran á los bandidos de *Zanclea*.

Tratado el asunto en el Senado, éste se dividió, sin embargo, en dos pareceres: pensaban unos que era indigno del pueblo que tan severamente habia castigado á los bandidos de la ciudad italiana, proteger á sus iguales de Sicilia; entendian otros que, abandonados los mamertinos, pronto caeria Mesina y toda la isla en manos de los cartagineses, que dueños de Cerdeña y del litoral africano, amenazaban por todas partes las costas de Italia.

El Senado, por un resto de pudor, dejó la decision al pueblo, que soliviantado por los cónsules, resolvió que los mamertinos fueran socorridos.

El cónsul Apio Cláudio atravesó felizmente el estrecho de Sicila burlando á la escuadra cartaginesa (264 ántes de J. C.); los mamertinos lanzaron de la ciudadela al general púnico, y el romano venció á Hieron de Sicilia, aliado de los cartagineses, que tambien sufrieron un fuerte revés.

En el año siguiente (263) los romanos consiguieron repetidos triunfos y apartaron á Hieron de la alianza de sus enemigos.

En 262, año tercero de la primera *Guerra púnica*, fuertes los cartagineses con el auxilio de mercenarios españoles, galos y ligures, siendo las cercanías de Agrigento su plaza de armas, despues de varios sucesos, ya adversos, ya favorables, los romanos, mandados por el cónsul Postumio, se apoderaron de esta ciudad.

La cuarta campaña no fué de resultados importantes; porque, señores los cartagineses del mar y dominando los romanos en el interior, se equilibraban las mútuas victorias y reveses.

No es posible creer que los romanos fueran tan absolutamente extraños al arte de navegar y á las construcciones navales como a firman sus historiado-

res, que necesitaran tomar como modelo una galera púnica de cinco órdenes de remos que dió al través en las costas latinas, y que, imitando en la ribera el ejercicio de los remeros, se ejercitaran en la maniobra, cuando en el tratado que ajustaron con los cartagineses, en el año 509, bajo el consulado de Bruto, poseian una marina mercante con la que hacian largos viajes.

La ocasion del barco púnico que la tempestad puso en sus manos, haria que, imitando las naves de sus enemigos, con arreglo á ellas, mejoraran su escuadra.

Ello es que los romanos, trabajando con un ardor invencible, construyeron una armada de ciento veinte galeras, que por ensalmo apareció en las costas de Italia.

El mando del ejército de tierra tocó al cónsul Duilio y el de la escuadra á Cornelio, el cual pagó su imprudencia en *Lipari*, quedando prisionero con diez y siete naves del africano Boodes, que lo condujo á Cartago.

Duilio, dejando confiado el mando del ejército á los tribunos, se puso al frente de la escuadra, y marchando en busca del enemigo, encontró la armada de éste en las aguas de *Mylæ* (Melazzo), en las costas septentrionales de Sicilia.

El previsor cónsul suplió la desventaja de sus naves y la superioridad de los cartagineses con la invencion del *cocle*, máquina que se reducia á un mástil colocado en la proa de cada nave, al cual se adapta una especie de puente levadizo que tenia á su extremidad un cono de hierro, por extremo pesado y agudo, guarnecido de gárfios móviles. Esta máquina que caia con violencia desde la grande altura del mástil, hacía que el cono se clavara en la embarcacion enemiga, fijaba el puente movedizo con sus gárfios y pro-

porcionaba á los romanos un medio facilísimo de abordaje, cambiando el combate naval en terrestre, en el cual era evidente la superioridad de los latinos.

Comenzado el combate y haciendo su efecto los *cocles*, los cartagineses fueron derrotados, perdiendo las treinta y ocho galeras de su vanguardia, entre las que se contaba la del general, de siete órdenes de remos, famosa entre los cartagineses por haberla apresado en sus guerras contra Pirro, amén de otras cincuenta embarcaciones que tambien perdieron.

Duilio, puesto otra vez al frente de las legiones, hizo levantar el sitio de *Ægesta*, y tomó por asalto á *Macela*, entre los rios *Crimisso* é *Hypsa*, (MACEL(LAM P)VGNANDO CEPIT, dice la Columna Rostrata).

A su vuelta á Roma, obtuvo el cónsul extraordinarios honores, entre ellos el de la Columna Rostrata levantada con los restos de las naves por él apresadas en *Mylœ*, la que ostentaba además una inscripcion conmemorativa de sus victorias, inscripcion que aún se conserva y que es uno de los más antiguos monumentos de la literatura latina.

Duilio fué el primero á quien en Roma se concedieron los honores del triunfo naval.

LECCION XXVIII

PRIMERA GUERRA PÚNICA. (CONTINUACION).

El año sexto (259) de la guerra fué desastroso para los cartagineses en Córcega y Cerdeña, y para los romanos en Sicilia.

En el sétimo (258), los romanos se apoderaron de *Hippona*, de *Mytistrato* y de otras plazas fuertes; hizo inmortal su fama el tribuno M. Calpurnio Flamma, y fueron derrotados ante *Lipari*: el octavo careció de importancia militar.

Preparadas ambas potencias, en el año noveno, los romanos, con una armada de trescientas treinta galeras, se trasladaron desde Mesina á *Ecnomo*, donde sus legiones estaban acampadas, al propio tiempo que los cartagineses, con trescientas cincuenta naves, marcharon desde *Lylibea* á *Heráclea*.

Ambos enemigos se encontraron en *Ecnomo* (Sur de Sicilia) donde los cónsules Atilio y Manlio alcanzaron una señalada victoria, echando á pique treinta bajeles cartagineses y apoderándose de sesenta y cua-

tro, con pérdida por su parte de veinte y cuatro galeras.

Los romanos, siguiendo el ejemplo de Agatocles, se encaminaron al promontorio *Hermeo* (cabo Ras-Addar), y de aquí á *Clypea* (Calibia), desde donde asolaron los más bellos territorios de Cartago.

Manlio regresó á Roma, y Régulo, con título de procónsul, se quedó en Africa con cuarenta naves, quince mil infantes y quinientos caballos.

Durante el año décimo (255), Régulo venció á los cartagineses en Adis, victoria que le hizo dueño de Túnez.

Los cartagineses pidieron á Régulo la paz; pero el romano impuso tan duras condiciones que, aquéllos, reducidos á la desesperacion, reunieron todas sus fuerzas para la lucha.

En tan triste situacion se hallaba Cartago, cuando regresaron las naves que habian ido á Grecia en busca de mercenarios, con un importante refuerzo.

Entre los recien venidos se hallaba Xantipo de Lacedemonia, capitan acostumbrado á la austera disciplina de su patria, á quien los cartagineses, por una abnegacion de que se encuentran pocos ejemplos, pusieron al frente de sus tropas.

El griego, restableciendo la disciplina militar y cambiando la táctica, batió tan completamente á los romanos, que de éstos tan sólo se salvaron quinientos que se habian reunido al rededor de Régulo, que con éste fueron hechos prisioneros, y dos mil que apartados del combate, pudieron refugiarse en *Clypea*.

No es posible creer, segun refieren Apiano y Zonaras, que los cartagineses dieron muerte á Xantipo, cuando se trasladó á Grecia, celosos de deber su libertad á un extranjero. Si así hubiera acontecido, esta terrible maldad no habria dejado de ser referida

por los escritores latinos, enemigos implacables de Cartago.

Pronto los romanos armaron otra escuadra con la que salieron contra Africa y Sicilia, la cual, despues de varios sucesos, pereció atacada por una furiosa tempestad, salvándose escasamente ochenta bajeles, de trescientos sesenta y cuatro de que se componia; desastre que los cartagineses aprovecharon destruyendo la ciudad de Agrigento.

En los años once, doce, trece y catorce (254 al 250) ocurrió la toma de *Panormo* (Palermo) por los romanos que vieron destruida su escuadra por una tempestad, al doblar el cabo *Palinuro*.

En la campaña décimaquinta (250) los cartagineses fueron derrotados ante Palermo.

Cuentan, que, con ocasion de estos desastres, los cartagineses mandaron á Roma al mismo Régulo para contratar la paz, ó cuando menos obtener un canje de prisioneros, bajo la promesa de que, en todo caso, el desgraciado procónsul volveria á Cartago: afírmase que éste aconsejó al Senado romano que rechazara tales peticiones, y que, vuelto al Africa, pereció entre horribles tormentos.

Faltan en Tito Livio los libros en que debía hablar de este hecho; falta en Diodoro el libro XIII donde igualmente habia de referirse; pero algunos de sus fragmentos parece que lo desmienten; el minucioso Polibio no lo menciona; Dion lo cuenta como una tradicion que embellecen Horacio y Silio Itálico con las galas de la poesía.

Ahora bien: el ejército romano se componia de ciudadanos que eran irreemplazables; el de Cartago, donde abundaba el dinero, de mercenarios que en todas partes se encontraban en aquellos tiempos de guerra.

A Roma, pues, que no á Cartago, convenia el canje de los prisioneros, por lo que no es sostenible ante la sana crítica la accion que se atribuye á Régulo.

El sitio de Lylibea por los romanos, los desastres mútuos al frente de esta plaza, la audacia de Hanibal el Rodio, y la habilidad de Magon, cierran esta campaña.

La décimasexta (249) se señaló por la victoria alcanzada en las aguas de Drépano (Trapani) por Adherbal sobre el cónsul Publio Cláudio Pulcher.

Mandaba éste una de las más fuertes escuadras que los romanos habian lanzado al mar.

Pocos momentos ántes de trabarse el combate, fueron á decir al cónsul que los pollos sagrados no querian salir de su jaula ni comer.

Que beban, pues, toda vez que no quieren comer, dijo Pulcher, y mandó arrojarlos al mar.

Los cartagineses destruyeron la escuadra romana, é hicieron veinte mil prisioneros que condujeron á Cartago.

Esta victoria se completó aún con otra alcanzada por Cartalon sobre el cónsul Lucio Junio, ante Lylibea, y por la destruccion de otra armada romana, victoria de una tempestad en los escollos de Camarina (ántes Hyperia, en el Sur de Sicilia).

En las campañas XVII, XVIII, XIX y XX (248 á 244) aparece y se distingue entre todos Hamilcar Barca, uno de los más grandes hombres que ha producido el arte de la guerra. Nombrado Hamilcar jefe de las tropas y de las escuadras púnicas de Sicilia, salió al frente de éstas, asoló las costas de Italia y volvió cargado de botin á las inmediaciones de Palermo.

Allí, con ese golpe de vista patrimonio de los grandes génios, adivinó en Ercta (N. O. de Sicilia)

una posicion inexpugnable. Ercta es una montaña á orillas del mar, sumamente escarpada, y coronada por una fertilísima meseta de cien estadios de circunferencia: en ella se estableció Hamilcar desafiando á los romanos.

Durante tres años se mantuvo en esta posicion el héroe cartaginés, asolando desde ella las costas de Sicilia y de Italia.

En el año XXI de la guerra (242), arrebató á los romanos la ciudad de Eryx, (Oeste de Sicilia), y los sitió en la montaña de este nombre, conservando la ciudad á pesar de la defeccion de los galos.

En la campaña siguiente (242), haciendo los romanos un último esfuerzo marítimo, reunieron una escuadra de trescientas galeras y setecientos barcos de trasporte, con la que el cónsul Lutacio se apoderó de los puertos de Drépano y Lylibea. Previendo Lutacio que no tardaria en presentarse la escuadra cartaginesa en socorro de los suyos, dió la vela para Ægusa, isla perteneciente al grupo de las Ægatas frente á Ægithalo y Lylibea, desde donde distinguió, en efecto, la armada púnica mandada por Hanon.

Navegaban los cartagineses con sus barcos, embarazados por los soldados de trasporte. cargados de municiones y de mantenimientos.

La victoria alcanzada por los romanos fué completa, echando á pique cincuenta galeras enemigas, apoderándose de setenta y haciendo diez mil prisioneros; el resto logró salvarse con el auxilio del viento que, cambiando de repente, favoreció su fuga.

Despues de la derrota de los cartagineses en las islas Ægatas, era ya imposible á Cartago sostener la guerra, por lo que dió plenos poderes á Hamilcar para ajustar la paz con los romanos.

Lutacio, para que no le despojara de la gloria de

haber concluido la guerra el nuevo cónsul, intimidado por el génio de Hamilcar y recordando el ejemplo de Régulo, se apresuró á aceptar la paz bajo las siguientes condiciones: que los cartagineses abandonarian completamente la Sicilia; que no harian la guerra á Hieron; que se entregarian á los romanos, sin rescate, los prisioneros y los tránsfugas, y que pagarian en el espacio de veinte años dos mil y doscientos talentos euboicos (poco más de 40 millones de reales). Roma ratificó el tratado, adicionando únicamente que los cartagineses pagarian en el acto mil talentos para los gastos de la guerra; dos mil en los diez años siguientes, y que abandonarian todas las islas del Mediterráneo, exceptuando Córcega y Cerdeña.

El heróico Hamilcar Barca se retiró de Sicilia con todas sus tropas, sus armas y pertrechos de guerra.

Así acabó la primera guerra púnica, en la que asombran el poder terrestre y marítimo de ambas naciones contendientes; los ejércitos que en ella perecieron; los incendios de ciudades; los campos abrasados.

Roma perdió, durante ella, setecientas naves de guerra y quinientas los cartagineses.

Por este tiempo cerraron los romanos por segunda vez el templo de Jano; se apoderaron de la Istria y de la Galia Cisalpina; se declararon protectores de los griegos, y organizaron á Córcega y Sicilia.

La ciudad de Siracusa, que habia permanecido fiel á los romanos, conservó su independencia.

LECCION XXIX

GUERRA DE LOS MERCENARIOS EN CARTAGO.

Terminada la primera guerra púnica, Hamilcar Barca, despues de haber trasladado su ejército desde Erix á Lylibea, dejó á Giscon, gobernador de esta plaza, encargado del trasporte de los soldados á Africa, que el prudente general mandó en cuerpos sueltos, para que cada uno pudiera ser satisfecho de sus atrasos ántes de la llegada de sus compañeros.

Agotado el Tesoro de Cártago ó poco previsor el Senado, léjos de secundar los prudentes propósitos de Giscon, dejó que los mercenarios se reunieran en Cartago, esperando que consentirian en una disminucion de sus pagas.

Empero bien pronto el gobierno púnico reconoció su falta de buen acuerdo, pues los mercenarios, gente acostumbrada á la guerra y al desórden, turbaban dia y noche la ciudad con sus excesos.

Entónces quiso remediar el mal con otro mucho mayor, que fué dar á cada uno de los oficiales una

moneda de oro para que acudieran á sus más urgentes necesidades, y que esperaran en Sica la llegada de todos para satisfacerles sus atrasos; á cuya imprudencia añadió la de que los soldados llevaran consigo á sus hijos y á sus mujeres, privándose así la república de estos tan seguros rehenes.

Reunidos los mercenarios, el Senado comisionó á Hanon para que los convenciera de la necesidad de hacer una rebaja en sus pagas, á cuya proposicion contestó aquella irritada soldadesca con gritos de furor, poniéndose en marcha más de veinte mil, y acampando en Túnez, á ciento veinte estadios de Cartago.

Aterrado el Senado, envió abundantes víveres á los sublevados, y quiso entenderse con ellos.

Como acontece siempre que los rebeldes logran de los gobiernos concesiones arrancadas por medio de la violencia, los mercenarios se mostraban cada hora más intratables, añadiendo pretension sobre pretension. Convenidos en el importe de los sueldos, pidieron el precio de los caballos que habian perdido, y luego exigieron que se les pagara en dinero, y al más alto precio, el trigo que se les debia.

El Senado, para terminar la sedicion, mandó á Túnez á Giscon, simpático para los sublevados, que, provisto del dinero necesario, salió de Cartago y llegó á Túnez.

Persuadia á los rebeldes el enviado del Senado cuando el campanio Espendio, primero esclavo y despues tránsfuga, y Mathos, principal instigador de la rebelion, temerosos del castigo, rompieron el concierto, promoviendo indescriptible tumulto.

Por último, los sublevados eligieron por jefes á Mathos y á Espendio, y violando el derecho de gentes, se apoderaron del dinero destinado para pagarles; cargaron de cadenas á Giscon y á sus compañeros;

los colmaron de ultrajes, y enviaron mensajeros á las ciudades africanas para que siguieran su ejemplo, lo que adoptaron casi todas, mandándoles víveres y refuerzos.

Mathos y Espendio, divididas sus tropas en dos cuerpos, marcharon á sitiar á Utica é Hipona, que se habian negado á imitarlos.

La situacion de los cartagineses era en verdad desesperada.

Cuando se prometian restaurar sus perdidas fuerzas en la paz, por la que habian hecho tan grandes sacrificios, veian de repente suspendido el comercio; arruinados los emporios; sin ejército que oponer á un enemigo incivil y cruelísimo; vueltas contra ellos las ciudades africanas, y considerando con espanto que ya no se trataba de la dominacion de la isla de Sicilia, sino de su propia existencia.

En tan críticas circunstancias la república nombró jefe militar á Hanon, allegó cuantos barcos pudo, y armó á todos los ciudadanos.

Los jefes de los mercenarios habian reunido setenta mil hombres, con los que estrechaban el sitio de Utica y de Hipona, fortificaban sus trincheras contra Túnez, é inquietaban dia y noche á Cartago.

La primera vez que vinieron á las manos Hanon y los mercenarios, despues de derrotarlos éste con la violencia de los elefantes, estuvo á punto de perderse por su descuido.

Reconocida la incapacidad de Hanon, fué sustituido por el incomparable Hamilcar Barca, que sumando todas las fuerzas, sólo pudo reunir diez mil hombres escasos.

El defensor de Erix, realizando verdaderos milagros de prevision, de valor y de audacia, derrotó completamente al ejército de Espendio y á los sitiadores

de Utica que en número de quince mil acudieron á socorrerlos, matando seis mil africanos y mercenarios, se apoderó de la ciudad que éstos habian edificado y que defendia el puente de Ballara, sin otros muchos pueblos de que se enseñoreó, parte por capitulacion, parte por la fuerza.

Espendio, aconsejado por Mathos que continuaba sitiando á Hipona, excusó ya todo combate con el invencible Hamilcar.

Conducta tan prudente prolongó la guerra y áun puso en sus manos y en las de su colega Autarito, jefe de los galos, á Hamilcar que se vió encerrado en un paso difícil, del que salió gracias al jóven Naravasa, caudillo de los númidas, que cansado de alternar con los inciviles mercenarios y lleno de admiracion hácia Hamilcar, abandonando el campo de los sublevados, se unió al cartaginés con dos mil caballos.

Pronto los mercenarios, viniendo á las manos con los cartagineses, perdieron diez mil hombres muertos en el campo de batalla y cuatro mil prisioneros. Hamilcar Barca admitió en sus filas á algunos de éstos que quisieron tomar las armas; reunió á los que se obstinaron en no admitirlas, y cuando todos esperaban la muerte, les dijo que estaban perdonados y en libertad, bajo la promesa de no hacer la guerra á Cartago.

Espendio y Autarito escaparon milagrosamente.

Por este tiempo, contaminados los mercenarios, encargados de la defensa de Cerdeña, con el ejemplo de Mathos y de Espendio, se rebelaron y mataron al jefe Bostar con todos los cartagineses que mandaba.

Enviado Hanon con tropas para recobrar la isla, se sublevaron sus propios soldados que lo crucificaron, dando cruelísima muerte á cuantos cartagineses se encontraban en Cerdeña.

Temiendo los jefes de los mercenarios que la generosidad de Hamilcar con los prisioneros ejerceria grande influjo para con sus soldados, quisieron comprometerlos con un crímen imperdonable.

Recordaremos que Giscon, á quien tanto debian los alzados, habia sido aprisionado por éstos, violando los principios de la gratitud y del derecho de gentes.

Autarito y Espendio fingieron cartas; supusieron ventas y traiciones; pintaron á Giscon como cabeza de proyectos tenebrosos, y con tales calumnias excitaron á los soldados que, ébrios de furor, lo sacaron fuera de las trincheras con otros setecientos prisioneros cartagineses; cortáronles primeramente las manos, y despues de mutilarlos cruelísimamente, les quebraron brazos y piernas; los arrojaron, aún vivos, en un foso; se negaron á entregar á los amigos el cuerpo del desventurado jefe, que lo reclamaban para darle honrosa sepultura, y juraron matar entre tormentos á todo cartaginés prisionero y cortar las manos á sus aliados.

La guerra desde entónces fué una horrible lucha de fieras.

Utica é Hipona, hasta entónces amigas de Cartago, abandonaron su casa, asesinaron y despeñaron desde los muros á cerca de quinientos cartagineses cuyos cadáveres se negaron á enterrar; pereció en una horrible tormenta la flota, que cargada de víveres esperaban de la Byzazena, y reunidas las tropas de Hanon y de Hamilcar, estallaron rivalidades entre ambos generales, que decidió el Senado, optando por Hamilcar, y nombrando á Hanibal para reemplazar á Hanon.

Creció tanto con la division de los generales la osadía de los rebeldes que se atrevieron á sitiar á la misma Cartago.

En estas circunstancias, Hieron de Sicilia, príncipe que comprendia cuánto le importaba que los cartagineses no sucumbieran, los auxilió generosamente, conducta que igualmente observaron los romanos, negándose por entónces á las solicitudes de los rebeldes de Cerdeña y de los habitantes de Utica que pretendian someterse á su dominacion.

En tanto, dividido el ejército de Hamilcar en varios cuerpos, forzó á los rebeldes á abandonar el sitio de Cartago, los que, unidos á los auxiliares africanos mandados por Zarzas, juntaron un ejército de tropas escogidas que ascendia á cincuenta mil hombres.

Hamilcar Barca estrechaba por todas partes á los mercenarios haciéndoles sufrir dolorosas y casi diarias pérdidas, hasta que logró encerrarlos en un paraje de imposible salida, donde, al cabo, se vieron forzados á alimentarse comiéndose los unos á los otros.

¡Castigo justo, dice Polibio, de su impiedad y de su barbarie!

En trance tan desesperado, los rebeldes no hacian proposiciones de paz, porque la conciencia de sus crímenes les daba la seguridad de que jamás serian perdonados y áun esperaban el socorro del ejército de Túnez.

Pero cuando trascurrieron los dias sin que nadie los amparara, cuando hubieron devorado sus prisioneros y sus esclavos, se rebelaron contra sus propios jefes.

Autarito, Espendio y Zarzas pidieron celebrar una entrevista con Hamilcar, y, obtenido un salvo-conducto, se trasladaron al campo del cartaginés.

Hamilcar les impuso como condicion que diez de los rebeldes, á su eleccion, le serian entregados y

que los restantes se podrian ir á sus casas sin armas y sin otro vestido que una simple túnica.

Terminado el tratado, exclamó el cartaginés: *Vosotros sois los diez*, y apoderándose de ellos los cargó de cadenas.

Cansados los rebeldes de esperar á sus jefes, supusieron que les habian hecho traicion y corrieron desesperados á las armas, renovando la guerra.

Hamilcar hizo avanzar contra ellos á sus soldados y á sus elefantes y los exterminó á todos.

Su número pasaba de cuarenta mil.

Esta sangrienta ejecucion consternó de tal manera á las ciudades rebeldes que todas se sometieron á la dominacion cartaginesa, excepto Túnez, donde aún se sostuvo Mathos.

Hamilcar, acompañado de Hanibal y del númida Naravasa se dirigió contra la ciudad contumaz.

Frente á los muros hizo conducir á Espendio, Autarito, Zarzas y á los otros siete jefes, que hizo crucificar á la vista de los sitiados.

Noticioso Mathos de que Hanibal vivia sin precauciones, hizo contra él una vigorosa salida, lo derrotó, se apoderó de él, lo atormentó rudamente, descolgó el cadáver de Espendio y lo crucificó en la misma cruz donde éste acababa de espirar, inmolando además treinta de los más ilustres cartagineses que habia aprisionado.

Por último, reconciliados Hamilcar y Hanon, forzaron á los mercenarios á una batalla general donde éstos fueron vencidos, quedando la mayor parte muertos en ella.

Hipona y Utica persistieron aún en su rebeldía, no esperando perdon, pero pronto tuvieron que someterse á la dura ley del vencedor.

Así terminó esta guerra al cabo de tres años y

cuatro meses de crueldades, de barbarie y de impiedad.

Hamilcar Barca y Hanon hicieron su entrada triunfal en Cartago llevando á Mathos y á sus compañeros encadenados.

Segun Polibio, estos desdichados animaron por espacio de largo tiempo, con sus gritos de muerte y agonía, las fiestas y los espectáculos de Cartago.

LECCION XXX

PRIMITIVOS POBLADORES DE ESPAÑA.

FERNANDEZ-GUERRA (D. AURELIANO) El Libro de Santoña. — FERNANDEZ-GUERRA: Cantábria.—P. FIDEL FITA: Carta inserta en la Cantábria.

Como el peregrino que, habiendo apénas emprendido un largo y difícil viaje, distinguiendo á lo léjos las humeantes cabañas del pueblo natal, áun á riesgo de prolongar la duracion de su fatigosa jornada, conmovido el ánimo, descubre su cabeza, dobla la rodilla, saluda á su amado hogar y á la tierra que guarda las cenizas de sus predecesores, así nosotros, al consignar el sumarísimo bosquejo de la Historia Universal, llegado el momento en que España toma parte activa en el proceso de los acontecimientos humanos durante los tiempos antiguos, saludamos con el alma al noble país en que tuvimos la fortuna de nacer, por gracia de la Providencia, y nos complacemos en trazar el boceto del heróico papel que ha desempeñado, unas veces puesto á la cabeza de las naciones, otras

decadente, como todo lo humano, aunque pronto, cual el fénix, á levantarse de entre sus cenizas, y siempre sufrido, noble y generoso.

España, como Grecia y como Italia, es una de las tres grandes penínsulas en que termina por el Sur el continente europeo. Rodeada por el Mediterráneo y por el Océano hácia el Este, hácia el Sur y hácia el Norte, y separada del resto de Europa por la altísima cordillera pirenáica, debe su existencia, como nacion, á leyes naturales; está destinada á ser perpétuo asiento de un pueblo dotado de vida propia, sin que haya jamás que temer para ella la suerte de la heróica Polonia, falta de fronteras indisputables; el inmediato destino de los Principados Danubianos, presa de poderosos vecinos, ó el que acaso aguarda á la rica Bélgica, frontera de alhedaños poderosos.

Estas condiciones de existencia natural y propia, que España debe á su conformacion geográfica, esta ley de unidad, hállase contrariada por su estructura interior, opuesta á aquel principio.

En efecto, surcada nuestra patria por altas cordilleras de montañas; atravesada por rios de curso prolongado y de cáuce profundo, aquéllas y éstas forman, dentro de su suelo, como las naturales fronteras de diversos estados, causas eficacísimas de su variedad, dentro de su unidad, que son como la clave de su historia.

Así, apénas comienza á alborear la luz de la que es *Testigo de los tiempos*, vemos á la Península española ocupada por naciones diversas en orígen, idiomas, costumbres é instintos. Siglos y siglos trascurren, y aún viven en ella sin confundirse: termínase la siete veces secular lucha contra los islamitas y á ella sobreviven aquellas nacionalidades; los Reyes Católicos dan feliz remate á su obra de unidad, y, á pe-

sar de ella, no mueren las antiguas razas; pasan sobre España el subyugador y glorioso estandarte de la casa de Austria y el poderoso nivel de la Borbónica, y, á pesar de ellos, aún se conservan intactos el tipo del cántabro, del astur, del galáico, del contestano, del edetano, del bastitano, del bástulo-fenicio y de las naciones todas que ya nos pintan con gráficos colores Estrabon y los geógrafos é historiadores, así griegos como romanos.

Esta variedad y esta unidad son las que, segun hemos dicho, explican á maravilla la historia de España, tan fácil de ser invadida en los primeros momentos, como imposible de ser definitivamente sojuzgada.

Así el árabe se apodera de la Península mediando escasa resistencia, y cuando debe considerarse á Europa presa definitiva del fanatismo musulman, España y Europa deben su salvacion á un puñado de no vencidos astures, que enriscados en las montañas pátrias, inician la incomparable epopeya de la Reconquista; y así en los tiempos modernos, dispersado uno y otro ejército español, el espíritu provincial libra igualmente á España y á Europa de ser presa definitiva de las águilas napoleónicas.

Me atrevo á sospechar que el nombre primero de nuestra patria fué el de *Iberia*, que debió á la raza ibérica, dominadora en ella por completo durante largo tiempo; paréceme que los fenicios la llamaron *Spania* de Span, que vale en su lengua tanto como oculto, region lejana y escondida para ellos en los extremos del orbe; que los griegos la apellidaron *Hesperia*, de Hespero, lucero de la tarde, país occidental, y los romanos *Spania*, que significa, á la vez, conejo *(Spania cunicularia)*, razon por la cual está nuestro país representado en el reverso de una cono-

cida moneda del emperador Adriano por cierta matrona que tiene al lado uno de estos roedores.

Dijimos al comenzar la leccion XII, que ciertas tribus, separándose de la gran familia Arya en las faldas del Paropamiso, se encaminaron por las orillas del lago Oxio y el mar Hircano, y se establecieron en la desembocadura del Daix; y que otras, de la misma familia, que viajando por distintas vías (Sur del Euxino), se habian detenido en la Sapiria y la Colquida, unidas despues á parte de las primeras, avanzando por entre las estribaciones meridionales de los montes Bastarnicos y el Ister, fueron sucesivamente poblando la Grecia, la Italia, la Germania, las Galias y la España, donde encontraron á otras de su misma raza, que por el Asia Menor habian penetrado ántes que ellas en Europa.

Clarísimos testimonios del muy prolongado viaje de estas gentes, son los nombres de *Iberus*, de un rio de la *Sangarida;* del *Ebrus* de la *Mesia;* del *Hebro* de la *Tracia*; del *Iber*, dado al *Rin* por Nono; del *Tiber*, que guarda el mismo nombre; de la sierra de *Aralar* por cima de la Borunda, que recuerda las célebres montañas de la Armenia; el rio *Araxes* de Navarra, que es el propio del *Araxes*, frontera de la *Iberia asiática* y de la *Media;* el rio guipuzcoano *Urumea*, que así se llama como el lago Pérsico; el *Oria*, que ántes se apellidaba *Asturias*, como uno de los afluentes del *Tigris;* el rio *Cantebras*, tributario del *Hidaspes*, que dió nombre en España á un pueblo valiente y heróico; las ciudades asirias, *Deva*, *Degio* y *Maranda*, que corresponden á *Deva*, *Degio* y *Miranda*; los pueblos *Iberingos* situados en la media region de la *India extragangética*; los *taporos lusitanos* como los *taporos massagetas*; los *asturicanos*, que dieron su nombre á Asturias, y los *pésicos*, que corresponden á las gentes

avecindadas entre el lago *Aral*, el mar *Caspio* y los montes *Oxios;* el monte *Vinnio* ó *Vindio*, que corresponde á la cordillera divisoria de las cuencas del *Indo* y del *Ganges*; los *concanos*, *galáicos*, *astures* y *cántabros*, que conservaban, al advenimiento de los romanos, religion, trajes, usos y costumbres de *massagetas* y *gelonos;* el *svasti*, signo comun á cántabros y á pueblos de raza *Arya*, así en la India como en Asturias y en las más apartadas regiones del Norte, adonde se alongaron germanos y escitas, que se halla, ora gravado en piedras rúnicas y gentílicas, ora fundido en medallas de Córduba, Acci y Carthago Nova, ó al frente de las legiones en el estandarte imperial cántabro; ejemplos que se pudieran multiplicar hasta lo infinito con apelativos de torrentes, montañas, pagos, villares y nombres de cosas y de personas.

Creemos, pues, que los pueblos orientales de que hablamos en la ya citada leccion XII, despues de una estancia más ó menos larga en las faldas meridionales del *Cáucaso*, se separaron en dos distintas direcciones, siguiendo los unos las orillas meridionales del *Euxino* y comenzando á poblar la Europa por la *Tracia* y por la *Grecia*, donde dejan, entre otros recuerdos de su paso, el nombre del rio *Iberus* y el de la ciudad de *Abdera;* los otros que se subdividen entre los *Carpatos* y el *Ister*, y encaminándose al Occidente pueblan tambien la Europa. Tal vez á estas gentes pertenecen los *basticos* de la *Beocia*; acaso sea colonia suya la ciudad de *Basta* situada en la *Mesapia*, entre *Idruntum* y *Castrum Minervæ*, como los pueblos *bastárnicos* de la propia region, y, en el termino de su viaje, los *vascitanos* de Tito Livio y el valle del Baztan en las raíces del Pirineo.

Tal vez, siguiendo aquellos pueblos la direccion norte de la expresada cordillera, á la que dan el

nombre de una de sus más poderosas tribus *(Alpes bastárnicos)*, gérmen de una nueva invasion en España, establecénse bajo el nombre de *bassianos*, y *bassinianos* en la primera y segunda *Panonia*.

Iberos, pues, y otras tribus orientales fueron los primitivos pobladores de España; pero, como entre todas, eran las de aquéllos las más numerosas y las más adelantadas en cultura, sobreponiéndose á todas, extendieron en nuestro país su maravilloso idioma y dieron su nombre á la Península entera, que retuvo, sin embargo, como especial de ciertas tribus, el de algunas comarcas (los *bastitanos*, los *mastienos)*.

Para demostrar el poder de la raza *Ibérica* en estas apartadas edades, consignaremos que autores de indisputable fama han dado á la *Iberia* límites tan varios como el *Ródano* (Estrabon II, Scilax *Periplo)* y la *Galia Cisalpina* (Suidas, en la palabra *Ligústico*, Plutarco en Marcelo, Eschilo citado por Plinio XXXVII-2.) y el *Eridano* (Herodoto III, 254, número 115, Cluverio *Antigüedades Germánicas*, nota XLV de Wesseling, Plinio XXXVIII-20, Dionisio Alejandrino, Tácito en la *Vida de Agrícola)*.

Las celtas aquitanos, en tiempos ya muy adelantados, eran, segun testimonio de Estrabon, más semejantes á los *iberos* limítrofes que á los *lugdunenses*. Toda España, áun la Septentrional, fué comprendida un tiempo bajo el nombre comun de *Iberia* (Strabon IV-1.). Al describir Poliobio los países recorridos por Haníbal para hacer la guerra á los romanos, dijo que la parte de Europa que se extendia desde los Pirineos hasta el Ocaso y las *Columnas de Hércules*, estaba bañada, por una parte, del Mediterráneo, por otra del Mar Exterior, y que la porcion que corria hasta las Columnas se llamaba *Iberia* (Polibio IX).

No es esta ciertamente contradicion de los autores, sino expresion de diversos estados de España, invadida desde los primeros tiempos por las razas conquistadoras y por los pueblos navegantes de la antigüedad.

Plinio (Historia Natural, III-1.), citando á Marco Varron y anticipándolos á los demás pueblos, afirma que los *iberos* poblaron en España.

Los iberos, pues, llevando tal vez de avanzada á los bastitanos, penetraron en España por el valle del Baztan y por los afluentes del Ebro; acamparon en la orilla izquierda de este caudaloso rio; prosiguieron luego hácia el Sur, tocando en el Tader (Segura), y se fijaron desde aquí, por la desembocadura del Almanzora, hasta el estrecho de las Columnas.

La posicion del valle del Baztan y la direccion de la Bastitania nos hacen, entre otras razones, adoptar esta hipótesis.

Diversos los bastitanos é iberos, aunque de la misma filiacion, dominaron los segundos en toda la Península, salvo en lo que es hoy provincia de Múrcia y parte oriental y meridional de Andalucía, que ocuparon los bastitanos.

LECCION XXXI

PRIMITIVOS POBLADORES DE ESPAÑA. (CONTINUACION.)

Cuando más sosegados se hallaban bastitanos é iberos, sobrevino otra gente que les hizo crudísima guerra.

Nos referimos á los galos, pueblo indo-scyta, como el ibero, que alcanzó gran fama en los primeros tiempos.

Eforo, que floreció como cuatro siglos ántes de la era cristiana, asevera que los más antiguos griegos daban generalmente el nombre de celtas á todos los occidentales, el de scytas á los septentrionales y el de etíopes á los pueblos del Mediodía, segun confirman Estrabon y Dionisio de Halicarnaso.

Procedian estas gentes de las grandes tribus que, segun dijimos, se separaron de los suyos entre el Ister y los Carpatos, y que, anhelando poseer climas más templados, se establecieron en la Sarmacia europea, entre el Tanais y el Ister, paises que ya conocian, divididos en scytas reales, que vivian en las

orillas de este primer rio; sobre la Crimea los nómadas, y en las márgenes del Borystenes hasta Kief, los scytas agricultores; una de cuyas ramas, los cultivadores, vivian en las fuentes del Hispanis.

Desde aquí, en diversos tiempos, llevaron sus inquietas colonias, en la forma que refiere Plutarco *(Vidas de Mario y de Camilo)* hasta los extremos de Europa.

Pero tan importante suceso no aconteció de una vez ni á seguida, sino en diversas ocasiones, como expresamente afirma el autor de las *Vidas de los hombres ilustres.*

Estos pueblos eran sin duda de raza indo-scytica, como lo demuestran el nombre de *Indica* dado á la capital de los indigetas, y las costumbres massagetas en muchos de ellos: que hubo persas en España, segun demuestra Varron: que los vascos (Romey 1-12 y 13) eran indo-scytas, no hay para que dudarlo; así como que poblaron en España pésicos y astures.

En nuestra Península habia un promontorio escítico (Mela) y gran número de sus pueblos y de sus comarcas tenian la terminacion en *stan*, propia de las gentes y territorios persas.

Sea de ello lo que quiera, estas nuevas razas, rebasando los Pirineos, penetraron en España; siguieron el curso del Duero y aquí poblaron, especialmente á lo largo de las costas occidentales, del Sur del Durio al Cúneo; desde cuyo promontorio extendieron sus conquistas hasta las costas de lo que más adelante se llamó Bástulo-fenicia y aún más por el interior, al mismo tiempo que otras tribus, siguiendo las corrientes del Sicoris y del Ebro, luchaban con los pueblos cerca de ellos establecidos.

Tales sucesos debieron producir gran movimiento en las diversas naciones que habitaban la Iberia, y

acaso de entónces data la emigracion de los sicanos que, pasando los Pirineos y las Galias, poblaron en el Sur de la Italia y en Sicilia (Diodoro citando á Filisto: tomo I, 6-334; Estrabon con testimonio de Eforo, VI; Dionisio de Halicarnaso, lib. I; Solino: Silio Itálico, Cluverio, en la *Sicilia Antigua.)*

Todo esto acontecia como XVI siglos ántes de la era vulgar.

Los celtas, extendiendo sus conquistas por el Norte hasta las orillas del mar Cantábrico, confederáronse con los iberos en el centro de la Península, recibiendo por ello este país el nombre de *Celtiberia.* La raza euskara conservóse independiente de todo contagio en ambas faldas de los Pirineos y en los países limítrofes. (Diodoro, lib. V, Apiano: *Ibéricas).*

Apercibíase en tanto un nuevo elemento de civilizacion para la Península.

Despojados los cananeos por los israelitas de sus ciudades del interior, rebosaron de habitantes las ciudades marítimas de la Fenicia y numerosas colonias salieron de aquellas costas en busca de nueva patria.

A ser cierta la narracion de Procopio, puede afirmarse que los más antiguos establecimientos de los fenicios en España se deben fijar entre los años 1450 y 1400 ántes de nuestra era, de cuya época datan sus primeros establecimientos en *Carteya*, en *Abdera* y en *Málaca.*

Así las cosas y trascurriendo los tiempos, asoma aún otro poderoso elemento de civilizacion para la Península, el cual marcha siempre en direccion contraria al fenicio, avanzando ámbos de puntos tan contrapuestos como las cercanías de *Tartesso* y el golfo de las *Galias.*

Nos referimos á los focenses que, hácia el año 600 ántes de J. C., fundaron á Marsella.

La superabundancia de poblacion en los estados de Ambigato dió lugar á las emigraciones de Beloveso y de Sigoveso que tantos trastornos produjeron en los países cercanos, lanzando de sus ordinarias residencias á las tribus próximas é imprimiendo un movimiento de empuje que se habia de sentir en tierras extrañas á la ambicion de los sobrinos de Ambigato.

El establecimiento de los volsco-tectósagos en las tierras regadas por el Garona empujó á los celtas, moradores de la Narbonense, las Cévenas y la Armórica, que, pasando los Pirineos, se precipitaron en España.

La marcha de esta segunda invasion céltica, que debe fijarse hácia el año 587 ántes de J. C., acaso pueda señalarse desde *Elusa* ó *Lusa*, mansion en el Itinerario de Antonino, desde *Burdigala ad Summum Pirineum*, donde, teniendo los nuevos celtas noticia de otros pueblos de su misma casta, establecidos de antiguo en España, se encaminaron por las raices septentrionales del Idúbeda, en el país de los vacceos, y por el curso del Duero, donde se confundieron con sus hermanos, dueños de la Lusitania.

De esta segunda invasion quedan no pocos recuerdos en algunas de las naciones que en lo antiguo dividian á nuestra patria.

Como no podia menos de acontecer, tan extraordinarios sucesos dieron nuevo impulso al espíritu conquistador de los primitivos celtas, que lucharon con las naciones ibéricas, y extendieron sus posesiones.

Distinto era en verdad el aspecto que presentaban las costas orientales visitadas por colonias del Asia occidental.

Efecto de este espíritu de ambicion y de conquista, fué sin duda la contienda entre los pueblos célticos, que habian avanzado hasta la Turdetania, y la

colonia fenicia de *Gades*; contienda que iba á traer á España otro pueblo de la misma genealogía que éste, pero que, conservando su índole comercial, se habia contaminado con el espíritu guerrero de los libios, habitantes del Atlas. Nos referimos á los *penos*, que habian fundado un imperio poderoso en el Africa.

Faltos de fuerza ó de espíritu militar los emporios asiáticos de España, y acometidos por las feroces tribus que con ellos limitaban por el Occidente, llamaron en su auxilio á los cartagineses, los cuales se precipitaron armados en la Península, pelearon, vencieron, y, cautivados del país, se establecieron en él, no sin hallar resistencia por parte de la metrópoli tiria.

Con ocasion del sitio de *Gades*, segun Vitrubio (10-19), inventaron los cartagineses una de las más terribles máquinas opugnatorias: el ariete.

La llegada de los cartagineses á España puede colocarse en el siglo VI ántes de J. C., entre los años del mundo 3415 y 3460.

Muy en breve se apoderaron los penos del cordon de ciudades que se extendian desde Cádiz hasta Málaga, tan florecientes en los tiempos de la cultura fenicia.

Tras de varios sucesos y no escaso número de años, las conquistas pusieron á los cartagineses en peligroso contacto con las colonias griegas del Mediterráneo, que por este motivo se hicieron fieles aliadas de Roma, preparando la causa de la catástrofe de los penos y la dominacion de los latinos en la Península ibérica.

Tal es la hipótesis que racionalmente puede establecerse, á falta de otra mejor, sobre *Los primitivos pobladores de España.*

LECCION XXXII

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA.

(FLOREZ: España Sagrada-Medallas; —CEAN: Sumario de las antigüedades romanas.—CORTES: Diccionario de la España antigua. — HUBNER: Corpus Inscriptionum.—FERNANDEZ-GUERRA. Cantábria.—RADA Y DELGADO Y FERNANDEZ-GUERRA: Antigüedades del Cerro de los Santos).

Del resto de Europa separan á España los montes Pirineos *(Pyrinei Montes)*, que extendiéndose de Este á Oeste por espacio de noventa y dos leguas próximamente, forman su natural frontera por la parte del Septentrion.

Esta cordillera, dilatándose hácia el Ocaso, toma los nombres, primero de Sierra de Aralar y luego de Andía, entre Guipúzcoa, Navarra y Alava; entre Vizcaya y Búrgos, el de Sierra Salvada; entre Santander, Búrgos y Palencia, el de Sierra de Sejos y Sierras Albas; entre Asturias y Leon, el de Sierra de Pajares y de Peñamarella, que desde el puerto de Ceredo á Reinosa se llama Pirineos Astúricos ó Montes Cantabricos.

Del puerto de Pajares se desprenden, con direccion Sudoeste, las Sierras de Elstredo y del Puerto.

Tales montañas se ramifican en distintas direcciones con los nombres de Sierra Loba, de Monte Testeyro, de Sierra de Jerez, de la Culebra, de Maraon, de Rebordaos, etc., cuyas últimas estribaciones y contrafuertes combaten las embravecidas olas del Atlántico.

En el monte *Vindio*, entre las fuentes del Ebro *(Iberus)* y del Pisuerga *(Pisorica)*, arrancan las que luego, hácia el alongado extremo oriental, se llaman Sierras de Molina, de Cuenca y Albarracin *(Cordillera del Idubeda)*, no sin que ántes levante sus nevados riscos el Moncayo *(Mons-Caunus)*, entre los pueblos *Pelendones, Arevacos* y *Celtiberos*.

Sobre *Segoncia*, en las fuentes del Tajo, se desprende otra gran cordillera de que forman parte Somosierra, las de Grados, de Francia, de Gata y de la Estrella que penetran en Portugal y mueren en la Sierra de Cintra y en el cabo de Roca.

En los montes de Toledo *(Oretanos)* nacen otras importantes sierras; el *Monte Herminio*, que dirigiéndose de Este á Oste (Sierras de Guadalupe y de San Mamed, *Mons Medullius)*, al penetrar en Portugal por Portalegre, se inclinan súbitamente hácia el Sur, se incorporan á la Sierra de Monchique y de Caldeira, en el país de los *Cynetes* (Algarbe) y rematan en el cabo de San Vicente *(Promotorium Sacrum)*, centinela de Océano.

En el extremo Sur de la Sierra de Alcaraz comienza por el Oriente la Sierra Morena *(Mons Marianus)*.

El *Orospeda* tiene humilde principio en Almansa y Chinchilla; irguese ya en las tajadas Sierras de Alcaraz, de Segura y de Cazorla; extiende sus brazos

hasta el *Campo Espartario*; elévase en la Sagra de Huéscar y se dilata por el Mediodía de España hasta las *Columnas de Hércules*, comprendiendo todas las sierras que desde el Júcar tienden su espesa red hasta Gibraltar. Tal es el *Orospeda*, defensa de la *Bastitania*, que por ella tomó aquel nombre en tiempo del godo Leovigildo.

El *Salto Tugiense* comenzaba en Toya (provincia de Jaen) y terminaba en Cerro-Gordo, en el confin de las provincias de Almería, Múrcia y Granada.

Entre las sierras notables del Mediodía de España mencionaremos aún los montes *Ilipulitanos* y el *Solorio* (Sierra Nevada) con su corona de perpétuas nieves.

Estas cordilleras, que forman las divisorias de las cuencas de varios rios de cáuce más ó menos profundo, terminan en diferentes cabos.

Hé aquí los principales cabos ó promontorios de nuestra península: el Higuer *(prom. Oearo)* en el extremo del linde de Francia, por el Oeste (Guipúzcoa); el Machichaco y el Vilano, en Vizcaya; el Quejo, Ajo, Galizano, Menor y Mayor y Oyhambre, en la provincia de Santander; el Lastres, el de Torres, el de Peñas *(prom. Scythicum, seu Cepresium Iugum)*, el Negro, Vidio, Bustos, San Agustin, Blanco y San Sebastian, en Astúrias; los de Mora, en la de Lugo; el de Varis, el de los Aguillones y el Ortegal *(prom. Trileucum)*, el Prior y el Prioriño, el de San Adrian *(prom. Solis)*, el Tosto, el Vilano *(prom. Nerium)*, el Torinana, el de la Nave, el de Finisterre *(prom. Artabrum)*, el de Corrubedo *(prom. Corrubium)*, en la Coruña; el Silleiro *(prom. Orubium)*, en la de Pontevedra; el Mondego, el Carboeiro *(Sierra y promontorio de la Luna)*, el Roca *(prom. Magnum)*, el Espichel *(prom. Barbarium)*, el de Sines, el de Sardao, el de San Vicente *(prom. Sa-*

crum), el Carboeiro, el de Santa María *(prom. Cuneum)*, en Portugal; el de la Puntilla, el Koche y el Trafalgar *(prom. Junois)*, y el Plata, en la provincia de Cádiz; el de Sacratif, en la de Granada; el de las Sentinas *(prom. Charidemum)*, y el de Gata, en la de Almería; el Negrote y el de Palos *(prom. Scombrarium)*, en la provincia de Múrcia; el Roig, el Cervera, el de Santa Pola, el Huertos, el de la Nao, el de San Martin y el de San Antonio *(prom. Dianium)*, en la de Alicante; el Cullera y el Canet, en la de Valencia; el de Oropesa *(prom. Tenebrium)*, en la de Castellon; el Tortosa, el de la Liga y el Salou, en la de Tarragona; el de San Pedro, en la de Barcelona; el de Tossa *(prom. Lunarium)*, el de San Sebastian, el Blanco, el Ragur, el Aiquafreda *(¿prom. Celebandicus?)*, el Entrara, el Norfeo, el de Creus *(prom. Afrodisium)*, el Raso, el Llado y el Cervera, límite de Francia, por la *Galia Narbonense*, en la de Gerona.

Entre sus golfos y mares eran los más notables el *Cantábrico*, de Vizcaya ó de Gascuña; el de Huelva; el mar comprendido entre el estrecho de Gibraltar y el cabo de Gata que apellidaron *Iberico* griegos y romanos; el fondeadero de Balerma, entre el cabo de las Sentinas y el rio de Adra *(Golfo Virgitano)*; el golfo de Almería, entre la punta de Santa Elena y el cabo de Gata; el de Vera, que los antiguos apellidaron *Mastieno* y los naturales *mar de Hamilcar*, entre los cabos de Gata y el de Palos; el mar Menor, en la provincia de Múrcia; el *Ilicitano*, entre los cabos de Palos y de la Nao; el *Sucronense*, entre el cabo de la Nao y la desembocadura del Mijares *(Uduba)*; el golfo de Ampola, en la de Tarragona, y el de Rosas, en la de Gerona.

Entre los rios más célebres, se cuentan el Miño *(Minius)* que desemboca en el Atlántico y sirve de

frontera entre España y Portugal; el Duero *(Durius)*, que despues de recorrer varias provincias de España y Portugal, tributa sus aguas al Atlántico en Oporto; el Tajo *(Tagus)*, que naciendo en el país de los *Lusones*, baña los muros de Lisboa ántes de perderse en el Atlántico; el Guadiana *(Anas)* encerrado entre los montes *Herminios* y *Marianos*, sujeto dos veces por los arenales y las montañas, humillándose una y confundiéndose en el suelo, y saltando otra embravecido entre las rocas; el olivífero Guadalquivir *(Bætis)*, que, naciendo en la sierra de Auxin, fertiliza las provincias de Jaen, Córdoba y Sevilla, recibiendo en ellas, entre otros afluentes, al Guadiana Menor; el Guadalimar, que baña los muros de *Cástulo*, la ciudad querida de Hanibal, el Guadajoz *(Salsum)*, célebre en las guerras de César y los hijos de Pompeyo, y el famoso Genil *(Singilis)*, que acaba en San Lúcar de Barrameda; el Guadalete, en la provincia de Cádiz, en cuyas márgenes cayó, víctima de traidores, el imperio de los visigodos en España.

Entre los rios que tributan sus aguas al Mediterráneo, hállanse el Segura *(Tader)*, que fecunda las provincias de Albacete y Múrcia; el Júcar *(Sucro)* que muere en el golfo de Valencia *(Sucronense)*; el Guadalaviar ó Túria, que riega los mágicos jardines de la ciudad del Cid; el Ebro *(Iberus)*, que nace en las faldas del *Vindio* y acaba en la provincia de Tarragona, y el Llobregat *(Rubricatus)* que desaparece en el mar cuando ha fecundado el país de los *laletanos* (parte de la provincia de Barcelona).

Pocas islas existen cercanas á España que tengan verdadera importancia: las principales se encuentran en el Mediterráneo, por lo cual sólo nos ocuparemos de éstas.

Las islas Baleares que dan nombre al mar situa-

do entre ellas y las costas de España *(mar baleárico)*, constituyen un hermoso grupo formado por Ibiza *(Ebusus)* que tiene al Sur la de Formentera *(Ophiusa)*, y ámbas se llamaban *Pytyusas;* Mallorca *(Maior)* con la de Cabrera *(Capraria)*, al Sur; la Dragonera (de *Hanibal)* al Oeste, y la de Menorca *(Minor)* con alguna otra sin importancia.

LECCION XXXIII

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA. (CONTINUACION.)

(FERNANDEZ-GUERRA: Cantábria.—SAAVEDRA (D. Eduardo) y FERNANDEZ-GUERRA: Discursos leidos ante la Real Academia de la Historia.—SAAVEDRA: La antigua Murgi y los límites de la Bética.

Algunos viajes felices de aventureros, pertenecientes á los pueblos navegantes y comerciales de la antigüedad, dieron fama á nuestra patria en dias remotísimos, por lo que en breve llegó España á ser para los ribereños del Mediterráneo y sus vecinos, lo que en el siglo XVI la América, ó la California en el actual: el país de los arroyos de plata, del oro nativo, de las piedras preciosas y de las rápidas fortunas.

Ya hemos dicho de qué manera entendemos que fué poblada nuestra Península; ahora nos toca dar á conocer, aunque sumariamente, el estado en que la encontró Roma, en cuyas manos va á concentrarse el imperio del orbe.

Cinco grandes divisiones de España se conocen, pertenecientes á la *Edad Antigua*.

Primera: *citerior* y *ulterior*, ó *cisibérica* y *transibérica*, comprendiendo la *cisibérica* ó *ulterior* á *astures*, *cántabros*, *vacceos*, *oretanos* y *bastitanos* y hasta el Pirineo y los *indigetas;* y la *ulterior* ó *transibérica*, á *galáicos*, *lusitanos* y *béticos*. Data esta particion del año 197 ántes de J. C.

Segunda: en el año 27 despues de J. C., 727 de la fundacion de Roma, dividió Augusto la *Iberia* en tres provincias: *Tarraconense*, *Lusitania* y *Bética*.

Tercera: en dias de Caracalla partióse en cuatro: *Tarraconense*, *Galecia*, *Lusitania* y *Bética*.

Cuarta: Constantino (año 332) la regionó en cinco: *Tarraconense*, *Cartaginense*, *Galecia*, *Lusitania* y *Bética*.

Quinta: bajo los hijos del gran Teodosio (año 395) fué dividida en seis partes: *Baleárica*, *Tarraconense*, *Cartaginense*, *Galecia*, *Lusitania* y *Bética*.

Lástima que Estrabon y Plinio, excusándose con lo bárbaro de los nombres, no nos hayan legado el cuadro completo de los pueblos que ocupaban la *Iberia* en las primeras edades.

A iberos y celtas se habian agregado, en los tiempos que la invadieron los romanos, fenicios, tirrenos, tuscios, griegos y cartagineses, que generalmente ocupaban puntos importantes del litoral.

Eran los *turdetanos* los pueblos más poderosos de la Bética, y, segun testimonio de Estrabon, poseian leyes escritas en metro que tenian seis mil años de antigüedad; ó mejor, constaban de seis mil versos, y hay juicioso escritor que cree ser esta coleccion copia de uno de los libros de Salomon perdidos en la cautividad de Babilonia.

Desde la orilla izquierda del Tajo al Guadiana habitaban los *célticos*; en la estrecha cinta, entre la sierra de Caldeira y el Atlántico, los *cuneos*; entre el Tajo

y el Duero, los *lusitanos*; el resto del país *lusitano*, comprendido entre los montes *Herminios* y el Duero, lindando por el Este con los *arevacos* y *carpetanos*, lo poblaban los *vetones*; entre el Duero y el mar Cantábrico vivian los *galáicos*, confederacion de pueblos entre los que eran más señalados los *brácaros* al Sur, los *gravios* sobre el Miño, los *lucenses* entre el Ulla y el Támara, y los *artabros*, que ocupaban la parte más Norte del territorio *galáico*. Tolemeo divide á los *galáicos* en dos grandes ramas, *brácaros* y *lucenses*: desde el rio Navia al Nalon habitaban los *pésicos*; los *astures* limitaban al Este y al Sur con los *cántabros* y los *vacceos*, al Oeste con los *galáicos* y los *pésicos*, al Norte con el *Cantábria*, y se dividian en *augustanos* al Sur, y *trasmontanos* ó *lucenses* al Norte. El golfo de Gascuña bañaba las costas de la *Cantábria*, que ocupaban desde la ria de Villaviciosa hasta el Oriñon, desde las cercanías de Infiesto y Pola de Laviana hasta el Puerto de los Tornos y comienzo de los montes de Ordunte; desde Lillo á muy cerca de Medina de Pomar, y desde junto á Saldaña, en Pedrosa de la Vega, hasta Pedrosa del Páramo, junto á *Sasamon*, Pedrosa del rio Urbel, Padrones de Bureba, Terminon y Oña. Este territorio estaba poblado, segun Plinio, por siete tribus habitantes de nueve territorios que reconocian por capitales á *Octaviolca*, *Cóncana*, *Orgenomesco*, *Vadinia*, *Juliobriga*, *Conisco*, *Camárica*, *Vélica* y *Móreca*; seguian á los *cántabros* los *berones*, entre el *Iber* y el *Idubeda*, que alcanzaban por el Sur á los *pelendones*, lindantes por el Oeste con *cántabros* y *turmogios*, y por el Este con *vardullos* y *vascones*.

Entre los *berones* eran de notar los *autrigones*, desde el Ebro al Cantábrico; los *vardullos* lindaban al Este con los *vascones*, y en su territorio se hallaban los *caristinos*: así como entre los *celtíberos*, los *pelen-*

dones y los *vardullos*, entre los *berones* y *pelendones*, *cerretanos* é *ilergetes*, se hallaban los *vascones*.

Encaminándose al Este, encajonados entro el Ebro y los Pirineos, seguian los *iacetanos*, los *volciones* y los *ilercaones*, que tocaban por el Oeste al rio *Palliarense*, afluente del *Sicoris*.

Partido su territorio por este último rio y el Llobregat *(Rubricatus)*, en las faldas meridionales del Pirineo, vivian los *carretanos*.

En el extremo Noroeste de la Península comenzaba una série de pueblos, entre los que debemos consignar, de Norte á Sur, á los *indigetas*, *castelanos*, *ausetanos*, *laletanos*, *cosetanos*, *ilercavones*, *suesetanos*, y *turdetanos*, que tocaban la márgen derecha del Túria.

Los *carpetanos* ocupaban casi todo el territorio de las actuales provincias de Segovia, Madrid y Toledo.

Los *celtíberos*, en su sentido estricto y propio, lindaban al Norte con los *berones* y *vascones;* al Occidente con los *pelendones*, los *arevacos* y los *carpetanos*; al Sur con los *oretanos* y algunas ciudades pertenecientes á *bastitanos* y *deitanos*, y por el Oriente con la cordillera del *Idubeda*.

En la *Confederacion Celtíbera* se contaban los *lusones* en las fuentes del Tajo; los *arevacos* en las del Duero, los *pelendones* que se extendian desde el Moncayo *(Mons-Caunus)* por el Occidente á uno y otro lado del *Idubeda*, y los *olcades*, vecinos de los *carpetanos*.

En las orillas del Mediterráneo, desde el *Sucro* á las fronteras de la *Bética*, habitaban los *contestanos*: los *bastitanos* se extendian desde el *Orospeda* al golfo de Almería: los *oretanos* lindaban al Norte con el rio *Anas*, al Este con la *Bética*, al Sur con la *Bástulo-Fenicia* y al Este con la *Bastitania*.

El Guadiana *(Anas)*, en toda su extension, señalaba el lindero de la *Bética* por el Norte y el Ocaso: esta region se avecinaba al Oriente con la *Oretania*; era limítrofe de la *Ossigitania* en el punto en que el rio Guadalbullon tributa su caudal al Guadalquivir; bajaba por este último rio en busca del Herrumblar; encaminándose al Norte, dejaba á la derecha á *Cástulo;* saltaba la Sierra Morena, buscaba el Guadiana hácia el lugar en que este rio recibe las aguas del Jabalon, y ya desde aquí, el *Anas* servia á esta region de frontera septentrional y occidental.

La Bética estaba ocupada por varios pueblos, entre los cuales se hallaban: los *beturios*, entre el Guadiana y Sierra Morena, divididos en *beturios célticos* al Oeste y *beturios túrdulos* al Este; los *turdetanos béticos* y *túrdulos*, que tenian por capitales, los primeros, á *Hispalis* (Sevilla) y los segundos á *Córduba* (Córdoba); los *bástulo-fenicios*, en el litoral, comprendidos entre la desembocadura del Guadiaro *(Barbesula)* y *Murgi*.

La *Bética* adscrita al Senado en tiempo de Augusto, estaba gobernada por un Pretor, un Cuestor y un Legado.

La descripcion curiosísima de los pueblos que los romanos encontraron establecidos en España; de sus conventos jurídicos; de sus colonias y municipios; de sus grandes vias militares, la parte verdaderamente amena de la Geografía Histórica de nuestra patria, no son propias de la índole de estas LECCIONES.

LECCION XXXIV

SEGUNDA GUERRA PÚNICA

(CÉSAR CANTÚ: Historia Universal. —J. YANOSKI: Historia de la Segunda Guerra Púnica).

Soñando Roma y Cartago en el imperio del mundo, representantes ámbas de dos razas enemigas, repúblicas las dos y, por consiguiente, turbulentas, ambiciosas y soñadoras, fácil era preveer que la paz con que terminó la primera guerra púnica, no habia de ser más que una tregua.

Perdido por Cartago el señorío del Mediterráneo, anheló compensar en otra parte tal quebranto, y para ello puso sus ojos en España, como fecundo venero de riquezas y plantel inagotable de heróicos soldados.

Ya hemos visto cómo habia comenzado el establecimiento de los cartagineses en España.

En 396 los hallamos unidos por medio de un tratado á diversos pueblos españoles que les proporcionaron buen número de auxiliares que sostuvieron el honor de sus armas en Sicilia.

Insistiendo Cartago en su propósito de prepararse para nuevas guerras con Roma, envió á *Gades* con sus mejores tropas á Hamilcar Barca.

En los dos primeros años de su mando, este ilustre caudillo, recorrió la Bética, la Bastitania y la Contestania, sojuzgando estos países. Avanzando en su expedicion llegó á los límites de Sagunto, donde recibió una embajada de este pueblo que tuvo que respetar como aliado de Roma.

El bienio terminó avanzando Hamilcar hasta las orillas del Ebro.

En este tiempo Hamilcar fundó la ciudad de Barcelona, en cuyo nombre se conservó el de familia del inmortal caudillo (*Barcino*, de los Barcas), aunque no falta quien sostenga que, siendo el pensamiento de Hamilcar, á Hanibal pertenece esta gloria.

Istolacio y un su hermano que, acaudillando á los célticos del Cuneo y á algunas tribus turdetanas, se opusieron á Hamilcar, fueron derrotados y muertos con sus principales amigos; los lusitanos y los vetones que en número de cincuenta mil pelearon con el cartaginés, fueron igualmente vencidos por la superioridad de la táctica púnica; pero dejando tan asombrado de su valor personal al caudillo africano, que dió franca libertad á más de diez mil prisioneros, aunque crucificando á Indortes.

Hamilcar se dirigió entónces contra Helice.

Olcades, oretanos y vetones, acudieron en socorro de la ciudad sitiada.

Orison, caudillo de uno de los pueblos vecinos, aparentando que se unia á los cartagineses, animó á Hamilcar que presentó la batalla á los españoles.

Los celtíberos prepararon una gran cantidad de carros, ataron á la cabeza de las yuntas que los conducian haces de materias inflamables, y cuando éstas

ardian, saliendo los animales ébrios de dolor, atropellaron al ejército cartaginés, cuya derrota completaron los españoles.

Hamilcar, despues de hacer prodigios de habilidad y de valor, murió al pasar el rio cercano, derribado por su caballo.

Los restos del ejército púnico se salvaron en *Acra Leuké*, donde fué proclamado sucesor de Hamilcar su yerno Hasdrúbal.

Nueve años habia durado el mando de Hamilcar Barca en España.

Rehaciendo Hasdrúbal las tropas cartaginesas, fortificado con los auxilios de Cartago y con la admision de mercenarios, se apoderó de Helice, venció y dió muerte á Orison, derrotó á los olcades y procuró atraerse voluntades en los pueblos situados al Sur de estos territorios.

Realizadas estas cosas, el cartaginés quiso asegurar su poder, fundando una ciudad en situacion ventajosa para la consecucion de sus proyectos, á propósito para comunicarse fácilmente con la metrópoli, y en el país de los contestanos, en el *Campo Spartario*, casi en el centro de las costas orientales de España, fundó á *Carthago Nova* (Cartagena).

Por espacio de casi ocho años estuvo Hasdrúbal rigiendo á España, al cabo de los cuales vino á morir á manos de un esclavo galo que vengó la muerte de su amo, dando de puñaladas á Hasdrúbal (222) al pié de los altares.

Hamilcar Barca habia traido consigo á España á su hijo Haníbal, de edad de nueve años, al cual hizo jurar ódio eterno á los romanos en el altar de Melcarte. Este jóven, que á la muerte de Hasdrúbal contaba veinte y seis años de edad, que habia crecido en los campamentos, educado en la escuela práctica de

su padre y de su hermano, fué aclamado como jefe por los cartagineses.

Haníbal dió muestra de sus talentos militares apoderándose del país de los olcades y venciendo un ejército de cien mil hombres que éstos le opusieron unidos á los carpetanos y á los vascos, con lo que, exceptuando el territorio de Sagunto, la España Transibérica entera estaba bajo su dominacion.

Fuerte ya con el dominio sobre naciones tan belicosas, unido á una de las familias más pudientes de la Oretania por su enlace con Imilce, acaudalada señora de *Cástulo* (Cazlona, á una legua de Linares á la márgen derecha del Guadalimar), se decidió á ultrajar resueltamente á Roma en la más querida de sus aliadas.

Cuestionaba Sagunto con sus vecinos los de Túrbula sobre límites, cuando éstos pidieron el auxilio de Haníbal, que citó ante sí á ambos contendientes.

Los saguntinos, no reconociendo el arbitraje del cartaginés, se quejaron á Roma que mandó á España á P. Valerio Flaco y á Q. Bebio Tamphilo para que hablaran á Haníbal, encargándoles que si éste no cesaba en sus hostilidades, demandaran en Cartago la persona del hijo de Hamilcar Barca como infractor de los tratados.

Hallábase Sagunto enclavada en el territorio Edetano (Ptolemeo); á corta distancia del mar (Plinio); en el golfo Sucronense; fecundados sus campos por el Sucro (Mela); era la sétima mansion en el camino militar de Tarraco á Cartago Spartaria, y debia su fundacion á griegos de Zazinto y á rútulos de Ardea.

Haníbal, al frente de un poderoso ejército, atacó la ciudad por tres puntos á la vez, aportillando la muralla con los arietes protegidos por las vineas, y

usando de todos los medios que ponia á su disposicion el arte de la guerra.

Los heróicos saguntinos sustituian con sus pechos la muralla derribada y hacían grandes estragos en los cartagineses con la terrible *falárica*.

Peleábase con tan feroz encarnizamiento, que el mismo Haníbal, al frente de los suyos, fué herido de dardo en una pierna, cayendo al suelo con la violencia del golpe.

En este tiempo desembarcan los legados de Roma, que, rechazados por Hanibal, se encaminan á Cartago, donde exponen sus quejas ante el Senado, siendo apoyados por Hanon, jefe de la fraccion contraria á Haníbal.

Rumores y gritos de ira acogian las palabras del enemigo de los Barcas, cuando Q. Fabio, alzando el extremo de su toga, se adelantó exclamando:—*Aquí os traigo la guerra ó la paz; escoged.* Los senadores respondieron indignados: *Danos lo que quieras*; y Fabio entónces, soltando el extremo de la toga, exclamó: *La guerra.*

Despues de ocho meses de asedio, los saguntinos, haciendo una inmensa hoguera, quemaron cuantas riquezas pudieron haber á las manos. rechazaron las condiciones del sitiador, hicieron una terrible salida en la que todos sucumbieron matando, y las mujeres, que desde el muro contemplaban el desastre, se dieron á sí mismas la muerte de diversas maneras, matando ántes á los niños que alimentaban á sus pechos.

Tras de la toma de Sagunto, Haníbal se retiró á Cartago Nova, donde despidió sus tropas, citándolas para la primavera siguiente.

En el tiempo señalado, el previsor Haníbal mandó soldados que defendieran á Cartago; reunió su ejército; dejó en *Cástulo* á su mujer Imilce y á su hijo Has-

par; confió la defensa de España á su hermano Hasdrúbal con un ejército de quince mil hombres, africanos, ligurios, libio-fenicios y númidas; encomendó la defensa de las costas á sesenta y dos galeras, y salió de Cartago Spartaria al frente de un ejército compuesto por su mayor parte de españoles.

Hecho esto, confió once mil hombres á Hanon para que defendiera el paso del Ebro y los Pirineos, y desembocó en la Galia, donde sostuvo algunas luchas que terminaron con un tratado de paz, cuyas dificultades habian de resolver las mujeres galas.

Fué tan desastrosa la marcha de Haníbal, que á los cinco meses y medio de su salida de Cartagena apénas quedaba la mitad de su ejército, cuyas pérdidas compensó con el auxilio de los galos, enemigos eternos de Roma desde la invasion de Breno, hasta el punto de que con su auxilio, al poco tiempo, Haníbal se hallaba al frente de noventa mil soldados.

Roma, ignorante de los propósitos del cartaginés, le opuso tres ejércitos.

P. Scipion quiso disputar á Haníbal el paso del Ródano; pero habiendo llegado tarde para realizar este propósito, cometió la torpeza de dividir su ejército, confiando una parte de él á su hermano Cneo para que se encaminase á España, y él marchó á defender el paso del Pó.

Scipion sufrió el castigo de su imprevision, siendo derrotado en las orillas del *Tesino*, á cuyo desastre siguió el de Sempronio junto al *Trebia* y el de Flaminio en las márgenes del lago *Trasimeno*.

Afortunadamente para Roma, fué nombrado dictador Fabio, que, excusando todo combate decisivo, debilitaba al cartaginés, no dándole punto de reposo.

Cansada la plebe romana de las dilaciones del Dictador, (achaque comun de los gobiernos democráti-

cos), á quien motejó con el título de *El Tardo, (Cunctator)*, entregó en otras manos los ejércitos.

Confiadas las legiones á los cónsules Paulo Emilio y Varron, éste, abandonando la prudente conducta de Fabio, luchó en *Cannas* (en la Apulia, á orillas del Ofanto), donde perdieron los romanos ochenta mil hombres, dos cuestores, veintiun tribunos de las legiones, ochenta senadores y uno de los cónsules, Paulo Emilio.

Haníbal, fortalecido con la defeccion de comarcas enteras de la Italia que abandonaron la causa de Roma, se dirigió á Capua que le abrió sus puertas y mandó á Cartago á su hermano Magon en demanda de tropas.

Justo es consignar, en honra de nuestros mayores, que los celtíberos, formando en lo más recio de la batalla de Cannas su terrible *cuña*, rompieron por el centro el ejército romano y decidieron la suerte de la batalla, combatiéndolo por la espalda.

Los resultados de la derrota de Cannas fueron terribles para Roma.

La Galia Cisalpina se declaró resueltamente por los cartagineses; los pueblos de la Italia Meridional prometieron á Haníbal numerosos auxiliares; ejemplo que imitaron la Apulia, la Mesapia, la Lucania, el Brucio y gran parte del Samnio y de la Campania.

Sólo la Italia Central permanecia decididamente fiel á los romanos, que, en situacion tan desesperada, dieron increibles pruebas de su invencible patriotismo.

Magon partió para Cartago, segun ya hemos dicho, con objeto de dar cuenta de las victorias alcanzadas y pedir al Senado refuerzos de soldados y otros auxilios.

Compareciendo el hermano de Haníbal ante el Senado, fué acogido con entusiasmo; pero ante la fria oposicion de Hanon, los refuerzos decretados de reclutas españoles y africanos, de elefantes y dinero, fueron poco menos que nulos, en tanto que el heróico Haníbal, en la Italia Inferior, léjos de los refuerzos españoles y galos, veia decrecer y amenguarse su poderio.

LECCION XXXV

SEGUNDA GUERRA PÚNICA. (CONTINUACION).

(TITO LIVIO: Decadas.—POLYBIO: Historia.—CÉSAR CANTÚ: Historia Universal).

Dijimos que P. Scipion, al ver que no podia disputar á Haníbal el paso del Ródano, confió la mitad de su ejército á su hermano Cneo para que sostuviera la causa de los romanos en España.

Cneo derrotó á Hanon y se apoderó de la impedimenta del ejército de Haníbal que éste le habia confiado.

Hecho esto, Scipion se acantonó en Tarragona y Hasdrúbal concentró sus fuerzas en Cartagena.

A poco los romanos se apoderaron de la armada cartaginesa, y se fortalecieron con numerosas alianzas entre las naciones ibéricas.

El Senado romano, comprendiendo cuánto le importaba debilitar el centro de los recursos de Haníbal, envió á España á P. Scipion con nuevos refuerzos.

Reunidos Cneo y Publio, se encaminaron á la he-

róica Sagunto, donde se apoderaron de los rehenes españoles que en esta ciudad custodiaban los cartagineses, ganándose la amistad de los siempre impresionables pueblos españoles.

Reforzados por su parte los cartagineses con la llegada de nuevas tropas á las órdenes de Magon y y de Hamilcar, hijo de Bomilcar, se dirigieron á *Iliturgi* (en el Cerro Cantero, á la orilla derecha del Guadalquivir, en el ángulo que forma el Herrumblar al tributar sus aguas á aquel rio), ciudad que socorrieron ambos Scipiones, derrotando á los sitiadores.

Publio y Cneo, confiados en el auxilio de veinte mil celtíberos, decidieron evitar la union de los ejércitos cartagineses, para lo que dividieron sus tropas.

Publio se dirigió camino de *Cástulo*, y Cneo, con diez mil romanos, los veinte mil celtíberos y otros auxiliares, asentó sus reales á la vista del campamento de Hasbrúbal, cerca de la ciudad de Amtorgi.

Para impedir que Indibilis y sus siete mil y quinientos suesetanos se incorporaran al ejército cartaginés, sale Publio de *Cástulo* dejando encargada la defensa del real á Tito Fonteyo.

Masinisa y sus númidas siguen calladamente al general romano, y al trabar éste la pelea con los de Indibilis, le acometen por la espalda.

En tan apurado trance cae Publio, herido mortalmente de una lanza enemiga, en el costado derecho, y se desbanda su ejército.

Entre tanto, Cneo, que tenia puesta toda su confianza en los auxiliares celtíberos, vióse repentinamente abandonado de éstos, y que á la vez, los cartagineses le cerraban los pasos. Inferior ya en número á sus enemigos, quiere retirarse, por lo que atraviesa durante la noche la frontera occidental de

la *Deitania* y avanza, como unas tres leguas, por la rambla de Nogalte, camino de *Eliocraca* (Lorca).

Atacados los romanos por los ejércitos cartagineses reunidos, se desbandan, no pudiendo resistir su feroz empuje.

Muchos de los fugitivos logran salvarse al abrigo de las fragosidades de las montañas vecinas: otros, con Cneo, se amparan en una torre próxima, situada en la cumbre del Cabezo de la Jara *(Scipionis Rogum)* que rodean los cartagineses con ramas de árboles, á las que pegan fuego, abrasando entre las rugientes llamas al general romano y á cuantos en la torre esperaron salvarse.

Los tristes restos de los ejércitos romanos fueron libertados por L. Marcio Séptimo que se puso al frente de ellos.

En los dias de mayor apuro para Roma, inmediamente despues del incomparable desastre de Cannas, cuando más confianza inspiraba el estado de la guerra de España, llegaron las desastrosas nuevas de la rota y muerte de los Scipiones, conmoviendo hondamente los ánimos, pero sin abatirlos.

La república envió por de pronto á España á Cláudio Neron (211), con un escogido ejército y título de pretor, quien, enterado de que Hasdrúbal regresaba de la Lusitania á la Bética, corriendo rápidamente para contrariar sus proyectos, disputándole el paso de los montes *Mariánicos*, en un lugar á propósito, se situó entre *Mentesa* é *Iliturgi*, en *Lapides Atri*.

Lapides Atri era llamado, segun mi conjetura, un paraje montañoso, abundante en ricas canteras de negrísima pizarra, situado como á una legua al Norte de Chiclana en la provincia de Jaen.

Ocupadas todas las salidas, se vió el astuto cartaginés sin otra alternativa que la de entregarse al

pretor ó morir, en cuyo trance Hasdrúbal mandó un caduceador al campo romano, ofreciendo á Cláudio que si lo dejaba salir con vida de aquel mal paso, le entregaria cuantas plazas conservaban á su devocion los cartagineses en España.

Oyó Neron con ánimo alegre tal propuesta, y, como fuera tarde, citóse para convenir las bases del tratado el dia siguiente.

Hasdrúbal aprovechó la noche y la confianza de los romanos, haciendo salir parte de sus tropas por veredas asperísimas y sólo conocidas de algunos de los españoles sus aliados.

El cartaginés hizo de manera que al dia siguiente tampoco se ultimara el concierto, aprovechando igualmente la noche, como la anterior, y así las de otros sucesivos dias.

La última noche fué utilizada por Hasdrúbal en salvar los elefantes y lo más pesado de su ejército; operacion que favoreció una espesa niebla que se prolongó hasta las diez de la mañana.

Despejada la niebla y apareciendo el sol en toda su brillantez, vió el pretor vacío el campo cartaginés, y aún que quiso alcanzar á los enemigos, no pudo lograrlo.

Este acontecimiento que narra Tito Livio, para deplorar la *fides púnica*, ha sido incluido con razon por Julio Frontino en sus *Ingeniosas estratagemas*.

En vista de tal fracaso, Neron fué llamado á Roma y nombrado en su lugar P. Cornelio Scipion, hijo de Publio y sobrino de Cneo, que salió para España con un refuerzo de diez mil hombres y mil caballos.

El jóven general desembarcó en Tarragona (220), inspirando confianza á los cartagineses con su aparente ociosidad; pero madurando en realidad grandiosos proyectos.

Cuando ya los creyó suficientemente sazonados, salió calladamente con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, al amparo de su teniente Lelio que navegaba con la escuadra sin apartarse de la cercana costa, y caminó tan de prisa, que al sétimo dia de su salida, él estaba al frente de Cartago Nova, y Lelio con la armada, en el puerto.

Allí supo entusiasmar á sus soldados, probándoles que el mismo Neptuno los auxiliaba en su empresa con el reflujo del mar. Así, la ciudad fué tomada brevemente, entregándose Magon que se habia refugiado en la ciudadela, al mismo tiempo que Lelio se apoderaba de la armada púnica.

Era Cartagena, lugar de refugio de los ricos, centro del comercio, plaza de armas, arsenal, depósito de rehenes de los penos, y todo cayó en manos del valeroso Scipion, dando un verdadero golpe de muerte á los cartagineses.

Político profundo, al mismo tiempo que hábil general, concedió generosa libertad á todos los prisioneros españoles, devolviendo intacta en su honor á cierta hermosa jóven prometida de Alucio, uno de los principales caudillos de la Celtiberia; conducta generosa que le atrajo numerosos partidarios entre los impresionables españoles.

Prosiguiendo la guerra, despues de la derrota sufrida por Hasdrúbal en *Helinga*, retiróse á los lugares cercanos al Tajo, desde donde, reuniendo un crecido ejército, marchó, en cumplimiento de las órdenes del senado cartaginés, para socorrer á su hermano Haníbal en Italia (208), quedando en España los tres generales Magon, Hanon y Hasdrúbal, hijo de Giscon.

Lucio Scipion, hermano de Publio, se apoderó de *Oringi* (*Aurigi*, Jaen) defendida por tropas cartaginesas.

Despues de varios encuentros, avistáronse Hasdrúbal, Giscon y Scipion, en los campos de *Baecula*, (á una legua de Baeza, en las ruinas conocidas hoy con el nombre de *Baezuela*), alcanzando los romanos una gran victoria.

Cuando ocurrió la derrota y muerte de los Scipiones, muchas ciudades de España, abandonando la causa de los romanos, se declararon por los cartagineses, siendo entre ellas las más notables *Iliturgi* y *Cástulo*, diferentes en su defeccion, pues miéntras *Cástulo* se limitó á cerrar sus puertas á los fugitivos romanos, los ciudadanos de *Iliturgi* les dieron muerte.

Cástulo, que sitiaba Lucio Marcio, fué al fin perdonada, é *Iliturgi*, despues de una heróica defensa, en la cual fué herido el mismo Scipion, quedó arrasasada hasta los cimientos.

Fin parecido al de Sagunto tuvo *Astapa*, fiel aliada de los cartagineses.

Era tal la rapidez de la marcha de Hasdrúbal, hermano de Haníbal, al encaminarse á Italia, que cuando comenzaba la primavera del año siguiente al de su derrota, habia llegado á esta península.

Eran cónsules en Roma Livio y Cláudio Neron, enemigos mortales: de éstos, el primero marchó á oponerse al paso de Hasdrúbal, y el segundo al Brucio en busca de Haníbal.

El pretor Cláudio envió á Neron unos correos, por medio de los cuales le noticiaba la manera con que ambos hermanos cartagineses proyectaban reunirse.

Espantado el cónsul ante semejante riesgo, adoptó una resolucion verdaderamente heróica.

Reuniendo lo mejor de sus tropas y dejando el resto en el campamento, al mando del pretor, salió de él calladamente, y, caminando sin descanso, penetró

en la noche del octavo dia en las tiendas de su colega, donde se alojó.

Todo esto se hizo con tanto silencio que, así como Haníbal no habia notado la partida del cónsul, Hasdrúbal no se apercibió de su llegada.

Al dia siguiente ambos generales romanos presentaron la batalla á Hasdrúbal que, con su pericia militar, notó el aumento del ejército enemigo; sospecha que confirmó en realidad al averiguar que en el campamento del cónsul se habia dado la señal dos veces y una sola en el campo del pretor; considerando por ello evidente la reunion de Livio y de Neron y la derrota y la muerte de su hermano Haníbal.

Bajo la impresion de estos temores, Hasdrúbal se retiró á sus tiendas, y, llegada la noche, emprendió la retirada.

Siéndole el país completamente desconocido, abandonado por los guías, lo encontraron los romanos buscando un vado en las orillas del rio Metauro.

Hasdrúbal, preparándose al punto para la pelea, al frente de los españoles, ocupó el ala derecha que era el lugar más avanzado, colocó á los galos á la izquierda y en el centro á los ligures con elefantes.

La batalla estaba indecisa cuando, derrotado el centro por los elefantes, asustados por los romanos, todavía sostenia Hasdrúbal el honor de sus armas; pero á la una de la tarde, cansados los galos, faltos de sueño, viéndose atacados por todos lados, se dejaron degollar sin oponer resistencia.

Aún despues de estos decisivos desastres, Hasdrúbal y sus españoles murieron vendiendo caras sus vidas, pues los romanos tuvieron ocho mil legionarios muertos y grandísimo número de heridos.

Cláudio Neron mancilló su victoria cortando la ca

beza al cadáver del heróico Hasdrúbal, para arrojarla al campamento de Haníbal.

Despues de esta derrota ya no habia esperanza para los cartagineses que, tras de la pérdida de *Gades*, tuvieron que abandonar á España.

Publio Cornelio Scipion se encaminó á Roma, dejando á España, el país donde habia logrado tantas victorias, al cuidado de sus tenientes P. Cornelio Lentulo y Manlio Accidino. En Roma instaba siempre porque se trasladara la guerra al Africa, cuyo decreto obtuvo al cabo, á pesar de la viva oposicion de Fabio.

Apurada Cartago por el génio de Scipion, llamó en su auxilio á Haníbal, que tuvo que abandonar la Italia para volar en socorro de su patria, y ambos ilustres generales se encontraron en los llanos de *Zama*, donde fué Haníbal derrotado y ganó Scipion el sobrenombre de *Africano*.

Entónces se ajustó la paz que puso fin á la segunda guerra púnica, en la cual se estipuló que Cartago entregaría los elefantes y las naves, excepto los triremes; que pagaria en cincuenta años diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiria á Masinisa cuanto habian poseido sus predecesores, y que daria á los romanos cien rehenes.

LECCION XXXVI

GUERRAS CONTRA FILIPO III Y PERSEO.—DERROTA DE ANTÍOCO.—GUERRAS DE VIRIATO Y DE NUMANCIA.

(ROMEY: Historia de España.—CANTÚ: Historia Universal).

Dueños los latinos del Mediterráneo, y postrados sus principales enemigos los cartagineses, bajo pretexto de que Filipo III rey de Macedonia, auxiliado por la *Liga Aquea*, habia inquietado á Roma, ésta le declaró la guerra.

Filipo fué al fin vencido en *Cinoscéfalos* (en la *Thesalia*, al Sur del monte *Pierio*) por el cónsul Tito Q. Flaminino, quedando reducido á la condicion de tributario.

Rota más tarde la paz por Perseo, hijo de Filipo, fué éste derrotado en *Pydna* (Citruna, en la *Pieria*, á orillas del golfo *Thermáico*) por Paulo Emilio, á pesar de los esfuerzos de la poderosa *falange macedónica*, que estuvo á punto de desbaratar á los romanos.

Paulo Emilio celebró á su vuelta en Roma uno de los más ostentosos triunfos.

Terminado éste, el desdichado rey de Macedonia fué arrojado á hediondo calabozo donde se custodiaba á los reyes hasta el momento del suplicio, y en él permaneció siete dias, privado de alimento, hasta que Paulo Emilio obtuvo del Senado que se le trasladara á otra prision, en la que sus guardias se entretuvieron en impedirle que durmiera, hasta que murió.

El único hijo que sobrevivió á tanta desventura, se alimentó con los escasos productos de su oficio de tornero, y despues, ejerciendo la plaza de escribiente de los magistrados de Alba.

Así se vanagloriaron los romanos de haber vengado en el postrero de los Eácidas la ruina de Troya.

Vencidos Andrisco y otros supuestos hijos de Perseo, y en lucha Esparta con la *Liga Achea*, Mummio tomó á Corinto, vendió á los habitantes, y se apoderó de un inmenso botin.

La Grecia fué entónces declarada provincia romana con el nombre de Acaya.

Por estos mismos tiempos, Antíoco, rey de Siria, desoyendo los consejos de Hanibal refugiado en su córte, fué vencido en el monte Sypilo (en la Lidia), y se dió la muerte para no caer en poder de los romanos, que impusieron, para otorgar la paz, onerosísimas condiciones. Muerto Antíoco, el Senado dió parte de sus estados á Eumenes II, á quien sucedió Atalo III, y muerto éste sin sucesion, Pérgamo fué declarado provincia romana con el nombre de Asia.

El gobierno tiránico de los pretores romanos en España deses peró á los naturales.

Viriato, al frente de los lusitanos tomó las armas derrotando en no pocos encuentros á las legiones, hasta que al cabo, el heróico caudillo fué vilmente asesinado.

Mal apagado aún el terrible incendio de la Lusita-

nia, los romanos declararon la guerra á los numantinos.

Era Numancia una ciudad celtíbera enclavada en el territorio de los *pelendones*, cuyas heróicas ruinas pueden visitarse, casi al Norte de la moderna Soria, en la márgen izquierda dol Duero.

Hé aquí lo que dice L. Floro, describiendo la guerra y destruccion de esta ciudad.

«Numancia cuanto es superior en las riquezas á Cartago, á Capua y á Corinto, tanto es igual á todas juntas en su fama y reputacion; y si se quiere pesar en justa balanza á los hombres, es la mayor honra y timbre de la España; porque careciendo de muros y de torres, colocada en un montecillo de no grande elevacion, junto al Duero, con sólo cuatro mil soldados, sin ayuda de nadie, se sostuvo por espacio de catorce años contra ejércitos de cuarenta mil soldados. Y no sólo se sostuvo, sino que á veces los destrozó con carnicería, y los obligó á tratados vergonzosos. Por fin, viendo que era invencible, fué necesario echar mano del mismo general que habia destruido á Cartago.

«No se ha visto una guerra más injusta en sus motivos, si se ha de decir verdad. La causa fué el haber dado acogida á los de *Segeda*, que huyendo de los romanos, se refugiaron á los numantinos, como á sus socios y consanguíneos. Suplicó por ellos Numancia, y no fué escuchada su intervencion: protestó que no queria mezclarse en la guerra; y no obstante esta protesta, se mandó á los numantinos que entregasen todas sus armas, en observancia de los anteriores tratados. Esta intimacion fué oida por los *bárbaros*, como si se les dijera que les habian de cortar sus manos; y así es que al punto, poniéndose á su frente *Megara*, varon muy esforzado, se pusieron sobre las armas, y destrozaron á Pompeyo. Pero, pudiéndole des-

armar, quisieron contentarse con un tratado de paz. Detrás de éste vino Mancino, y de tal manera lo acobardaron con frecuentes matanzas, que ya ningun romano podia mirar con serenidad á un numantino, ni oir pronunciar el nombre de *Numancia*. Aun con éste prefirieron hacer un tratado, contentándose con los astiles de las armas, pudiendo haber muerto á todos sus soldados.

»No obstante, el pueblo romano, no menos avergonzado con el tratado numantino que con el *caudino*, no pudiendo sufrir tal ignominia, procuró purificar la mancha, entregando á Mancino á disposicion de Numancia. Por fin, nombrado general Scipion, amaestrado en Cartago á incendiar y derribar ciudades, el ardor romano se escandesció haciéndose vengativo. Pero para esto fué necesario hacer más guerra al mismo ejército romano que á los numantinos. Se empleaba al soldado para hacerlo fuerte en frecuentes y penosos trabajos, que para nada más eran provechosos; llevar más número de estacas, los que ni aún podian sufrir el peso de las armas; los que no sabian manchar sus manos en sangre numantina, las manchaban en el lodo, haciendo y deshaciendo vallados. A todo esto les fueron quitadas las rameras, los criados, los equipajes supérfluos: de este modo se demostró que el ejército no es otra cosa que lo que es el general.

»Restablecida con esto la disciplina, ya se presentó el ejército en batalla, y entónces se vió por primera vez lo que nadie jamás se figuró: ver retroceder á los numantinos. Aún consentian éstos en entregar la ciudad, si se les ofrecieran condiciones que fuesen tolerables á hombres de valor. Pero como Scipion se habia propuesto conseguir una victoria completa y sin restricciones, esto los llevó al extremo y necesidad de salir á pelear con ánimo resuelto de morir, para lo

cual se saciaban de comida, de carne medio cruda, y se acaloraban con una bebida que se hacia de cebada, y la llamaban *Celia*, haciendo ántes de la pelea lo que acostumbraban cuando celebraban funerales.

»Entendida esta desesperacion por Scipion, no les presentaba la batalla. Cuando ya se vieron cercados con foso y estacada, y estrechados con cuatro campamentos romanos, acosados del hambre, desafiando y pidiendo la batalla para morir como hombres, cuando ya no se les atacaba, intentaron romper, y resolvieron hacer una salida: muchos murieron en ella; pero esta matanza les surtió por algun tiempo de alimento, devorando á los que habian muerto.

»Por último, estuvieron resueltos á abrirse paso, y huir; ya habian cortado las riendas á sus caballos; pero el amor de sus esposas, en este caso criminal *(summo scelere)*, les retrajo de ejecutarla. Así fué que, por un fin deplorable, entregados á la última cólera y furor, resolvieron morir con este género de muerte: que fué hacer una hoguera, y despues de haberse batido y herido con las espadas, y otros atosigándose con veneno, en la hoguera dieron fin á sus generales, á sí mismos y á su patria. ¡Ciudad fué esta, vive Dios, valerosísima y áun felicísima en medio de sus desventuras! Ella salvó con su fidelidad á sus aliados los de *Segeda*; y á un pueblo como el romano, apoyado con las fuerzas de todo el orbe, con solos sus brazos lo contuvo por tan largos años. Por último, estrechada por el mayor general, no le dejó cosa de que pudiera vanagloriarse, pues que ni uno siquiera de los numantinos sobrevivió para que lo pudiera presentar en Roma arrastrando las cadenas. El botin, como de gente pobre, fué ninguno: las armas las quemaron ellos mismos; el triunfo fué sólo en el nombre.»

Hasta aquí el historiador Floro.

Ahora bien: tres ciudades en España tuvieron idéntico fin en la *Edad Antigua*.

Sagunto, que pereció fiel á su alianza con los romanos; Numancia, que sucumbió defendiendo su independencia contra Roma, y Astapa, que fué abrasada por su inquebrantable amistad con Cartago.

Sagunto es justamente recordada y encomiada por todos: muchos engrandecen á Numancia: nadie recuerda á la desgraciada Astapa.

¡VÆ VICTIS!

LECCION XXXVII

TERCERA GUERRA PÚNICA.

(ANQUERIL: Historia Universal.—CANTÚ: Historia Universal)

Triunfante Roma en todas partes, era de esperar que habia llegado el momento de la completa destruccion de Cartago.

Así, resuelta la guerra en el ánimo de Roma, en vano cometió la república africana todo género de vilezas para disculparse con su implacable enemiga, que á cada momento renovaba sus quejas, excitada por el feroz Masinisa, atizador perpétuo de los celos de los latinos.

Acusada Cartago por el númida de haber auxiliado á Haníbal, envió naves que persiguieron á éste; confiscó sus bienes; arrasó su casa, y reveló al Senado romano cierta comision que su heróico caudillo habia confiado á Ariston. En seguida el númida acusó á los cartagineses de connivencias con Perseo, y los enviados del Senado descubrieron que, con efecto, el Sane-

drin púnico habia recibido sigilosamente, en el templo de Esculapio, á los enviados del macedonio.

Era Masinisa un anciano feroz y turbulento, padre de cuarenta y cuatro hijos, á quien la muerte no heria hasta que viera con sus propios ojos la ruina de Cartago.

El númida habia sido primero aliado de los cartagineses y luego de los romanos, contribuyendo eficacísimamente á que Cádiz, último refugio de sus antiguos amigos, cayera en poder de los italianos.

Para pintar el carácter de este ferocísimo viejo, basta referir, aunque sumariamente, la triste tragedia de Sofonisba.

En los tiempos en que Masinisa estaba unido á los cartagineses, Hasdrúbal, para estrechar este vínculo, prometió al númida darle en matrimonio á su hermosísima hija Sofonisba, de la que aquél estaba perdidamente enamorado.

Hecha defeccion por Masinisa á la causa africana, Hasdrúbal obligó á su hija á casarse con Sifax, aliado de los cartagineses.

Scipion y Lelio marchan á Africa; únese á ellos Masinisa y vencen y hacen prisionero á Sifax.

Masinisa quiere tener el placer de prender él mismo á Sofonisba: ésta se postra á sus piés y le pide como único favor que la libre de caer en poder de los romanos.

Deslumbrado él por la hermosura de la africana, conmovido por sus lágrimas, siente renacer más viva su antigua pasion lúbrica.

Cásase con ella creyendo que así la libraria de la cólera de los romanos, que respetarian á la esposa de su fiel aliado.

Scipion dejó á ambos esposos embriagarse de amor y recorrer juntos las ciudades de Numidia en que Ma-

sinisa habia sido restituido, y al cabo, cuando se presentaron al general romano, éste los recibió con ademan frio y altanero.

Los dos caudillos celebran despues una entrevista, en la que comenzó Scipion por felicitar al númida por sus hazañas heróicas; luego le reconvino por su enlace con la hija del implacable enemigo de Roma, incitándolo á que no se hiciera esclavo de una mujer, él que habia conquistado un poderoso reino.

—«Bien conozco, terminó la plática Scipion, el gran sacrificio que os pido; pero, Masinisa, volved en vos, pues si hasta aquí merece vuestra flaqueza mirarse con ojos de compasion, podria llegar á ser inexcusable y proporcionaros un gran motivo de arrepentimiento.»

Despedido Masinisa del romano, se encaminó á su tienda y dijo á Sofonisba: «Recibe el último testimonio de mi amor y de mi fidelidad; no está en mi mano librarte de la esclavitud que te amenaza por otro medio que la muerte; acuérdate de quién eres hija y del esposo que tienes; no temas bajar al sepulcro, que pronto te seguirá Masinisa.»

Dichas estas palabras, el númida abandonó la tienda, anegado en lágrimas, y tras de él se presentó, de su órden, cierta esclava con una copa de veneno.

La heróica Sofonisba tomó la copa, y como viera llorar á la mujer que la habia amamantado, la reprendió, porque deshonraba su muerte con sus lágrimas, ordenándola que dijera á Masinisa que moria contenta por recibir la muerte de su órden; que le asegurara que contra su voluntad habia estado unida á Sifax; que su corazon siempre habia sido suyo y que abandonaba su cadáver á la implacable ira de los romanos.

A este precio fué Masinisa rey de toda la Numidia,

que sólo dejó por su muerte, ocurrida en edad nonagenaria. Con este hombre tenian que entenderse los cartagineses.

Excitada Roma contra Cartago, Masinisa se apoderó del país cercano á la pequeña Sirte: quejóse Cartago, y los legados romanos dieron la razon al númida: tras de este despojo, Masinisa se hizo dueño de otras ciudades, y el íntegro Scipion el Africano tambien dió la razon á Masinisa. Alentado el númida, arrebató á los cartagineses hasta setenta pueblos.

Ocurre entónces la guerra macedónica y Cartago ofrece á Roma soldados, naves y bastimentos que son rechazados; pero temiendo que los cartagineses desesperados se declararan resueltamente por Perseo, el Senado manda á Caton el Censor para que componga las diferencias y haga en todo caso justicia.

Caton se mostró desde luego tan parcial, que los cartagineses rechazaron su arbitraje; ofensa jamás perdonada por el orgulloso romano, que desde entónces fué implacable enemigo de los penos, terminando siempre sus discursos con estas palabras: *Opino, además, que Cartago debe ser destruida.*

Cansados ya de tanto sufrir los cartagineses, tomaron las armas y lucharon contra Masinisa, que les hizo sufrir una gran derrota.

Habia enviado Roma embajadores al Africa con el encargo de que si vencian los cartagineses, les intimaran de parte del Senado que dejaran las armas, y que, en caso contrario, animaran á Masinisa en su obra.

Roma se declaró abiertamente en vista del resultado y notificó á Cartago que, habiendo violado la paz atacando á su aliado, se preparara para recibir el castigo.

Los cónsules L. Marco Censorino y M. Manilio Nepote partieron para Cartago con ochenta mil infantes,

cuatro mil caballos, cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, y el mandato de destruir á la rival de Roma.

Intimidados los cartagineses, autorizaron embajadores (150) sometiéndose á cuantas condiciones dictaran los romanos, con tal de que se conservara la ciudad.

Éstos impusieron como preliminar que se les entregaran trescientos rehenes de las principales familias, para seguridad de que se haria cuanto ordenaran, y los rehenes fueron entregados.

Los cónsules pidieron que se abasteciera de grano al ejército: luego que se les entregaran todos los triremes: más adelante las máquinas de guerra, y por último, todas las armas.

Cuando ya los romanos vieron á los cartagineses completamente inermes, les intimaron que desalojaran la ciudad que iba á ser demolida y los habitantes trasladados á tres millas á la orilla del mar; y como se quejaran los penos de que se faltaba á la palabra empeñada, contestaron los cónsules que en su idioma la palabra *civitas* no significaba las casas, sino el conjunto de los ciudadanos.

Reducidos los cartagineses á la desesperacion, convirtieron en armas los metales más preciosos; las mujeres se cortaron las cabelleras para las ballestas; armaron los esclavos y llamaron á Hasdrúbal, que acudió con veinte mil hombres é incendió la escuadra romana.

Roma socorrió á su ejército enviando á Scipion Emiliano, hijo del vencedor de Perseo, adoptado por el Africano.

Scipion salvó al ejército, próximo á sucumbir, se apoderó de la fortaleza de Megara, circunvaló la ciudad, construyó elevadas torres, desde las que veia

cuanto pasaba en Cartago, y despues, usando de los ritos sagrados, profirió contra la ciudad la fórmula de imprecacion para enemistar contra ella á los dioses y consagrar á la venganza de las Furias á todo el que hiciera resistencia.

Los desesperados cartagineses, trabajando noche y dia, abrieron á través de las rocas una salida al puerto y lanzaron contra las naves romanas una escuadra construida con las maderas de sus casas; arrojáronse otros á nado con teas encendidas abrasando las máquinas de los sitiadores que huyeron espantados.

A pesar de tantos esfuerzos, Scipion penetró por asalto en Cartago, donde, luchando de barrio en barrio, de calle en calle y de casa en casa, aún se prolongó la pelea por espacio de seis dias con sus noches. Los desertores, refugiados en el templo de Esculapio, previendo su suerte, incendiaron el templo y en él perecieron. Hasdrúbal, desatentado, cuentan que se postró ante el vencedor; su esposa, no queriendo sobrevivir á la ruina de su patria, subió á lo más alto del templo, vestida con sus mejores galas y se precipitó con sus hijos en las llamas.

El toro de Falaris fué restituido á Sicilia: se dieron á los númidas las bibliotecas de Cartago, excepto los libros de Magon que se llevarron á Roma: las ciudades amigas de la ciudad africana fueron desmanteladas: premiadas las contrarias, y el Estado de Cartago quedó reducido á provincia romana con el nombre de Africa.

Scipion guió el arado al rededor de las murallas; renovó las imprecaciones rituales que debian atraer sobre Cartago la ira de los dioses, é incendió la ciudad, que en el espacio de diez y siete dias fué presa de las llamas.

QUINTA ÉPOCA

GUERRAS CIVILES. (DESDE EL AÑO 134 AL 4 DE J. C.)

LECCION XXXVIII

TIBERIO Y CAYO GRACO.—GUERRAS SERVILES.

(PLUTARCO: Vidas.—CÉSAR CANTÚ: Historia Universal.—ANQUETIL: Historia Universal.)

Como en las anteriores épocas hemos visto dominando en Roma el pensamiento de la guerra y de las conquistas, realizadas éstas en su mayor parte, se distingue la que vamos á historiar por las convulsiones y las luchas civiles.

El poder omnipotente del Senado habia creado una oligarquía de familias que ejercian el monopolio del gobierno de las provincias, fuente incalculable de depredaciones y de riquezas, que protegidas por el censor, poseian el *ager publicus* conquistado por los esfuerzos de todos, y que habian adquirido mediante la oblacion de satisfacer un cánon que no pagaban.

Tal situacion era verdaderamente insoportable ante el aumento enorme de la poblacion, acrecida con las familias de los libertos y de tantos otros desposeidos de todo.

En vano eran las protestas de los tribunos, siempre desoidas por el Senado, el cual parecia ignorar que á la muchedumbre sólo faltaban jefes para que el descontento degenerara en sediciones, en tumultos y guerras civiles que, á la corta ó á la larga, acabarian, como siempre, por dar al través con la república.

Tiberio Sempronio Graco, representante de una familia ecuestre, casado con Cornelia, hija de Scipion el Africano, habia dejado al morir tres hijos: Tiberio, Cayo y Sempronia, á los que educó su madre con el cuidadoso anhelo del brillante porvenir que para ellos soñaba.

Los hijos de Cornelia excedieron por sus cualidades las esperanzas maternas.

Sempronia casó con Scipion Africano el Menor y Tiberio con la hija de Apio Pulcro.

Educados ambos hermanos en la escuela de la filosofía estóica, eran inaccesibles á la corrupcion, vicio comun en su tiempo: criados en la escuela militar de su cuñado y en la tradicion de su familia, fué Tiberio el primero que penetró en Cartago cuando esta ciudad fué asaltada: poseyendo ámbos una elocuencia irresistible, era Tiberio reposado, grave, dulce y persuasivo; apasionado é impetuoso Cayo, fué el primero que se paseó por la tribuna, dando libre curso á sus emociones, y se hacia acompañar de un flautista para que le diera el tono cuando se exaltaba.

Tiberio habia estado en España ejerciendo el cargo de cuestor en el ejército de Cayo Mancino, que sitiaba á Numancia, y era tal la confianza que los españoles tenian en su probidad, recordando la honradez de su padre cuando ejerció el cargo de pretor en la Tarraconense, que al ser sorprendido el ejército del cónsul, forzado éste á capitular, los jefes enemigos

exigieron, para tratar, la honradá palabra del hijo de Tiberio Sempronio, que con efecto, autorizó el tratado, salvando la vida al ejército.

Habiendo perdido Tiberio en el saqueo del campamento los registros de su cargo, éstos le fueron devueltos por los numantinos que le obsequiaron con un banquete público, instándole para que tomara cuanto quisiera de los despojos; autorizacion de que usó el pundonoroso hijo de Cornelia, tomando unos granos de incienso para ofrecerlos á los dioses.

Al regresar Tiberio á Roma, vió abandonadas y yermas las mejores tierras de Italia, que, por efecto de las guerras, de la usura y de los abusos, habian venido á parar en pocas manos; y en la ciudad señora del mundo, una plebe hambrienta, ociosa y desnuda.

Dominado por estas emociones y considerándose herido en su honor viendo que el Senado rechazaba la paz que por su mediacion se habia estipulado con los numantinos, púsose resueltamente al frente de las clases populares, convirtiéndose al punto en su ídolo.

Elegido Tiberio tribuno de la plebe, unido á su suegro Pulcro, al Sumo Pontífice Craso y al jurisconsulto Escévola, propuso el establecimiento de la ley *Licinia*, en virtud de la cual quedaba prohibido poseer más de quinientas yugadas del terreno público.

Como comunistas á la moderna quieren algunos pintar á los dos Gracos, cuando lo que proponia Tiberio, excusando peligrosas inquisiciones sobre la legitimidad de ciertos derechos más que cuestionables, era limitar la propiedad, *prévia indemnizacion*, y tan léjos estaba de ciertas teorías enemigas de la familia, que propuso la adjudicacion de ciento veinte yugadas de tierra por cada hijo, protegiendo así los matrimonios y la familia.

Los privilegiados acudieron á toda clase de medios

para perderlo en el ánimo del pueblo. Acusarónle inútilmente de que aspiraba á la tiranía; y no lo asesinar porque el pueblo custodiaba su morada, y cuando volvia de pronunciar sus arengas, le acompañaban tres ó cuatro mil de sus amigos.

Entónces se atrajeron los ricos al tribuno Octavio, que cuando Tiberio propuso la ley, opuso su terrible *veto* que todo lo impedia.

Graco, á pesar de los privilegios de que estaba rodeada su autoridad, propuso la destitucion de su colega, que fué acordada por las tribus, dando así él mismo un golpe mortal á la potestad tribunicia.

Irritado T. Graco con la oposicion del Senado y sin poderse ya detener en la pendiente en que se habia colocado, empujado por los acontecimientos, y encolerizado por la resistencia, propuso el establecimiento de la Ley Agraria pura y simple, que las tribus aprobaron, nombrando una comision de ejecucion, compuesta del mismo Tiberio, de su hermano Cayo y de su suegro Apio Pulcro.

Al llegar á la práctica de la ley, se vió que el beneficio que iban á recibir los proletarios era relativamente infecundo; suprimióse, pues, la indemnizacion; la investigacion fué cada vez más rigurosa é irritante, y el pueblo, que vió el exíguo fruto de la reparticion, vario y mudable como siempre, empezó á murmurar de los Gracos.

Ocurrió entónces la muerte del rey de Pérgamo que dejó al pueblo romano heredero de su reino y de sus riquezas. Tiberio aprovechó la ocasion para hacer que se distribuyeran estos bienes, lo cual exasperó más los ánimos; entónces extremó el rigor de la ley Licinia, prescindiendo de toda consideracion.

Estando para terminar el Tribunado de Tiberio, conociendo éste los peligros á que quedaban expues-

tos él y su no acabada obra, propuso, contra la expresa prohibicion de la ley, su reelecion como tribuno.

Llegada la época de los comicios, concurrieron los partidarios de Tiberio, y al par sus enemigos armados, dirigidos por Scipion Nasica, cuñado de los Gracos, y viniendo ambos partidos á las manos, Tiberio fué muerto con gran parte de los suyos y sus cadáveres arrojados al Tíber.

La antigua lucha entre patricios y plebeyos habia llegado á tocar sus últimos límites: era ya el implacable combate entre los ricos y los pobres.

La muerte de Tiberio no fué más que un accidente en esta lucha; léjos de atreverse el Senado á derogar la ley agraria, tuvo que nombrar un triunviro para su ejecucion, en reemplazo de Tiberio, y bajo pretexto de una comision honrosa, mandó al Asia á Scipion Nasica.

Al mismo tiempo, el Senado, aparentando transigir con el partido popular, alejó de Roma á sus jefes, dándoles importantes comisiones, y de este modo Cayo Graco pasó á Cerdeña con el cargo de cuestor.

Pasado cierto tiempo se presentó el hijo de Cornelia en Roma, donde, acusado como desertor por los censores, por medio de un inimitable discurso, se hizo aclamar por el pueblo que creyó ver en él á su hermano Tiberio.

Electo tribuno Cayo Graco (123), comenzó dirigiéndose al pueblo con sus discursos, en vez de hacerlo al Senado; exigió que se hicieran al pueblo distribuciones de trigo; que cada un año se repartieran terrenos; que á los soldados se diera el vestuario sin descontarlo de sus pagas; quiso atraerse al órden ecuestre confirmándole el derecho de administrar justicia (*judicia*), del que despojó al Senado y á los pue-

blos de Italia, proponiendo que se les confiriera el ansiado derecho de ciudadanía.

Temblando el Senado, apartó léjos de sí á tan poderoso enemigo, mandándolo á Africa para que fundara una colonia sobre las ruinas de Cartago.

Miéntras Cayo desempeñaba esta importante comision, el Senado quiso perderlo, mostrándose mucho más amigo del pueblo, por medio del tribuno Druso, que proponia leyes excesivamente populares, y haciendo recaer sobre el ausente hijo de Cornelia sospechas infames. Así, cuando Graco hablaba de distribuir las tierras con una corta compensacion, Druso proponia que se hiciera graciosamente: si aquél hablaba de fundar dos colonias, proponia doce Druso. La artera política del Senado y de su amigo no se limitó á esto, sino que, para atraerse á los soldados, decretó que los jefes no pudieran castigar corporalmente á sus subordinados; herida mortal para la república, con la que se rompió para siempre la severa disciplina romana. Así, cuando Cayo volvió de su expedicion á Cartago y solicitó el tercer Tribunado, el pueblo le rechazó y eligió cónsul á Opimio, su enemigo mortal.

El cónsul, investido por el Senado con ámplias facultades, ocupó con sus tropas el Capitolio, declaró á Graco enemigo de la patria, y, trabada la lucha entre los dos bandos, muerto Fabio Flaco, Cayo se refugió en el bosque de las Furias, donde se hizo matar por un esclavo (121).

Tres mil partidarios de Graco fueron muertos en el Aventino, y otros perecieron en el tormento.

La aristocracia se mostró cruel en la victoria confiscando los bienes á los vencidos, prohibiendo el luto á las viudas, despojando hasta de su dote á la de Graco; y llevando su inhumanidad hasta el sarcasmo,

mandó al cónsul L. Opimio, héroe de esta feroz carnecería, elevar un templo á la *Concordia*.

De suceso en suceso, la ley Thoria acabó por anular todas las disposiciones de los Gracos.

Por estos tiempos ocurrieron las *guerras Serviles* en Sicilia (134 al 131) dirigidas por Euno y Cleon; en Monte Capriano, capitaneadas por Salvio, y en *Segesta* y en *Lylibea;* guerras sembradas de traiciones y de horrores indecibles, que costaron la vida á un millon de esclavos.

LECCION XXXIX

YUGURTA.—LOS CIMBRIOS Y LOS TEUTONES.—GUERRA SOCIAL.—MARIO Y SILA.—GUERRAS CONTRA MITRÍDATES.—FUGA Y REGRESO DE MARIO.

(SALUSTIO: Guerra Yugurtina.—PLUTARCO: Vidas).

La ruina de las buenas costumbres y la cínica corrupcion de los romanos se mostraron clarísimamente en la *Guerra Yugurtina* (117-109).

Sucedió á Masinisa en el trono de la Numidia su hijo Micipsa, que al morir dejó dos hijos, Hiempsal y Hadherbal, herederos de sus estados, confiados á la proteccion del pueblo romano, al que siempre habia estado unido, ó más bien sometido, el hijo de Masinisa.

Cerca de estos príncipes vivia su primo Yugurta, valeroso, astuto, cruel, y que, conocedor profundo de la avaricia y de la corrupcion de los latinos, se propuso, desposeyendo á sus primos, reinar solo.

Al efecto, dió muerte á Hiempsal, declaró la

guerra á Hadherbal, le despojó del reino y le forzó á refugiarse en Roma en demanda de proteccion.

El desgraciado príncipe se presentó al Senado, al cual recordó la inquebrantable alianza de Masinisa, la obediencia de su padre Micipsa y los crímenes de Yugurta; pero, como éste habia mandado á sus emisarios tras de Hadherbal, éstos, apoyándose en los amigos de Yugurta y derramando por todas partes el oro, consiguieron que, léjos de hacerse justicia á Hadherbal, se decidiera el nombramiento de comisionados para que dividieran el reino entre los dos primos, hecho caso omiso del asesinato de Hiempsal.

Los comisionados, cediendo tambien á la corrupcion, adjudicaron la mejor parte á Yugurta, que, no contento aún, atacó á su primo en *Cirta*, su capital, emporio comercial poblado de gran número de mercaderes italianos.

Quejándose nuevamente el infeliz príncipe, el Senado mandó nueva comision, que tambien dió la razon á Yugurta; pero habiendo éste estrechado el sitio de *Cirta* y peligrando los súbditos de Roma, fué mandado á la Numidia nada menos que Scauro, presidente del Senado, autor de *leyes suntuarias* y hombre tenido por incorruptible.

Citado Yugurta, se presentó en *Utica*, y á las amenazas del *incorruptible* Scauro, contestó con razones tales, que éste, vencido igualmente por el oro, se volvió á Roma justificando al usurpador.

Yugurta apretó entónces de tal manera el sitio de *Cirta*, que Hadherbal, cediendo á las súplicas de los mercaderes, entregó la ciudad bajo la formal promesa de que su vida y la de todos los habitantes serian respetadas; promesa que cumplió el bárbaro Yugurta degollándolos á todos.

No era ya posible, al parecer, disimular más, por

lo que fué declarada la guerra al usurpador, confiándose la direccion de ésta al cónsul Calpurnio, quien, comprado igualmente por Yugurta, concedió á éste la paz que el Senado tuvo el cinismo de confirmar.

Prevaleciendo un resto de pudor en Roma, á instancias del tribuno Cayo Memmio, mandóse comparecer al númida, el cual hizo asesinar en la misma capital á Masiva, primo de Hadherbal, que se habia constituido en defensor de éste.

A la postre se vió forzado el feroz sobrino de Masinisa á abandonar á Roma, y comenzó la lucha, aunque lentamente, vencido uno y otro general romano por el oro del usurpador, hasta que, confiada al incorruptible Quinto Cecilio Metelo, éste emprendió ya contra Yugurta terrible guerra de exterminio.

Cayo Mario, lugarteniente de Metelo, habiendo obtenido el Consulado, logró suplantar á su jefe y protector, se apoderó de *Capsa*, y degolló á sus habitantes, á pesar de haberles prometido solemnemente las vidas, sembrando por todas partes el terror, hasta el punto de que Bocco, rey de Mauritania, yerno de Yugurta, en cuyos estados éste se habia refugiado, lo entregó vilmente á los romanos.

Yugurta, despues de haber adornado en Roma el triunfo de su vencedor, fué arrojado en un frio calabozo, donde murió de hambre á los seis dias, y la Numidia se dividió entre el infame Bocco y dos nietos de Masinisa.

C. Mario habia nacido en el país de los volscos, era hombre de baja esfera (*homo novus*), y, á una talla elevada y fuerzas hercúleas, unia un valor temerario: Scipion habia previsto en él á uno de los más grandes generales de la república. Constituido Mario en jefe de las clases populares, se apoyaba en el ejérci-

to que habia procurado estuviera compuesto únicamente de hombres del pueblo (*capite censis*) que le obedecian ciegamente.

Dos guerras extremadamente peligrosas para la república vinieron á favorecer los planes de Cayo Mario: la guerra de los esclavos y las terribles invasiones de teutones y cimbrios.

Los *cimbrios* ó *cimmerianos*, pueblos de raza germánica, despues de haber hecho sufrir sangrientas derrotas á los romanos, fueron á su vez vencidos por los celtíberos, dando así tiempo á Cayo Mario, á quien se habia confiado la direccion de esta peligrosa guerra, para que organizara sus tropas.

En el año 102, los teutones intentaron penetrar en Italia por la Provenza y los cimbrios por el Tirol; pero los primeros fueron vencidos junto á Aix (102) y los segundos en las cercanías del Pó. (30 de junio del año 101).

Mario, triunfante en estas guerras espantosas, fué aclamado tercer fundador de Roma.

No fué menos peligrosa la *Guerra Social* ó de los Aliados (91-86), ocasionada por la tiranía de Roma y por las excitaciones de los demagogos, que incitaban á los pueblos de Italia mostrándoles la espectativa de obtener los derechos de ciudadanía romana, para fortalecer con ellos su partido.

Habiendo propuesto el tribuno Livio Druso que se distribuyera pan á la plebe, á expensas del riquísimo tesoro del templo de Saturno, y que se concediera á los aliados el derecho de ciudadanía, desechada esta propuesta, no quedó á éstos otra alternativa que la guerra.

Los principales actores de esta cruelísima contienda fueron los *samnitas*, los *marsos* y los *pelignos*, que formaron una gran confederacion bajo el nombre de

República Italiana, cuya capital fué *Corfinium* (Corfú), al frente de la cual se puso un gobierno semejante al de Roma (con un Senado y dos Cónsules).

Esta guerra, que duró tres años, sembró la Italia de ruinas y de sangre. En ella alcanzaron ventajas Mario, Pompeyo y Licinio Craso, pero sobre todo Sila, que ya se habia distinguido como cuestor en la *Guerra Yugurtina*, el cual terminó esta lucha á fuerza de talento y de habilidad, desmembrando la *Confederacion* al conceder á los habitantes de cada uno de los pueblos que la formaban el derecho de ciudadanos de Roma, que se otorgó, primero por la ley *Julia* (91), á los aliados fieles, y despues á todos, por la ley *Plotia*.

Descendia Sila de la familia Cornelia, y enriquecido por la cortesana Nicópolis, se puso resueltamente al frente del partido aristocrático, como Mario lo estaba á la cabeza del democrático.

La rivalidad mortal entre ambos caudillos, tuvo, como muchas otras, principal orígen en una causa, al parecer, pequeña y baladí.

Habiendo presentado Bocco en el Capitolio la ofrenda de un grupo escultural en que figuraba él mismo, entregando á Yugurta en manos de Sila, con lo que claramente despojaba á Mario de la gloria de vencedor de la Numidia, nació en el alma violenta de éste un ódio que nada debia apagar.

Ya hemos visto á Mario, criado entre la plebe, grosero, rudo, cruel, ingrato para con sus protectores. Sila, educado en el cultivo de las letras griegas, vicioso y disimulado, encubría defectos horribles bajo seductoras exterioridades, y empleaba el producto de sus depredaciones en captarse amigos y en rodearse de preciosidades artísticas.

Mario, arrastrado por su carácter y por los vicios

de su educacion, caminaba ciegamente á su objeto: Sila á pasos calculados, sin reparar, ninguno de los dos, en los medios.

Obtuvo Mario seis veces la dignidad consular á fuerza de oro y de intrigas: Sila solicitó la Pretura ofreciendo espectáculos hasta entónces desconocidos; promesa que cumplió haciendo combatir con hombres á cien leones africanos que le proporcionó su amigo Bocco, acostumbrando al pueblo á estas brutales escenas.

Sólo faltaba una ocasion para que esta rivalidad se convirtiera en lucha implacable y declarada, y esta ocasion no tardó en ofrecerla la *Guerra Mitridática*.

Vencedor Sila en las elecciones consulares, fué comisionado por el Senado para hacer la guerra á Mitrídates, y Mario, apoyado en el cónsul Sulpicio, aprovechando la ausencia de su rival, logró la deposicion de Sila, y que se le invistiera á él del mando del ejército de Asia.

Sila, léjos de obedecer, volvió á Roma, penetró en ella á sangre y fuego, condenó á muerte á Sulpicio, y puso á precio la cabeza de Mario, que pudo huir difícilmente, acompañado sólo de su hijo y de su yerno. El feroz caudillo de la faccion popular desembarca en *Ortea*, y vaga errante de cabaña en cabaña, ocultándose entre los cañaverales del *Liris*, hasta que fué aprisionado y conducido á *Minturno*, donde aterró al esclavo cimbrio mandado para darle muerte. Puesto en libertad, Mario se dirigió al Africa, desde donde regresó á Italia.

LECCION XL

CRUELDADES DE MARIO.—REGRESO DE SILA.—PROSCRIPCIONES.—DICTADURA Y MUERTE DE SILA.

(CANTÚ: Historia Universal.—ANQUETIL: Historia Universal.)

Sila, en tanto, marchó á Grecia, se apoderó de Atenas, derrotó al ejército auxiliar de Mitrídates en *Queronea* y en Ochomena, y, pasando al Asia Menor, forzó al enemigo á una paz definitiva, dejando reducido su reino al Ponto y obligándole á pagar una enorme contribucion de guerra.

A la vez que esto acontecia, Cornelio Cinna, amigo de Mario, quiso restablecer el partido de éste. Oponiéndosele Octavio, ambos partidos vinieron á las armas, pereciendo en las calles de Roma hasta diez mil hombres, viéndose obligado Cinna á salir de la ciudad con sus parciales y seis tribunos, reuniendo despues hasta treinta legiones, á las que se incorporó Mario, reforzado con los campesinos y los esclavos.

Mario, Cinna y Sertorio marcharon contra Roma, donde fué imposible toda resistencia; pero en la que

el primero no quiso entrar, deteniéndose á sus puertas, hasta que de nuevo se le reconociera como cónsul; mas aún no habian acabado de votar todas las tribus, cuando el implacable plebeyo entró, mandando á una turba de esclavos que le acompañaba dar muerte á todos aquellos á quienes no devolviera el saludo.

Para honra de la humanidad, debieran borrarse de la Historia las escenas que presenciaron Roma y sus alrededores despues de la entrada de Cayo Mario.

El cónsul Octavio y los más ilustres senadores fueron cruelmente asesinados; los esclavos, favorecidos por Mario, ejercieron contra sus amos represalias feroces, no sin que se señalaran, por ejemplo, en el extremo contrario, los siervos de Cornuto, que despues de haber protegido la fuga de su amo, ahorcaron un cadáver que fingieron ser el de aquél, ensañándose en él y salvándole de esta manera la vida: Cátulo, ilustre en las guerras contra los cimbrios, se envenenó para quitar al terrible Mario el placer de matarlo; Mérula, cónsul y gran sacerdote, se dirigió al templo, despojóse de las cintas sagradas, y sentado en la cátedra pontifical, se hizo abrir las venas, y espiró entre horribles imprecaciones, salpicando con su sangre las aras; el orador Marco Antonio, asombro de su tiempo, como lo apellida Ciceron, refugióse en la casa de campo de un fiel amigo, quien, alegre por recibir en su casa tal huésped, mando á un esclavo para que le trajera vino mejor que el que comunmente él usaba. Este cometió la imprudencia de revelar al tabernero el nombre del huésped á quien festejaba su amo, y la denuncia no se hizo esperar; acudieron los satélites de Mario, y aunque los detuvo un momento la elocuencia y la majestad del orador, á la postre lo degollaron. Mario abrazó al asesino que le llevó la en-

sangrentada cabeza, y la hizo exponer en la misma tribuna en que por espacio de tanto tiempo habia defendido la justicia el inmortal orador, donde, trascurridos breves años, habia de ser expuesta la de Ciceron, el más elocuente de los romanos; amotinados los esclavos porque se les dilataba el pago de los emolumentos ofrecidos por Cinna, se sublevaron; Mario los reunió en el foro y los hizo asesinar cruelmente.

Conocido, aunque sólo en sus rasgos más salientes, el carácter del terrible Mario, fácil es de adivinar el de sus parciales y sicarios. Uno de ellos, Fimbria, teniente del cónsul Flacco, intentó asesinar al augur Q. Escévola, y no habiéndolo logrado, lo citó á juicio, acusándolo de *no haber recibido en el cuerpo todo el puñal;* mandó un dia levantar horcas, y notando que el número de éstas excedia al de las personas que iban á ser ejecutadas, hizo prender á algunos de los espectadores, y que ocuparan los puestos vacíos; apoderóse de Troya, y á pesar de las órdenes de Sila, pasó á cuchillo la poblacion y arrasó los edificios, gloriándose de haber hecho más daño en diez dias que Agamenon en diez años.

Nadando en un lago de sangre, de la que jamás se hartaba, el cruel tribuno se entregó al vicio de la embriaguez, acaso para librarse del negro fantasma de los remordimientos, y murió en 15 de Enero del año 86 á los setenta de su edad.

Sucedióle su hijo C. Mario que ordenó decapitar á todos los senadores; nombró cónsul á Valerio Flacco, y se atrajo el favor popular mandando que los acreedores no pudieran cobrar más que la cuarta parte de sus créditos.

Entretanto, habiendo Sila ajustado la paz con Mitrídates, se dirigió á Italia y desembarcó en Brindis al frente de un ejército de veteranos acostumbrados

al saqueo, y de proscriptos ávidos de venganza; siendo tal el amor que los soldados profesaban á su caudillo, que le ofrecieron la parte que les habia tocado en el riquísimo botin de la guerra mitridática: oferta que no tuvo necesidad de aprovechar, porque Verres puso á su disposicion la caja del ejército enemigo, en el que ejercía el cargo de cuestor. Infamia no para olvidada, puesto que la hemos visto repetida y premiada en nuestros dias.

Muerto Cinna por sus propios soldados (84), quedaba casi sin defensa la faccion popular, pues ausente Sertorio en España, ni el cobarde Carbon, ni el estúpido Norbano, ni el jóven Cayo Mario se encontraban á la altura de las circunstancias. Así es que vencido el ejército de Norbano, seducido el del cónsul Scipion, vencido el hijo de Mario, entre Signia y Sacriportus (en el Lacio), que quedó sitiado en Preneste, derrotado el heróico Telesino, con los samnitas en las mismas puertas de Roma, Sila penetró en la capital y marchó á Preneste, para estrechar el sitio de esta plaza, que cayó al cabo en sus manos, con muerte del jóven Mario.

Ya habia mostrado Sila su calculada y fria crueldad con los desgraciados y valerosos samnitas y lucanios de Telesino. Despues de la derrota de este caudillo, habiéndose refugiado muchos millares de ellos en Antemnas, tres mil se presentaron á Sila implorando perdon: *Yo os lo concedo*, dijo éste, *con la condicion de que combatais á aquellos de vuestros compañeros que no quieran unirse á vosotros*. Y haciéndolo así los desdichados, se trabó entre unos y otros tan furioso combate, que sólo quedaron cinco ó seis mil de estos desgraciados, que conducidos á Roma y encerrados en el circo junto al templo de Belona, donde Sila arengaba al Senado, como se oyeran los espantosos gritos de

los presos, que eran asesinados miéntras el afortunado general arengaba á los senadores, dijo á éstos con la mayor tranquilidad: *Atended, padres proscriptos, á mi discurso y no os dé pena lo que pasa en otra parte; pues ese ruido que oís es de algunos mal intencionados que hago castigar.* En Preneste, no satisfaciéndose con la lentitud de los procesos, aunque siempre terminaban con sentencias capitales, reunió á doce mil de los que le parecieron más sospechosos y los mandó matar en su presencia.

¡Hasta tal punto la fortuna y el ejemplo habian pervertido el carácter de Sila!

Despues de las terribles ejecuciones de Preneste, volvió Sila á Roma, y el dia siguiente de su llegada, se señaló por la exposicion de tablas de proscripcion en las que estaban inscritos cuarenta de los principales senadores y mil seiscientos caballeros, á los que cualquiera podia matar, recibiendo en pago dos talentos. Los bienes de los condenados eran confiscados y declarados infames sus descendientes hasta la segunda generacion, siendo condenado á muerte todo el que intentara salvar la vida á un proscripto, aunque fuera su padre, su hijo ó su hermano.

En cada uno de los dos dias siguientes fueron expuestos los nombres de doscientos veinte proscriptos.

¡Soberbia ocasion para los malvados y para los ambiciosos, que fueron recompensados al satisfacer su rencor ó su codicia!

Así muchos perecieron por el delito de tener palacios, casas de recreo, preciosidades artísticas.

Leyendo cierto ciudadano las listas de proscripcion, esclamó al encontrar en ellas su nombre: *¡Infeliz de mí! Mi predio de Albano me persigue!* Y con efecto á pocos pasos fué asesinado.

¡Horribles dias fueron aquellos para Roma en

los que ni los templos servian de asilo á los condenados!

Harto Sila de matanza y de sangre, se retiró á una casa de campo, como para descansar de tanta fatiga, desde la cual escribió al Senado manifestándole la necesidad de nombrar un Dictador; indicacion que fué obedecida como una órden, nombrando al mismo Sila para esta magistratura, olvidada desde hacia ciento veinte años, sin poner límite alguno ni á la duracion ni á la extension de su poder.

Habiendo acabado con sus contrarios, durante los dos años en que Sila ejérció la dictadura (81-79), se consagró á reformar la legislacion asentando el poder de la aristocracia: hé aquí sus leyes *(Leges Corneliæ)*. Primera: cuyo objeto era disminuir la influencia de los tribunos, despojándolos del Poder legislativo. Segunda: para la obtencion de las magistraturas, en la que se extendió á ocho el número de los pretores y á veinte el de los cuestores. Tercera: que se proponía limitar el poder de los gobernadores y poner freno á sus exacciones en las provincias *(Lex de Majestate)*. Cuarta: que restituia el Poder judicial al Senado *(Lex de Civitate)* y despojaba á los latinos y á muchas ciudades y pueblos de Italia del derecho de ciudadanía. Y por último, muchos reglamentos de policía titulados *de sicariis*, *de beneficiis*, *etc.*

Exterminados sus enemigos, dominado el Senado por trescientos de sus miembros, hechuras suyas, pululando en Roma diez mil *Cornelios*, á quienes de esclavos habia trocado en ciudadanos, esparcidos por Italia ciento veinte mil veteranos convertidos en propietarios á costa de sus enemigos y de las pobres ciudades arruinadas, habiendo convocado al pueblo *para una cosa extraordinaria*, subió Sila á la tribuna de las arengas, desde la que pintó en un enérgico discurso

la triste situacion en que Roma se hallaba á su regreso de Asia. «Yo conozco, dijo, que me he valido de medios violentos y que no he economizado la sangre; pero, de lo contrario, no habria hecho más que aumentar los males de la patria en vez de disminuirlos. Ahora que todo está tranquilo, añadió, esforzando la voz, renuncio á la dictadura y á la autoridad sin límites que me habeis conferido. Gobernaos por vuestras propias leyes, y venga el que quiera á tomar cuenta de mi administracion, que yo estoy pronto á satisfacerle.»

Dichas estas palabras, bajó de la tribuna, despidió su guardia y sus lictores, y abriéndose paso entre la muchedumbre asombrada, se retiró al campo.

Consagrado en el retiro al estudio y á los placeres, redactó un código de leyes para los habitantes de Puzol, escribió sus *Comentarios*, y murió de una asquerosa enfermedad (178).

Posible es que este hombre extraordinario quisiera explicar sus crueldades inauditas, cuando un dia contó el pueblo el siguiente apólogo:

Sintiéndose un aldeano molestado por los piojos, se quitó la ropa y mató los insectos: volvieron éstos á picarle y él destruyó muchos más que la vez primera: por último, viendo que no cesaba la picazon, los arrojó con vestido y todo al fuego.

LECCION XLI

SERTORIO EN ESPAÑA.

(PLUTARCO: Vida de Sertorio.—ROMEY: Historia de España).

Entre los partidarios de Cayo Mario se distinguia Q. Sertorio, que, espantado sin duda de las feroces crueldades de su faccion, se retiró á España animado de planes grandiosos.

Descendia Sertorio de una familia distinguida de Núrsia, en el país de los sabinos, donde se acreditó defendiendo procesos. Tomó luego parte en la guerra contra los cimbrios, durante la cual se atrevió á penetrar como espía en el campamento de éstos, temeridad que le conquistó el afecto de Mario.

Terminada la guerra címbrica, fué enviado Sertorio á España, en la comitiva del pretor Didio, con el cargo de tribuno, permaneciendo en Cástulo donde el ejército invernaba.

Entregados los romanos á los placeres y á las bebidas, como sucede á los ejércitos vencedores que na-

dan de ordinario en la abundancia, perdiendo la severidad de la disciplina militar, cayeron en el desprecio de los españoles, que proyectaron matarlos. Al efecto, los castulonenses se concertaron con sus vecinos los giresenos y una noche introdujeron en la ciudad un refuerzo de éstos y degollaron gran número de romanos, descuidados en sus alojamientos. Entretanto pudo Sertorio reunir en las afueras de la ciudad á aquellos de los suyos que habian podido salvarse; penetró con ellos en Cástulo, y pasó á cuchillo á los ciudadanos de esta ciudad y á los vecinos de *Giri*; hecho lo cual, vistió á sus soldados con las ropas de éstos, y, sin darse un punto de reposo, se dirigió con los romanos disfrazados á la ciudad vecina.

Los naturales, viendo acercarse tropas vestidas como las suyas, ni áun procuraron cerrar las puertas, ántes bien salieron descuidados á oirles contar sus proezas. Sertorio dió sobre ellos, pasólos al filo de su espada, entró en la ciudad y vendió como esclavos á cuantos se rindieron.

Aún se conserva el claro perímetro de la desgraciada ciudad española, en la orilla derecha del Guadalimar, en la elevadísima montaña de *Giri-Baile* que conserva intacto el primitivo nombre, unido al del cargo que ejercia Don Gil, bailio de Cabrera, á quien se concedieron estos terrenos, despues de la reconquista cristiana.

Nombrado cuestor Sertorio, en la guerra de los Aliados, organizó brevemente un ejército y perdió un ojo en el combate; desgracia que premió Roma recibiéndolo en el teatro con aplausos estrepitosos.

Afiliado Sertorio en el partido de Mario, ejercia el cargo de pretor, cuando Sila lo comprendió en las listas de proscripcion.

Entónces fué cuando nuevamente se encaminó á España.

Nuestra heróica patria, desangrada y empobrecida por las autoridades romanas, por hombres tan avaros como Craso, ó tan crueles como Tito Didio, acogió con verdadero entusiasmo al fugitivo, que en poco tiempo reunió un ejército de nueve mil hombres y armó en *Cartago Nova* crecido número de triremes, siempre dispuestos á darse á la vela.

Noticioso Sila de este incendio, que al comenzar tomaba tan grandiosas proporciones, envió á su lugarteniente C. Accio con un poderoso ejército. El previsor Sertorio mandó á Livio Salinator, uno de sus capitanes, con seis mil hombres, para que cerrara á Accio el paso de los Pirineos. El general de Sila, por medio del traidor Calpurnio Lanario, dió muerte á Salinator, pasándosele gran parte de las tropas de éste y sembrando los fugitivos el espanto en el campo de Sertorio, que vió sus soldados reducidos á tres mil hombres, frente á un ejército seis veces superior en número.

Comprendiendo lo difícil de su situacion, se encaminó con los suyos al Africa, y unido despues á ciertos corsarios sicilianos, con su auxilio, se apoderó de la isla de Ibiza lanzando á la guarnicion romana. Accio que se embarcó en su persecucion, logró dispersar la escuadra de Sertorio, que con gran dificultad pudo desembarcar en las costas de la Bética.

Llamado despues por los lusitanos, burlando la vigilancia de Cota, pudo incorporarse á sus amigos, poniéndose al frente de un ejército poderoso, y encontrando al enemigo cerca del Guadalquivir, lo derrotó completamente.

A esta victoria siguieron otras muchas que dieron gran fuerza á Sertorio, especialmente las alcanzadas contra el pretor L. Domicio, Manilio y Metelo Pio.

Ciento veinte y ocho mil romanos, mandados por los generales más ilustres, fueron vencidos por Sertorio en estos primeros años.

Evora y Huesca eran los dos grandes centros de su poder. La primera, su predilecta residencia, recibió una organizacion igual á la de Roma con un Senado compuesto de fugitivos de las iras de Sila y de los españoles más distinguidos, del cual dependian los pretores, los cuestores, los ediles, que gobernaban los pueblos con leyes romanas, modificadas segun las necesidades de España.

En Huesca fundó una Universidad, en la que, bajo la direccion de sábios profesores, que hizo venir de Italia, con el estímulo de grandes privilegios y recompensas, los jóvenes españoles aprendian las letras griegas y latinas, y en la que el mismo Sertorio presidia los exámenes, distribuyendo por su mano premios de gran valía. Ruinas de elegantes templos, restos de fortísimos muros y de acueductos, son pregoneros de la grandeza de ánimo de tan ilustre caudillo.

Estos generosos propósitos conquistaron por completo el amor de los españoles hácia Sertorio, que pudo considerar indestructible su obra con la muerte de Sila.

En este tiempo aconteció un suceso que, por de pronto, vino á fortalecer á aquel ilustre jefe.

Durante las persecuciones de Sila, Perpena, otro de los generales de Mario, que habia estado oculto en Cerdeña, desde donde vino á España con ánimo de pelear por su cuenta, reunió un ejército de cerca de veinte mil hombres, con los que desembarcó en la Península. Amigos y entusiastas de Sertorio, los soldados de Perpena, al desembarcar en España, encontrándolo todo lleno de su grandeza y de su fama, lo

aclamaron ruidosamente, y Perpena se vió en la necesidad de someterse á sus órdenes.

A la cabeza del partido aristocrático se hallaba entónces Pompeyo, que, comprendiendo la grave importancia de la guerra sertoriana, se trasladó á España con grandes auxilios, reforzando á Metelo Pio, y reuniendo entre ámbos un ejército de más de sesenta mil hombres.

El primer encuentro, frente á los muros de *Laurona*, demostró la jactancia de Pompeyo, que perdió en él diez mil soldados.

Las siguientes campañas fueron notables por la derrota y muerte de Hirtuleyo; por la toma de *Contrebia* por Sertorio (76 ántes de J. C.); por las victorias de Pompeyo y Metelo sobre los tenientes de su enemigo; por la derrota de Pompeyo, que no pudo definitivamente completarse á causa de la llegada de Metelo; por las batallas de *Segoncia* (Sigüenza), y de *Calagurris Násica*, y la rota de los romanos frente á *Palancia* y *Calagurris*.

Retirado Pompeyo á la *Galia Narbonense*, pidió auxilios al Senado en los siguientes términos, que revelan su situacion: *He apurado, no solo mis bienes, sino hasta mi crédito: no me queda otro recurso que vosotros; si me faltais, á pesar mio, os lo advierto, mi ejército y, en pos de él, el de Sertorio, pasarán á Italia.*

Tal y tan grande llegó á ser la fama de Sertorio, que el poderoso Mitrídates, preparándose para hacer, por tercera vez, la guerra á los romanos, solicitó su alianza, en cambio de la cual recibió éste el auxilio de cuarenta naves y tres mil talentos, facilitando al rey del *Ponto* un cuerpo de auxiliares, al mando de uno de sus mejores caudillos, que, con título de procónsul, recibia bajo la autoridad de Sertorio las ciudades que conquistaba Mitrídates en el Asia Menor.

Metelo acudió entónces á un medio ruin y vergonzoso: pregonó la cabeza de Sertorio en cien talentos de plata y veinte mil medidas de tierra; arma vil y traidora que sembró de dudas y de sospechas el corazon de Sertorio, el cual, dudando ya de la fidelidad de los romanos, confió su guardia á un cuerpo exclusivamente compuesto de españoles.

Esto hizo que los romanos se malquistaran con su general, ocasion que creyó propicia Perpena para dar vida á los proyectos que dormian en el fondo de su alma, tramando una conjuracion para dar muerte á Sertorio.

Al efecto, unido con varios oficiales, todos romanos, supuso la llegada de un mensajero, con la noticia de cierta supuesta victoria, que se empeñaron todos en solemnizar con un festin.

A la mitad de la comida, como se destemplaran los convidados con el vino, reprendiéndoles Sertorio, y viendo que no alcanzaban fruto sus advertencias sobre hombres ébrios, se volvió de espaldas, en cuyo momento dejó caer Perpena de sus manos una copa de vino, que era la señal convenida.

Entónces Antonio, uno de los conjurados, le dió una estocada y á seguida los demás acabaron con él.

Los soldados españoles que componian la guardia de Sertorio, fieles á su juramento, se dieron la muerte, y aunque los romanos obedecieron á Perpena, éste no pudo lograr el precio de su infamia, pues fué vencido y hecho prisionero por Pompeyo, que lo hizo matar con sus principales amigos.

Aún despues del asesinato de Sertorio, los heróicos españoles prolongaron la lucha.

La guerra sertoriana terminó al cabo de cerca de diez años, con la destruccion de *Calagurris*, émula en su heroismo y en su desgracia, de *Sagunto*, de *Numancia* y de *Astapa*.

LECCION XLII

LOS GLADIADORES.—LOS PIRATAS.—MITRÍDATES Y TIGRANES.

Viviendo el pueblo romano entre contínuas guerras, habituado al derramamiento de sangre, mirando á la humanidad entera como enemiga, en medio de la paz y de la vida de la ciudad, hallaba su más ardiente placer en el espectáculo de la muerte.

Sus más afamados generales, sus más ilustres hombres de gobierno lo habian ido, digámoslo así, educando en el refinamiento de la barbarie, borrando de su corazon los sentimientos de humanidad.

Metelo condujo á Roma ciento cincuenta elefantes que fueron muertos en el Circo; Sila, Escauro y Pompeyo ofrecieron luchas de leones y panteras.

Dados los primeros pasos en esta pendiente, era preciso recorrerla toda: á las luchas de las fieras con las fieras sucedieron las de las fieras con los hombres, y á éstas las de los hombres entre sí, para divertir á un pueblo ávido de exterminio.

Para las fiestas del Circo, para la solemnidad de los funerales, para las alegrías de los ricos, habia

opulentos empresarios que, bajo la direccion de hábiles maestros *(lanistae)*, enseñaban el arte de dar y recibir la muerte.

Comenzaba la lucha en el Circo acometiéndose los gladiadores con palos *(arma lusoria)* que cedian pronto ante las espadas con que se embestian los combatientes.

Al caer uno de los dos, al pedir gracia el vencido levantando un dedo, gracia que podia negar el pueblo cerrando el puño y dirigiendo el pulgar hácia el combatiente; si tal acontecia, era éste herido sin piedad por su contrario, y vivo aún, arrastrado al *spoliario* donde era despojado de las armas y el vestido por el vencedor, á quien aclamaba el pueblo ébrio de alegría.

Espartaco, uno de estos desventurados, elegido para combatir en el Circo, animó á sus compañeros, que rompieron sus prisiones y huyeron hácia el Vesubio.

Estos miserables, como de nadie podian esperar piedad, de ninguno la tenian, y hábiles para la pelea y desesperados, hicieron á la república guerra implacable (74 á 71).

En breve llegó á reunir Espartaco ciento veinte mil hombres, dispuso de fortalezas, de arsenales, de almacenes, y aterró á los romanos con su audacia y sus hábiles estratagemas.

Las sucesivas derrotas de cuatro generales romanos franquearon á Espartaco el camino de los Alpes; pero la avaricia de sus hordas, que querian vengarse y saquear á Roma, le forzó á retroceder.

Confiada la direccion de esta peligrosa lucha á Licinio Craso, éste, despues de varios sucesos, encerró á Espartaco en una península cerca de *Reggio*. En semejante situacion, oyendo el gladiador á algunos

de sus parciales que le proponian rendirse, hizo crucificar á un prisionero y gritó á los suyos: *Hé ahí la suerte que os aguarda si no resistís;* y aprovechando el horror de una noche tormentosa, se abrió paso heróicamente por medio de las legiones romanas. Temiendo Craso que penetraran estos desesperados en Roma, les siguió al alcance, y trabada la lucha, en ella perecieron doce mil trescientos, heridos todos por delante, excepto sólo dos.

Espartaco quiso prolongar la guerra dirigiéndose á las montañas; pero animados los suyos con una victoria de poca importancia que lograron alcanzar, clamaron por luchar con los romanos cerca de *Silaro* (71).

Presentándole su caballo al comenzar el combate, lo mató Espartaco con su propia espada, exclamando: *Si alcanzamos la victoria, no nos faltarán caballos; pero si se declara por los romanos, de nada nos servirán.*

El combate fué rudo y empeñado, y á la postre, aunque abandonado Espartaco por los suyos, luchaba siempre con intrépido valor, á pesar de una horrible herida que le desangraba, combatiendo de rodillas, con el escudo en una mano y la espada en la otra, haciendo morder el polvo á cuantos se le acercaban, hasta que, debilitado por multitud de heridas, cayó muerto sobre un monton de cadáveres romanos.

Cinco mil fugitivos se reunieron en la *Lucania*, á los cuales venció Pompeyo, que dió cuenta al Senado, con su proverbial vanidad, de esta fácil victoria, despojando á Craso de parte de su gloria, creándose, por tal motivo, entre ambos, un ódio concentrado y profundo.

A la guerra de los gladiadores, sucedió la de los piratas.

Ocupando éstos las islas del Archipiélago, infestaban los mares, incendiaban y saqueaban las costas,

arruinaban el comercio, y apoderándose del trigo que desde Asia iba á Roma, hicieron que en esta populosísima ciudad se sufrieran grandes necesidades.

Ansiando por este tiempo César recibir lecciones del retórico Apolonio de Rodas, se dirigió á esta isla, y en el camino lo apresaron los piratas, con los que permaneció por espacio de treinta y ocho dias, obteniendo al cabo su libertad mediante veinte talentos en que fijaron su rescate. Estos audaces marinos, no contentos con apresar las embarcaciones, se enseñorearon de más cuatrocientas poblaciones importantes á las que exigieron enormes rescates; penetraban con sus atrevidas expediciones en el interior de Italia, y se apoderaron de dos pretores con sus insignias y sus lictores, que pasearon en ridículo triunfo, y cuando alguno alegaba sus derechos de ciudadano romano, le devolvian su calzado y su toga, le pedian perdon con sarcástica humildad, y, diciéndole que podia volverse á la ciudad grande y nobilísima, le obligaban á bajar por la escala de la nave al mar y ahogarse.

El honor, pues, y la seguridad de Roma estaban interesados en acabar con estos bandidos, que llevaban su audacia hasta infestar la via Apia, robar las preciosidades de las quintas suburbanas y aliarse con Mitrídates, despues de haber alentado las esperanzas de Sertorio y de Espartaco.

Ya se les habia hecho la guerra desde el año 65; pero las victorias sobre ellos alcanzadas por P. Servilio, que le dieron el sobrenombre de *Isáurico*, no produjeron resultados decisivos, y el pretor M. Antonio que les atacó cerca de la isla de Creta, perdió un gran número de naves, muriendo de la tristeza que le produjo ver á sus soldados colgados de las entenas, con los mismos hierros que llevaba para aprisionar á los piratas.

El tribuno Gabinio, satélite de Pompeyo, propuso una ley *(lex Gabinia)* ordenando el exterminio de los piratas, para lo que se habia de conferir el mando á un general con poderes dictatoriales. Comprendiendo los senadores y los cónsules el punto á que se dirigia el tribuno, se opusieron sériamente á sus planes; pero el pueblo, cansado de la tiranía de los oligargas, le apoyó resueltamente y no hubo medio de resistir.

En su consecuencia se confirió á Pompeyo, durante el espacio de tres años, el proconsulado del mar hasta las columnas de Hércules, tierra adentro hasta cuatrocientos estadios de la costa; facultósele para reclutar cuantos marineros y soldados le parecieran necesarios; para nombrar quince senadores, como sus tenientes, y dos cuestores; diéronsele quinientos bajeles, ciento veinte mil infantes, cinco mil caballos y dos mil talentos áticos.

Con tales medios fácil fué á Pompeyo terminar rápidamente esta guerra.

El ídolo de la muchedumbre romana destruyó de 800 á 900 naves de los piratas, mató á diez mil de éstos, hizo más de veinte mil prisioneros, con los que repobló á Malo, Adana, Epifania y Pompeyópolis que levantó sobre las ruinas de Soli; se enseñoreó de ciento veinte ciudades y fortalezas, y restituyó la libertad á innumerables cautivos que por todas partes fueron pregonando las hazañas del vencedor.

La guerra de los piratas no era más que un medio para los partidarios de Pompeyo, que ansiaban despojar á Luculo de la direccion de la guerra contra Mitrídates y Tigranes.

El tribuno Manilio, aprovechándose de la embriaguez producida por la noticia de las victorias del procónsul, propuso que, llamado Luculo, se confiara la

guerra á Pompeyo, extendiendo su mando á mayor número de provincias.

Como al votarse la ley Gabinia, inútil fué la oposicion de los consulares que en vano hicieron presentes los servicios de Luculo, de Glabrion y de Marcio. Apoyada la ley por César y Ciceron, se confió la direccion de la guerra al vencedor de los piratas, que recibió en Asia el decreto con hipócrita desden.

La fortuna siguió coronando al favorito del pueblo, que durante la noche alcanzó una gran victoria cerca del Eufrates (66). Sometido Tigranes, Mitrídates se encamina á la Crimea, donde procura renovar la guerra que continúa Pompeyo en los países cercanos al Cáucaso (56), hasta que, por último, la traicion de su hijo Fraatres, le obliga á Mitrídates á darse la muerte (63).

Entónces fué cuando casi todas las comarcas marítimas del Norte, como la Bitinia, casi toda la Poflagonia y el Ponto, fueron reducidas á provincia romana con el nombre de Bitinia; las regiones marítimas del Sur, la Cilicia y la Panfilia formaron la Cilicia, y la Fenicia y la Siria otra provincia que recibió este nombre: premiáronse la defeccion de Tigranes y de otros, aunque quedando todos bajo la dependencia del pueblo romano.

La muerte de Mitrídates levantó la república á su más alto grado de poder en el exterior.

Apoyándose Pompeyo en la democracia, logró por medio de los suyos el restablecimiento de la potestad tribunicia anulada por la constitucion aristocrática de Sila, lo cual pudo alcanzar siendo cónsul con Craso; por medio de los representantes de la democracia obtuvo Pompeyo un poder ilimitado en las dos últimas guerras; poder que, poniendo en las manos de un soldado de fortuna las fuerzas todas del

Estado, fué causa y ocasion de que se acabara de perder en Roma el sentimiento de la libertad, y naciera la licencia; de que organizándose los partidos, los hombres dejaran de ser ciudadanos para convertirse en sicarios de este ó del otro jefe de faccion; para que los malvados salieran de sus antros como en los dias de tempestad sale á la superficie el lodo, condenado á posar en el fondo durante los dias de serenidad y de calma.

LECCION XLIII

CATILINA. — CICERON.

(SALUSTIO: Guerra Catilinaria. — MIDDLETON: Vida de Ciceron.—CÉSAR: Comentarios.—MEISNEI y HAKEN: Vida de César.

Mientras en Asia triunfaba Pompeyo, ocurrian en Roma sucesos que pusieron en gran riesgo á la república.

Lucio Sergio Catilina, fuerte de cuerpo y de ánimo, culto, afable, instruido, pródigo de lo suyo y avaro de lo ajeno, incestuoso, sacrílego, abrumado de enormes deudas, asesino de su hermano por anticipar la posesion de su herencia y uno de los más feroces sicarios de Sila, ayudado de muchos malvados, intentó enseñorearse de la república.

Digno hijo de aquellos desdichados tiempos, sus crímenes lo habian elevado á los primeros puestos, ejerciendo el cargo de cuestor, el de lugarteniente en varias guerras y hasta el de pretor en Africa.

Conocedor profundo de los hombres entre quienes vivia, habia dicho Catilina: *Veo en la república una*

cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; yo seré esta cabeza.

Al efecto, reunió al rededor de sí en estrecho lazo á todos los hombres arruinados por las guerras ó por los vicios.

La conjuracion próxima á estallar, se frustó por un acaso (66); y aún otra vez abortó, contrariada por la muerte de Piso (65).

En el año 64, habiendo sido vencido Catilina por Ciceron en las elecciones consulares, exasperado ya, decidió resueltamente efectuar sus planes.

Q. Curio, uno de los conjurados, arruinado por satisfacer los caprichos de Fulvia, vióse menospreciado de ésta, en cuanto reconoció la pobreza de su amante. Ciego el conspirador por la dama, la habló de secretos y de misteriosos planes que le darían una inmensa riqueza, secretos que eran nada menos que la conjuracion, los cuales le arrancó mañosamente Fulvia, que lo puso todo en conocimiento del cónsul M. Tulio Ciceron, dueño por tal camino de todos los proyectos y de los planes de los sediciosos.

Conocedor Catilina del peligro, mandó cuanto dinero pudo á Manlio, soldado de Sila, que vivia en Fiesole, colonia de veteranos del difunto dictador, con los cuales formó el núcleo de un poderoso ejército.

Ciceron reveló al Senado los planes de Catilina, que abandonó la curia y la ciudad seguido de trescientos de sus cómplices, encargando á los que quedaban en Roma que llevaran á cabo sus sanguinarios planes, en tanto que él volvia de la Etruria al frente de un ejército que haria temblar á los más audaces.

El cónsul hizo prender á Lentulo y á los principales conjurados, á los cuales, faltando á los preceptos de *la ley Sempronia*, hizo que ejecutaran en la misma cárcel.

Catilina, en tanto, puesto al frente de las tropas de Manlio, se encaminó en demanda de la Galia que pensaba sublevar; pero cerca de Pistoya, el cónsul Q. Metelo Celer le cerró el paso de los Apeninos, en ocasion que el procónsul M. Antonio llegaba por la espalda.

La lucha fué empeñada y terrible, muriendo en ella gran número de los partidarios de Catilina, heridos todos de frente: el jefe de los conjurados pereció debajo de un monton de cadáveres: respiraba todavía y conservaba aún aquel aspecto feroz que lo habia hecho tan terrible para sus enemigos.

Las victorias de Pompeyo en Asia de que ya hemos hecho mencion, habian elevado á Roma á su más alto grado de poder material; pero las costumbres públicas sufrieron un cambio profundo con estas prosperidades que introdujeron en la república el lujo de Oriente, las necesidades ficticias y la natural corrupcion de las costumbres públicas y privadas.

El tesoro público fué aumentado por Pompeyo hasta un punto increible: cualquier ciudadano, apoyado por los agitadores, podia obtener un poder ilimitado: las necesidades creadas por un lujo deslumbrador y la consiguiente ruina de las fortunas privadas podian repararse obteniendo el mando de las provincias, donde los pueblos pagaban con su sangre el precio en que se habian comprado los puestos oficiales y la necesidad de volver acaudalado á Roma para satisfacer á los agitadores y obtener con ellos nuevos y más altos empleos. La facilidad de reunir un ejército cuando era posible pagarlo: el ejemplo de Pompeyo que desde su medianía y mimado por una fortuna constante habia llegado al más alto grado de poder que soñó la ambicion más desatentada: la escandalosa fortuna de Craso que consideraba pobre al

que no pudiera mantener un ejército: los grandes talentos y la ambicion de César: Luculo opulentísimo é irritado contra Pompeyo: Ciceron vacilante entre los partidos; y á las órdenes de los ambiciosos, agentes y demagogos como Clodio y como Milon, que ensangrentaban diariamente las calles de Roma con los crímenes de sus torpes bandas: tales eran las causas que preparaban la inevitable ruina de la república. Como único contrapeso, se hallaba el inflexible Caton, auxiliado de pocos amigos, fieles á las tradiciones de la antigüedad.

Si Pompeyo, dotado de un gran carácter, fuerte con la reputacion que le habian dado sus victorias, apoyado en el amor de sus soldados, hubiera penetrado en Roma al frente de su ejército, y se hubiera impuesto á las facciones, indudablemente los sucesos hubiéranse encaminado por derrotero distinto; pero el vencedor de Asia, falto de la audacia que todo lo justifica con el éxito, entró en Roma dejando su ejército, al desembarcar en Italia, lo cual fué tanto como entregarse inerme en medio de las facciones.

Dos cosas pidió Pompeyo pasada la ruidosa embriaguez de su triunfo: que se repartieran tierras á sus veteranos, y que, por medio de un decreto, se aprobara cuanto él habia hecho en Asia. La primera peticion fué fácilmente sancionada; pero la segunda tropezó con invencibles obstáculos en el Senado, capitaneado por el indomable Caton.

Entónces, el vencedor de Mitrídates no vaciló en descender á hacer la córte á la demagogia, uniéndose á los hombres más infames y apoyándose en sicarios tan desacreditados como Clodio, implacable enemigo de Ciceron, que, con su apoyo, fué elegido tribuno de la plebe.

Como factor en estas querellas y árbitro y señor á

la postre, se hallaba un hombre verdaderamente extraordinario.

Julio César, en quien Sila habia adivinado muchos Marios, ejerciendo el cargo de cuestor cerca del pretor de la España Ulterior, Antistio Tuberon (9. ántes de Cristo), habia derramado lágrimas al contemplar en el templo gaditano de Hércules el busto de Alejandro, inmortal á *una edad en que él nada habia hecho.*

Este jóven, que durante su edilidad se atrajo el amor del pueblo dándole fiestas magníficas que le hicieron contraer deudas enormes, pensó en resucitar la faccion de Mario, para lo que hizo el elogio fúnebre de su tia Julia, viuda del vencedor de los cimbrios, y restableció en el Capitolio la estátua y los trofeos de éste, que Sila habia mandado quitar.

Al volver Pompeyo de Asia, César ejercia el cargo de pretor, concluido el cual obtuvo el gobierno de la España Ulterior, para donde sólo pudo salir cuando el opulento Craso venció la oposicion de sus acreedores, fiándolo por la enorme suma de ochocientos treinta talentos, en que le habian empeñado sus prodigalidades.

Ansiando satisfacer sus deudas y volver á Roma en la época de los comicios, César promovió guerras injustas en España; acuchilló á los desgraciados habitantes del Herminio, y extendió los dominios de la república, doblando con su escuadra el promontorio Artabro y fondeando en el golfo Brigantino, que vió entónces por vez primera las naves romanas.

César regresó de España, acaudalado, á costa de los tristes habitantes de la Península; pero en medio de las concusiones á que le obligaba la necesidad de adquirir medios para comprar votos en la eleccion de los cónsules, supo proporcionarse simpatías en nuestra patria, estableciendo una ley en virtud de la cual

contuvo la avaricia de los usureros, á los que vedó que se apoderaran de los bienes de sus deudores, concediéndoles sólo el derecho de cobrar las dos terceras partes de las rentas y productos de aquéllos, hasta extinguir sus créditos.

Llegado César á Roma renunció los honores del triunfo para poder aspirar al Consulado.

LECCION XLIV

PRIMER TRIUNVIRATO.—MUERTE DE CÉSAR.

Eran por entónces implacables enemigos Craso y Pompeyo, á los que supo reconciliar César, formándose, en su virtud, el primer triunvirato, compuesto de estos dos personajes y del mismo César.

Por consecuencia de estos arreglos, obtuvo Pompeyo el mando de España, Craso el de Siria y César el de las Galias, todos por espacio de cinco años.

La invasion de los helvecios en el país de los allobroges, aliados de Roma, da motivo á César para hacer la guerra á estos pueblos (58) y á sus aliados los suevos mandados por Ariovisto, que sólo encontraron su salvacion amparándose en la impenetrable selva Hercynia.

Noticioso César de que los habitantes de la Galia Bélgica, con auxilio de sus hermanos los britanos, habian formado una coalicion contra Roma, los derrotó en Axona, y con el propósito de castigar á sus aliados, desembarcó en la Britania, mostrando á es-

tos intratables isleños que no impunemente se atacaba á Roma.

Vercingetorix, jefe de los auvernios, fué autor entre los galos (54) de una terrible sublevacion que ahogó César en sangre, en Avarico y en Alesia, realizando al cabo de diez años la conquista de estos intrépidos pueblos, que llevó á cabo á costa de inauditos esfuerzos de valor y de talento, y con ayuda de los mismos galos, cuyas pasiones mútuas supo excitar, presentándose sucesivamente como auxiliar de los unos contra los otros (51).

Miéntras tenian lugar estos sucesos, el imprudente y avaro Craso fué derrotado y muerto por los parthos en la batalla de Carrhas (53).

Esta muerte y la de Julia, hija de César, casada con Pompeyo, hacian prever al menos perspicaz, que ambos caudillos habian de colocarse el uno frente al otro.

El alejamiento de Caton, el destierro de Marco Tulio Ciceron, y las violencias del impio Milon y del sacrílego Clodio; el nombramiento de Pompeyo como único cónsul, cargo que confiaba en sus manos un poder análogo al de la Dictadura; el término legal del mando de César, que todos miraban como el principio de la guerra civil, que los partidos ansiaban, aunque cada uno de los dos procuraba que recayese sobre el otro la odiosidad de comenzarla, todo hacia fácil augurar que ésta era inevitable.

Ciertamente desconocia Pompeyo la índole de su enemigo, cuando al conseguir, contra las protestas de los tribunos comprados por César, que el Senado mandara á éste (7 de Enero del año 49) que abandonara su ejército, declarándolo, si tal no hacia, enemigo de la patria, esperaba detenerlo.

César pasó denodadamente el Rubicon, límite de

los países sometidos á su autoridad, y el vanidoso Pompeyo, á la inesperada noticia de la proximidad de su enemigo, tuvo que abandonar á Roma, dejando en manos de su rival el erario público y los recursos todos del Estado, con los cuales éste recompensó á los suyos y aumentó sus partidarios y sus medios de accion.

Las espesas redes que tejen los políticos en la sombra, muchas veces, con débiles cabellos, no son tan fáciles de romper á un soldado de fortuna, como los apretados escuadrones de los enemigos que combaten á la luz del sol; ni era ciertamente empresa tan fácil como la de despojar á Metelo, á Luculo ó á Craso de su gloria, vencer á los piratas ó á Mitrídates, luchar con el vencedor de galos y germanos, con el que sabia manejar la espada lo mismo que la pluma, con el político expertísimo y no vencido general, con Julio César, en fin (*monstrum activitatis, horribilis diligentia*), con uno de los hombres más excepcionales que han producido los siglos.

Si Pompeyo, usando de los inmensos medios de que podia disponer, hubiera preparado la Italia para una enérgica campaña; si hubiera establecido el centro de su defensa en España, el país de los soldados heróicos; si abandonando sus eternas indecisiones, hubiera hecho algo, acaso, con su victoria, el destino de la humanidad hubiera tomado otro rumbo.

Pero, ciego por el humo de la adulacion y falto de esa energía inquebrantable, patrimonio de los grandes corazones, abandonó la Italia á César; ordenó á sus tenientes en España, Petreyo, Afranio y Marco Varron, que no emprendieran combate ninguno decisivo, y él, vacilante y devorado de mortales dudas, se dirige primero á Capua, luego á Brindis y de aquí á Dyrrachium, puerto del Epiro.

César domina completamente la Italia, Sicilia y Cerdeña, en sesenta dias: encamínase á España donde obliga á rendirse á Afranio y á Petreyo: vuelve á Italia donde es aclamado Dictador, dignidad que cambia por la del Consulado: marcha á Grecia: traslada el teatro de la guerra á la Tesalia, y encontrándose al cabo ambos enemigos (20 de Junio del año 48) en los campos de *Farsalia* (en la Thessaliotida, entre la ciudad de Pharsalus y el rio Enipeo), es vencido Pompeyo que, fugitivo, se acoge bajo la proteccion del rey de Egipto, Ptolemeo XII, en donde es miserablemente muerto y presentada su cabeza á César, que iba á sus alcances, el cual derrama lágrimas ante el sangriento despojo de su antiguo amigo y colega.

Cuestionaban á la sazon por el trono de Egipto Ptolemeo y su hermana Cleopatra, cuestion que César, enamorado de ésta, decidió á su favor, envolviéndose en una peligrosa guerra, donde corrió graves riesgos personales, aunque coronando al cabo á su amada.

César despertó de su sueño de amor á la noticia de que Farnaces, rey de Ponto, habia invadido el Asia Menor.

Rápido como el rayo, marcha contra él al frente de 20.000 hombres, y Farnaces, que tenia 60.000, queda completamente derrotado. El vencedor dió cuenta de esta expedicion al Senado con estas tres célebres palabras: *veni*, *vidi*, *vici*.

Vuelto á Roma, se atrajo la voluntad de todos, perdonando hasta á sus más feroces enemigos.

En tanto Labieno, Scipion y Juba, rey de Mauritania, habian reunido un poderoso ejército en Africa, á donde tambien marchó el indomable Caton, con los restos de las legiones derrotadas en Farsalia.

César se dirigió contra ellos, quedando indecisa la victoria en la batalla de Andrumeto, pero siendo

completamente derrotados los republicanos cerca de Thapso.

Scipion y Juba se dieron la muerte; ejemplo que imitó Caton, defensor de Utica, rechazando la clemencia del vencedor.

Noticioso César de que Cneo y Sexto, hijos de Pompeyo, habian reunido en España un ejército poderoso, temiendo más que á todos á este incendio, con rapidez inaudita se presentó en Obulco (Porcuna, Jaen), donde le esperaban sus legados, comenzando la célebre campaña de que da noticia Aulo Hircio, y en la que, entre tantos lugares, unos conocidos, desconocidos los otros, se hicieron notables, Soricaria y Soricia, Castra Posthumiana, las orillas del Salsum (Guadajoz), Ategua (Teba la Vieja), Claritas Julia, (Espejo) y Urso (Osuna); campaña que terminó en la batalla de Munda, que perdieron los pompeyanos, por un error de Labieno y de la cual dijo César que: *si en otras ocasiones habia peleado por la victoria, en ésta habia combatido por salvar la vida.*

Esta batalla acabó para César con todas las resistencias, convirtiéndole en señor de Roma y del Universo.

El delirio del pueblo, al volver su ídolo á la capital, no reconoció límites.

Despues de la victoria de Farsalia, se confirió á César la Dictadura por un año, el Consulado por cinco, el poder tribunicio, el derecho de declarar la paz y la guerra y el dominio de las provincias (48), con el poder de la Censura, *(præfectura morum)*, y en el año 45 le fué dada para siempre la suprema autoridad con el título de *imperator*.

¿Pensaba César, que no tenia hijos, en el restablecimiento del poder real, tan odiado de la aristocracia romana? ¿Hay que deducirlo así de algunos

hechos imprudentes llevados á cabo por algunos de sus más celosos partidarios?

El tiempo en que César ejerció la Dictadura fué tan breve y tan agitado por las guerras, que no hay datos para resolver satisfactoriamente estas preguntas.

El restablecimiento del órden, la guerra contra los parthos, parecia que ocupaban todos sus pensamientos, cuando una tropa de conjurados, á cuyo frente se encontraban Bruto y Casio, decidió su muerte.

Concertado todo, cuando César se encaminaba á la Curia, Artemidoro, filósofo griego, puso en sus manos un escrito en que se denunciaba la conjuracion diciéndole: *léelo con prontitud porque te interesa mucho y es urgente*; escrito que no pudo César leer, rodeado de su comitiva.

Al penetrar el dictador en el Senado (15 Marzo, 44) salieron á recibirle los conjurados acompañándole hasta su silla. Al tomar asiento, le rodearon los republicanos, y Cimbro se hincó de rodillas ante él pidiéndole favor para un su hermano que estaba desterrado. Fatigado el dictador por las súplicas de los que le rodeaban, se levanta; sujétale Cimbro por el vestido, que era la señal convenida: *esto no es ruego sino violencia*, exclama César, y Casio le hiere levemente por la espalda. Vuélvese el dictador y hiere á su agresor en el brazo con el punzon de sus tablillas. Repuestos los conjurados, acometen á César con sus puñales, y él se defiende de todos, aunque herido ya gravemente en el pecho. Pero al ver á su ahijado Bruto que le hunde el puñal en el costado, esclama: *¡tú tambien, hijo mio!*; envuelve su cabeza en el manto, concierta su ropa, recibe sin quejarse hasta 23 puñaladas, y cae muerto á los piés de la estátua de Pompeyo.

LECCION XLV

SEGUNDO TRIUNVIRATO.—COMBATE DE ACTIUM.

Antonio y los demás amigos y partidarios del dictador, al morir éste, se retiraron precipitadamente á sus casas, se despojaron de los distintivos de sus respectivas dignidades y buscaron asilos en que guarecerse; mas apénas tuvieron noticia de que los senadores se habian ocultado, de que el pueblo habia acogido con ira y dolor la noticia del asesinato de César, y de que los conjurados se habian refugiado en el Capitolio, se rehicieron y concertaron.

M. Antonio, que ejercia el Consulado, se mostró otra vez en público, y Lépido, que mandaba una legion, acantonada en las cercanías, la llevó al campo de Marte.

Los conjurados enviaron diputados á Antonio, y reunido el Senado, temerosos los unos de los otros, se acordó una amnistía general, en la que quedaron incluidos los asesinos del dictador.

Hecho esto, Antonio leyó públicamente el testa-

mento de César, en el cual éste nombraba sus herederos á Octavio, á Lucio Pinario y á Quinto Pidio, sus sobrinos: legaba al pueblo romano sus bellos jardines del Tíber y tres mil sestercios á cada ciudadano.

El cónsul expuso á la vista del pueblo la toga y el busto del dictador con todas sus ensangrentadas heridas.

Aquellos cariñosos recuerdos y este espectáculo, arrancaron á la muchedumbre gritos de ira y de venganza.

La situacion vino á complicarse con la llegada del jóven Octavio que tuvo bastante osadía para desembarcar cerca de Brundusium, cuya guarnicion le recibió entre unánimes aclamaciones de triunfo.

Ya en Roma el sobrino de César, aceptó la herencia de su tio, y habiéndole negado Antonio la entrega del tesoro de éste, no vaciló en vender sus bienes y los de sus parientes y amigos, para pagar los legados que el dictador habia dejado á los ciudadanos, con lo que se atrajo la estimacion del pueblo y de los legionarios, y por consiguiente, un partido que le adoraba.

Antonio, en cambio, reunió sus tropas con las que entró en Roma, abandonada por el sobrino de César, que se retiró á Rávena, desde donde tuvo habilidad bastante para sobornar dos de las legiones del cónsul, que á su vez se vió forzado á abandonar la ciudad y establecerse en Ariminium.

Terminado el consulado de Antonio, fueron elegidos Hircio y Pansa.

Octavio, que ya habia reunido cinco legiones, se ofreció al Senado para sostener su vacilante dignidad; y éste y Ciceron que lo capitaneaban, engañados por tanta moderacion, se declararon en favor del astuto Octavio.

M. T. Ciceron, estrechamente ligado al sobrino de César, pronunció en esta ocasion sus célebres *filípicas*, las cuales dieron por resultado que Antonio fuera declarado enemigo de la patria y que comenzara la guerra civil *(Bellum Mutinensem)*, breve, pero terrible, cuya direccion se confió á Octavio, acompañado de los dos cónsules.

Sitiaba Antonio á *Mutina* (Módena), donde tenia encerrado á Décimo Bruto, ante cuya ciudad se presentaron Octavio y los cónsules.

En la primera batalla quedó la victoria indecisa, aunque con muerte del cónsul Pansa; en la que se dió pocos dias despues, pereció el otro cónsul y fué vencido Antonio y forzado á levantar el sitio de la ciudad y á retirarse á la Galia Transalpina.

El Senado, que, estimando ya la guerra concluida, se creia libre de enemigos, confió el mando del ejército á Décimo Bruto y negó el Consulado á Octavio, quien, disimulando el agravio, se concertó secretamente con sus enemigos, considerando ya como lo más importante para él arruinar al partido del Senado.

Al efecto, por órden del mismo Octavio, su lugarteniente Ventidio, se pasó á Antonio con tres legiones; ejemplo que siguieron Lépido, Polion y Planco que, respectivamente, mandaban en la Galia Narbonense, en la Céltica y en España; repasando ya Antonio los Alpes al mando de diez y siete legiones.

Espantado el Senado, acudió á Octavio; pero éste contestó entrando en Roma al frente de sus tropas, haciéndose elegir cónsul, apoderándose del tesoro público, persiguiendo resueltamente á los asesinos de César y marchando á la Galia Cisalpina.

Octavio, Lépido y Antonio celebraron una conferencia en una isla del rio Panaro, donde acordaron fundar un nuevo *Triunvirato*, declarándose jefes de la

república por espacio de cinco años, con título de *Triunviros*, repartiéndose á su placer el mando de los ejércitos y de las provincias, y acordando la ruina del partido republicano, para lo que convinieron en una proscripcion y en la persecucion implacable de los asesinos del dictador (27 Noviembre 43).

Como los triunviros habian convenido en sacrificar á todos sus enemigos; como cada uno de ellos habia estado al frente de un partido, en lucha con los demás, perecieron innumerables víctimas, entre ellas el gran patricio, orador incomparable y escritor insigne, M. T. Ciceron, cuya mano y cuya cabeza fueron expuestas en la tribuna de las arengas, desde la cual habia arrebatado tantas veces al pueblo con su elocuencia fascinadora, al lado de la de Verres, por sangrienta burla del destino.

La marcha de los triunviros á Italia fué la señal de una horrible carnicería, que comprendió á mayor número de personas que la proscripcion de Sila; que duró más tiempo, y que, obedeciendo al móvil de la más atroz venganza, reconocia á la vez como fin el de procurarse dinero para satisfacer las crecientes exigencias de los legionarios.

¡Cosa al parecer increible!

De esta proscripcion, dice Veleyo Paterculo, que *hubo mucha fidelidad en las mujeres, bastante en los libertos, alguna en los esclavos y ninguna en los hijos.*

Iba en fin á comenzar la guerra entre los oligarcas y los aristócratas defensores de la república; guerra en la que los primeros contaban con la Italia y los países de Occidente, y los segundos con el Oriente y la supremacia del en que dominaban las escuadras de Sexto, hijo de Pompeyo el Magno, que, muerto su hermano Cneo, se habia salvado en el gran desastre de Munda.

Convertida la Macedonia en teatro de la lucha, avistáronse ambos enemigos en las cercanías de Filipos, (ántes *Datos Grenides*, en la Edonida).

El ejército republicano constaba de ochenta mil infantes y dos mil caballos y de un número casi igual el de los triunviros.

Entusiasmó Bruto de tal manera á los suyos con su elocuencia y su actitud, que cayendo los republicanos como incontrastable tromba sobre el campamento de Octavio, lo destrozaron todo, y acribillaron de tal manera su litera, que todos le creyeron muerto; pero la litera estaba vacía, porque infaustos presagios habian alejado de la pelea al sobrino de César, destinado á conseguir la más señaladas victorias por medio de la más menguada cobardía.

Antonio, en tanto, reparaba la derrota de las tropas de Octavio destruyendo el cuerpo de ejército mandado por Casio, hasta el punto de que, contemplando éste desde una colina la mortandad de los suyos, ignorante de la victoria de Bruto, y creyendo definitivamente perdida la batalla, se mató.

En otro nuevo combate que Bruto no pudo excusar y en el cual se peleó con la rencorosa furia de las contiendas civiles, los republicanos fueron completamente derrotados.

En salvo Bruto, por la abnegacion de algunos de sus amigos, llegó á un valle, donde suplicó á un esclavo que lo matara; pero su íntimo Estraton esclamó: *no se diga jamás que por falta de amigos ha perecido Bruto á manos de un esclavo*, y le presentó la punta de su espada sobre la que se precipitó el general republicano, gritando: *¡Oh virtud! ¡te creí una realidad, pero veo que no eres más que un sueño!*

¡Hé aquí el más grande de los caractéres que ha producido la filosofía estóica!

¡Tristeza, desesperacion horrible, negacion de la virtud, y por último, vanidad de vanidades!

La guerra no estaba aún terminada, pues Sexto Pompeyo reunia los fugitivos en Sicilia; Enobarbo y Estacio dominaban con sus escuadras las costas de la Macedonia y de la Jonia, miéntras Cayo de Parma, reforzado por los rodios, se encaminaba al Asia.

Para destruir, pues, estos poderosos centros del partido republicano, se encaminaron Octavio al Occidente y Antonio al Oriente.

Este citó ante sí á Cleopatra para que se justificara de la proteccion concedida á Craso; pero el triunviro quedó tan enamorado de los encantos de la reina de Egipto, que no reconoció en adelante otra voluntad que la suya, miéntras el astuto Octavio procuraba dominar por completo en Italia; planes á que se opuso la ambiciosa Fulvia, mujer de M. Antonio, promoviendo la guerra de Perusa (40), que obligó á Antonio á dirigirse á Italia.

Los triunviros convinieron otra vez, repartiéndose el imperio, aunque quedando la Italia proindivisa.

Orgulloso Lépido con las doce legiones y cinco mil caballos númidas que tenia á sus órdenes, quiso hacerse respetar de Octavio, el cual, acudiendo á su proverbial habilidad, hizo que las mismas tropas de su colega lo aclamaran, hasta el punto de que aquél, viéndose solo é inerme, tuvo que implorar la clemencia del sobrino de César, quien lo despreció hasta el punto de concederle la vida y los bienes. Así desapareció de la escena política este oscuro agitador.

Antonio, menospreciando el casto amor de su esposa, hermana de Octavio, entregado completamente al de Cleopatra en Alejandría, dió á los hijos que de ella habia tenido provincias y reinos.

Esta conducta produjo en Roma honda indigna-

cion, la cual aprovechó Octavio, acusando á su colega ante el Senado, que decretó la guerra contra la reina de Egipto.

Octavio marchó en busca de Antonio que se hallaba cerca de *Actium* (Acarnania, en el Epiro).

Era incomparablemente superior en número el ejército del segundo al del primero, aunque las naves de Octavio, acostumbradas á las luchas con las escuadras de Sexto Pompeyo, aventajaban en pericia militar á las de su enemigo.

Los legionarios instaban á Antonio para que emprendiera la lucha en las llanuras de la Tracia y de la Macedonia, el cual, desoyendo este saludable consejo y escuchando sólo la voluntad de Cleopatra, aceptó el combate marítimo.

Peleábase por ambas partes con igual valor, cuando, acobardada la reina de Egipto, huyó con sus naves, siguiéndola el ciego Antonio. Así, primero la escuadra de Antonio, y luego su ejército, abandonados de su jefe (29), se rindieron al afortunado sobrino de César.

Antonio se dió la muerte para no caer en las manos de su enemigo, y Cleopatra, despues de ensayar en vano el poder de su hermosura sobre el alma fria de Octavio, se mató igualmente, exponiendo su brazo á la mordedura de un áspid.

Por tal manera tuvo fin el reino de Egipto, que fué declarado provincia romana, y así acabó la dinastía de los lágidas, que habia imperado en él por espacio de doscientos noventa y cuatro años.

LECCION XLVI

OCTAVIO, EMPERADOR. — LAS LETRAS Y LAS ARTES EN ROMA.—MUERTE DE OCTAVIO.

(DION CASIO: Historia, lib. LI y LXXX.—A. LISTA: Historia Antigua).

Al regresar Octavio á Roma obtuvo tres veces los honores del triunfo, ostentando en el último á los hijos de M. Antonio y de Cleopatra, y la figura de esta seductora reina de Egipto, que mostraba su brazo herido por el áspid.

El momento histórico en que el sobrino de César aparecia, despues de la batalla de *Actium*, no podia ser más oportuno. A todos debió parecer como el enviado por los dioses, para dar algunos años de paz y de respiro al mundo fatigado.

Con efecto, cansada Roma de sangrientas é implacables luchas, sin cesar renovadas, infestados los caminos de bandoleros, aterrorizada la ciudad por las gentes de mal vivir, empobrecidos los caballeros, hambrienta la plebe y esquilmadas las provincias, era llegado el instante de que, cansados todos de

agitaciones, habia de ser saludado y acogido con inmensa alegría el que dotado de ciertas condiciones, exuberantes en Octavio, pudiera inspirar la confianza de que restableceria el imperio de la paz.

Advertido Augusto por el terrible ejemplo de César, quiso más bien reinar de hecho que excitar la ira de los republicanos aspirando al título de rey, adivinando que en los pueblos degradados, los nombres importan más que todo.

En el desempeño de esta tarea sirviéronle á maravilla sus dos consejeros Agripa y Mecenas, expertísimo general el primero, y hábil político el segundo.

Octavio afectó conservar la república, con los nombres de sus magistraturas, haciéndose adjudicar el poder de cada una de éstas, excepcion hecha de la Dictadura.

A este fin fuéle dado el Consulado perpétuo, en el año 19; la potestad tribunicia, tambien á perpetuidad, en el año 30, potestad que hizo su persona sagrada é inviolable, preparando los *judicia majestatis (Lex Julia de Majestate)*; confiriósele en el año 31 el título de *imperator*, que puso los ejércitos á sus órdenes; apoderóse en el 19 de la Censura *(magistratura morum)*, y desde el año 13 fué Pontífice Máximo.

De este modo, el pueblo, los ejércitos, las clases de Roma, la religion y los privilegios todos que la plebe romana, en seculares luchas, habia arrancado á la obstinada aristocracia, todo quedó como sintetizado y vinculado en la persona de Octavio.

Atento, sin embargo, á conservar las apariencias, y para que no se le pudiera tachar de usurpador, aceptó el supremo poder como en depósito, primero por espacio de diez años, y luego por diez ó por cinco, dando lugar esta farsa á las fiestas apellidadas *Sacra decennalia*.

Amigo de halagar al Senado, que procuraba tener siempre propicio con repetidas expurgaciones, y aparentando concedérselo todo, cuando le daba tan poco, clasificó las provincias en senatoriales é imperiales *(provinciæ principis, provinciæ senatus)*, comprendiendo en las primeras á las más civilizadas y pacíficas, y que no habian menester la estancia de tropas considerables, y en las segundas á las inquietas y fronterizas, habitual residencia de fuertes destacamentos militares. Por lo mismo, los jefes que nombraba el emperador *(legati)* ejercian en su nombre la potestad civil y militar, cuando los del Senado (*proconsules*) desempeñaban sólo la civil.

Los sucesos militares que llenaron el reinado de Augusto, fueron la paz con los parthos, en consecuencia de la cual, Fraates devolvió las banderas perdidas en la desgraciada y terrible expedicion de Craso; la famosa guerra Cantábrica para la que Augusto vino á España en compañía de Agripa, y estableciendo su campo en *Segisama*, ciudad de los vacceos, dividió su ejército en tres cuerpos que asolaron el país hasta el mar, al mismo tiempo que la armada romana vigilaba las costas. Despues de varios sucesos, los valerosos cántabros fueron vencidos por Cayo Antistio, junto á *Velica*, y cercados y forzados á perecer de hambre en las asperezas del Medulio. Sus aliados los astures fueron vencidos en las cercanías del Estula, perdiendo toda esperanza de victoria al apoderarse Augusto de *Lancia*, su plaza de armas; guerra en que adquirió gran notoriedad el legado Publio Carisio; las campañas contra los recios, vindelicios, pannonios é ilirios, sojuzgados por Tiberio y Druso; la guerra contra los germanos, en la que Varo fué vencido por los catos y sicambros, perdiendo tres legiones; pueblos que más adelante subyugó Druso,

quedando el Amisio, que separaba á batavos y frisios de saxones y sicambros, como límite y frontera del imperio.

Augusto procuró tambien la mejora de las costumbres, á cuyo efecto promulgó varias leyes, de las cuales fueron las más notables la *Julia de adulteriis* y la *Papia Poppæa* contra el celibato.

Pero en lo que puso mayor cuidado Octavio, auxiliado por el profundísimo político Mecenas, fué en la proteccion á las letras y á las artes, verdadera gloria y esplendor de los imperios, apartando, por tal manera, á los romanos de la guerra y de la política, habitual ocupacion hasta entónces de los hombres de génio y de los ambiciosos; empeño que consiguió hasta el punto de ser universalmente apellidado *Siglo de Augusto* el período de mayor cultura de los romanos; período que abraza el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Sila y la del mismo Augusto.

Con efecto, desde los dias primeros de la república tuvieron los latinos cierta especie de poesía, originaria de la Etruria, como sus primeras farsas *fescennínas*. Livio Andrónico mejoró los espectáculos escénicos, dando á la comedia formas griegas; Terencio imitó y tradujo á Menandro, y Plauto estuvo dotado de superior *vis cómica*.

Al contacto de la literatura griega, que se enseñoreaba de Roma, como Roma habia sojuzgado á Grecia por las armas, fué perdiendo el idioma latino su ingénita rudeza, que trocó por la severa majestad del pueblo dominador del universo; así á Ennio sucedió Lucrecio.

Lucilio creó un nuevo género, en el que se hicieron inmortales Horacio y Juvenal; notable el primero por la gracia y la cultura de los pensamientos, y el

segundo por la dura severidad con que flagelaba al vicio.

Catulo y Galo se hicieron inmortales en la elegía y el epigrama.

Ciceron es el primero de los oradores de Roma, como entre sus escritores de Filosofía. De moda entónces en su patria la moral de los estóicos y la de Epicuro, colocóse Marco Tulio á igual distancia de la una que de la otra con su libro *De las Obligaciones*, en el que desenvolvió los principios socráticos, no siendo menos dignas de atencion sus *Cuestiones tusculanas*, sus *Paradojas* y otros varios opúsculos morales, que brotaron de su pluma creadora, así como sus libros *De Retórica*, que serán siempre mirados como el código inmortal del arte de bien decir.

Virgilio es superior á Hesiodo en la didáctica, á Teócrito en la égloga, y compite en la épica con Homero; así como Horacio, padre de la lírica latina, ostenta en su rico repertorio un poema sin precedentes en la Grecia, su *Carta á los Pisones*. Este gran poeta del Lacio, sin ser tan apasionado como Píndaro, tan arrebatado como Safo, ni tan voluptuoso como Anacreonte y Bion, supera á los tres, entre otras dotes, en la intencion filosófica y en la oportunidad precisa de la frase.

Ovidio, rico de imaginacion y de facundia inagotable, desgraciado por su célebre *Ars amandi*, que lo llevó al tristísimo Ponto, por sus *Elegías* y sus *Fastos*, ostenta sus inolvidables *Metamorfosis*, curso completísimo de mitología.

La decadencia de las letras latinas se mostró con los españoles Séneca y Lucano. Afectó el primero gran cuidado en la frase y el rebuscamiento de la sentencia; fué muy aplaudido en su tiempo, é imitado por sus admiradores, que, como siempre, no lograron

más que exagerar sus defectos; Lucano en su *Farsalia*, y Silio Itálico en su *Segunda Guerra Púnica*, muestran la decadencia del astro latino.

Ya desde el imperio de Neron comenzaron á ser raros los buenos escritores romanos, como Juvenal el satírico, Quintiliano el retórico, Plinio el naturalista y el gran Tácito, azote de los déspotas.

Los estudios históricos comenzaron á oxtenderse en Roma al entrar en el comercio comun las historias de los templos, de las familias y de las ciudades, ocultas hasta entónces á los ojos del vulgo, y se desarrollaron á la caida de la república. César escribió sus inimitables *Comentarios;* Nepote sus *Vidas*; el conciso Salustio sus *Guerras Yugurtina y Catilinaria*; el siempre patriota Tito Livio sus inmortales *Décadas*; Patérculo y Floro sus *Compendios*, y Quinto Curcio su *Vida de Alejandro el Grande*.

Desde el reinado de Trajano en adelante las letras latinas, cayendo en el hondo abismo de la decadencia, vinieron á parar á manos de compendiadores, copistas y plagiarios.

Del estado de la pintura y de las artes romanas da claro é irrefragable testimonio el cónsul Mummio, vencedor de Corinto, cuando, observando que Atalo, rey de Pérgamo, ofrecia seiscientos mil sestercios por un cuadro, exclamó: *Preciso es que estos lienzos posean alguna virtud mágica*; y quitando de sus marcos cuantos pudo, los envió á Roma, intimando á los conductores *que cuidaran de no estropearlos, porque, si los estropeaban, tendrian que rehacerlos*.

Con ligeras excepciones, eran las artes en Roma etruscas, griegas ó asiáticas, convirtiéndose la capital del orbe en un verdadero museo con las riquezas robadas á todos los pueblos. Al efecto, en las ciudades vencidas, fueron despojados los palacios de sus

pórticos; las casas de sus alhajas y muebles; los templos de sus dioses; los edificios públicos de sus columnas, de sus puertas y hasta de sus techumbres; las paredes de sus frescos; las plazas de sus monolitos.

Sin embargo, no dejó Roma de poseer algunos artistas distinguidos, especialmente en la arquitectura, entre los cuales citaremos á C. Mucio, Valerio de Ostia, Cosucio, Cayo y Marco Estalio, y entre los preceptistas, á Vitruvio Polion y á Sexto Julio Frontino.

Augusto fué bien desgraciado en el hogar doméstico: Escribonia lo hizo padre de Julia, que escandalizó á la corrompida Roma con su disolucion: los dos hijos que ésta tuvo de su matrimonio con Agripa, Cayo César y Lucio, que el mismo Augusto educaba con tan cariñoso esmero, murieron en la flor de su edad.

Cobarde, lascivo, cruel y supersticioso, nadie como él conocia los móviles que impulsan el corazon humano, nadie como él poseia el arte del disimulo.

Así vivió setenta y seis años, y rigió en paz los destinos del mundo por espacio de cuarenta y cuatro.

Acometido en Nola de la última enfermedad, se hizo vestir sus mejores galas, pidió un espejo, y preguntando á los que rodeaban su lecho: *¿He representado bien mi comedia?*, se respondió á sí mismo: *Aplaudidme.*

Así acabó el más grande de los actores (19 de Agosto, 14 de Jesucristo).

SEXTA ÉPOCA.

DESDE JESUCRISTO Á CONSTANTINO (4 Á 323 DESPUES DE JESUCRISTO).

LECCION XLVII

TIBERIO.—CALÍGULA.

C. SUETONIO TRANQUILO: Vidas de los Emperadores.

La democracia, que venia triunfando en Roma desde mucho ántes de Sila, oscilante en los dias del indeciso Pompeyo, sumisa en los tiempos del infatigable César, quedó definitivamente vencedora en los campos de Farsalia.

Pero como el poder es la unidad, y como las democracias, que representan la variedad, no pueden gobernarse á sí mismas si no por medio de ficciones y de representaciones, á que acuden los hombres en las épocas de transicion, por mas que la razon y la experiencia las condenen de consuno, de ahí que la democracia romana, harta de ensayos y del efímero poder de hombres audaces ó de medianías, encumbradas por la ciega fortuna, corriera rápida hácia su natural desenlace, en los tiempos pasados como en los presentes, en la antigua Roma como en la moderna Francia: *al Cesarismo*.

Vencer las últimas resistencias, borrar hasta las tradiciones y los hábitos creados en Roma por siglos y siglos de república, tal fué el fin del largo reinado de Augusto.

Por espacio de cuarenta y cuatro años, Tiberio, protegido por la astucia de su madre Livia, mujer de Augusto, distinguiendo á larga distancia el trono, aunque sentado en sus gradas, apoyado en su madre, procuró acortar esta distancia por medio del disimulo y del crímen.

Así murieron los hijos de Agripa, lentamente envenenados por la madre y el hijo, y así, el entenado del anciano emperador, para borrar del ánimo de éste hasta la más ligera sospecha de que aspiraba al supremo poder, se retiró á la alongada isla de Rodas, donde abandonó sus armas y su toga, y se apartó de las orillas del mar, para no ser visto de los navegantes.

Muertos Cayo César y Lucio, volvió Tiberio á Roma, cerca de Augusto, que le adoptó, encontrándose á su muerte dueño del mundo, cuando contaba ya cincuenta y seis años de edad.

Fueron los primeros cuidados de Tiberio rodearse de la guardia pretoriana y asegurar la fidelidad del ejército; hecho lo cual, en su calidad de tribuno, convocó al Senado, ante el cual manifestó su hipócrita voluntad de restablecer la república, para conocer los partidarios con que ésta contaba.

El despotismo, ensayado hasta entónces con tímidos disfraces, se desenmascaró audazmente en manos del sombrío Tiberio, ante el cual se prosternó el Senado, á quien despojó del derecho de elegir los magistrados, que todavia se ejercia en los comicios, convirtiéndolo en servil tribunal, encargado de aplicar la *ley de lesa majestad*.

Las legiones de la Panonia contestaron á estas primeras muestras del carácter del nuevo emperador, con una sublevacion que ahogó Druso, y las establecidas en las orillas del Rhin con otra, sofocada por Germánico, que en vano vengó la derrota de Varo, y que, en vano tambien, venció en la Armenia y redujo á provincias romanas la Capadocia y la Comagena; sucesos que premió el hijo de Livia haciéndolo envenenar por medio del gobernador de la Siria, Cneo Pison, que con tal objeto habia puesto á su lado.

Dominada Roma por el más espantoso terror y deseando Tiberio gozar con plena tranquilidad de la crueldad y del deleite, esos dos grandes polos del mundo pagano, se retiró á la isla de Caprea, desde donde mandaba á Roma órdenes terribles, que eran al punto ejecutadas con increible servilismo.

En este su retiro favorito, rodeado de inaccesibles escollos, dotado de suavísima temperatura, embalsamado el aire con las brisas del mar y las tibias emanaciones de los bosques de la Campania, vigilando el acceso de los navegantes en el extenso horizonte marítimo, pasaba sus dias el sucesor de Augusto.

Allí, dominado por el adivino Trasilo, creó un superintendente de los placeres: confió la Cuestura á uno que vació de una vez en su estómago un anfora: donó doscientos mil sestercios á Sabino por cierto animado diálogo en que luchaban las setas, los becafigos, las ostras y los tordos: pinturas lúbricas y escenas de asquerosa corrupcion excitaban los nervios del obsceno anciano: si los padres rehusaban el honor de entregar sus hijas á las lascivias imperiales, los esclavos y satélites del emperador las robaban descaradamente: si las jóvenes, al verle tan repugnante con sus asquerosas úlceras, mostraban asco de su inmunda vejez, Saturnino ideaba goces nuevos que

traspasaban cuanto pudiera inventar la imaginacion. Así, los legionarios llamaban á Tiberio, en vez de Tiberius Claudius Nero, *Biberius Caldius Mero.*

Ministro de las crueldades del emperador fué Elio Seyano, señor y árbitro de todo, despues que el emperador se retiró á Caprea. Seyano soñó ya en el imperio, y viendo que entre él y éste se interponia Druso, hijo de Tiberio, sedujo á Livila, mujer de aquél, por medio de la cual lo envenenó.

Seyano fué desde entónces el todo en el imperio, el que disponia de los cargos públicos, el heredero de la púrpura, aquel en cuyo honor se quemaban víctimas en los altares, cuya efigie se grababa en las banderas; pero tambien desde entónces, viéndolo tan cerca de su altura, resolvió perderlo el emperador.

Al efecto, envió Tiberio al Senado á Marron, tribuno de los pretorianos, con una carta, en la que comenzaba por apuntar algunas frases contra Seyano; pasaba en seguida á hablar de otra cosa, volvia luego á las quejas, divagaba, aludia á Seyano; ordenaba que fuesen condenados á muerte dos senadores amigos del ministro, y, mientras éste enmudecia espantado de tanta hipocresía y de tanta audacia, oyó que la epístola concluia con la órden de su prision.

Al punto Seyano se vió abandonado de todos, él, que momentos ántes, era absoluto señor del imperio. Los pretores y los tribunos le impidieron huir: la guardia entró á saco en Roma; Seyano fué muerto, sus hijos horriblemente asesinados, y sus cadáveres profanados é insultados por el pueblo.

Pasado algun tiempo, miéntras Tiberio recorria la Italia, supo que el Senado habia absuelto á algunos acusados por él. Creyendo por tal manera comprometida su autoridad y su vida, quiso el emperador vol-

verse á Caprea, pero devorado de rabia y de miedo, murió en el camino (37).

Era tal el terror que el nombre de Tiberio ejercia en Roma, que, aún despues de ser notaria la nueva de su muerte, como se encontraran en las cárceles varios sentenciados á la última pena, que no debian ser ejecutados hasta pasado diez dias, y aún no estaba ocupado el trono por el nuevo emperador, que los podia absolver, decidiéndose los verdugos por lo que les pareció más legal, los estrangularon.

Así, Tiberio, realmente el primero de los Césares, el genuino representante de la envilecida democracia romana, despues de matar á todos cuantos se distinguian por su talento, por sus riquezas, por su valor, por la dignidad de su carácter y hasta por su apellido glorioso, hizo cuanto pudo por establecer en el imperio la igualdad; no la igualdad que eleva á los bajos hasta la altura de los más encumbrados, sino la que destruye y corta y abate cuanto discrepa del sér más humilde.

Tiberio, en su testamento, instituyó heredero del imperio á Cayo César, hijo de Germánico.

La índole de este jóven, ídolo de los soldados que le habian dado el sobrenombre de *Calígula*. no se ocultó á las miradas del viejo, que habia dicho de él: *Tendrás todos los vicios de Sila y ninguna de sus virtudes;* y: *esta es una serpiente que crio para el género humano y un Faeton que abrasará al universo.*

Con efecto, al principio se presentó Calígula inclinado á la humanidad y con buenos propósitos para el Gobierno; pero en cuanto vió que estaba sólidamente asentado en el trono, dió tales muestras de brutal ferocidad, que es preciso confesar, en honra del género humano, que aquel mancebo epiléptico, vestido de púrpura, estaba realmente loco.

Calígula mató á sus más íntimos parientes y protectores; visitaba personalmente las cárceles, señalando al azar los presos que habian de ser arrojados á las fieras, porque *la carne estaba cara*, haciéndoles préviamente arrancar la lengua para que no le molestaran con sus gritos; tomó parte en las luchas del Circo; proscribió las obras de Tito Livio, de Virgilio y de Homero; agregó su caballo Incitato al colegio de los sacerdotes y le designó cónsul para el año venidero; prohibió á los descendientes de Manlio Torquato que usaran el collar, distintivo de su familia; á los de Pompeyo, el sobrenombre de Magno; á los de Cincinato, la larga y rizada cabellera; su lubricidad no respetó á sus hermanas, aurigas, cómicos é histriones; arrojó en el teatro al pueblo víveres y dinero mezclados con hojas de espadas afiladas, y en un año despilfarró más de dos mil millones acumulados en el Tesoro público por Tiberio. Perdiendo un dia á los dados, hizo le presentaran el catastro de la provincia Gala, impuso pena de muerte á algunos opulentos propietarios y dijo alegre á sus compañeros: *vosotros me ganais poco á poco; yo he ganado en un instante ciento cincuenta millones.*

Así vivió Roma sujeta á semejante mónstruo, hasta que Casio Chereas, tribuno de una cohorte pretoriana, auxiliado de algunos compañeros, le asesinó (41) cuando volvia del baño.

LECCION XLVIII

CLAUDIO-NERON.

A pesar de todo, los soldados, los perdidos, las mujerzuelas, los esclavos, lo más abyecto de Roma, recorren las calles llorando, matan cuanto encuentran al paso, únense al Senado, claman todos libertad y piensan restablecer la república. Los pretorianos se oponen á esta idea, buscan un emperador, saquean el palacio, y distinguiendo dos piés debajo de la cortina que tapaba un lugar excusado, la descorren, y tras ella aparece un hombre viejo y obeso, que lleno de miedo se postra á sus plantas pidiendo misericordia.

El escondido era Cláudio, hermano de Germánico, hombre de más de cincuenta años, literato, imbécil, juguete y burla de la familia Julia: los pretorianos le aclamaron emperador, y no pudiendo él andar embarazado por el miedo, lo elevan sobre sus hombros y lo llevan así á su campamento.

El pueblo, que de tal manera vé conducir á un hombre pálido y trémulo, grita á los soldados: *¡No le mateis! Dejad que los cónsules pronuncien su sentencia!*

Los senadores, vacilantes, siguen soñando en el restablecimiento de la república, ideando para ello armar á los esclavos; pero como el pueblo insiste por un emperador, es reconocido Cláudio.

Cláudio se mostró al principio humano y generoso, dictando leyes prudentes; abolió el tormento de los hombres libres en los procesos de Estado: vedó á los druidas los sacrificios humanos, y mejoró la condicion de los siervos; pero como estos beneficiosos preceptos no estaban en armonía con las costumbres de su tiempo, tales disposiciones no hicieron más que aumentar la nota de imbecilidad que pesaba sobre el emperador.

Así, abandonó Cláudio el cuidado de los negocios públicos á su corrompida esposa Mesalina y á favoritos inmundos; por lo cual su reinado fué tan funesto para Roma como los de Tiberio y Calígula.

Sin embargo, aún alcanzaban victorias las armas romanas en el exterior.

La Mauritania quedó agregada al imperio: Ostorio conquistó parte de la Gran Bretaña: Pompilio y Corbulon vencieron á los germanos, y las luchas con los armenios, iberos y parthos, ensancharon las fronteras romanas en Asia.

Muerta Mesalina por su escandaloso enlace con Silio, de que tuvo noticia el estúpido Cláudio, éste se casó con Agripina, hija de Gérmánico, viuda de Domicio Ænobarbo, que tenia un hijo llamado Domicio, al cual adoptó el emperador dándole el nombre de Cláudio Neron.

Agripina proyectó desde entónces elevar al imperio á Neron con perjuicio de los dos hijos de Cláudio, Británico y Octavio, y al efecto, cuando en un momento de debilidad logró que el imbécil emperador lo nombrara su sucesor, y comprendiendo que muy en

breve cambiaria de voluntad, le sirvió setas envenenadas que acabaron con su existencia.

Neron, que habia recibido de Aneo Séneca lecciones de elocuencia y de moral, y de arte militar del prefecto del pretorio, Afranio Burro, mostró, como los demás, gran moderacion al ocupar el imperio; modecion que muy pronto se cambió en testimonios de la horrible perversidad de su corazon.

Principió, pues, Neron á recorrer de noche las tabernas y los lupanares vestido de esclavo, robando en las casas y acometiendo á los transeuntes pacíficos; de suerte, que Roma presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

Tan loco era el amor que Agripina profesaba á su hijo y tal su deseo de que ascendiera al imperio, que, habiéndole predicho un agorero que si llegaba á reinar seria la causa de su muerte, contestó: *No importa; muera yo con tal que él reine*; y, con efecto, lo elevó á la púrpura, sin detenerse ni espantarse ante los mayores crímenes.

Sin embargo, Neron menospreció á su madre desde las alturas del imperio, apartándola de sus goces y castigando y envenenando á los que ella amaba.

Encolerízase á la postre la ultrajada madre, hasta el punto de amenazar, en un momento de ira, que favoreceria los derechos de Británico. Neron manda á Locusta que confeccione un veneno activo, convida á comer al hijo de Cláudio, y éste cae muerto, como herido del rayo, en la misma mesa imperial.

Agripina, para recobrar el favor de su hijo, acude á medios que no pueden narrarse, y habiéndose éstos frustrado se retira devorada de rabia.

Neron intentó inútilmente por tres veces envenenar á su madre: convídala á las fiestas de Báhia, en un bajel preparado para que se sumergiera con Agri-

pina, pero ésta se libra á nado; hasta que, por último, manda á sus sicarios que la maten. No contento aún, quiso ver el cadáver desnudo de la que le dió el sér, y ante él da muestras de su satisfaccion, á la que se asocian el Senado y el pueblo romano, con comisiones, felicitaciones, fiestas y holocaustos en los altares.

Deseando Neron fundar de nuevo á Roma, la hizo incendiar; y ante el espectáculo de las llamas y de la desolacion general, acompañándose con la lira, cantó la ruina de Troya.

Descubierta la conspiracion que tramó Pison contra el emperador, se dividió Roma en dos campos: el de las víctimas, y el de los delatores y verdugos; contándose entre las primeras el poeta Lucano y el mismo Séneca, en tanto que los parientes de los muertos debian adornar de flores sus casas.

Tantos crímenes habian de tener al cabo un término merecido.

C. Julio Vindex, propretor en la Galia Céltica, se alzó con sus tropas, á las que se unieron los galos, y proclamó á Sulpicio Galba, gobernador de España; pero vencido Vindex y forzado á darse la muerte por L. Virginio Rufo, el ejército vencedor proclamó á éste, que rehusó el imperio.

Entretanto, el hambre era terrible en Roma, donde se esperaban las naves que debian llegar de Egipto cargadas de víveres. Llegan éstas, pero en vez de trigo, traen arena para los luchadores y gladiadores; enfurécese el pueblo hambriento, derriba las estátuas de Neron y saquea su palacio. Sométese entónces el miserable á todas las bajezas y es universalmente rechazado: pide que lo maten, y nadie se presta á ello: corre á arrojarse al Tiber, y se detiene ante las turbias aguas del rio: vuela entónces á la quinta de su liberto Faon, y viendo

que todos tratan de sustraerse con la muerte á los suplicios, hace que le caven la sepultura, miéntras exclama: *¡Que grande artista perece!*; y muere al cabo, cuando oye el rumor redoblado de las pisadas de los caballos que conducian á los mensajeros del Senado (68).

LECCION IL

GALBA.—OTON.—VITELIO.—VESPASIANO.—TITO.—DOMICIANO.

(TACITO: Historias.—Vidas.—CANTÚ: Historia Universal.)

Sublevado Servio Sulpicio Galba, que gobernaba la España Tarraconense, contra Neron, al tener noticia de la victoria de Virginio y del suicidio de Vindex, se retiró á *Clunia*, lleno de dudas y de vacilaciones; pero en cuanto supo la muerte de Neron, se encaminó á Roma.

La elevacion de Galba reveló á todos la debilidad del imperio, cuyo jefe no debia ya buscarse por los ambiciosos en el apoyo de la democracia de la capital, sino en el de las legiones.

Galba era uno de esos hombres que valen y se distinguen en los puestos inferiores, pero que se anulan y empequeñecen al llegar por acaso á la cumbre de los destinos humanos. Septuagenario, avaro, cruel, rígido en la disciplina militar, incurrió en el general menosprecio.

Habiendo elegido para sucederle á Pison Liciniano, resintióse Oton, que tanto habia contribuido á la elevacion de Galba y que aguardaba impaciente la púrpura.

En su consecuencia, se promueve un tumulto en el que Galba es asesinado (16 de Enero del año 69) y Oton aclamado emperador

Las legiones de la Baja Germania, incitadas por el ejemplo, pusieron sus ojos en Aulo Vitelio, y buscándose éste y Oton, para resolver la querella por medio de las armas, se encontraron ambos ejércitos en los campos de *Bedriacum* (cerca de Cremona), donde fué vencido el segundo, que, recibiendo la noticia de *Breselo*, se dió la muerte (25 de Mayo del año 69), con grande aparato de estoicismo.

Habiéndose trasladado Vitelio desde Cremona á *Bedriacum*, dió muestra en el campo de batalla de lo que habia de ser su reinado, resúmen de la crueldad y de la gula, complaciéndose en el espectáculo de los cadáveres y de los ayes de los moribundos, y bebiendo y comiendo alegremente ante ellos.

Sitiaba Vespasiano á Jerusalem, cuando sus legiones, siguiendo el ejemplo de las otras, quisieron tambien tener un emperador, y proclamaron á su jefe.

Vespasiano, dejando el cuidado de la direccion de la guerra judáica á Tito, se encaminó á Italia, consiguiendo grandes victorias.

Trataba Vitelio de abdicar el imperio, para lo cual mediaron conciertos en que terciaba Sabino, gobernador de Roma, y, aunque hermano de Vespasiano, fiel al César, cuando noticioso de estos tratos el pueblo, digno de Vitelio, y que por ello le adoraba, tomó las armas, asaltó é incendió el Capitolio, y dió muerte á Sabino y á sus defensores.

Las tropas de Vespasiano penetraron en la ciudad

al tener noticia de estos sucesos, en cuyas calles murieron cincuenta mil hombres. Vitelio trató de ocultarse; pero, descubierto por la siempre movediza plebe, fué paseado por la ciudad con el traje desgarrado, una cuerda al cuello y los brazos atados á la espalda, entre los feroces gritos de las turbas, que minutos ántes le adoraban, y que al cabo arrojaron al Tiber su cadáver mutilado (69).

Llegado Vespasiano á la metrópoli, restableció la disciplina militar; fortaleció el Senado; degradó á los caballeros indignos; mejoró la administracion de justicia; se esmeró en recoger documentos antiguos, maltratados y esparcidos en los anteriores tiempos; aunque afeó tan bellas cualidades con una insaciable avaricia. Por medio de Agripa rechazó á los dacios; por el de Virdio Gemino castigó la sublevacion de Aniceto; sojuzgó la rebelion de los galos; Tito arruinó á la sublevada Jerusalem, y se aumentó con las conquistas el número de las provincias romanas.

Vespasiano murió tranquilamente (79) á la edad de sesenta y ocho años y á los diez de su reinado.

Sucedióle su hijo Tito, que acordándose una noche de que aquel dia no habia hecho ningun beneficio, dijo á los que le rodeaban: *He perdido el dia de hoy;* frase que justifica el título que se le dió de *amor y delicia del género humano.*

Tito disminuyó las cargas públicas; abolió el uso de confirmar ó anular cada nuevo príncipe las mercedes hechas por su antecesor; vedó á los magistrados el conocimiento de los delitos de lesa majestad; persiguió á los delatores; y cuando ascendió al Sumo Pontificado, declaró que si aceptaba tan elevado puesto, era para conservar puras sus manos. A algunos patricios que conspiraron contra él, no sólo los perdonó, sino que los sentó á su mesa, los colocó á su lado en

un combate de gladiadores, y les dió las espadas de los combatientes, que segun costumbre, le habian presentado para que las examinara.

Durante el año primero de su imperio, una espantosa erupcion del Vesubio, en la que murió el naturalista Plinio, devoró á Herculano, á Pompeya y á otras ciudades de la Campania. Tito acumuló fondos, envió dos consulares para que repararan los daños y distribuyeran socorros, y al año siguiente fué él mismo para aumentarlos. Aún no habia regresado á Roma, cuando un incendio que se prolongó por espacio de tres dias, devoró el Capitolio, el Panteon, la biblioteca de Augusto y otros muchos edificios que el emperador mandó reedificar á sus expensas, vendiendo para ello las más preciadas alhajas de su palacio. A este incendio siguió una peste cruelísima, durante la cual se mostró Tito como verdadero padre de los romanos.

Murió tan excelente príncipe (81), llorado de todos, á la edad de cuarenta y un años.

Sospechóse que Domiciano, sucesor de su hermano Tito, envenenó á éste para sucederle.

Fué Domiciano un desenfrenado déspota, que restableció los procesos de lesa majestad, premió á los delatores y gozaba en el suplicio de sus víctimas.

Este indigno hijo de Vespasiano fundó su despotismo en la fuerza militar; para lo cual aumentó en una cuarta parte la paga de los soldados, y para no verse forzado á disminuirla, multiplicó las acusaciones y los procesos de muerte.

Las victorias de Agrícola en la Gran Bretaña excitaron las iras del emperador, el cual le mandó que regresara á Roma y que entrara en ella de noche. Recibiólo con extremada frialdad y el ilustre general se retiró á su casa de campo, donde murió envenenado por Domiciano.

BIBLIOTECA

Decebalo, rey de los dacios, atacó á los romanos; complicándose este hecho con la rebelion que promovieron sus vecinos los marcomanos, los cuados y los jazigios (86 á 90), guerra en la cual los romanos fueron vencidos y obligados á comprar la paz mediante un tributo anual.

Y sin embargo, este miserable reinó por espacio de quince años.

Un acaso puso en las manos de la emperatriz cierta lista de sospechosos, y aterrorizada al ver en ella su nombre, se convino con varios magnates para anticiparse á su marido.

Fartenes introdujo en la cámara imperial al liberto Esteban, que, llevando un brazo suspendido al cuello, como si estuviera herido, presentó á Domiciano una supuesta lista de conspiradores y le acometió miéntras la leia.

Defendióse el emperador, y Estéban fué muerto por la servidumbre; pero, acudiendo los conjurados, remataron á Domiciano (96).

El Senado anuló los actos de este emperador; mandó demoler los monumentos construidos durante su reinado; derribó sus estátuas y borró su nombre de las inscripciones: el pueblo permaneció indiferente, y los soldados le lloraron más que á Vespesiano y á Tito.

LECCION L

NERVA.—TRAJANO.—ADRIANO.—ANTONINO PIO.—
MARCO AURELIO.—COMODO.

Tras el corto reinado de Nerva (96 á 98) que ascendió al imperio contando 70 años de edad, sobrevino el de M. Ulpio Trajano adoptado por aquél. Trajano fué el primer extranjero que ocupó el trono de los Césares.

Era este príncipe natural de *Itálica*, colonia cuyas ruinas parecen cerca de Sevilla (Santiponce), y se habia distinguido en la guerra, durante los anteriores reinados.

Este magnánimo emperador devolvió sus derechos á los comicios; al Senado la consideracion; á los magistrados la dignidad; engrandeció á España abriendo en ella grandes vías militares ó reparando las antiguas, construyendo puentes y otros monumentos y concediendo derechos á sus pueblos; engrandeció el puerto de Ostia; exornó á Roma con costosos edificios; protegió las ciencias, las artes y las letras; fué gran favorecedor de Plutarco y de Tácito.

Ilustre en las armas, sostuvo dos guerras contra

los dacios, librando en la primera á Roma del vergonzo tributo de Domiciano, y reduciendo en la segunda la Dacia á provincia romana; venció á los parthos, extendiendo las fronteras del imperio hasta el Tigris, con las conquistas de la Armenia, de la Asiria, de la Mesopotamia y de la Arabia Septentrional.

En la primavera del año 108 emprendió Trajano una memorable expedicion.

Visitó las históricas llanuras de donde habian descendido al mundo las primitivas civilizaciones; se embarcó en el Tigris en demanda del golfo Pérsico; atravesó el mar *Erytreo*, y al contemplar una nave que se hacia á la vela para las Indias, exclamó: *Si yo fuera más jóven llevaria allí la guerra;* dirigióse hácia la Arabia Feliz, tomó el puerto de Aden, aquende el estrecho de Bab-el-Mandeb, redujo á provincia romana la Arabia, asegurando el comercio entre el Asia y el Africa, y visitó á Babilonia, en cuyas ruinas ofreció sacrificios á los manes de Alejandro. Trajano murió (117) en *Selinunte* (despues *Trajanópolis*, en la *Cilicia Aspera*, Asia Menor).

Sus cenizas fueron llevadas á Roma por su viuda Plotina y su sobrina Avidia, donde fueron recibidas en triunfo y sepultadas, contra lo dispuesto en las leyes antiguas, dentro de la urna de oro que las contenia, bajo la espléndida columna de triunfo que conmemoraba sus victorias.

Publio Elio Adriano, sino nacido en España como algunos quieren, hijo de padres españoles, por su padre Adriano Afer, natural de *Itálica*, y por su madre Domicia Paulina, de *Gades*, era hombre en quien se adunaban las condiciones más contradictorias, y por demás notable en las letras, en las ciencias y en las artes. Adriano sembró el imperio de espléndidos monumentos, entre los que citaremos como restaurados

el Panteon, el templo de Neptuno, la plaza de Augusto y las termas de Agripa, y entre los nuevos, la quinta de Tívoli y la Mole Adriana.

Excusado es decir que el sucesor de Trajano no estuvo libre de los vicios propios de su tiempo.

¿Qué hombre puede ser presentado como modelo de virtudes durante el paganismo?

Contrariando la política de su predecesor, abandonó Adriano las conquistas lejanas, señalando el Eufrates como frontera del imperio en Oriente.

Este emperador fué viajero incesante. Visitó las Galias, la Germania y la Bretaña, en la que, observando que los feroces caledonios habian recobrado su independencia, para contener sus correrías edificó una muralla de ochenta millas, desde Eden hasta Tyn; tambien visitó la España, donde celebró una notable asamblea; en Atenas terminó la obra del templo de Júpiter Olímpico, principiada en tiempo de Pisistrato; recorrió el Asia Menor, las islas del mar Egeo, la Sicilia y el Africa.

Cansado ya de expediciones lejanas y atacado de hidropesía, se retiró Adriano á la deliciosa Tívoli, donde, harto de placeres y convencido de la inutilidad de las medicinas, murió (86) á la edad de sesenta y dos años.

Tras de Adriano ocupó el imperio Tito Antonino, generoso, modesto, amigo de la paz, conocido con el sobrenombre de Pio, aunque desgraciado en el hogar doméstico por la lascivia de su esposa Faustina.

Atacado de fiebre en *Loria*, á doce millas de Roma, murió (161) despues de confirmar la adopcion de Marco Aurelio, á quien habia dado su hija por esposa, el cual nombró Augusto y su colega á L. Vero su hermano, fastuoso y disoluto.

Educado M. Aurelio por Antonino Pio con el ma-

yor cuidado, se distinguió por su modestia, por su virtud, y sobre todo, por sus conocimientos y su amor á la filosofía, que le merecieron el sobrenombre de *el Filósofo*

Los incendios, los terremotos, las inundaciones, el hambre y las epidemias entristecieron el reinado de M. Aurelio, el cual reanimaba el abatido espíritu público, llevando á todas partes consuelos y socorros.

A todos estos males se añadieron cruelísimas guerras.

Los catos invadieron la Germania; negaron la obediencia los britanos; renovaron la guerra los temibles parthos; agitóse la Armenia; lanzáronse á la lucha los feroces marcomanos, vándalos y cuados; los sármatas y los jazigios pasaron el Danubio, y los castobocos asolaron la Grecia.

Lucio Vero murió peleando en *Altino*, y Marco Aurelio, despues de haber rechazado á los bárbaros, á los que trató con gran generosidad, vencida la insurreccion de Avidio Casio, acabó sus dias (180) en *Vindobona* (Viena).

Comodo, más bien que hijo de M. Aurelio *el Filósofo*, debia serlo de algun auriga ó gladiador de los que frecuentemente elevaba Faustina al tálamo imperial desde la ensangrentada arena del Circo; traspasó á una pantera sin tocar al hombre que ésta tenia entre sus garras; sostuvo en el Circo setecientos treinta y cinco combates sin ser jamás herido. Esta terrible fuerza estaba dirigida por un alma, modelo de perversidad, de que dió muestra á los doce años de edad, cuando al encontrar demasiado caliente el baño, mandó arrojar en el horno al bañero.

De su inmunda lascivia es imposible hablar sin ofender los oidos menos delicados. (Véase á LAMPRIDIO,

Vida de Comodo Antonino, especialmente en el párrafo que empieza: *Sororibus suis, etc.)*

Apénas Comodo subió al trono, contrató una paz vergonzosa con los germanos, á los que devolvió las tierras que anteriormente se les habian conquistado, y se obligó á pagarles un tributo.

A la sangre derramada por el emperador y á sus lascivias contestaron pronto las conspiraciones.

La primera, urdida por su misma hermana Lucila, armó el brazo de Quinciano, que penetró en la habitacion de Comodo, y diciéndole: *mira lo que el Senado te envia*, sacó la espada para matarlo. El emperador evitó el golpe, llegó la guardia, y Quinciano, Lucila y todos sus cómplices perecieron.

Tenia Comodo por favorito á Perénnis, prefecto del pretorio, en cuyas manos depositó todo el poder; pero, habiendo desconfiado de su fidelidad, lo mató, como á su hijo, al cual hizo venir á Italia por medio de una cariñosa carta.

Sucedió á Perénnis en el favor imperial el liberto Cleandro, que pereció en una conmocion popular.

Comodo creó en un año veinticinco cónsules é innumerables prefectos del pretorio, cuya efímera autoridad sólo duraba algunas horas.

Sobreviniendo una gran carestía en Roma, indignado el pueblo por los inmensos acopios de trigo que el favorito hacia, se dirigió en tumulto al palacio pidiendo al emperador la cabeza del avaro liberto. La guardia pretoriana rechazó al pueblo, pero la guarnicion de la capital se adhirió al tumulto, y Comodo se vió obligado á entregar la cabeza de su ministro.

Parecia que á cada momento crecia y se redoblaba la feroz crueldad del indigno hijo de Marco Aurelio: su mujer la emperatriz Crispina, los dos hermanos Quintilios y Máximo y Condiano, todos fueron muertos.

Al cabo, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitan de su guardia, y Ecleto, su mayordomo, sabiendo que estaban condenados á muerte, decidieron anticipársele.

Al efecto, Marcia, seduciendo á Comodo con grandes halagos, lo convidó á cenar, y le dió un veneno; pero como vieran los conjurados que éste obraba con demasida lentitud sobre la hercúlea naturaleza del emperador, un atleta, que formaba parte de la conspiracion, lo ahogó entre sus manos (183).

LECCION LI

PERTINAX.—DE DIDIO JULIANO Á ALEJANDRO SEVERO.

(XIPHILINO: Lib. LXXIII al LXXX.—HERODIANO: Historia de los Emperadores romanos.—VARIOS: Historia Augusta.—L. DE TILELMONT: Historia de los Emperadores en los seis primeros siglos.)

Muerto Comodo, los conjurados ofrecieron el imperio á Helvio Pertinax, hijo de un esclavo de oficio carbonero, que le dió este nombre por su *pertinacia* en querer abandonar el oficio paterno y marcharse á Roma á dar lecciones de latin y de griego, y que, desde tan humildes principios, habia llegado por su mérito á senador y prefecto de Roma.

Apénas habian pasado ochenta y seis dias de la eleccion de Pertinax, dias consagrados á útiles reformas, cuando, irritados los pretorianos por los esfuerzos del emperador en pró de la disciplina militar, se dirigieron en tumulto al palacio, cuyas puertas les franquearon los guardias.

El emperador se presentó á los amotinados reprendiéndoles su conducta, y éstos envainaban ya las

espadas, cuando un batavo lo atravesó con su venablo, ejemplo que imitaron muchos.

Pertinax rogó al cielo que le vengara; cubrióse la cabeza con la toga y espiró: los pretorianos pasearon su cadáver por la ciudad.

Despues de este hecho, los sediciosos proclamaron cínicamente, desde las trincheras de su campamento, *que darian el imperio á quien pagase por él mayor cantidad de dinero.*

Esta vergonzosa subasta tuvo dos postores; Sulpiciano, suegro de Pertinax, y Didio Juliano, consular, jurisconsulto hábil, riquísimo, que, olvidando los males de la patria, se embriagaba á la sazon con sus amigos en un espléndido festin, y que obtuvo el imperio mediante la suma de 6.250 dracmas que prometió pagar á cada pretoriano.

El pueblo acogió con tanto desprecio al nuevo emperador, que, un dia, en los juegos públicos que el mismo Didio presidia, proclamó á Pescenio Niger, al propio tiempo que las legiones de Iliria ofrecian el imperio á su general Septimio Severo, el cual se apoderó de Roma sin resistencia.

El Senado condenó á muerte á Juliano, que derramó amargas lágrimas cuando los lictores le notificaron la sentencia: habia reinado por espacio de cuatro meses (193).

Severo habia nacido en Leptis (Africa) y se habia hecho notable por su severidad y su pericia militar.

El nuevo emperador ordenó á los pretorianos que se le presentaran sin armas, condenó á muerte á cuantos habian tomado parte en el asesinato de Pertinax, impuso á los demás perpétuo destierro y creó una nueva guardia compuesta de cuarenta mil hombres.

A seguida pensó Severo en sus competidores, Albino en Occidente y Pescenio Niger en Oriente.

Al primero se lo atrajo asociándolo al imperio con título de César, y, marchando contra Niger, lo batió en el Asia Menor, lo persiguió en la Siria, lo mató y anuló al partido que por él se habia declarado.

A poco buscó un pretexto para romper con Albino, que fué destrozado en las cercanías de Lyon y obligado á suicidarse (196).

Vuelto á Roma, envió Septimio á los senadores la cabeza de Albino, intimándoles que haria lo propio con todos sus enemigos; amenaza que cumplió acabando con los últimos restos de la aristocracia.

En guerra con los parthos, marchó al Eufrates (198); arrasó un gran número de ciudades; no dejó hombre á vida, y vendió como esclavos á cien mil mujeres y niños; dominó una gran insurreccion en la Gran Bretaña, y limitó á los caledonios con una segunda muralla edificada más al Septentrion que la de Adriano.

Septimio Severo murió á la edad de sesenta y seis años (211) aconsejando á sus dos hijos y sucesores, Caracalla y Geta, la concordia; que procuraran conciliarse el afecto de los soldados y no se cuidaran de lo demás.

Severo, sin ser adivino habia podido predecir, atendiendo al ódio irreconciliable que ambos hermanos se profesaban: *que el más fuerte de los dos mataria al otro, y que despues, éste se arruinaria por sus vicios.*

Apénas muerto el emperador, Caracalla y Geta se encaminaron á Roma, donde vivian ámbos en el palacio imperial, mayor que la ciudad entera, pero en partes distintas vigiladas por centinelas, sin comer juntos y sin verse más que para insultarse y amenazarse.

Intentaron reconciliarlos el Senado y su pobre madre, la infeliz Julia.

Caracalla quiso varias veces asesinar ó envenenar

á su hermano; pero, frustrados estos intentos, mostró deseos de reconciliarse, á cuyo fin lo citó á la cámara de su madre, en la cual, se arrojó sobre él con la espada desnuda y lo mató en el mismo regazo materno, á donde Geta se habia refugiado, quedando á la vez herida la desventurada Julia, que quiso ampararle con su cuerpo.

Tras este horrible fratricidio, preséntase Caracalla á la guardia; acusa á su hermano de haberle querido asesinar, y, renovando la acusacion ante el Senado, se jacta de haber imitado á Rómulo; niégase el célebre jurisconsulto Papiano á hacer la apología del fratricidio, lo mata, y seguro de la adhesion de los pretorianos, se harta de venganzas y de sangre.

En un viaje que hizo á Caracalla, de Edesa á Cárhas, lo asesinó el pretoriano Marcial (217).

Marco Aurelio Macrino, natural de Cesarea, en Africa, de humilde extraccion, que se habia elevado á la prefectura del pretorio á fuerza de intrigas, se hizo aclamar emperador y dió á su hijo, de edad de nueve años, el título de César. Hábil Macrino en la administracion, reparó las faltas de Caracalla; pero, inepto para la guerra, compró á los enemigos la paz y se atrajo el desprecio de los soldados; por lo que se rebelaron contra él las legiones de Siria y lo mataron con su hijo (218).

Mesa, cuñada de Septimio Severo, tuvo dos hijas casadas con altos dignatarios del imperio. Sœmis, la mayor, fué madre de Vario Avito Basiano, que, consagrado al sol, ascendió á la dignidad de gran sacerdote y fué conocido con el nombre de *Heliogábalo*, derivado del que daban á aquel dios.

Fué autora de la sedicion que costó la vida á Macrino, Mesa, abuela de Heliogábalo, á la cual y á su madre Sœmis dió el Senado el título de Augustas.

Heliogábalo tenia catorce años cuando ascendió al imperio, y no habia recibido de la naturaleza otro don que el de la hermosura del cuerpo, pues su alma no abrigaba una sola virtud.

El primero de sus actos fué matar á su ayo Gannis, que en la última batalla habia hecho prodigios de valor y dado la victoria á los suyos cuando iban de vencida.

El lujo, la crueldad y la disolucion, llenan el reinado de este increible niño.

Al cabo se promovió una sedicion contra él, en la que los soldados mataron al hijo y á la madre (222).

LECCION LII

DE ALEJANDRO SEVERO Á DIOCLECIANO,

Alejandro Severo (Alexiano), educado por su madre Mammea, que se cree era cristiana, al ascender al imperio, creó un Consejo compuesto de diez y seis individuos, entre los cuales se contaban Ulpiano, Paulo y otros célebres jurisconsultos.

Reorganizó Alejandro el ejército, restableciendo el espíritu militar, cuando uno de sus oficiales, comandante de un cuerpo de panonios, hijo de padre godo y de madre alana y pastor en su primera edad, movió una conspiracion, en la que, como Heliogábalo, el emperador fué degollado con su madre (235).

Julio Vero Maximino, seguro del ejército que mandaba, se hizo declarar Augusto y se asoció á su hijo en calidad de César.

Descubierta una conspiracion tramada contra el emperador, éste hizo perecer á cuatro mil personas de distincion; pero en tanto que Maximino se ocupaba en hacer la guerra á los germanos, las legiones de Africa proclamaron á Gordiano y á su hijo. El Senado,

sostenido por el pueblo de Roma, que odiaba á Maximino, ratificó la eleccion, y los pretorianos cargaron al pueblo, que opuso enérgica resistencia, miéntras que Capeliano, intendente de la Mauritania y enemigo de los gordianos, mató al hijo en el campo de batalla y obligó al padre á suicidarse.

Aterrado el Senado con la noticia de que Maximino se habia puesto en marcha para Roma, y no pudiendo ya retroceder, proclamó á Máximo Pupieno y á Balbino, á los cuales fué asociado Gordiano III, nieto y sobrino de los emperadores del mismo nombre.

Llegado Maximino á Aquilea, como encontrara en esta ciudad una resistencia que no esperaba, enfureido con ella y atribuyéndola á cobardía, quiso purgar el ejército con ejemplos de gran severidad.

Entónces, sublevándose los soldados, mataron al tirano, á su hijo y á muchos de sus partidarios (238).

Cuando llegó á Roma la noticia de estos sucesos, desesperados los pretorianos, invadieron el palacio imperial y dieron muerte á Pupieno y á Balbino.

De esta manera, á la edad de catorce años, quedó Gordiano III dueño del imperio, y sus excelentes cualidades, dirigidas por Misiteo, prefecto del pretorio, hicieron concebir grandes esperanzas.

Con efecto, lleváronse á cabo bajo Gordiano útiles reformas, y los godos, sármatas y alanos fueron vencidos; pero, muerto Misiteo, se asoció Gordiano á un árabe llamado Filipo, hijo de un jefe de banda, que le asesinó para sucederle (244).

Escasas son las noticias que quedan del emperador Filipo, contra el cual, despues de algunos años de reinado, se sublevaron las legiones de la Mesia, á cuya cabeza se puso Trajano Décio. Filipo fué asesinado en Verona (249).

En tiempo de este emperador se verificaron *los*

juegos seculares, celebrando el año 1000 de la fundacion de Roma.

Reinando Décio, los godos, establecidos en las orillas del Danubio, invadieron el imperio. Décio y su hijo Herennio fueron derrotados y muertos en la Tracia, y proclamado Treboniano Galo, que nombró César á su hijo Volusiano, y se deshizo de Hostiliano, segundo hijo de Décio.

Treboniano compró la paz á los godos, por lo que incurrió en el desprecio de las legiones, que le derrotaron (253), proclamando á Emilio Emiliano, el cual no tardó en sufrir igual suerte, atacado por las tropas de las Galias que sostenian á su jefe Licinio Valeriano, que tuvo la mala fortuna de ser vencido y hecho prisionero en la Mesopotamia, por el persa Sapor, que lo retuvo hasta su muerte, en mísera esclavitud (259).

Bajo P. Licinio Galieno, hijo y asociado de Valeriano, el imperio estuvo á punto de disolverse, acometido por los bárbaros, en todas partes vencedores; así en el Oriente por los persas, como en el Occidente por los germanos, al mismo tiempo que los jefes de las legiones, despreciando á Galieno, se proclamaban emperadores á sí mismos y Césares á sus hijos, contándose hasta diez y nueve de aquéllos y no pocos de éstos; circunstancia que ha dado lugar á que se apellide esta época, la de los *treinta tiranos*.

Galieno murió ante Milan, en guerra contra el usurpador Aureolo, que á su vez, sucumbió vencido por Cláudio II, que rechazó á los alemanes, venció á los godos cerca de Niza y murió de peste en Sirmio (269).

Muerto Quintilo, hermano de Cláudio, fué proclamado Domicio Aureliano, que rechazó á godos y germanos, invasores de la Umbría, venció á Zenobia, reina de la opulenta Palmira, que se habia apoderado

de la Siria, del Egipto y de gran parte del Asia Menor, y reincorporó al imperio la Galia, la Bretaña y la España que se hallaban bajo el dominio de *Tétrico*.

Cuando Aureliano se preparaba á vengar la derrota de Valeriano, llevando la guerra á la Persia, su liberto y secretario Mnesteo, amenazado de ser castigado por ciertas exacciones, mostró á los principales oficiales del ejército una lista falsa de condenados á muerte, entre los cuales ellos se encontraban. En su consecuencia, Aureliano fué muerto entre Heráclea y Bizancio (265); pero descubierta la falsedad de la lista, Mnesteo fué arrojado á las fieras y los conjurados levantaron un templo *al restaurador del imperio*.

Por espacio de seis meses estuvo vacante la dignidad imperial, hasta que el Senado nombró á Cláudio Tácito, de setenta y cinco años de edad, que murió en una campaña contra los godos (276). Entónces el ejército de Siria aclamó á M. Aurelio Probo.

Floriano, hermano de Tácito, reconocido por el Senado, fué muerto por sus propios soldados.

Probo, natural de Sirmio, que poseia todas las buenas dotes de un gran príncipe, rechazó á los bárbaros, invasores de las Galias, más allá del Rhin; forzó á persas y godos á pedirle la paz; sojuzgó á los isaurios y á los blemios; construyó, como frontera del imperio, contra los germanos, una muralla de doscientas millas, y venció á Saturnino, á Próculo y á Bonoso.

En tiempo de paz ocupaba Probo á sus soldados en trabajos útiles, ya plantando de vides las montañas de la Galia, de la Panonia y de la Mesia, ya reedificando ciudades destruidas por las guerras, ya abriendo canales de riego; pero habiendo dicho que, pacífico el imperio, esperaba gobernar sin ejércitos, sus propios soldados le asesinaron (282), y proclamaron

Augusto al prefecto del pretorio M. Aurelio Caro, que nombró Césares á sus dos hijos Carino y Numeriano.

Caro derrotó á los godos, y murió, herido por un rayo, cuando marchaba contra los persas (283).

Numeriano fué muerto (284) por su suegro Arrio Aper, prefecto del pretorio, que á su vez acabó á manos de C. Valerio Diocleciano.

LECCION LIII

DESDE DIOCLECIANO Á LA MUERTE DE LICINIO.

(Zosimo: Historia Nueva.—Ammiano Marcelino, Lib. XIV-XXXI.—Paulo Orosio: Historia, Lib. VII.)

Vencido y muerto por Diocleciano en la Mesia Superior el César Carino, aquél asoció al imperio, con título de Augusto, á M. Valeriano Máximo Maximiano Hercúleo, que luchaba en las orillas del Rhin contra los germanos y los borgoñones, en tanto que Diocleciano peleaba contra los persas en Asia.

Invadidas por los bárbaros las fronteras del imperio, y en la imposibilidad de acudir á todas partes, decidieron ambos Augustos asociarse á generales experimentados; en consecuencia de lo cual Diocleciano dió el título de César á C. Galerio, pastor de nacimiento, y Maximiano á Constancio, apellidado *Cloro* por el color pálido de su rostro.

Los dos Augustos y los dos Césares se dividieron el imperio del mundo (292), sin romper su unidad, tocando á Diocleciano la Tracia, el Egipto y el Asia; á

Galerio las provincias Ilíricas situadas en las márgenes del Danubio; á Constantino la Galia, la España y la Bretaña, y á Maximiano la Italia, las dos Recias, las dos Noricas y parte del Africa.

Así quedaron más vigiladas las provincias y más garantida la vida de los emperadores, contra las esperanzas de los ambiciosos.

Vencida la sublevacion de Carausio en Bretaña, los dos Augustos se avistaron en Milan para acordar los medios de contener á los bárbaros, lo cual lograron despues de grandes esfuerzos, siendo además vencidos Juliano (296) en Africa (296), Alecto en Bretaña y Aquileo (296) en Egipto, extendiéndose las fronteras del imperio hasta el Tigris por consecuencia de las victorias de Galerio sobre los persas.

Diocleciano se ciñó la diadema, y con la pompa del Oriente, introdujo en su corte el lujo de Ciro y de Sesostris, y aboliendo los títulos republicanos de cónsul, de censor y de tribuno, el jefe del mundo romano fué apellidado *Dominus*, no sólo por los aduladores, sino en los actos públicos, añadiéndole títulos y atributos divinos.

Viajando por las provincias Ilíricas, contrajo Diocleciano una enfermedad que le tuvo á punto de morir, y al recobrar la salud, no sintiéndose con fuerzas bastantes para regir el imperio, en una llanura, cerca de Nicomedia, sentado en un elevado trono, renunció al supremo poder (305) ante el ejército y el pueblo congregados, nombrando Césares á Maximino y Severo, al mismo tiempo que Maximiano en Milan abdicaba igualmente, cumpliendo el juramento que habia hecho á su colega.

Retirado Diocleciano en su magnífico palacio de Solona, sobrevivió por espacio de nueve años á su abdicacion, hasta que las turbulencias que sobrevinieron

en el imperio, las desgracias de su mujer y de su hija y algunas ofensas que recibió de sus sucesores, afligieron tanto su espíritu, que se suicidó, próximo ya á cumplir los ochenta años de su vida.

Por consecuencia de la abdicacion de Diocleciano, ascendieron á Augustos los dos Césares, y se hizo un nuevo repartimiento del imperio, en el que obtuvo Constancio la Galia, la España y la Bretaña; Maximino el Egipto y la Siria; Severo la Italia y el Africa, y Galerio las provincias del Asia.

Constancio Cloro tuvo de su esposa Elena á Constantino que, educado en la córte de Diocleciano, se hizo amar de todos por sus hermosas cualidades, excitando el ódio de Galerio, que aconsejó al Augusto la eleccion de los dos Césares, prescindiendo de Constantino, con vivo disgusto del pueblo y del ejército.

El hijo de Constancio, perseguido por Galerio, sólo pudo salvar la vida huyendo al lado de su padre.

Muerto Cloro (306), Constantino fué aclamado emperador, al cual reconoció como César Galerio y no como Augusto, título que dió á Severo.

Es por extremo confusa la historia de los siete primeros años (306 á 313) del reinado de Constantino.

Majencio, hijo de Maximiano, colega que fué de Diocleciano, tomó el título de Augusto, asociado á su padre; de suerte que hubo entónces seis competidores y aspirantes al supremo poder, Galerio, Constantino, Severo, Maximino, Majencio y Maximiano.

Habiendo Severo declarado la guerra á Majencio, abandonado de los suyos, se vió forzado á entregarse á Maximiano en Rávena, el cual lo condenó á muerte (307). Galerio nombró en su lugar, Augusto, á C. Valerio Licinio, al propio tiempo que Maximino recibió este mismo título de sus tropas en Asia. Maximiano, en lucha con su propio hijo, se refugió al lado de Cons-

tantino, pero infiel á éste, fué preso y muerto en Marsella (310).

Galerio, entregado á los placeres y á la crueldad, que no se saciaba con la sangre de los cristianos, se extremó en sus rigores contra todos. Lleno de úlceras vergonzosas, no encontrando remedio ni en los médicos á quienes frecuentemente enviaba á la muerte, ni en las multiplicadas ofrendas á Esculapio y á Apolo, oprimido por crueles remordimientos y atribuyendo sus males á la persecucion contra los cristianos, la suspendió por un edicto, y murió en Sárdica el año de 310.

Gobernaba Majencio la Italia y el Africa, ganándose el título de *Tirano* con que le conoce la Historia, en tanto que Constantino se hacia amar de los suyos.

Bajo pretexto de vengar á su padre, reunió Majencio un ejército de que formaban parte los pretorianos, reorganizados por él en su antiguo número; ochenta mil italianos; cuarenta mil moros africanos y muchos sicilianos; de suerte que contaba con ciento sesenta mil infantes y diez y ocho mil caballos, cuando Constantino no podia oponerle más que noventa mil infantes y ocho mil ginetes, que, despues de haber atendido á la defensa de sus Estados, quedaron reducidos á cuarenta mil, aunque aguerridos en sus constantes luchas con los valientes germanos.

Animado Constantino al ver aparecer en el cielo la Cruz, con la inscripcion *in hoc signo vinces*, milagro que presenciaron muchos *(Eusebio, Lactancio)*, atravesó los Alpes Cocios, venció al ejército de Majencio en las llanuras del Duría, se apoderó de Turin y de Milan, y tomó á Verona, defendida por Pompeyano.

Habiendo reunido Majencio un nuevo ejército, se encontró con Constantino en *Saxa-Rubra*, á nueve millas de Roma, donde, habiendo sido completamente

derrotado, murió ahogado en el Tíber, al que cayó precipitado al pasar el puente Milvio (28 de Octubre del año 312).

Vencido Maximino por Licinio, tuvo que huir á la Capadocia, muriendo en Tarso este implacable enemigo de los cristianos, presa de convulsiones horribles (313).

Constantino venció á Licinio en la Panonia y en la Tracia, y le concedió la paz; aún otra vez lo derrotó cerca de Andrinópolis, y otra vez se concertó con él. Noticioso Constantino de que Licinio apercibia nuevas fuerzas, y que llamaba en su auxilio á los bárbaros, lo derrotó de tal manera, que éste cayó á sus piés renunciando la púrpura.

Constantino perdonó á su rival, y lo mandó á Tesalónica, rodeándolo de las mayores consideraciones; pero poco despues se vió forzado á condenar á muerte á su turbulento colega (323).

De esta manera volvió á quedar unido el imperio romano bajo la potente autoridad del hijo de Constancio Cloro.

SÉTIMA ÉPOCA.

DESDE CONSTANTINO Á LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE. (DE 323 Á 476).

LECCION LIV

CONSTANTINO.—CONSTANCIO II.

(EUSEBIO: Vida de Constantino.—L. BREAU: Historia del Bajo Imperio, desde Constantino el Grande.—J. C. G. MANSO: Vida de Constantino el Grande.)

Constantino elevó la Cruz sobre el Capitolio; dicho lo cual, excusado es decir que los escritores anticristianos han procurado, por todas las vías y maneras, calumniar su memoria, mancillar su orígen y presentar su conversion al cristianismo como un acto exclusivamente político.

Proponiéndose Constantino plantear una nueva política, no le era posible vivir en Roma, con su turbulenta plebe acostumbrada á los costosos espectáculos públicos, á las liberalidades imperiales, á disponer de la púrpura.

Resuelto á cambiar la religion del imperio, el verdadero culto se ahogaba en Roma, metrópoli del politeismo, sentina inmunda de todos los vicios, ciudad en la que las glorias públicas y las de las familias estaban íntimamente ligadas al culto gentílico, hasta

el punto de que, suprimir el politeismo, era tanto como borrar la historia de Roma. Convencido Constantino de esta verdad, decidió cambiar la capitalidad del imperio; y, al efecto, insistiendo en el pensamiento atribuido á Augusto de restaurar á Troya, comenzó á levantar muros en la playa que se extiende desde el monte Ida al collado Rœteo; pero, despues puso sus ojos en uno de los extremos orientales de Europa, á la entrada del Bósforo, en la Tracia.

El paraje definitivo elegido por Constantino para fundar la nueva sede del imperio, por sus condiciones topográficas, rodeado por tres mares, por ocupar el punto preciso en que casi median los dos más importantes continentes del antiguo mundo, no podia ser más á propósito; hasta el punto de que, si algun dia pudiera realizarse el sueño de los grandes conquistadores, la creacion de un imperio universal, allí residiria la capital de ese imperio imposible.

En el punto donde Constantino levantó su ciudad, habia florecido una colonia tracia, llamada Ligos, que, bajo los griegos, cambió este nombre por el de *Bizancino;* apellidóla Nea-Roma el hijo de Cloro; llamáronla los cortesanos *Constantinopla* (Constantinópolis); los turcos *Estam-bul* é *Islam-bul* (ciudad del islamismo); los antiguos anales rusos *Zaregorod*; los valacos y búlgaros *Zaregrard* (Ciudad Real), y los escandinavos del siglo X *Myhagelard* (la Gran Ciudad).

El emperador adornó á Constantinopla con suntuosos palacios, riquísimos templos y expléndidos jardines, despojando á Roma y á Grecia de sus estátuas, de sus relieves y de sus riquezas artísticas.

Constantino mejoró la legislacion; fué gran protector de la agricultura, fomentó las ciencias y las artes, y amó la gloria militar, haciéndose respetar de los bárbaros.

Constantino enfermó en Nicomedia, y viéndose próximo á la muerte, pidió el bautismo y espiró (337), diciendo que la vida en que entraba era la única verdadera.

Así acabó este gran monarca, que, comprendiendo la verdad, en vez de contrariarla, se puso al frente de la revolucion más grande que consigna la Historia en sus páginas de oro.

Los hijos de Constantino el Grande, Constancio, Constante y Constantino, se dividieron el imperio.

De ellos, Constantino II pereció en una emboscada al invadir la Italia; Constante fué muerto por Magnencio; y Constancio, despues de vencer á los pretendientes Vetranion y Magnencio, quedó único señor del imperio.

Al espirar Constantino el Grande, habian sido muertos muchos individuos de su familia, salvándose Galo y Juliano, de edad de doce años el primero y de seis el segundo, que fueron educados en el destierro.

Mas, cuando Constancio II marchó al encuentro de los pretendientes al imperio, dió á Galo el título de César y lo estableció en Antioquía con cargo de gobernar las cinco diócesis de Oriente.

Galo se mostró violento y cruel; y habiéndose rebelado contra su protector, éste le atrajo á Milan, donde, sometido á un proceso, en el que, confesando sus delitos y su rebeldía, fué condenado á muerte.

Juliano marchó desterrado á Milan, é interesándose vivamente por él la emperatriz Eusebia, mujer de Constancio, logró ésta que su marido diera á Juliano el título de César con la mano de su hermana Elena y el mando de los países situados allende los Alpes.

Juliano, entónces consagrado al estudio, abandonando la modesta capa de filósofo, qne trocó por la espléndida vestidura del César, *con los dedos manchados*

ain de tinta, mostró que podia manejar la espada lo mismo que la pluma.

Así, en tanto que Constancio vencia á los cuados y á los sármatas, y peleaba con los persas, Juliano arrojaba de Europa á otros bárbaros.

Habiendo llegado á su campo de Reims, despues de haber vencido á los germanos, derrotó á los francos; por medio de sus lugartenientes, sujetó á los pictos y caledonios y fijó sus cuarteles de invierno en *Lutecia Parisiorum* (París).

Pacificadas las Galias y arreciando el peligro en Oriente, ordenó Constancio á Juliano que le enviara, como socorro, parte de sus tropas; y como entre éstas hubiera muchos soldados que se habian alistado sólo para la guerra de las Galias, y á quienes dolia abandonar su patria y sus familias, procuró mañosamente Juliano que la órden se extendiera por el campamento, produciendo hondo descontento, miéntras él fingia someterse á la voluntad imperial.

Entre tanto, circulaban libelos entre los soldados, ponderando la crueldad de la órden, comparando á Constancio con Juliano, deprimiendo á éste, describiendo los horrores de la guerra pérsica, miéntras Juliano salia al encuentro de los destacamentos que reunia en París, llamando á los soldados por sus nombres, dando banquetes á los oficiales, y, en fin, los inflamó de tal manera, que el ejército, en completa rebelion, le aclamó Augusto.

En vista de este resultado, Juliano ruega ó amenaza; pide tiempo para meditar retirado en su tienda, y suponiendo al cabo que en ella se le ha aparecido el *Genio del Imperio*, ordenándole que cumpliera la voluntad de los dioses, se resigna y acepta.

Hecho esto, *confiando en los inmortales*, se dejó levantar sobre el pavés, y, regalando á cada soldado

una libra de plata y cinco monedas de oro, se prepara para la guerra contra su bienhechor, marchando, de victoria en victoria, hasta las cercanías de Adrianópolis.

Encaminábase hácia Europa Constancio, en busca de Juliano, cuando una fiebre lenta que le consumia, acabó con su vida en Mopsucrene (Cataonia, Asia Menor), al pié del Antitauro (361).

LECCION LV

JULIANO EL APÓSTATA.—JOVIANO.—VALENTINIANO Y VALENTE.—GRACIANO.—VALENTINIANO II.

Apénas subió al trono Juliano, abjuró la religion cristiana y se declaró celoso protector del politeismo, á cuyas fábulas intentó dar cierto sentido filosófico, interpretándolas alegóricamente, como mitos de verdades morales, físicas ó históricas.

Resuelto á hacer la guerra á los persas, al comenzar la primavera del año (363), marchó á *Hierápolis* (ántes Bambyce, en la márgen izquierda del Singas, afluente del *Eufrates*), y pasó el rio Chavoras (ó Aborras, en la Mesopotamia).

Rompiendo los asirios los canales que fertilizaban este país, lo convirtieron en un inmenso pantano que hizo por extremo embarazosa la marcha de las legiones.

Sin embargo, Juliano siguió adelante, destruyó á *Perisabor* y á *Maogamalca*, acampó en las ruinas de *Seleucia* y atacó á *Clesifonte*.

Un persa, exaltado por el amor á la patria, se pre-

sentó á Juliano y le indujo á que prendiendo fuego á sus almacenes y á su escuadra, buscara al ejército de Sapor en las provincias del interior.

Hízolo así Juliano, que no encontró ya más que pueblos incendiados, campiñas desoladas y por todas partes la muerte.

Abandonado de su pérfido guía, falto completamente de provisiones, decidió regresar al Tigris, y, recordando la clásica retirada de Jenofonte, pensó refugirse, como éste, en el país de los *carducos*.

Los persas, fraccionados hasta entónces en pequeñas partidas, se reunieron formando un poderoso ejército, é impidiendo la retirada de los romanos.

En tan desesperada situacion, no pudiendo evitar el combate, trábase éste, y cuando Juliano, animado por el éxito del primer choque, corre tras los persas, arrojan éstos una lluvia de dardos y venablos, uno de de los cuales se clava en su pecho.

Conducido á su tienda y conociendo que la herida era mortal, aspirando á acabar como habia vivido, perpétuo cómico, disertó sobre naturaleza del alma, dijo que pronto la suya se reuniria á las estrellas de que habia emanado y espiró (363).

Muerto Juliano, el ejército eligió en su lugar á Flavio Joviano, *Primicerio de los domésticos*.

Estrechado Joviano por los persas, alentados con la muerte de Juliano, oprimido por el hambre de su ejército y limitado por las rugientes aguas del Tigris, se vió forzado á celebrar un convenio, en virtud del cual cedió á los persas las cinco provincias *Transtigritanas*, la ciudad de *Nisibe* y otras muchas fortalezas, y se obligó á no socorrer al rey de Armenia.

Aún despues del tratado, los romanos sufrieron terribles pérdidas al atravesar el Tigris, las llanuras de la Mesopotamia y el inacabable desierto de setenta millas.

El lábaro, puesto otra vez al frente de las legiones, anunció que se habia restablecido el culto del Dios verdadero.

La idolatría, que habia renacido artificialmente bajo el impío Juliano, se hundió para siempre con su muerte: cerrarónse voluntariamente los templos paganos: cesaron los sacrificios, y los filósofos gentílicos se despojaron de la barba, depusieron el manto y enmudecieron.

Los cristianos, vueltos á la vida civil y política, bajo Joviano, no se vengaron de la soberbia y de la opresion de sus enemigos, sino mostrando una dulce alegria que no traspasó los límites de la caridad, ilustrando á todos con sus consejos y oraciones el gran San Gregorio Nacianceno y el incomparable Atanasio.

El reinado de Joviano fué por extremo breve, pues murió á los siete meses y veinte dias de haber sido elevado al imperio (364).

A la muerte de Joviano fué proclamado Valentiniano I, que partió la púrpura con su hermano Valente, dándole el gobierno de las provincias orientales.

Valentiniano venció á los germanos, pasó el Rhin, penetró en el valle de Nicer y derrotó á los borgoñones. Su lugarteniente Teodosio salvó la Gran Bretaña de una invasion de los *pictos* y *caledonios*, desbaratándolos completamente y obligándolos á refugiarse en sus selvas, en tanto que Valente, cobarde y cruel, se enajenaba todas las voluntades en el Oriente y que sus generales vencian á los godos y á los hunnos.

Valentiniano, poderoso capitan y hábil político, marchó contra los cuados; pidiéronle éstos la paz, y como expusieran ante el emperador sus quejas contra los gobernadores romanos, en términos tal vez más sinceros que comedidos, ardiendo en ira el emperador, les amenazó, y con aquel impulso de cólera, rompió-

sele una vena en el pecho, que, en breves momentos le hizo perder la sangre y la vida (375).

Graciano sucedió á su padre Valentiniano; pero como el ejército de Italia proclamase á su hermano Valentiniano, para evitar la guerra civil, lo reconoció y se declaró su tutor.

Acaso el único acto de injusticia que cometió Graciano fué mandar que se diera muerte á Teodosio, el libertador de la Britania, engañado por las sugestiones de pérfidos ministros; pero, apénas comprendió su yerro, procuró remediarlo y, al morir Valente, á manos de los godos, en la sangrienta batalla de Adrianópolis (378), dió á su hijo Teodosio el imperio de Oriente.

Sublevado Máximo contra Graciano, se dirigia éste, desde París á Lyon y hácia Italia, cuando fué muerto en una emboscada, á los veinte y cuatro años de su edad (383).

Valentiniano II no gozó largo tiempo del imperio, pues sublevado contra él el franco Arbogasto, éste le asesinó y proclamó en su lugar á Eugenio, su secretario y regente de una escuela *(magister scriniorum)*.

Arbogasto y Eugenio fueron vencidos en Aquileya: preso el desdichado usurpador, fué condenado á muerte, y Arbogasto evitó la suya suicidándose.

LECCION LVI

TEODOSIO EL GRANDE.—HONORIO.

(P. MULLER: Carácter del siglo de Teodosio.—C. CANTÚ: Historia Universal).

Despues de vengar Teodosio la muerte de sus colegas, quedó único señor del imperio.

La habilidad de Teodosio y la fuerza con que habia humillado el terrible poder de los godos victoriosos, aunque dejándolos en la posesion de los establecimientos cercanos al Danubio, sus esfuerzos en defender las fronteras del imperio, acometidas por los bárbaros, hasta el punto de que durante su vida no se perdió un solo palmo de terreno, fueron sucesos que, aunque le dieron gloria militar, le obligaron á aumentar los tributos. De otra parte, la falta de poblacion, extraordinariamente menguada por las guerras, le forzaron á recurrir al peligroso medio de admitir á los bárbaros á sueldo, cuya natural consecuencia fué un cambio profundo en el arte de la guerra, encomendada hasta entónces á los romanos.

Durante el décimo año de su imperio, promovióse en Antioquía un gran tumulto con ocasion de la cobranza de cierto tributo, durante el cual el pueblo exasperado derribó y arrastró las estátuas del emperador y de su familia.

La ciudad fué condenada por este delito á un terrible castigo, que perdonó Teodosio por intercesion del obispo Flaviano, por los ruegos de Macedonio, de los monges, de los anacoretas y de la elocuencia arrebatadora de San Juan Crisóstomo.

No fué tan afortunada Tesalónica.

Habiendo sido ultrajado en esta ciudad cierto esclavo de Boterico, general que mandaba la guarnicion, por un conductor del Circo, fué éste preso de órden del general.

Ofendido el pueblo, atacó á Boterico, le dió muerte, y arrastró su cadáver por las calles.

Teodosio, que tuvo noticia de estos sucesos en Milan, lleno de furiosa cólera mandó que los bárbaros castigaran á los ciudadanos de Tesalónica; y al efecto, fueron éstos invitados para los juegos del Circo, á los cuales asistieron recelosos, pero sin poder resistir al atractivo de la fiesta.

Cuando el Circo estuvo lleno de espectadores, acudieron los soldados, y hubo tres horas de indescriptible matanza.

Estremecióse de horror San Ambrosio, obispo de Milan, al tener noticia de esta bárbara hecatombe, y excusando la presencia del emperador, huyó al campo, desde donde dirigió una enérgica carta á Teodosio exhortándole á que hiciese penitencia, y no se atreviera á acercarse al altar del Dios de las misericordias con las manos tintas en sangre.

El emperador abrió sus ojos á la luz ante estas reconvenciones, y ya que no podia reparar las muertes

causadas, se encaminó á la basílica de Milan para hacer penitencia. Pero, cuando iba á entrar en ella, se le interpuso en el vestíbulo el severo San Ambrosio, diciéndole que ya que habia sido público el delito, debia satisfacer públicamente á la justicia divina, y no lo quiso recibir hasta que Teodosio declaró que estaba dispuesto á cumplir la penitencia canónica. Así, pues, despojado de las insignias de la suprema potestad, se presentó suplicante enmedio de la iglesia, confesándose culpado; con lo cual, al cabo de ocho meses, obtuvo indulgencia, y volvió á la comunion. Fruto de estos hechos fué un edicto en que mandaba Teodosio que en los procesos, entre la sentencia y su ejecucion, habian de mediar precisamente treinta dias.

No desmintieron las obras á estas palabras; porque, descubierta una conjuracion contra él mismo en Constantinopla, y habiendo sido condenados á muerte los reos, Teodosio los perdonó á todos y no quiso que se buscara á los cómplices, añadiendo: *¡Así pudiera volver la vida á los muertos!*

Habia dividido Teodosio el imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, dando al primero, de edad de diez y ocho años, el Oriente, y al segundo, de once, el Occidente.

Habiendo llamado á Honorio, para que recibiera las insignias en Milan, celebróse este suceso con explendidas fiestas, á las que asistió Teodosio, el cual murió súbitamente durante la noche (395).

Entecos de cuerpo y débiles de espíritu los dos hijos de Teodosio, habian nacido para vivir en perpétua tutela, que el previsor padre encomendó á Rufino, gascon de nacimiento, que habia merecido su confianza por su habilidad en los negocios, la de Arcadio; y á Estilicon, valentísimo y experto general, vándalo de orígen, la de Honorio; encareciendo á

ambos tutores, que, atentos á la defensa de sus pupilos, consideraran como uno solo ambos imperios.

Arcadio fijó su córte en Constantinopla y Honorio en Milan.

Las desavenencias entre Rufino y Estilicon no tardaron en manifestarse, cuando, perdida por aquél la esperanza de casar á su hija con el emperador, incitó secretamente á los hunnos y á los godos para que invadieran el imperio, como lo hicieron, bajo las órdenes de Alarico, asolando la Grecia, á cuyo socorro voló Estilicon. Pero habiendo mandado Arcadio, por consejo de Rufino, que el vándalo se retira á sus Estados y que le enviara las tropas de Oriente que tenia con las suyas, hízolo así Estilicon, pero poniendo los soldados de Arcadio á las órdenes de Gainas, oficial godo de su confianza. Al llegar éstos cerca de Constantinopla, como salieran á recibirlos el emperador y Rufino, á una señal de Gainas, cayeron los soldados sobre el segundo y lo despedazaron.

A Rufino sucedió en el favor imperial el eunuco Eutropio, que muy en breve se mostró cual era; avaro, cruel é ingrato para con sus bienhechores.

En lucha Eutropio con Estilicon, y extraño aquél al arte de la guerra, se vió en la necesidad de dar el mando de las tropas á Gainas, que por medio de Tribigildo, rebelde en la Frigia, hizo que fuera muerto Eutropio.

Burlados sus proyectos de apoderarse de Constantinopla, Gainas alzó contra Arcadio el estandarte de la rebelion, y se retiró con los suyos á la Tracia, llevándolo todo á sangre y fuego, hasta que fué derrotado y muerto por Fravito.

Ya hemos dicho que Alarico, incitado por Rufino, habia invadido la Grecia. Este desgraciado pais vol-

vió á ser asolado, segunda y tercera vez, por el bárbaro, unido á Radagaiso, jefe de los hunnos.

Alarico volvió á penetrar en los Estados de Honorio, que se retiró á Rávena, resuelto á abandonar la Italia; pero el denodado Estilicon venció al godo en la batalla de Polencia (403), haciendo prisionera á su familia, y forzándole á retirarse, despues de hacerle sufrir una y otra derrota.

No por esto habia desaparecido el peligro; porque Radagaiso, al frente de cuatrocientos mil vándalos, suevos y borgoñones, avanzando hácia las márgenes del Báltico, y reforzado con ginetes alanos, godos y gentes de todas las naciones, sembrando por todas partes la desolacion y el espanto, se presentó en las orillas del Danubio.

Decíase que el bárbaro, para hacerse propicios á los dioses, había jurado convertir á Roma en un monton de ruinas, propósito de que se alegraban los gentiles por ódio ó los cristianos, esperando que el invasor restableceria la antigua idolatría, dando el triunfo á su partido, que anteponian á la patria.

¡Espectáculo siempre horrible y siempre renovado!

Radagaiso dividió la inmensa multitud de los suyos en tres cuerpos, y poniéndose al frente de uno de ellos, arrasó la Panonia, franqueó los Alpes y el Pó, devastó las más bellas ciudades de la Etruria, y puso sitio á Florencia, en cuyas cercanías encontró á Estilicon, que le venció y dió muerte (405).

De los dos ejércitos fraccionados de las hordas de Radagaiso, el mandado por Gundecaro, rey de los borgoñones, arruinó la Galia Oriental; el dirigido por Godigisilo, fortalecido con los restos del muerto Radagaiso, fué dominado por los francos, que á su vez sucumbieron á mano de los alanos, á los que sucedie-

ron en la obra de asolar á las desdichadas Galias, los borgoñones y los germanos.

Aprovechando estas desgracias, los aventureros aclamaban á uno ú otro tirano efímero, como Marco y Constantino.

En medio de estas extremadas circunstancias, murió Arcadio (408), dejando un hijo llamado Teodosio, que aún estaba en la infancia.

Miéntras acontecian estos desórdenes, reapareció el bárbaro Alarico, exigiendo que se le diera una de las provincias occidentales.

Olimpio, olvidando los favores recibidos de Estilicon, se apoderó del ánimo de Honorio, encendiendo en su menguado ánimo la sospecha de que el vándalo queria reemplazarlo colocando en el trono á su hijo Eustaquio, y por consecuencia, fué despiadadamente muerto Estilicon, única salvaguardia del imperio.

Alarico, falto ya de todo miramiento, penetró en Italia avanzando por la Via Flamínia, sin encontrar oposicion, y llegó ante la indefensa Roma, que diputó al senador Basilio y á Juan, tribuno de los notarios, para implorar la piedad del vencedor.

Habiendo dicho éstos á Alarico: *¿No veis cuanta gente hay aún en Roma?*, contestóles el bárbaro: *Mejor se siega el heno cuanto más espeso está.*

Despues de imponer terribles condiciones, el godo limitó el precio de su retirada á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, treinta mil de pimienta, cuatro mil vestidos de seda, tres mil piezas de escarlata fina y la libertad de los esclavos bárbaros; hecho lo cual, levantó el sitio y se retiró á Toscana.

Jovio, prefecto del pretorio, sucedió á Olimpio en el menguado favor imperial.

LECCION LVII

DESDE ATALO Á RÓMULO AUGUSTULO.—FIN DEL IMPERIO DE OCCIDENTE.

Puesto Alarico otra vez en movimiento, obligó al Senado á que, depuesto Honorio, fuese elevado al imperio Atalo, prefecto de la ciudad. Pero muy pronto cambió la fortuna, con un socorro del imperio de Oriente; hasta que, irritado Alarico, se presentó por tercera vez ante Roma (410), en la que entró por la traicion de los esclavos, entregándose los suyos á los más grandes excesos, y no dejando la ciudad hasta el sexto dia, hartos los suyos de botin y de muertes.

Alarico, con su ejército, seguido de hermosas damas romanas y de personajes ilustres, convertidos en esclavos y cargados sus soldados de preciosidades artísticas groseramente amontonadas en sus carros, recorriendo la Vía Apia, atravesó la Magna Grecia, robando cuanto encontraba al paso, hasta que le sorprendió la muerte (412) en las cercanías de Cosenza.

Los hunnos apartaron las aguas del *Bucentino*, cavaron la fosa en el primitivo lecho del torrente, y

vistiendo al héroe con espléndidas alhajas y despojos, le colocaron en ella; hicieron volver las aguas del Bucentino á su primitivo cauce, y dieron muerte á los esclavos que habian intervenido en la operacion, para que nadie profanara la tumba del debelador de Roma.

Los godos eligieron para suceder á Alarico á su cuñado Ataulfo, que, en paz con los romanos, ocupó la Galia, se unió á Gala Placidia, hija de Teodosio, y despues fué asesinado por Sigérico.

Honorio murió en 15 de Agosto del año 423.

Valentiniano III, hijo de Placidia, ocupó el trono de Occidente bajo la tutela de su madre. Defendian el imperio contra las invasiones de los bárbarios los dos generales Aecio y Bonifacio, gobernador de Africa; pero enemistados ámbos y no sintiéndose bastante fuerte el segundo para luchar contra Aecio, llamó en su auxilio á los vándalos, que, desde España, se trasladaron al Africa, dirigidos por Genserico, y la asolaron.

Empero la gran nube que habia de caer sobre el mundo civilizado, se preparaba en los países situados entre el Tanais y el Ister.

Atila, jefe de los hunnos, despues de haber sojuzgado á los gepidas, ostrogodos, suevos, alanos, cuados y marcomanos, y de matar á su colega y hermano Bleda, vencido por él el mundo bárbaro, se dirigió contra el civilizado.

Al frente de sus innumerables hordas, taló Atila los países comprendidos desde el Euxino al mar Jonio, y no destruyó á Constantinopla porque Teodosio se sometió á las más vergonzosas condiciones.

Abandonada Constantinopla, se dirigió Atila hácia el Occidente y puso sitio á Orleans, que levantó á la aproximacion de Aecio; el cual, al frente de las tropas romanas y auxiliado por Meroveo, rey de los fran-

cos, y por Teodorico, rey de los visigodos, venia á pelear con los bárbaros, fanatizados por el *Azote de Dios*.

El combate se verificó en los *Campos catalaunicos*, á orillas del rio Marne, en el que fué derrotado Atila, y pereció Teodorico, quedando el campo cubierto con ciento cincuenta mil cadáveres.

Recogiendo Atila el resto de sus fuerzas, volvió á pasar el Rhin, y costeando el Danubio, regresó á la Panonia.

Al llegar la primavera siguiente, el jefe de los hunnos se puso en marcha para Italia, sembrando por todas partes el terror y el espanto, y, ya en ella, se encaminó resueltamente á la indefensa Roma, que se salvó á ruegos del Papa San Leon.

Vuelto Atila á sus estados, murió (453), y su fin fué el acabamiento de su imperio y del predominio de sus feroces hordas.

Libre ya el mundo romano de este inmenso peligro, el mismo Valentiniano III dió muerte á Aecio, el salvador del imperio.

Habiendo despues ofendido el emperador en su honra al rico senador Petronio Máximo, éste lo hizo degollar (455) y fué aclamado emperador. Pero obligando Máximo á que se casara con él á la viuda de Valentiniano, ésta llamó en su auxilio al terrible Genserico, que, con su ejército de vándalos y alanos, se presentó en la desembocadura del Tiber. Máximo, que quiso huir, fué apedreado por el pueblo y su cadáver arrojado al rio (455).

Genserico penetró en la indefensa Roma, donde permaneció quince dias, entregado al saqueo, con sus vándalos y alanos, y despues, cargado en sus naves el botin, entre el cual se contaba á la misma emperatriz y á sus hijas, reducidas á la esclavitud, regresó á sus estados de Africa.

A Máximo sucedió Avito en el imperio, el cual fué despojado por Ricimero, que colocó en su lugar á Mayoriano, que murió á manos del ejército sublevado (461), al cual sustituyó Ricimero con Livio Severo (461); á éste con Antemio, igualmente protegido por el omnipotente Ricimero, hasta que, desavenido tambien con él, le mató y proclamó á Olibrio.

A Olibrio sucedió Glicerio, que fué despojado por Julio Nepos, anulado á su vez por Orestes, secretario que fué de Atila; el cual, no queriendo para sí el imperio, lo dió á su hijo Rómulo Augustulo.

Sublevados los bárbaros, á sueldo de Roma, pidieron á Orestes la tercera parte de las tierras de Italia. Negada la peticion, encontró ésta apoyo en Odoacro, que hizo prisionero á Orestes en Pavia, y que, compadeciéndose del imbécil Rómulo Augustulo, le señaló una pension y un retiro en el promontorio Miseno, en la quinta de Luculiano, construida por Mario y embellecida por Luculo, con los delicados primores de las artes de la Grecia.

Así acabó el Imperio Romano de Occidente (475), en las débiles manos de un niño, que, por mofa sangrienta del destino, adunaba en sí los nombres de los fundadores de Roma y del Imperio.

LECCION LVIII

NOCIONES SOBRE LA ORGANIZACION DEL IMPERIO ROMANO.

Dominando Roma los países entónces conocidos, es la historia de esta ciudad la historia del Universo.

Cada uno de los países subyugados tenia sus creencias, usos y costumbres; sin embargo, á principios del siglo II, ya se habia realizado la unidad política y religiosa entre ellos y la capital. Gran parte de estos pueblos se gobernaban por sus usos nacionales; tuvieron sus magistrados propios, y, á la arbitraria autoridad de los procónsules y pretores de la república, habia sucedido la más humana de los delegados del imperio, que procuraban contener ciertas aspiraciones. Esta política fué más tolerante aún, cuando Caracalla, extendiendo el derecho de ciudadanía, colocó definitivamsnte á todos en condiciones de poder aspirar á los cargos públicos.

Para evitar la peligrosa independencia de los encargados del mando de las provincias, que á la vez ejercian la soberanía civil y militar, emprendió Constantino el Grande sus reformas.

Abrazaba el imperio romano el inmenso territorio comprendido, de Este á Oeste, entre las márgenes del Eufrates y la muralla de Adriano, y de Norte á Sur, desde el Océano Germánico á las faldas del Atlas.

Constantino dividió el imperio en cuatro prefecturas, que subdividió en diócesis, y éstas en provincias.

Cuatro eran las prefecturas: 1.ª, la de Oriente, compuesta de seis diócesis, subdivididas en cuarenta y nueve provincias; 2.ª, la de Iliria, que comprendia la Acaya, erigida en proconsulado, y dos vicariatos: en todo, once provincias; 3.ª, la de Italia, que abrazaba el proconsulado de Africa y cuatro vicariatos, sumando veintinueve provincias; 4.ª, la de las Galias, que contaba tres vicariatos con veintinueve provincias.

Roma y Constantinopla, sedes de los respectivos imperios, tuvieron su organizacion peculiar.

A la cabeza de cada prefectura habia un prefecto del pretorio, y á la de cada diócesis un viceprefecto; tenian las provincias por gobernadores á consulares ó presidentes, cuyas funciones consistian en velar por todos los intereses, vigilar el cobro de los impuestos, la conservacion de los bienes del Estado, la de las vías militares, el servicio de los correos, el enganche y administracion de los ejércitos, y, en una palabra, todas las relaciones entre el emperador y los súbditos. En cuanto á las relaciones entre los habitantes del imperio, ellos mismos administraban y ejercian la justicia civil y criminal en todos los pueblos que no gozaban del *derecho itálico*.

Los prefectos del pretorio se comunicaban con los siete ministros. El prepósito de la Sagrada Cámara *(Præpositus sacri cubiculi)*, á cuyas órdenes se hallaban los *Comites palatii*, generalmente eunucos que gozaban de grande influencia; el ministro del Inte-

rior *(Magister Officiorum)*; el ministro de Hacienda *(Comes sacrarum largitionum)*; el cuestor, representante del emperador en cuanto se referia á la legislacion; el ministro de Justicia (*Cancellarius)*; el tesorero de la Corona (*Comes rei privatæ principis*), y los dos jefes de la servidumbre militar, cada uno de los cuales mandaba un cuerpo de tropas *(schola)*.

Componian las clases privilegiadas los senadores, que en los procesos criminales tenian el derecho de pedir un tribunal especial, de no ser torturados, de no pagar pechos municipales; tambien pertenecian á la expresada clase los más elevados funcionarios, que se dividian en cuatro jerarquías: los *ilustres*, los *venerables*, los *clarísimos* y los *perfectísimos*, exentos de ciertos tributos, el clero, la milicia cohortal, los legionarios y los oficiales, libres de las cargas personales.

Las obligaciones todas pesaban sobre los *curiales*, con cuyo nombre eran conocidos los que poseian más de veinticinco fanegas de tierra.

El curial ni podia residir en el campo, ni entrar en el ejército, ni aspirar á las funciones públicas, ántes de haber pasado por todas las magistraturas de la ciudad, ni mudar de estado sin dejar sus bienes á la curia ó á otro que cargara con sus deberes de curial.

Descendiendo en esta escala social, se hallaban despues los artesanos, que en muchas ciudades formaban corporaciones, y en ciertos, aunque raros casos, tomaban parte en la curia; hallábanse más abajo aún los que nada poseian, que constituian la última clase de las ciudades, y los siervos de los campos.

A la servidumbre antigua, que no conocia más que un grado y una sola condicion, habia sustituido una servidumbre con muchos grados, cegando por tal manera el abismo infranqueable que ántes existia entre el libre y el esclavo, interponiéndose entre uno y otro,

como los eslabones de una cadena, no pocas clases intermedias.

«Muchos desgraciados, dice Salviano, despojados »de su patrimonio ó reducidos á abandonarlo, han ve»nido á buscar un asilo en las tierras de los grandes, »y en las de los plebeyos libres; pero sólo han logra»do con esto ser colonos de los ricos, perder los de»rechos de ciudadanos y someterse á una esclavitud »espontánea.... Se les recibe como moradores volun»tarios, y por un abuso cruel, la habitacion los con»vierte luego en *indígenas ó siervos de la tierra.* Se les »admite como extranjeros sobre los que no se tiene »ningun derecho, y se les posee al cabo como escla»vos. Hombres que nacieron libres, son reducidos á »la servidumbre.»

Este nuevo carácter de la esclavitud, extendiéndose cada dia más el imperio, produjo un nuevo Estado, una nueva clase que constituyó la poblacion de los campos durante la *Edad Media*, tránsito favorable, si se observa que durante la antigüedad griega y romana, fuera del recinto de las ciudades, el hombre no tenia existencia legal.

Por medio de estos, al parecer, tan extraños caminos y con el trascurso de los tiempos, la poblacion rural, ántes esclava, ha venido á ser preponderante en los tiempos modernos, lo cual se ha podido verificar gracias á que, en Roma, la servidumbre de la tierra habia reemplazado á la antigua esclavitud, comenzando desde entónces la emancipacion de las clases pobres.

Con el cristianismo principió á ser menos dura la condicion de los esclavos, mirados hasta entónces como cosas, que podian ser cruel y arbitrariamente destruidas; facilitáronse los medios de la emancipacion, y, en tiempo de Justiniano, fué abolida la ley

que limitaba el número de esclavos que podian ser emancipados, y la que conservaba no pocos restos de la esclavitud en ciertas clases de libertos, considerapos ya como ciudadanos.

Distribuciones y mercedes al pueblo desocupado, holgazan y altanero; las pagas á los innumerables soldados; las concusiones de los funcionarios públicos; las estafas de los favoritos; los vergonzosos tributos pagados á los bárbaros; los gastos y las profusiones de las cuatro córtes, creadas por Diocleciano, absorbian riquezas inmensas y convertian al fisco en verdugo de los contribuyentes.

En tanto que fué posible sangrar á los enemigos, al Africa, á la Grecia, al Asia, todo pudo soportarse; pero, cuando esto no pudo hacerse, creciendo las necesidades, y no pudiéndose acudir á nuevas gabelas, el fisco cayó como implacable tirano sobre los pobres curiales, y despobló ciudades y campos.

Llaman á los bárbaros, decian los escritores de los siglos IV y V, porque tienen en más la suerte de los cautivos llevados allende el Rhin, que su condicion de hombres libres, y prefieren la libertad real, bajo un aparente cautiverio, á permanecer cautivos con el nombre de libres.

El título de *ciudadano romano*, ántes tan estimado, lo desprecian ahora y quisieran despojarse de él; los bárbaros les son más amigos que los agentes del fisco; se pasan á los enemigos por librarse del impuesto, y se levanta en el pueblo romano una sola voz: *que te deje vivir en paz con los bárbaros.*

Ahora, si de la organizacion civil volvemos los ojos á la militar, no la hallaremos mejor.

Componen el ejército tres clases de tropas: los guardias del palacio, las legiones establecidas en las ciudades y las que residen en los límites del imperio;

privilegiadas, ociosas, y bien pagadas aquéllas; desatendidas éstas y en contínuos rebatos con los bárbaros, de lo que nacieron, como natural consecuencia, frecuentes rivalidades entre las clases militares y guerras y desórdenes.

Para colmo de males, las legiones no estaban ya exclusivamente compuestas de ciudadanos romanos.

Numerosas tropas de francos, germanos, godos ó alanos estaban encargadas de sostener las armas del imperio, que caian de las manos de los afeminados señores del mundo.

Entre tanto, aquéllos aprendian la táctica de los pueblos civilizados y era preciso contentarlos con crecidas soldadas y recompensas y asolaban á la postre las ciudades, bajo los más fútiles pretextos.

Al lado de esta sociedad, donde todos los elementos de fuerza se han postrado; máquina en la que se han gastado todas las ruedas, donde ha muerto todo elemento de vida, crece y se desarrolla la nueva sociedad religiosa, exuberante de sávia, de energía probada en las adversidades más rudas, que elige sus jefes entre los más santos, que dicta leyes en sus Concilios, el Cristianismo en fin, que se propone regenerar al mundo por medio de la caridad.

LECCION LIX

EL CRISTIANISMO.—LAS PERSECUCIONES.

(Cesar Cantú: Historia Universal.

Durante el duodécimo consulado de Augusto, cerrado el templo de Jano en señal de la paz universal, y con ocasion del empadronamiento general que se hacia en Judea, llegaron á Bethelehem (á seis mil pasos al Sur de Jerusalem) *María y su esposo José*, carpintero que vivia en Nazareth.

Tan grande era el número de viajeros que aquella noche se hospedaban en la pequeña ciudad, que el jóven matrimonio no halló más abrigo que un establo, en el cual, durante la noche del 25 de Diciembre, dió á luz la Santísima Vírgen un Niño que recibió, ocho dias despues, en la ceremonia de la Circuncision, el nombre de *Jesús*.

Alarmado Herodes con la profecía que anunciaba el Nacimiento de un Rey de los Judíos, mandó degollar á todos los varones recien nacidos en el distrito de Bethlehem; cruel decreto que el santísimo matrimo-

nio burló huyendo á Egipto, donde permaneció hasta la muerte del déspota, que tuvo lugar en aquel mismo año.

Llevado Jesús á Jerusalem, á los doce años, durante la celebracion de la Pascua, estuvo por espacio de tres dias en el templo, oyendo, preguntando á los doctores y asombrando á todos con su prodigiosa sabiduría.

Al comenzar el año décimoquinto del imperio de Tiberio (29), anunció el Bautista que era llegado el tiempo del Mesias, y, al siguiente, bautizó el Precursor á Jesús, en las aguas del Jordan, y comenzó éste á cumplir su mision divina, que continuó durante los tres siguientes años, predicando y enseñando en muchos pueblos de la Judea, justificando su divinidad y su doctrina con milagros infinitos.

Jesús eligió, entre las clases más humildes, doce Apóstoles, para que, despues de su muerte, predicaran el Evangelio.

La *Buena Nueva*, esparcida entre el pueblo, atrajo á Jesús el ódio de los fariseos y sectarios de la antigua ley, que conspiraban contra él.

Vendido Nuestro Señor por Júdas, uno de los doce Apóstoles, fué ignominiosamente conducido ante el gran sacerdote Caifás, acusado por medio de testigos falsos y declarado reo de pena capital, como blasfemo, corruptor del pueblo y promovedor de rebelion contra el César. Mas como el derecho de vida y muerte residia en Poncio Pilato, gobernador de Judea por el emperador Tiberio, fué enviado Jesús ante aquél, que, despues de vestirle un harapo de púrpura, coronarle de espinas y ponerle en las manos un cetro de caña, como á rey de burlas, débil ante la presion del populacho, le condenó á morir en la Cruz.

Conducido Jesús al Calvario, fué crucificado entre

dos ladrones, á las doce de la mañana del dia tres de Abril del año treinta y tres, y expuesto en la Cruz hasta las tres de la tarde, en que espiró.

Cincuenta dias despues de la *Resurreccion* de Nuestro Señor Jesucristo, iluminados los Apóstoles por el *Espíritu Santo*, comenzaron la Obra Apostólica, y San Pedro y San Juan convirtieron, en una sola predicacion, á tres mil judios.

Poco tiempo despues se dispersaron los Apóstoles, distribuyéndose el mundo para la predicacion de la Doctrina Cristiana.

San Pedro, despues de haber tenido su Sede establecida, durante cinco años, en Jerusalem, recorrió el Asia Menor y la Siria; fundó la iglesia de Antioquía y se trasladó á Roma, donde fijó el asiento de la *Sede universal* de la Iglesia y sufrió el martirio (69). San Andrés, hermano de San Pedro, predicó en los países cercanos al Caspio, en la Tracia, el Epiro y la Acaya, donde fué martirizado. Santiago el Menor, que sucedió á San Pedro en la Sede de Jerusalem, evangelizó la Judea. El Evangelista San Juan, despues de predicar en el Asia Menor y en la Parthia, fundó la iglesia de Efeso. Fué San Felipe el Apóstol de los escitas y de los Frigios, de la Armenia, de la India y de la Arabia Feliz. De la Etiopia, San Bartolomé. De la Persia y de la Etiopia, el Evangelista San Mateo. Santo Tomás ejerció su sagrado ministerio en los países situados allende el Tigris y penetró en la India. Santiago el Mayor predicó en España y fué martirizado en la Judea. Evangelizó la Mesopotamia San Simon. Recorrió San Tadeo la Libia y otras varias provincias; y San Matías, que ocupó el lugar del traidor Judas, ejerció la predicacion en Judea.

Dáse el título de Apostol á San Pablo, ardiente propagador del cristianismo, despues de su milagrosa

conversion, el cual evangelizó la Siria, la Capadocia, el Ponto, la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Tracia, la Macedonia, la Iliria, Atenas, Corinto, Creta y Roma; fundó gran número de iglesias, y era tan incansable su fé, que cuando no podia visitarlas, aconsejaba á los fieles y los alentaba con sus *Epístolas*, inagotables fuentes de doctrina y de piedad.

Las predicaciones de los Apóstoles produjeron desde luego abundantísimos frutos.

Rompiendo los nuevos cristianos con las viejas preocupaciones del mundo antiguo, viviendo bajo la ley de la fraternidad, de la caridad y del amor, juntaban sus bienes y vivian en comun bajo la direccion de sus padres espirituales, constituyéndose en iglesias ó asambleas, siendo la primera la de Jerusalem, á la que siguió la patriarcal de Antioquía, que al trasladarse á la metrópoli del mundo antiguo, fundó la iglesia de Roma, cuyo Pastor es Jefe y cabeza de la Iglesia Universal y Padre comun de la familia cristiana, como sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Eran los primeros cristianos por extremo sumisos á las leyes, y puros é inocentes en su vida privada, lo cual formaba tal contraste con la depravacion de los gentiles, que éstos, en su ódio, los calumniaban frecuentemente, atribuyéndoles toda clase de crímenes. Como, además, sus doctrinas se oponian á la religion del imperio, fueron condenados á los más atroces suplicios, si no renegaban de sus creencias y sacrificaban á los ídolos.

De aquí las persecuciones en que los cristianos, testigos *(mártires)* de la santidad de su fé, lo arrostraban todo ántes que quebrantarla.

Trece fueron las persecuciones que sufrieron los cristianos, hasta que el edicto de Constantino el Grande (313) restituyó la paz á la Iglesia.

1.ª Que tuvo lugar en Jerusalem, poco tiempo despues de la Resurreccion, promovida por Saulo, despues S. Pablo. En ella pereció apedreado el protomártir S. Estéban, y fué S. Pedro aprisionado. Renovóse, algunos años despues, esta persecucion por Herodes Agrippa, restaurado en el trono de Judea por Cláudio.

2.ª En Roma, imperando Neron (64 á 68). Despues de haber incendiado parte de la ciudad, este bárbaro, hijo de Agripina, acusó á los cristianos de tal crímen y los persiguió cruelísimamente. En ella murieron San Pedro, crucificado, y decapitado S. Pablo, en consideracion á su calidad de ciudadano de Roma.

3.ª En los dias de Domiciano que persiguió á cristianos y judios (96 á 16). Entre otras víctimas sin cuento, fué sumergido el Evangelista S. Juan en una tina llena de aceite hirviendo, de la que se salvó milagrosamente, y fué relegado á la isla de Pathmos (mar Egeo, islas Sporades), donde escribió el Apocalipsis. Flavio Clemente, primo del emperador y su colega en el consulado, las dos Domitilas, padecieron entonces por la Fé.

4.ª Imperando Trajano (98 á 116), durante la cual, Plinio el Jóven, procónsul de la Bitinia, escribió una carta al emperador en la que justificaba á los cristianos, y fueron martirizados S. Ignacio, obispo de Antioquía, y S. Simon, que á la edad de ciento veinte años, regia la iglesia de Jerusalem.

5.ª En tiempo de Adriano (118 á 129).

6.ª En el reinado de Antonio Pio, con motivo de la cual S. Justino escribió su primera Apología, en defensa de los cristianos.

7.ª En tiempo de Marco Aurelio el Filósofo (161 á 174). Fueron, durante esta persecucion, víctimas ilustres S. Justino, S. Policarpo, S. Potino, los már-

tires de Lyon, en la Galia Céltica, y las africanas Perpétua y Felicitas.

8.ª Bajo Septimio Severo (199 á 211), la persecucion fué durísima, especialmente en Africa; en ella fué martirizado S. Ireneo, obispo de Lyon, en la Galia, con gran parte de su fiel rebaño.

9.ª Que se verificó imperando Maximino, el cual deseaba exterminar la familia de Alejandro Severo, que contaba en su seno muchos cristianos (235 á 238).

10. Bajo Décio (249 á 251), en que un poeta fanático se presentó en público, deplorando el abandono de la religion; á que contestó el vulgo pidiendo que se reparara el mal con la *sangre de los impios*. Los magistrados, adulando á la multitud, persiguieron á los cristianos.

11. Al fin de su reinado, Valeriano, por instigaciones del prefecto Macriano, persiguió á los fieles.

Contáronse entónces ilustres víctimas, como Cipriano, los Papas Estéban y Sixto y San Lorenzo.

12. En tiempo de Aureliano (272 á 273), la cual fué corta, pero muy sangrienta.

13. Bajo Diocleciano (303), ferocísima y terrible, conocida con el nombre de *Era de los Mártires*, durante la cual las iglesias fueron demolidas, robados los vasos sagrados, despedazados los ornamentos de los templos, é incendiados los libros sagrados. Comenzó en Nicomedia el dia de *las fiestas terminales* y fué durísima en Africa y en España, encomendada al feroz Daciano. Durante esta persecucion, la legion Tebea, compuesta de cristianos, ántes que renegar su fé ó volver sus armas contra el emperador, se dejó matar: sublime ejemplo que jamás pudo dar el paganismo.

LECCION LX

VARIEDAD DE CAUSAS QUE CONTRARIARON Ó FAVORECIERON EL DESARROLLO DEL CRISTIANISMO.

(César Cantú: Historia Universal.)

¡Cuán tristes y angustiosas para el género humano eran las circunstancias en que comenzó á propagarse el *Evangelio!*

Roma habia cumplido su destino providencial, extendiéndo las luces de la civilizacion por todos los ámbitos de la tierra, desde el Tigris al Atlántico, desde las regiones hiperbóreas á los paises abrasados por el sol.

Heredero y propagador de las antiguas civilizaciones, el pueblo romano habia caido en el más hondo de los abismos; y es que, realizado su destino, al traspasar los límites del mundo conocido, deteniéndose ante paises pobres ó tribus indomables y feroces, volvió su actividad contra sí misma, convirtiéndose en una sentina de corrupcion y de crímenes.

El literato, el filósofo, el hombre público y el sacerdote consideraban ya la religion como una mentira necesaria, y con frecuencia la toga del magistrado, la púrpura imperial ó la tiara del Pontífice disfrazaban al ateo.

¡A dónde volver los ojos en busca de remedio!

¿Acaso á la filosofía, que sólo habia producido aquel helado estoicismo, generador de un orgullo mal encubierto con la máscara de la humildad, ó aquel inmundo epicureismo, señal evidente de la degradacion y ruina de los pueblos?

¿Tal vez á la ciencia, para aspirar al triste destino que con tan vivos colores nos pinta el cáustico ingenio de Luciano de Samosata?

¿Por ventura al cultivo de la poesía, consagrada entónces á juegos de letras, expresion de una sociedad falta de sentido y de fin moral?

El remedio asomaba pavoroso y terrible por las fronteras del imperio; porque era necesario que en el corrompido gigante romano se verificara la trasfusion de sangre nueva, de nuevos elementos que lo vigorizaran.

El choque entre lo pasado y lo futuro fué entónces espantoso, á pesar de que la *Providencia* le quitó gran parte de su fuerza poniendo á los bárbaros en contacto con los romanos, primero en las fronteras, luego en los ejércitos, en calidad de auxiliares, de jefes en las legiones, y, por último, al frente del imperio.

Algunos espíritus escépticos no verán en estos sucesos la mano de la Providencia; acaso crean que la civilizacion antigua hubiera podido salvarse por medios puramente humanos, apareciendo, por ejemplo, al frente de Roma hombres dignos por sus virtudes de regenerar la sociedad prolongando la vida del imperio.

¡Error!

La Historia misma se encarga de contestar á estos optimistas con la terrible lógica de los hechos.

Los que creen que la virtud de los jefes del Estado hubiera podido salvar por sí sola á aquella sociedad corrompida; los que imaginan que un edificio que por todas partes se derrumba puede sostenerse con las fuerzas solas de un hombre, hojeando el libro donde la *testigo de los tiempos* apunta los sucesos humanos, encontrarán á Trajano, á Adriano, á Antonino Pío, á Marco Aurelio, colocados casi sin interrupcion, para que abrazaran un largo espacio de tiempo y su obra no fuera acusada de impotente por lo breve.

Y, sin embargo, estos hombres célebres, que reunian prendas tan excepcionales, ¡cuán poco influyeron en la suerte de aquella sociedad! Algunas conquistas pasajeras, muchas y ostentosas obras públicas, la literatura lanzando fugaces resplandores bajo los primeros Flavios, las artes en tiempo de Adriano, y en la época de los Antoninos, la Filosofía; pero ¡cuán pronto desaparece todo este brillo artificial!

¡Evitar el desastre prolongando la vida del imperio!

¡Error más grave aún!

Roma sucumbe; pero la civilizacion antigua conserva en Constantinopla por espacio de muchos siglos sus repugnantes caracteres. El cinismo y el crímen se ostentan en la capital de Oriente bajo la púrpura imperial: la religion se vé en ella conturbada por perpétuas herejías.

La prolongacion de la vida del imperio en Oriente sólo fué parte para esterilizar á aquel hermoso suelo donde se arrastra ante nuestros ojos, con su eterna agonía, el islamismo, agonía prolongada por los celos y rivalidades de los modernos Estados de Occidente.

Era, pues, necesario y providencial que el imperio muriera á manos de la barbarie.

Mas ¿cómo unificar los elementos civilizadores de la moribunda sociedad antigua y el espíritu individual que importaban los invasores?

Ninguno de los contemporáneos llegó á adivinar el nexo misterioso que uniria lo pasado con lo futuro, cuando en un rincon de la Judea apareció la Religion cristiana, autora de tan maravilloso prodigio.

Léjos de nacer bajo las frondosas sombras del Pórtico ó bajo la espléndida púrpura del imperio; léjos de adular á las potestades de la tierra ó de rendir culto á las opiniones reinantes, la *Buena nueva* heria los más caros intereses de la aristocracia romana, combatia las preocupaciones populares y las creencias nacidas al calor de las primeras caricias maternas, confirmadas en las escuelas durante la juventud, predicando las más extrañas doctrinas; nacia en un establo, crecia en una árida montaña salpicada por la sangre vertida en el más infamante de los suplicios, y se propagaba por pobres pescadores.

Por eso los fieles fueron mirados como *impíos* y apellidados *enemigos de los Césares y del género humano.*

Entónces comenzaron las persecuciones, exigiéndose sólo á los cristianos, para librarse de los más crueles suplicios, que quemaran algunos granos de incienso ante la imágen del emperador ó ante el altar de los dioses.

¿Cómo contestaban á esto los discípulos de Jesucristo?

El modelo de su conducta lo habia ofrecido el proto-mártir Estéban, rogando á Dios, en sus últimos momentos, que perdonara á sus verdugos.

Los cristianos, ya que no defendian sus vidas, quisieron defender su fé, y Arístides y Cuadrato, San

Justino, Minucio Félix, Tertuliano y tantos otros, valiéndose de la cátedra, de la palabra en las reuniones populares y de trabajos científicos, acudieron á los emperadores ó á la multitud defendiendo sus creencias y pidiendo un poco de tolerancia para su fé.

Los tan conocidos textos de San Justino, de Tertuliano y de otros muchos, prueban la grande extension que alcanzaba el Cristianismo á pesar de las persecuciones.

Los Obispos y los Concilios procuraban moderar el ardor irreflexivo de ciertos cristianos, que alguna vez provocaban á los verdugos, para luego caer ante lo rudo y terrible de los tormentos; y, en su consecuencia, cuando se acusaba á alguno de los fieles, le aconsejaban que huyera si no se sentia firme para el martirio. Algunos compraban de los magistrados avaros una certificacion de haber cumplido con los ritos prescritos, mentira que la Iglesia perdonaba por medio de la penitencia. Aquellos mismos, cuya firmeza habia sucumbido en las pruebas al cesar las persecuciones, acudian frecuentemente suplicando que se les admitiera de nuevo.

La Iglesia de Oriente estableció reglas para estos casos de acuerdo con el Cánon LV del Sínodo Eliberritano, que prohibia á los fieles romper los ídolos de los gentiles, previniendo que si alguno fuese muerto por ello, no se le recibiera en el número de los mártires; precepto inspirado en la necesidad de no dar pretexto á la cólera de los gentiles contra la Iglesia, y para contener á los que no ansiaban el martirio por celo de la Religion, sino por motivos temporales.

Pero indudablemente, así como el Evangelio dijo: *No os expongais á las tentaciones: sereis llevados ante los tribunales*, no dijo: *no os presentareis*, á los que se sen-

tian firmes, sostenidos por la inspiracion de Dios, para ser testigos de la fé.

Como no podia menos de suceder, las reglas previsoras y el rigor oportuno de los Concilios, fueron saludables, demostrando, segun ya hemos dicho, el espíritu de obediencia que animaba á los fieles en aquellas remotísimas edades.

Los frutos, pues, del árbol de la fé, tan esmeramente cultivado, fueron abundantísimos.

Sin fijarnos más que en la décima tercera persecucion inspirada por el feroz Galerio y ejecutada por el bárbaro Daciano, y en sólo algunas ciudades españolas, si quisiéramos parodiar al poeta Aurelio Prudencio *(Peristephanon)*, y, en alas de su cristiano númen, nos trasladáramos, al juicio final, y personificando á estas ciudades, presentara cada una de ellas al Eterno Juez la sangre de sus mártires para escudarse con ella (V. Lafuente, 1-53), *Zaragoza* presentaria á Vicente y á Engracia y á sus 18 mártires; á á Leocricia y á Justo y Pastor, *Toledo*; á Victoria, Acisclo, Zoilo y sus 20 santos amigos, á Fausto, Januario y Marcial, *Córdoba*; á Eulalia y Julia, *Mérida;* á Marcelo y Nonia, *Leon*; á Servando y Germano, *Cádiz*, y á este innumerable ejército de Testigos de la fé, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, porque como cantó Prudencio *(Peristephanon.* Hymno I, versos 75 al 78):

O vetustatis silentis obsoleta oblivio!
Invidentur ista nobis, fama et ipsa extinguitur.
Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit:
Ne tenacibus libellis erudita secula
Ordinen, tempus, modumque passionis proditum
Dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.

Pero el dia de la victoria se aproximaba rápidamente, porque la sociedad romana, víctima de su

egoismo, de su prolongada y miserable senectud, de sus crímenes, que por do quiera se desmoronaba, debia sucumbir y ser vencida por otra sociedad jóven, llena de vigor, con inquebrantables convicciones y con soluciones fecundas y nuevas para todos los casos de la vida. Los bárbaros, vencedores del Imperio, sin gobierno, sin costumbres, sin leyes, sin unidad de creencias, sin civilizacion, debian á su vez ser conquistados en el órden moral por un poder constituido, superior á la fuerza de las armas, que predicaba la igualdad, que prometia premios y castigos, y un solo Dios para todos.

Todo anunciaba, pues, la victoria del cristianismo.

Y triunfaron los cristianos, que ya no fueron objeto de las burlas de los sofistas, desagravio de la tiranía de los emperadores, esclavos en las cárceles, alimento de las fieras, para sanguinario placer del pueblo-rey.

Hubo un dia en que la Providencia, satisfecha de tan rudas pruebas, colocó al lado de Constantino á Osio, perseguido por el tirano Magencio, al clarísimo faro de luz de la Iglesia de España y gloria de la Iglesia Universal, que decidió el ánimo vacilante del emperador.

¡Cuán distinta fué entónces la conducta de los cristianos con los gentiles, de la que éstos habian con ellos observado!

Notable es, bajo este aspecto, el edicto de Constantino citado por Eusebio, (*Vita Constantini:* II, 56.) en que se establecia la verdadera libertad religiosa, dejando vivir el culto antiguo al lado del nuevo.

La existencia de escuelas públicas paganas pregona la tolerancia de la Iglesia; que el cristianismo triunfante no quiso vengarse de sus más crueles enemigos. Pretéstato, Simaco, Libanio, gozaron de gran

favor en la córte, y Eunapio y Zósimo escribian historias abiertamente contrarias á la verdadera fé.

Los fieles habian ofrecido á sus enemigos irrecusable testimonio de cuán inútiles son las persecuciones y el derramamiento de sangre para apagar la luz de las creencias; y por otra parte ¿á qué combatir al gentilismo, edificio cuarteado que por todas partes se derrumbaba?

LECCION LXI

VARIEDAD DE CAUSAS QUE CONTRARIARON Ó FAVORECIERON EL DESARROLLO DEL CRISTIANISMO.—VICTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Aún todavia el paganismo, como incendio que lanza sus postreros resplandores en el momento de extinguirse, hizo un último esfuerzo con Juliano el Apóstata. El ingrato protegido de Constancio se empeñó en dar un sentido filosófico á las desacreditadas fábulas gentílicas, mofa ya de los sábios y del pueblo. Para reducir á los cristianos á una abyecta horda de salvajes, vedóles el acceso á las escuelas como discípulos, y, cuando los sofistas podian enseñar libremente, prohibió á los cristianos que fueran maestros de retórica y bellas letras, explicando tan tiránico precepto con estas sarcásticas frases:—«Yo no quiero »obligar á nadie á que cambie de creencias: escojan »entre no explicar estos escritores que condenan su »doctrina (la de los clásicos), ó si quieren explicarlos, »manifiesten con los hechos que aprueban sus creen»cias, y enseñen á los jóvenes que Homero, Hesiodo

»y otros, acusados de error, de impiedad y de locu»ra, no son como los representan. El que los tiene en »mala opinion, y sin embargo, vive de su mérito, »obra como esclavo de sórdidos intereses y es capaz »de todo por un poco de dinero (Epistola LIII).»

Tras de cerrar de tal manera á los cristianos el camino de la ciencia, quedando de este modo dueño de las primeras impresiones de la juventud, Juliano los excluyó igualmente de los cargos públicos y de las artes liberales, y adornó las escuelas y los estandartes con las imágenes de los ídolos.

Pero, muy en breve, la muerte acabó con sus propósitos, rodeado de los parthos victoriosos y del Tigris amenazador.

Y, sin embargo, el helenismo aún continuó la lucha, y los fieles, que la habian aceptado en los anfiteatros, la aceptaron tambien en el campo de la discusion.

Ya hemos visto, en tiempos anteriores, á los Apologistas pidiendo en vano un poco de exámen y de tolerancia para sus doctrinas.

Ahora, dividido el imperio, tomó distinto carácter la batalla que entónces, como en todos las edades, libraban el Oriente y el Occidente.

¡Cuán diversa es la lucha en Roma y en Constantinopla!

Roma, para la que el gentilismo era una tradicion, la encarnacion de los privilegios de los patricios, el pan y los circenses de la muchedumbre, defendiendo intereses materiales, atacaba con pasion, como acontece siempre que se lucha por las cosas que se refieren á la aplicacion de los usos inmediatos de la vida y con el apasionado carácter occidental del que tambien, en cierta manera, participan los Padres latinos.

Constantinopla, representante de la Grecia politeista, apegada á sus tradicciones de escuela, orgullosa con haber llevado á Roma sus dioses, disputadora y vana, combatia al cristianismo en nombre de la filosofía.

Por eso, aunque todos son iguales en el fondo, y sin fijarnos en otros Padres de la Iglesia, no menos famosos, es tan distinto el carácter, por ejemplo, de San Agustin, San Jerónimo, San Hilario y San Ambrosio, del de Clemente, Alejandrino, Orígenes, San Basílio y San Juan Crisóstomo. Empeñados los primeros por medio del idioma latino en desarrollar las consecuencias prácticas del cristianismo, tendiendo los otros por medio del griego hácia su parte especulativa y procurando asentarlo por medio de la filosofía. Discutidores los unos, con su carácter oriental, apasionados los otros, con su ardiente sangre del Mediodia.

San Agustin, dotado de inagotable talento enciclopédico, ilustró todas las materias sentando principios que modernamente se han tenido como descubrimientos. Él indicó las bases de la verdadera *Filosofía de la Historia*, conciliando la libertad humana con la accion de la Providencia, pudiéndosele, en fin, considerar como el *Gran Maestro* de cuantos se consagraron á explicar el dogma entre los latinos.

San Jerónimo, vivo, brillante, superabundante de fantasía, ingenio políglota, combate enérgicamente á los herejes con su apasionada elocuencia, y desde su retiro de Bethelem, deshace los vínculos que unian al patriciado romano, encariñado con los ritos pátrios, empleando para ello el poder que sobre las más nobles y virtuosas damas romanas le daban su virtud intachable, enérgica elocuencia y su brillante imaginacion.

San Hilario, á quien San Jerónimo apellidaba *elocuenciæ latinæ Rhodanus*, de estilo expléndido, de vigorosa y brillante elocuencia, humilló á la herejía con sus conocimientos profundísimos y con su ruda palabra, y no vaciló en arrostrar la cólera de los poderosos.

San Ambrosio, el defensor incansable de la fé y enemigo práctico del gentilismo y de la herejia, tuvo decisiva influencia en la política, y más de una vez osó hablar al emperador Teodosio el áspero lenguaje de la verdad.

Clemente de Alejandría reunia á una inmensa erudicion en la literatura pagana, inquebrantable amor á la filosofía, y con especialidad á la platónica. Insigne en el raro don de la enseñanza, poseia la difícil ciencia de la índole de cada uno de sus discípulos, y por consiguiente, la de encaminar á cada cual segun sus facultades.

Orígenes hizo innumerables conquistas en la aristocracia pagana y entre los herejes, con el empuje de la fecundidad de su ciencia y de su dominio en las letras paganas. Él alentó el valor de los cristianos durante la persecucion de Maximino y alcanzó bajo el emperador Décio el glorioso título de *Confesor de Jesucristo*, que acaso codició con ardor exagerado.

San Basilio, apellidado *Predicador de la limosna*, observador profundo de la naturaleza, apreciador de esos pormenores que revelan al génio, cualidades que habia desarrollado en la soledad y el retiro, que tanto amó, con un corazon en el que gemian tristezas profundas é inmensas esperanzas, se complacia en presentar á sus oyentes por medio de su ática palabra, el espectáculo de la naturaleza para elevarse desde lo creado á lo increado, para encontrar en todas partes el símbolo y lo instable de las cosas de la vida.

«Si alguna vez, exclamaba, en una noche serena, »fijando los atentos ojos en la belleza inefable de los »astros, has pensado en el Creador del Universo y te »has preguntado quién sembró de tales flores el fir»mamento: si durante el dia has estudiado alguna »vez los portentos de la luz, elevándote por las cosas »visibles á las invisibles, serás un oyente bien prepa»rado y podrás tomar tu puesto en este anfiteatro »magnífico. Venid, que, así como se lleva de la mano »á los que no conocen una ciudad, del mismo modo »quiero yo conduciros, como extranjeros, por entre »las maravillas de esta gran ciudad del mundo»

«Si el Océano, decia, es hermoso y digno de ala»banza en presencia de Dios, ¿cuánto más bello no es »el movimiento de esta cristiana asamblea, en que »las voces de los hombres, de los niños, de las muje»res, confusas y resonantes como las olas que se »quiebran en la ribera, elevan nuestras oraciones has»ta el Trono de Dios?»

Para abatir el orgullo y calmar la desesperacion, presenta en otra ocasion á sus oyentes este inimitable cuadro de lo instable de las cosas humanas.

«Como aquellos que se duermen en la nave son »empujados hácia el puerto, y sin saberlo, se aproxi»man al fin de su viaje, del mismo modo, en la rapi»dez de nuestra vida fugitiva, somos arrastrados con »un movimiento insensible, pero incesante, hácia el »último término. Tú duermes, y el tiempo pasa; ve»las, meditas, y la vida se va. Somos correos obliga»dos á emprender un viaje: pasas por delante de todo, »todo lo dejas detrás: viste en el camino arboles, pra»dos, aguas, todo lo que puede atraer las miradas: »se despertó tu atencion un momento y seguiste ade»lante: caiste sobre piedras y precipicios, entre bes»tias feroces, reptiles venenosos y otros azotes: des-

»pues de haber sufrido algun tanto, los dejaste á la »espalda. Tal es la vida: no duran ni sus placeres ni »sus trabajos.»

Con San Juan Crisóstomo espira la elocuencia griega. Este Santo Padre, dueño cual ninguno del corazon de sus oyentes, sabe como ninguno dar á todo mágico colorido.

Nada, nada más conmovedor que las palabras que pone en boca de su madre, cuando teniendo ésta noticia de que Crisóstomo pensaba dedicarse por completo á la vida solitaria, «le tomó de la mano, le llevó »á su cuarto, y habiéndole hecho sentarse á su lado, »en el lecho en que le habia dado la vida, se echó á »llorar y despues le dijo cosas aún más tristes que las »lágrimas.»

Eutropio, ensoberbecido con el favor del emperaperador, habia ultrajado á los grandes y á los pequeños y despojado á la Iglesia de su derecho de asilo.

El miserable eunuco cae desde su inmensa altura, y abandonado por el débil emperador, perseguido por la muchedumbre ávida de su sangre, pálido, trémulo, se refugia en el templo y se abraza á las columnas del altar.

La muchedumbre invade las calles y las plazas, y, como desbordado torrente, inunda el templo, tocando con sus crispadas manos al miserable.

San Juan Crisóstomo le protege con sus sagradas vestiduras, pronuncia una oracion, modelo de generosidad cristiana, de grandeza, de elocuencia, y arranca, por último, de los horrores de una muerte cruelísima, al poco ántes altivo y feroz enemigo de la Iglesia.

Ahora bien: ¿era posible, no sólo que se hundiera sino que vacilara el nuevo edificio, sostenido por tan vigorosas columnas (la Iglesia no está hecha de

columnas, sino de hombres, decia San Efrem): que no triunfaran oradores tan potentes en medio de la universal decadencia, de la afeminacion de las clases elevadas, del envilecimiento del pueblo, de la ineptitud de los monarcas, gobernados por eunucos y mujeres, de las rudas invasiones extranjeras, de las estériles controversias, del incendio, del robo, de la indiferencia comun ante la ruina universal: cuando los que habitaban en las ciudades se habian ido á los desiertos y los que poblaban las soledades y los ántros se habian presentado intrépidos en las ciudades: cuando sólo la Iglesia hablaba el lenguaje de la caridad: cuando Hilario, Obispo de Arlés, trabajaba con sus propias manos para los pobres: cuando San Ambrosio vendia las alhajas de los templos para rescatar prisioneros: cuando Deogracias, Prelado de Cartago, agotaba todos los recursos de la Iglesia para redimir esclavos y erigir hospitales, asistiendo dia y noche á los enfermos á pesar de su ancianidad: cuando Acasio, Obispo de Amida, cuidaba á lor siete mil adiabenos prisioneros de los romanos, y reuniendo á su clero, enajenaba las riquezas de los templos para sustentar á aquellos desdichados haciendo que el maravillado Varanes V de la Pérsia suspendiera la persecucion: cuando el Obispo de Nola empleó cuanto tuvo para redimir á los siervos, y cuando ya nada le quedaba se dió él mismo en esclavitud para rescatar al hijo de una viuda?»

Vencieron: porque solo Sinesio se atrevió á defender á la desdichada Cirene, exclamando en el último extremo: «yo permaneceré en mi puesto en la Iglesia: »colocaré ante mi los vasos sagrados: abrazaré las »columnas que sostienen la Santa Mesa: allí perma»neceré miéntras tenga vida: allí caeré muerto. Yo »soy ministro de Dios, y si acaso es necesario que le

»haga el sacrificio de mi vida, Dios dirigirá una mira»da sobre el altar, regado con la sangre del Pontífice.»

Vencieron, porque solo San Leon el Magno osó afrontar á Atila, librando á Roma, que ya no defendia Scipion, del saqueo, de la muerte y del incendio.

Vencieron: porque ¿qué podia la filosofía contra aquellos hombres armados de los rayos de la elocuencia: la muchedumbre irritada contra los Apóstoles de la caridad: los tiranos sobre los que en nada tenian la vida, contra los que decian *(San Gregorio Nacianceno.)* «¿Qué somos? Un sueño fugaz, un fantasma impalpa»ble, el vuelo de un pájaro que pasa, el bajel que »huye por el mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío »de la mañana, flor que hoy se entreabre y al dia si»guiente se marchita.»

Vencieron: porque ¿qué podian los tiranos contra hombres como San Ambrosio que no temia afrontar la cólera del emperador Valentiniano, empeñado por su madre Justina en que el Obispo cediera para el culto arriano un templo de Milan, diciéndole: «¿que»reis mis vestidos, tierras, dinero? Yo os lo daré, aun»que mis propiedades son de los pobres; pero las cosas »de Dios no dependen del emperador. ¿Quereis enca»denarme ó condenarme á muerte? Esto sería un pla»cer para mí: no me escudaré con la multitud del pue»blo, ni me abrazaré á los altares rogándoos por mi »vida: me será muy dulce caer inmolado en su de»fensa.»

Y sin embargo, despues de tan señaladas victorias, despues de tan empeñados combates en que quedaron rotas todas las armas enemigas, cada dia el vencido *Prometeo* intenta renovar la lucha, pugnando por levantar su cuerpo encadenado: y es que la *Iglesia* ha salido más fuerte tras de cada combate: es que us enemigos, queriendo destruirla, sólo consignen

engrandecerla: es que, como el oro al fuego, el espíritu católico, en ocasiones, necesita purificarse y se purifica entre los rudos combates de la herejia.

Por eso la *Iglesia Católica* está siempre apercibida para las luchas de la inteligencia, segura en el cumplimiento de las divinas promesas, de *que sus enemigos no prevalecerán*.

LECCION LXII

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN ROMA.—PRIMERO Y SEGUNDO PERÍODO.

Roma, poder esencialmente militar, desde que se inicia en el mundo, con escasos paréntesis, vivió en sempiterna lucha, peleando primero con sus vecinos, luego avasallando á todos los pueblos, hasta que, por último, sucumbe á manos de los bárbaros.

Doce siglos trascurren desde la fundacion de la ciudad, que habia de ser metrópoli del *Orbe Antiguo*, hasta la ruina del Imperio de Occidente; y en este período se desarrollan en ella los caractéres todos de su existencia.

La literatura latina se divide generalmente en cinco períodos:

1.° Desde la fundacion de la ciudad hasta la conclusion de la primera guerra púnica (516 de Roma).

2.° Hasta la muerte de Sila (78 a. de Jesucristo).

3.° Que llega hasta el fin del imperio de Augusto (14 despues de Jesucristo).

4.° Que termina á la muerte de Trajano (117 de Jesucristo).

5.° Que concluye con el Imperio Romano de Occidente en 1453.

Esto, en cuanto al estudio de las letras y de las

ciencias paganas; pues las cristianas tienen distinto fin y diversos medios que no se conciertan con el objeto de estas lecciones.

Primer período. En los primitivos tiempos, que comprenden los cinco primeros siglos de Roma, ocupado este pueblo en eternas luchas y conquistas, sólo pudieron ocuparse los romanos de fortalecer el sentimiento religioso, el del arte militar y de los medios de satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida.

Su destino, especialmente en este primer período, está resumido en los siguientes versos del más grande de los poetas latinos:

Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbos (Eneid. VI, 851).

Por consiguiente, durante largo tiempo, en sus letras y en sus ciencias no hay que buscar otra cosa más que las que pudieran referirse á la guerra, á la religion y á los asuntos agrícolas.

Así, los primeros monumentos que se conservan pertenecientes á la literatura latina, son los *Cantos de los Arvales*, sacerdotes del campo; los *himnos de los Salios*, sacerdotes de la custodia de los escudos y anciles de los romanos; algunos restos de las *Leyes reales;* los de las *Doce Tablas;* la inscripcion de la tumba de *Scipion Barbado;* la inscripcion funeraria de L. Cornelio Escipion, y la columna rostral del cónsul C. Duilio.

Estos escasos restos son cuanto queda de la literatura latina en el primero de sus cinco períodos.

Segundo período. Declarada la Grecia provincia romana, con el nombre de Acaya, despues de la toma de Corinto (146 ántes de Jesucristo), ni Atenas, ni Alejandría, ni Pérgamo, ni otra ciudad alguna podia ser más que Roma metrópoli de las ciencias y de las letras.

A Roma se trasladaron, pues, los sábios y los artistas de la Grecia en busca de proteccion.

Pero, al comenzar este período, y áun durante largo tiempo, los austeros republicanos que entónces regian á Roma se oponen tenacísimamente á la propagacion de la literatura y de las ciencias griegas, como contrarias á las costumbres puras y sencillas que debian regir la república; siendo necesario, para que fueran aclimatándose, no sólo el trascurso del tiempo, sino el tránsito de la República al Imperio.

Sin embargo, durante los ciento cuarenta años que dura este período, se perfecciona la lengua latina, y las letras y las ciencias griegas logran al fin establecerse en Roma.

A las rudas y obscenas representaciones atelanas sustituyeron las obras trágicas que importó á Roma Livio Andrónico, y en que fueron autores Q. Ennio, M. Pacuvio y L. Accio, con escasa fortuna, dado el carácter y las costumbres del pueblo romano.

El cultivo de la comedia, á imitacion de Aristófanes, que tan alto lugar alcanzó en Grecia, quiso ser importado á Roma por Cucio Nevio, sin considerar que este género de literatura, aplaudido por la democracia ateniense, no podia ser tolerado por la república romana, regida por altivos aristócratas.

Nevio pagó tan atrevido ensayo con la pérdida de su libertad.

M. Accio Plauto es uno de los más originales entre los escritores latinos, como lo demuestran las veinte comedias que se conservan de tan insigne autor.

A Plauto, el poeta cómico popular, sucedió Terencio con la intermediacion de Cecilio.

Terencio, menos original, pero más culto que Plauto, es el escritor de las clases privilegiadas.

Sólo seis de las comedias de este escritor han llegado hasta nosotros.

Entre los demás poetas númicos que entónces flo-

recieron citaremos al ya nombrado Cecilio, á Quintio Atta, á Afranio, á quien Quintiliano equipara con Plauto y Terencio; á Licinio y á Atilio: los cuatro últimos cultivadores de la *comedia togada*.

Andrónico, Nevio y Ennio son citados como poetas épicos de esta Edad, logrando los dos primeros grandes elogios de Ciceron, y colocando al tercero no pocos escritores como uno de los grandes genios de las letras latinas en este período.

Desde los cantos terceninos los romanos se elevaron á la verdadera sátira, género literario que habian de cultivar despues con tanta fortuna, en manos de Ennio y de su continuador Pacuvio, que elevó á la mayor altura el caballero Lucilio, tan censurado por Horacio como elogiado por Quintiliano.

Entre los poetas satíricos de esta Edad deben mencionarse los nombres de Valerio Caton y de M. Furio Bibáculo. Porcio Licinio, Q. Lutacio Catulo y Lucio Valerio Æditus cultivaron con fortuna la epigramática.

Para cerrar el cuadro de los poetas que durante este período se hicieron notables en los diversos géneros literarios, mencionaremos á Tito Lucrecio, que algunos colocan en el siglo de oro de la literatura latina, pero que debe ser tenido como de transicion entre el segundo y el tercero de aquéllos.

Lucrecio, autor del poema *De rerum natura*, alcanzó gigantesca fama como poeta, y es en gran parte responsable como filósofo (epicureismo) de la desmoralizacion de los romanos.

El primero de los historiadores latinos es Fabio Pictor, autor de unos *Anales*; Caton, de los *Orígenes*; L. Calpurnio Pison, Cassio Hemina, Q. Fabio Máximo Serviliano, C. Fannio y Cecilio Antipater deben contarse entre los historiadores de esta Edad; así como, entre sus biógrafos, escritores de monografías y de me-

morias, Emilio Scauro, Rutilio Rufo y el dictador Sila.

La índole del gobierno de Roma en este período era muy á propósito para que alcanzara gran desarrollo la elocuencia.

A la sencillez de los panegíricos fúnebres, primera manifestacion de la oratoria en Roma, sucedieron ilustres oradores, que menciona Ciceron en su libro *Brutus sive de claris oratoribus*.

Cornelio Cetego, Escipion el Africano, Tiberio y Cayo Graco, Caton, Sulpicio, Galba, L. Craso, C. Papirio, Carbon y Marco Antonio fueron ilustres oradores; pero sobre todos M. T. Ciceron.

Con ocasion de la llegada á Roma de Crates de Mallo, como embajador de Atalo, rey de Pérgamo, que dió públicamente en la Ciudad Eterna lecciones de gramática con la extension que entónces tenian estos estudios, se despertó hácia los mismos grande aficion entre los latinos; mereciendo citarse en este arte Q. Vargunteyo, Lucio Aelio Preconino, Servio Clodio, Servio Nicanor y el ilustre Caton.

Ya dijimos que una de las profesiones más honradas en la antigua Roma fué la agricultura, en la que existieron por lo mismo prácticos y tratadistas insignes.

M. Porcio Prisco Caton, que nació en el año 520 de Roma, ilustró estos estudios con su obra titulada *De re rústica*, que dividió en 162 capítulos

Tambien hemos dicho ántes que, al comenzar la existencia de Roma, en ella fué muy estimado el estudio del Derecho, el cual adquirió mayor importancia cuando, por consecuencia de las victorias de la plebe sobre la aristocracia (552 de R.), este estudio dejó de ser patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas.

En este período distinguiéronse muy especialmente en la ciencia del Derecho, Caton el Antiguo, Manilio Hostilio, M. Junio Bruto y los dos Escévolas.

LECCION LXIII

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN ROMA.—TERCER PERÍODO.

El *tercer período* de la literatura latina comprende el siglo, no completo, trascurrido desde la muerte de Sila hasta la de Augusto (767 de la fundacion de Roma al 14 despues de J. C.)

Sila acabó realmente con la república, y desde la muerte de este dictador comienza un período de luchas incesantes que habian de terminar con dar á Roma un señor; lo que logró á la postre Augusto por consecuencia del combate de Actium.

El afortunado sobrino de César pudo cerrar al cabo las puertas del templo de Jano.

Augusto, secundado por su célebre ministro Mecenas, se propuso apartar á los ingenios romanos de la intervencion en los asuntos del Estado, y á este fin distinguió con grandes mercedes á artistas y literatos; fundó escuelas y bibliotecas; y, por su parte, los literatos y los artistas agradecidos, premiaron los esfuerzos del astuto emperador haciendo inmortal su fama.

¡Felices los tiempos en que los hombres que la Providencia coloca al frente de los imperios adoptan semejante conducta, como desgraciados aquellos en que sólo se atiende á los llamados *políticos!*

Así, al amor de la proteccion imperial, crecia con impensado brillo la literatura latina, y se trasladó á Roma la de la Grecia; así, con razon sobrada, es este período conocido con el nombre de *Edad de oro de la literatura latina.*

Con efecto, en la tragedia se afamaron entónces Julio César, Estrabon, Vario, Ovidio, Mecenas, Augusto y Asinio Polion. La comedia sólo conserva los nombres de Titinio y de Cayo Meliso; en el mismo, que alcanzó en Roma tanta fortuna como decadencia la tragedia y la comedia, lograron ruidosa reputacion, entre muchos, Macio, Philistion, Catulo, Latino, Léntulo, y sobre todos Décimo Laberio y Publio Syro.

En la elegía (palabra que entre los latinos se referia á la forma y no á la materia de la composicion) alcanzaron merecida celebridad el insigne Catulo, que se trasladó á Roma ocho años despues de levantada la proscripcion impuesta á los filósofos y retóricos extranjeros como corruptores de las costumbres; el tristísimo Tíbulo, perfeccionador de este género literario; Propercio, entusiasta de los modelos griegos; y por último, Galo, cantor de su amada Citheris.

Ni el teatro pudo realmente aclimatarse en Roma, ni la verdadera poesía lírica, sujetiva y que vive y se alimenta de sentimientos, pudo tener legítimos representantes en un pueblo como el latino.

Una sola excepcion cuentan estas afirmaciones: Horacio, el primero y el único de los poetas líricos del Lacio.

Con efecto, el cantor Venusino, en sus odas religiosas, heróicas, morales y festivas, en sus sátiras y

en sus epístolas, presenta obras que serán admiradas miéntras las bellas letras sean estimadas por el hombre.

Así como Horacio es el más acabado modelo en los géneros que hemos indicado, lo es Publio Virgilio Maron en la poesía bucólica *(Eglogas)*, en la didáctica *(Geórgicas)* y en la épica (la *Eneida)*.

Publio Ovidio Nason, acaso el poeta dotado de más rica fantasía entre los del siglo de oro de la literatura latina, debe ser estudiado bajo sus diversos aspectos de escritor trágico, *(Medea)*, elegiaco *(Amorum, Tristium, Ex Ponto, Heroidas)*, didáctico *(Ars amandi, De remedio amoris, De medicamine faciei, Fasti)* y cíclico *(Metamorfóseos)*.

Muchos, durante *el siglo de oro*, cultivaron en Roma la poesia epigramática; entre ellos mencionaremos á Julio César, Octavio, Ciceron y su hermano Quinto, Cornelio Gallo, Licinio Calvo, Mecenas, Domicio Marco, M. Terencio Varron y Virgilio.

Sin embargo, ¡cuán pocos de estos poetas, dotados todos ellos de tan brillantes exterioridades, pueden leerse sin rubor, como ecos de una sociedad corrompida, y en que se habia perdido completamente el sentido moral!

La Historia tuvo á la vez felicísimos cultivadores, como el incomporable Júlio César y sus continuadores *(Comentaria de bello gallico, Comentaria de bello civilli, De bello Alexandrino, De bello africano, De bello hispaniense)*, quien á la vez se distinguió como poeta, como gramático, polemista, orador y legislador; el enérgico y conciso C. Crispo Salustio *(Bellum Catilinarium, Bellum Jugurtinum)*; Cornelio Nepote *(Vitæ excellentium imperatorum)*; Tito Livio, príncipe de los historiadores latinos *(Annales)*; Trogo Pompeyo, primero de los autores de Historia Universal entre los

romanos *(Historia philippicæ et totius mundi origines et terræ situs)*, perdida para los estudiosos por culpa de Justino, que, con su *Compendio*, hizo que cayera en olvido el original.

Por último, entre los historiógrafos latinos, deben contarse el emperador Augusto *(Monumentum Aucyarum)* y Verrio Flaco *(Fasti prenestini)*.

Los estudios filológicos fueron muy cultivados en el siglo de Augusto, figurando al frente de ellos el génio enciclopédico de M. Terencio Varron, que se ocupó de múltiples materias, aunque no en todas con igual fortuna que en la Gramática *(De linguae latinae)*, y en la Agricultura *(De re rustica)*, tan estimada entre los romanos. Merecen tambien ser citados como gramáticos Cayo Julio Higinio, que igualmente se ocupó de otras materias, como por ejemplo de la Astronomía *(Poeticum astronomicum)* y Verrio Flaco *(De verborum significatione)*.

Al frente de los retóricos figura Ciceron, y merecen consignarse los nombres de Cornificio, Cestio Pio y Rutilio Lupo.

El estudio de las Matemáticas, que tan alto lugar alcanzó entre los griegos, fué tenido en poco por el pueblo romano, lo que debemos considerar como indisputable causa de su atraso en las ciencias de aplicacion de aquel estudio, como la Geografía. Merecen sin embargo ser nombrados, Julio, Higino, Nigidio, Figulo y sobre todos M. Vitruvio Pollion, único preceptista de Arquitectura, cuyos trabajos literarios han llegado hasta nosotros de entre los muchos con que debió contar la Roma de Augusto.

La Medicina casi se limitaba en Roma, durante los seis primeros siglos de su fundacion, á remedios piadosos y á públicos experimentos.

Fueron precisas la conquista de Grecia, la corrup-

cion de las costumbres, las apremiantes necesidades ficticias, el abuso de los placeres y la pérdida de la fé religiosa, para que, menguada la salud pública, se cultivaran la Medicina y la Farmacia que se ejercian aún, durante largo tiempo, por esclavos y libertos.

Archegato y Asclepiades fueron los primeros médicos en Roma; tambien alcanzaron nombre Marco Artorio y Musa, médico de Octavio este último.

Aulo Cornelio Celso, escritor del arte de curar y de otros diversos asuntos (*De artibus*), fué el más celebre profesor de Medicina durante este período.

Ya dijimos que Roma, como pueblo conquistador, se distinguió siempre por sus numerosas disposiciones legislativas, no sólo para los pueblos vencidos, sino para el interior; lo que dió á su legislacion cierto carácter de universalidad. La decadencia del politeismo y la publicidad de los ritos que anteriormente reducian á determinadas clases el conocimiento de la legislacion y el desarrollo de los estudios filosóficos, ensancharon durante este período el horizonte de la Jurisprudencia.

El siglo de Augusto registra, pues, los nombres de muchos jurisconsultos célebres, entre los que citaremos á Q. Mucio Escévola, Aquilio Galo, Alieno Varo, Servio Sulpicio Rufo, Trebacio Testa, Tuberon, Capiton, y sobre todos á Marco Tulio Ciceron, orador incomparable, ante el cual quedan relegados á la sombra sus coetáneos Craso, Antonio y Hortensio, L. Mario Philipo, Cotta, Sulpicio, Julio César, Estrabon y Hortensio.

Con efecto: Ciceron llegó á la cumbre de los varios géneros literarios y científicos que cultivó.

El fué orador forense, (*Accusationes in Verrem Pro Archia, Pro Milone, In Q. Caecilium*); orador político, (*Contra P. Servilium Orationes, In Catilinam*

Orationes IV, *Philippicarum libri XIV*), retórico, *(Rethoricorum, ad Herennium libri quatuor, De inventione rethorice, Ad Q. Fratrem dialogi III, de Oratore, Brutus, sive de claris oratoribus, Ad M. Brutum, orator, Ad C. Trebatium, Topica, De partitione oratoria, Dialogus, De optimo genere oratorum liber)*; filósofo, *(Academicorum libri III, De finibus bonorum et malorum libri V, De natura Deorum libri III, De divinatione libri duo, De fato liber, De officiis libri III)*; político, *(De república libri VI, De legibus, Cato Major seu de senectute ad T. Pomponium Atticum, Lælius sive de Amicitia ad T. Pomponium Atticum, Paradoxa Stoicorum VI)*; epistológrafo, *(Epistolæ ad diversos, Epistolæ ad Atticum, Epistolæ ad Q. Ciceronem, ¿Epistolæ ad Brutum?)*.

LECCION LXIV

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN ROMA.—CUARTO PERÍODO.

¡Cuán rápida y pasajera es la grandeza literaria y artística de los pueblos!

Con efecto: la Historia demuestra con repetidos ejemplos que la civilizacion, léjos de perpetuarse en un país, pronto desaparece de él para alumbrar otras comarcas; que si aquélla llega á la cumbre, pronto desciende y decrece, y que los mismos que presenciaron ó pusieron manos en su mayor esplendor, asisten al espectáculo de su decadencia y ruina.

Así desaparece de Grecia la cultura del siglo de Perícles, y de Roma la de Leon X.

Muertos en la ciudad de Rómulo el sentimiento religioso y el amor de la patria, imperando el lujo y el loco afan de los goces materiales, habian de envilecerse las letras y las ciencias, puestas al servicio de miserables pasiones.

En vano fué, conocido el mal, oponerle el mísero remedio de establecer lecturas públicas, donde un auditorio servil adjudicaba aplausos y coronas, movi-

do por viles pasiones; en vano fué el establecimiento de espléndidas bibliotecas, que se convirtieron en objetos de lujo y de erudicion ridícula; en vano la creacion de escuelas oficiales, que muy pronto se trocaron en focos del mal gusto.

Y no es que deba deplorarse este resultado. A la falsa moral, á la triste filosofía de Grecia y de Roma, iban á suceder la moral y la filosofía verdadera, la moral y la filosofía cristiana, luchando con las cuales debia sucumbir el paganismo.

En vano algunos escritores, insignes representantes de lo antiguo, combaten durante esta Edad, *llamada de plata;* pues aún en estos mismos escritores se nota que inútilmente procuran revestir sus eruditas concepciones con estudiadas exterioridades, que hasta el mismo idioma se inutiliza en sus manos corrompiéndose; se le vé cambiar de índole y adaptarse á los nuevos y seguros derroteros que decididamente emprendian las letras, la moral y la filosofía.

Fedro, primero de los fabulistas latinos, señala ya en sus obras la transicion del tercero al cuarto período, pese á su indisputable sencillez y correccion.

El cordobés Séneca aparece como poeta trágico en el momento mismo en que los mimos y las pantomimas habian llegado al más alto grado de corrupcion, cuando ya ni áun satisfacian las licenciosas comedias de Plauto, y enriquece la literatura latina con sus obras de las que se le atribuyen diez tragedias (*Medea*, *Hypolitus*, *Ædipus*, *Troades*, *Agamenon*, *Hércules furens*, *Tyestes*, *Thebais*, *Hércules*, *Œteus*, *¿Octavia?*), obras indudablemente escritas para la lectura, á las que no puedan concederse los honores de verdaderos trabajos teatrales, y en las que sobresale el espíritu de duda y de vacilacion que distingue al período en que floreció tan insigne escritor.

A más de Séneca, aparecieron otros autores dramáticos en esta Edad, de los que nada se conserva, como Pomponio Secundo, Curacio Materno y el poeta cómico Virginio Romano.

La épica cuenta á la vez con notables representantes.

El cordobés M. Anneo Lucano, el más ilustre de esta ilustre familia, mancilla su memoria con la miserable bajeza y crueldad con que se condujo al ser descubierta la conjuracion de Pison, denunciando á su inocente madre y á sus amigos. De sus varias obras sólo poseemos la *Pharsalia*, y aún ésta, incompleta y bruscamente terminada; obra que ha merecido á los contemporáneos y á la posteridad juicios tan diversos; pero á cuyo autor no es posible negar imaginacion exuberante y talento de primer órden.

Cultivadores de la épica en esta edad y empeñados en la reaccion clásica, son Silio Itálico, de quien se conserva el poema titulado *Bellum punicum secundum*, fuente preciosa de noticias históricas y geográficas; C. Valerio Flaco, que, en su *Argonauticon*, procuró imitar á Apolonio de Rodas; P. Papinio Estacio, célebre por sus dotes de improvisador de que son claro testimonio sus *Silvas*, que en su *Thebaida* imitó al griego Antímaco y á Occidio y á Virgilio, y de cuya *Aquileida* sólo han llegado hasta nuestros dias el primer canto y parte del segundo.

La sátira, tan propia del ingenio latino, que tantas ocasiones de ser ejercida encontraba en estos míseros tiempos, tuvo felicísimos adeptos en Persio y Juvenal, á los que es preciso añadir á Turno, y sobre éste á Sulpicia, esposa del filósofo Caleno.

Ciertamente tendríamos que renunciar áun al más simple índice de los epigramáticos latinos, si hubiéramos de nombrarlos á todos; pues cuantos poetas hu-

bo en Roma, cultivaron este género de literatura, que tuvo su más feliz intérprete en M. Valerio Marcial, nacido en Bílbilis, pueblo cuyas ruinas parecen en el cerro de Bambola, cerca de Calatayud.

Marcial, que debió á la Providencia cualidades superiores como poeta, y un alma nacida para el bien, fué, sin embargo, bajo y repugnante adulador de Domiciano, y miserable corruptor de la envilecida Roma.

Aunque reducida la oratoria en estas épocas á los trabajos del foro y á los ejercicios de las escuelas de retórica, brillaron en ella no pocos talentos de primer órden; pero vistiendo las falsas galas propias de los tiempos de decadencia en que florecieron, distinguiéndose entre todos el cordobés M. Anneo Séneca y el calagurritano M. Fabio Quintiliano, del que sólo se conserva su preciosa obra *De institutione oratoria*; Plinio el Jóven, y el autor desconocido del célebre *Diálogo de los oradores*.

La filosofía fué muy poco cultivada por el pueblo romano, eminentemente práctico; por ello sólo citaremos, entre los filósofos de esta Edad, á L. Anneo Séneca, mencionado ya como poeta trágico, maestro de Neron, cuya vida y cuyas doctrinas abundan en tantas contradicciones.

Pese á la general decadencia de las ciencias y de las letras, se distingue este período por los muchos y buenos historiadores con que cuenta, entre ellos, C. Valerio Patérculo, autor de una *Historia romana*, en que campean el profundo sentido y la imparcialidad de su autor; el anecdótico Valerio Máximo *(Exemplorum memorabilium libri X)*; Julio Obsequens, veracísimo autor del libro de los *Prodigios*; Q. Curcio Rufo, elegante y novelesco biógrafo *(De rebus gestis Alexandri Magni)*; Cayo Suetonio Tranquilo, *Magister epistolarum* del emperador Adriano, que se hizo notar en el

estudio de las biografías *(Imperatorum vitæ, De viris in litteris illustribus);* el cordobés Lucio Anneo Floro, imparcial extractador de Tito Livio; y por último, C. Cornelio Tácito, que á todos los oscurece, severo é imparcial (aunque injusto para los judíos y cristianos) y frio para con los valientes germanos sacrificados en los espectáculos del Circo. La *biografía de Julio Agrícola, la Germania (De situ, moribus populisque Germaniæ libellus),* las Historias *(historiarum libri)* y los Anales *(annalium libri XVI),* son los más preciados trabajos de este escritor.

Las ciencias naturales tuvieron en estos tiempos cultivadores felicísimos con Séneca el trágico *(naturalium quæstionum)* y con Plinio el Mayor *(naturalium historiarum),* erudito compendiador el primero de cuanto habia dicho la ciencia griega acerca de este ramo del humano saber, y enciclopedista el segundo, que así se ocupa de Zoología y de Botánica, de los medicamentos que suministran los productos de los reinos animal y vegetal, como de la Escultura, de la Pintura, de la Geografía y la Cosmografía.

Entre los gramáticos sólo podemos hablar de Asconio Pediano, de cuya obra *(Enarrationes)* sólo quedan escasos fragmentos; de Valerio Probo, que puede consultarse en sus trabajos titulados *Grammaticarum institutionum libri duo* y *De interpretandis notis romanorum*; del vanidoso y soberbio Claro Remnio Fannio Palemon *(Ars grammatica, summa grammatices* y *Ars secunda);* de Cornuto y de Calpurnio Pison.

El ilustre gaditano, L. Junio Moderato Columela, fué insigne escritor de agricultura; Sexto Julio Frontino se hizo notable en el estudio de las Matemáticas aplicadas, con sus obras *De aquæductibus urbis Romæ commentarius* y *De stratagematibus*; entre los escritores de Jurisprudencia, Sabino, Próculo y muchos otros.

El conciso español Pomponio Mela, nos dejó un monumento imperecedero en su obra geográfica titulada *De situ orbis;* entre los que cultivaron el muy atrasado *arte de curar*, mencionaremos á Claudio Menécrates; á Andromacho, archiater de Neron; á Apuleyo Celso; á Escribonio Largo Designaciano; á Vetio Valiente, y á Plinio Segundo.

LECCION LXV

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS EN ROMA.—QUINTO PERÍODO.

Ya hemos visto cuántos escritores ilustres atesora el cuarto período, pero pertenecientes todos á la decadencia iniciada en los mismos dias de Tiberio.

Esta decadencia, como acontece con todos los cuerpos que caen, se precipita en el quinto período, que comprende desde la muerte de Trajano (117 de Jesucristo) hasta la ruina del Imperio Romano de Occidente, ó sea un espacio de más de tres siglos, en cuyo principio habíase acabado de perder el sentimiento religioso; habian llegado las costumbres á su más honda bajeza y depravacion, creciendo hasta el escándalo el desenfrenado amor de los goces materiales; en el que los mismos templos eran sentinas de prostitucion; las escuelas, academia de perversion del buen gusto; y en los teatros sólo agradaban las representaciones de escenas vergonzosas, que tenian como *deus ex machina*, el estupro, el parricidio y el incesto mezclados con bailes repugnantes, en que el pueblo

sólo se animaba, apiñándose en el Circo, para ver devorados por las fieras á los cristianos, que ni queria ni podia comprender; en que la filosofía sólo aspiraba, como *summum desideratum*, al estoicismo, maestro de darse ó recibir la muerte con espantosa indiferencia.

Y sin embargo, debajo de esta sociedad corrompida, vivia otra sociedad que, en medio del general envilecimiento, sentia, inspirada por la dulce poesía del Evangelio; que predicaba la igualdad de los hombres; que dignificaba á la mujer; que vulgarizaba la verdadera caridad, virtud absolutamente ignorada del mundo pagano.

Inicia este período, como poeta, el mismo emperador Adriano; y durante su larga duracion, deben sólo mencionarse en el mismo género literario, Dionisio, Caton, el médico Sereno Sammonico *(Carmen de morbis et morborum remediis)*; M. Aurelio Olimpio Nemesiano *(Cynegetica, Aliesitica, Nautica)*; Tito Junio Calpurnio, poeta bucólico; Terenciano Mauro *(De litteris, sillabis, pedibus et metris)*, y el desconocido autor del *Pervigilium Veneris*, pertenecientes todos al siglo III, en el que empieza á producir ópimos frutos la poesía cristiana con Conmodio y Antonio.

En el IV siglo deben mencionarse, igualmente como poetas, Ausonio, maestro de San Paulino de Nola; Emilio Magno Arborio; Rufo Festo Avieno, cuya obra titulada *Ora maritima*, es tan interesante para el estudio de las costas del Mediterráneo, desde Marsella á Cádiz; P. Optaciano Porfirio, autor de acrósticos y de vanos entretenimientos de palabras; Pentadio, y los dos Paladios, uno de ellos poeta á la manera de Columela *(De insectionibus)*.

Florecieron en el V siglo Cláudio Claudiano, que cultivó con gran fortuna géneros tan diversos como

el épico *(De raptu Proserpinæ, De bello Gildonico, Bellum geticum, Gigantomagnia)*: el panegírico, la invectiva, el epistolar y el idilio, Cláudio Rutilio Numaciano *(Itinerarium)*, y otros de menos renombre.

Al lado de estos escritores, cuya lectura no puede hoy soportarse, ni áun en el excepcional talento de Claudiano, crece la musa cristiana, produciendo púdicas y fragantes flores, cultivada por Aurelio Prudencio, Aquilino, Juvenco, San Dámaso, Mario Victorino, el ya citado San Paulino de Nola, San Ambrosio y Pola Falconia.

La novela, que no logró aparecer en las literaturas griega y latina, sino en sus postrimerias, tiene cultivadores en Petronio (*Satiricum*) y Lucio Apuleyo *(Aureus asinus)*.

Entre los numerosos historiadores de este quinto período deben citarse: Justino, abreviador de Trogo Pompeyo *(Historiarum Philippicarum et totius mundi originum, et terræ situs, ex Trogo Pompeyo, excerptarum libri XLIV a Nino ad Cæsarem Augustum)*; los escritores de la *Historia Augusta*, entre los que se distinguen Flavio Vopisco; Aurelio Victor *(Origo gentis romanæ, De viris Illustribus, De Cæsaribus)*; Eutropio *(Breviarium rerum romanorum)*; Sexto Rufo (*Breviarium de victoriis et provinciis Populi Romani, De Regionibus Urbis Romæ*), y sobre todos, Ammiano Marcelino (*Rerum gestarum*).

Entre los filósofos, oradores, retóricos y panegiristas, deben mencionarse el emperador M. Aurelio, Apuleyo, Chalcidio, M. Cornelio Fronton, Cláudio Mamertino Mayor, Eumenio, Nazario, Porphirio, Cláudio Mamertino Minor, Latino Pacato Drepiano, Aquila Romano, Fabio Mario Victorino, Arusiano Meso, y, sobre todos, Q. Aurelio Simmacho.

Entre los gramáticos, dentro de la grande exten-

sion que esta palabra abrazaba, citaremos á Aulo Gelio (*Noctium atticarum libri XX*); á Aurelio Macrobio (*Saturnalium conviviorum libri VII*); á Marciano Capela (*De nuptiis philologiæ et septem artibus liberalibus*); á Censorino (*De die natali*); á Nonio Marcelo (*De proprietate sermonum*), y á Elio Donato, maestro de San Gerónimo.

En los diversos estudios de aplicacion de las Matemáticas, haremos mencion de Julio Firmico Materno (*Matheseos libri VIII*); de Modesto (*De vocabulis rei militaris ad tacitum Augustum*); de Flavio Vegecio Renato (*Institutionum Rei Militaris*). Los estudios geográficos contaron siempre entre los romanos escasos cultivadores. De Julio Ticiano sólo poseemos el nombre; de Julio Solino se conservan trabajos (*Collectanea rerum memorabilium, Polystor*), á los que hay que añadir á Julio Honorio (*Excerpta quæ ad Cosmographiam pertinent*); á Ethico Ister (*Cosmographia*) y á Publio Víctor (*De regionibus urbis Romæ*), sin que dejemos de mencionar las incompletas *Tablas Pentigerianas*, el *Itinerario de Antonino Augusto*, el que marcaba el camino desde Burdeos á Jerusalem, y desde Heraclea, por Aulona y Roma, á Milan, y los vasos de plata recientemente encontrados en los baños dedicados á Apolo, cerca de Vicarello.

De los escritores de Agricultura en esta Edad indicaremos á Paladio Rutilio, autor de un tratado titulado *De re rustica*, y el nombre de Gargilio Marcial.

La Jurisprudencia, más afortunada en este período que los demás estudios, contó con felicísimos adeptos desde que el emperador Adriano, con su *Edicto perpetuo*, imprimió nuevo rumbo á esta ciencia.

Sexto Pomponio es autor de un manual titulado *Enchiridion*; Tito Cayo redactó unas Instituciones (*Institutionum libri IV*); Emilio Papiniano se hizo

notar por sus *Cuestiones*, *Respuestas y Definiciones*; del fecundísimo Paulo sólo poseemos algunos fragmentos de una de sus obras *(Sententiarum receptarum libri V)*; de las treinta obras jurídicas que escribió Domicio Ulpiano, no se conservan más que los títulos, algunos fragmentos y la titulada, aunque incompleta *Liber singularis Regularum.*

Las ciencias médicas ocuparon tambien á los estudiosos en estos siglos, aunque con bien menguada fortuna.

Entre ellos mencionaremos á Celio Aureliano (*Libri V tardarum sive chronicarum passionum, libri III celerum sive acutarum passionum*); á Teodoro Prisciano (*De morbis*), y á Marcelo Empírico (*Medicamentorum liber*).

Por último, el arte culinario fué muy cultivado en estos tiempos, como lo demuestra el tratado *De re coquinaria, seu de opsoniis et condimentis*, que se atribuye á Celio; tratado que es conocido con el nombre de *Apicio*, acaso el de algun afamado gastrónomo romano.

Al lado de estas letras y de estas ciencias agonizantes, como el pensamiento que les daba vida, florecian, segun ya lo hemos dicho, las letras y las ciencias cristianas, llenas de sávia y de vida, que, en oposicion al clasicismo, subordinaban la forma al pensamiento.

LECCION LXVI

LAS ARTES EN ROMA.

El arte romano, como ya indicamos al ocuparnos de las artes griegas, más que arte característico y propio, era la última manifestacion del arte griego, con mezcla de marcados elementos etruscos. Como dice acertadamente César Cantú; «no estamos acostumbrados á enumerar á los romanos entre los artistas, porque siempre creyeron más cómodo y de mayor dignidad robar las obras maestras de otros países para enriquecer el suyo. Plinio hace mencion de poquísimos artistas romanos; y Virgilio concede fácilmente á los extranjeros la gloria de pintar bien, esculpir, pronosticar por medio de los astros y hasta arengar, con tal que se reserve á Roma la gloria de conquistar á los pueblos y darles leyes. Alguno tambien entre los nobles habia ejercido las artes como Fabio Pictor, pero la mayor parte de las cosas eran etruscas y hechas por etruscos. Conocida que fué la cultura griega, se buscaron las artes de Siracusa, de Capua y de la vencida Asia. Atico hizo labrar en Grecia los hermes para su Tusculano, compró estátuas para las quintas de Ciceron, y Verres hizo fundir muchos vasos de Siracusa, no empleando en ellos más que oro.»

«El nombre de Verres trae á la imaginacion la manera más habitual con que adquirian los romanos las obras maestras de arte, es decir, la concusion y la rapiña. Lucio Escipion llevó á Roma 1.424 libras en vasos de plata labrada, y 1.024 en oro: 280 estátuas de bronce y 230 de mármol, adornaron el triunfo de Marco Fulvio contra los etolios. Sila redujo á Atenas á un esqueleto, y despojó los tres templos más ricos, el de Apolo en Delfos, el de Esculapio en Epidauro y el de Júpiter en Elide, del cual condujo á Roma hasta las columnas y el umbral de bronce de la puerta. Fulvio Flacco quitó la techumbre al templo de Júpiter Lacinio, junto á Crotona, para colocar sus tejas de mármol en el templo de la Fortuna ecuestre; Varron y Murena hicieron cortar en Esparta las paredes para trasladar sus frescos; Augusto compró estátuas con que adornar las plazas y calles.»

Estas palabras sintetizan la manera de ser en materia de arte del pueblo romano. Amaba sus manifestaciones, más que por puro sentimiento estético como los griegos, por amor al fausto y la opulencia y como testimonios de su grandeza y poderío; pero no le concedia toda la importancia que en sí tiene, como elemento de adelanto y de cultura.

Así, apénas nos han quedado nombres de artistas romanos, pues el cultivo del arte era considerado en aquel pueblo como ocupacion propia más de esclavos que de hombres libres; error gravísimo que ha llegado hasta nuestros dias con otras muchas tradiciones latinas, pues se ha venido mirando como cosa indigna de elevadas jerarquías el ocuparse en algo que requiera honradez y noble trabajo manual.

Sin embargo, como el arte en su irresistible sentimiento no deja pensar á los que tienen la fortuna de recibir un destello del *quid divinum* que le da vida,

más que en el arte mismo, á pesar de la poca consideracion con que eran mirados los artistas en Roma, se han salvado de la infecunda sima del olvido, los nombres de arquitectos como Arcesilao, Jopino, Hermadoro de Salamina, Cayo Murio, Valerio de Hostia, Comcio, Cayo y Marco Estalio, y sobre todos, Vitruvio, el célebre arquitecto de Augusto, más maestro que artista. Algunos de estos nombres, como sucede con los primeros, son más griegos que romanos.

Sin embargo, los romanos aunque se valieran la mayor parte de las veces de artistas extranjeros, construyen muchos y muy célebres monumentos, en los que se reflejaba la compenetracion de los dos artes que informaron las obras artísticas romanas, el griego y el etrusco. Como los mármoles y los jaspes con su bruñida ó mate superficie contribuyen tanto á dar suntuosidad á los edificios, los romanos emplearon profusamente aquellos materiales de construccion, y áun se asegura que en los edificios sagrados estaba determinado ritualmente la clase de mármol que á cada Dios convenia: así, los granitos estaban dedicados á Júpiter, Marte y Hércules; el mármol blanco de Paros, el verde, el jaspeado de varios tonos y el alabastro á Venus, á la Gracias, á Flora y á Diana.

Como demostracion del amor que los romanos manifestaron siempre á los edificios monumentales, que prestasen á sus ciudades aspecto de grandeza, magnificencia y poderío, citaremos á Sila, renovando el templo de Júpiter Capitolino; á Mario, el del Honor y la Virtud; á Pompeyo, el de Venus vencedora; á Agripa con su célebre Panteon; á Caton, Sempronio y Paulo Emilio, con sus basílicas; á Emilio Mauro, con su teatro; á César, con su foro, y á tantos y tantos otros personajes romanos como en la capital y en las provincias las poblaron de obras monumentales.

Pero aunque segun hemos dicho, el arte entre los romanos no es más que una continuacion del arte griego en sus postreras manifestaciones, como sucede en todos los pueblos, tomó ciertos caracteres peculiares, que han hecho considerar á muchos como arte especial el arte romano. Así, la influencia etrusca, el uso predominante del arco, efecto del empleo preferente de materiales artificiales, como el ladrillo, hicieron que predominase el arco como elemento constructivo, y que la columna, que tan principal papel juega en los monumentos arquitectónicos griegos para sostener el arquitrave, quedase reducida casi á mero ornato arquitectónico entre los arcos, de tal modo que, aunque las columnas se quitasen, el edificio subsistiria. Los órdenes arquitectónicos griegos se aumentaron con el toscano, de orígen etrusco, como su nombre indica, y con el compuesto, que no es más que una modificacion del corintio, introducida para darle más suntuosidad y riqueza; y áun los mismos órdenes griegos no se conservaron conforme á las reglas dadas por sus arquitectos, sino que se alteraban, y áun confundian, como sucedió, entre otros muchos ejemplos que pudiéramos citar, con el teatro de Marcelo, donde se mezclaron los adornos jónicos con los triglifos dóricos. Confusion y mezcla que se hizo muy comun entre los romanos, así como emplear á la vez en un edificio los cerramientos por medio de arcos, y los pórticos con cubiertas de pendiente á la manera griega, pues el objeto era sólo producir mayor efecto de suntuosidad y grandeza, sin tener en cuenta para nada la rigidez de los principios clásicos, eclecticismo que es propio de todos los pueblos cuando llegan á su mayor grado de refinamiento y de opulencia.

Pero si los romanos en obras verdaderamente estéticas no pueden figurar á la altura que sus maes-

tros los griegos, casi puede decirse que los superan en obras de utilidad práctica, como acueductos, caminos, puentes, puertos, faros, etc., en todas las cuales demostraron ser unos consumados ingenieros. Los restos que nos quedan de la admirable red de caminos pavimentados que, partiendo del Foro romano, se extendian hasta los más extensos y lejanos confines del imperio, facilitando así la marcha de las legiones para tener á raya á los pueblos sujetos por la fuerza, como las rápidas comunicaciones, tan necesarias para la industria y el comercio; los acueductos y los puentes con sus sillares perfectamente unidos, guardando el *lecho de cantera*, y con su superficie al parecer tosca; pero que, siendo la misma que estaba expuesta á la intemperie, les da un carácter de estabilidad y permanencia, que les hace desafiar impunemente el paso de los siglos, como sucede, entre otros, en el acueducto de Segovia; los montes, horadados con admirable perfeccion, que nada tienen que envidiar á los modernos túneles, los muros de fortificacion, tan robustos como perfectamente combinados para las defensas de las ciudades, demuestran con cuánta razon, cuando se quiere todavía encomiar la solidez y grandeza de una obra cualquiera, se dice que parece *obra de romanos*.

Hay tambien alguna clase de monumentos áun entre los que no tienen carácter práctico, que bien puede decirse son propiamente romanos. Nos referimos á los arcos de triunfo y á las columnas monumentales, como el *arco de Tito* en Roma y la *columna trajana*, monumentos que sintetizan el afan de gloria y de grandeza militar que animaba á aquel pueblo.

En escultura y en pintura en cambio fueron siempre malos discípulos de los griegos; y áun los artistas de este orígen que trabajaban para los romanos, distan mucho en sus obras de conservar la pureza de lí-

neas y el sentimiento de grandeza que informa las obras de la buena época griega. El personalismo que imperaba en Roma, el panteismo en las creencias, hicieron que el arte se hiciera adulador y servil copista de símbolos extraños que no acertaba á comprender. Así es que apénas han llegado hasta nosotros nombres de escultores y de pintores célebres posteriores á Augusto, ni mucho menos obras en que resplandezcan los caracteres estéticos que inmortalizan las creaciones de Fidias y Apeles. Los mismos mosáicos á que sobre todo para pavimentar se mostraron tan aficionados los romanos, más son obras industriales que rigorosamente artísticas, por mas que se valieran para ellas á veces de buenos dibujos, debidos á algunos artistas que conservaban las hermosas tradiciones del arte griego.

Y si todas estas condiciones del arte en Roma hacian presentir dias para él de rápida decadencia áun en el mismo siglo de Augusto, fácilmente se comprende cual seria su suerte al avanzar el período de decadencia para aquel vastísimo imperio. En vano luchan Adriano y Trajano para levantarlo, y marcan un verdadero período de renacimiento en sus reinados; pronto vuelve á caer en el olvido de los buenos preceptos; y cuando Augustulo empuña el último el cetro del Imperio de Occidente, ya el arte romano habia caido en los más lamentables extravíos, de que sólo podia salvarle la idea cristiana acogiendo en Bizancio los restos de la cultura romana, y dándoles nueva vida con los elementos que le prestan los pueblos orientales y el sentimiento de elevacion espiritualista, á veces exagerado, que distingue á los sucesores de Constantino, y que produjeron obras tan admirables como las basílicas cristianas de Santa Irene y de Santa Sofía, que por ventura se conservan en Constantinopla.

ÍNDICE.

Lecciones.		Páginas.
I.	Preliminares	11
II.	Idem	18
III.	Idem	24
IV.	La Creacion.—Adan y Eva.—Cain y Abel.—Seth	37
V.	Noé.—El Diluvio.—Su existencia.—Su universalidad.—Su fecha	43
VI.	El monte Ararat.—Unidad de lenguaje.—La Torre de Babel.—Sen, Chan y Jafet	48
VII.	Límites del Asia.—Historia del pueblo de Dios, desde Abraham hasta la incorporacion de la Judea y la Samaria al Imperio Romano	61
VIII.	Los grandes imperios asiáticos.—La Grande y la Pequeña Frigia.—La Lidia.—La Armenia.—La Colquida.—La Iberia y la Albania.—Los fenicios y sus colonias	67
IX.	Nociones geográficas de la India.—Períodos históricos.—Supuesta antigüedad de los monumentos indios	73
X.	La China	81
XI.	El Egipto	88
XII.	Límites de Europa y de Grecia.—Invasiones.—Esparta y Atenas	97

Lecciones.		Páginas.
XIII.	Invasion de la Grecia.—Sus consecuencias.—Atenas y Esparta.—Pisistrato.—Hipias é Hiparco	103
XIV.	Las guerras Médicas	107
XV.	Guerra del Peloponeso.—Los treinta tiranos.—Retirada de los diez mil.—Batalla de Mantinea	115
XVI.	Límites de la Macedonia.—Filipo.—Alejandro el Grande	121
XVII.	Desmembracion del Imperio Macedónico.—Principales estados en que se fraccionó	129
XVIII.	Nociones sobre las ciencias y las letras en Grecia.—Generalidades.—Primero y segundo período	137
XIX.	Nociones sobre las letras y las ciencias en Grecia.—Tercer período	141
XX.	Nociones sobre las letras y las ciencias en Grecia.—Cuarto período	146
XXI.	Las bellas artes en Grecia	151
XXII.	Nociones geográficas de la Italia antigua.—Sus primitivos pobladores	159
XXIII.	Fundacion de Roma.—Los Reyes.—Caida de la Monarquía	163
XXIV.	El Consulado.—Guerras.—El Monte Sacro.—Creacion del Tribunado	170
XXV.	Luchas entre patricios y plebeyos.—Guerras con diferentes pueblos.—Colonias.—Coriolano.—La ley Terentila.—Decenvirato.—Triunfo de la plebe	179
XXVI.	Los galos en Roma.—Guerras contra los samnitas y etruscos.—Pirro, rey de Epiro	189
XXVII.	Cartago.—Primera guerra púnica	194
XXVIII.	Primera guerra púnica. (Continuacion)	200
XXIX.	Guerra de los mercenarios en Cartago	206
XXX.	Primitivos pobladores de España	214
XXXI.	Primitivos pobladores de España. (Continuacion)	221
XXXII.	Nociones geográficas de la España antigua	226
XXXIII.	Nociones geográficas de la España antigua. (Continuacion)	232

Lecciones.		Páginas.
XXXIV.	Segunda guerra púnica	237
XXXV.	Segunda guerra púnica. (Continuacion)	245
XXXVI.	Guerras contra Filipo III y Perseo.—Derrota de Antíoco.—Guerras de Viriato y de Numancia	253
XXXVII.	Tercera guerra púnica	259
XXXVIII.	Tiberio y Cayo Graco.—Guerras serviles	267
XXXIX.	Yugurta.—Los cimbrios y los teutones.—Guerra social.—Mario y Sila.—Guerras contra Mitrídates.—Fuga y regreso de Mario	274
XL.	Crueldades de Mario.—Regreso de Sila.—Proscripciones.—Dictadura y muerte de Sila	280
XLI.	Sertorio en España	287
XLII.	Los gladiadores.—Los piratas.—Mitrídates y Tigranes	293
XLIII.	Catilina.—Ciceron	300
XLIV.	Primer triunvirato.—Muerte de César	306
XLV.	Segundo triunvirato.—Combate de Actium	312
XLVI.	Octavio emperador.—Las letras y las artes en Roma.—Muerte de Octavio	319
XLVII.	Tiberio.—Calígula	329
XLVIII.	Cláudio Neron	335
XLIX.	Galba.—Oton.—Vitelio.—Vespasiano.—Tito.—Domiciano	340
L.	Nerva.—Trajano.—Adriano.—Antonino Pio.—Marco Aurelio.—Comodo	345
LI.	Pertinax.—De Didio Juliano á Alejandro Severo	351
LII.	De Alejandro Severo á Diocleciano	356
LIII.	Desde Diocleciano á la muerte de Licinio	361
LIV.	Constantino.—Constancio II	369
LV.	Juliado el Apóstata.—Joviano.—Valentiniano y Valente.—Graciano.—Valentiniano II.	374
LVI.	Teodosio el Grande.—Honorio	378
LVII.	Desde Atalo á Rómulo Augustulo.—Fin del Imperio de Occidente	384
LVIII.	Nociones sobre la organizacion del Imperio Romano	388

Lecciones.		Páginas.
LIX.	El Cristianismo.—Las persecuciones.....	394
LX.	Variedad de causas que contrariaron ó favorecieron el desarrollo del Cristianismo...	400
LXI.	Variedad de causas que contrariaron ó favorecieron el desarrollo del Cristianismo.—Victoria de la Iglesia Católica.....	408
LXII.	Las letras y las ciencias en Roma.—Primero y segundo período.....	417
LXIII.	Las letras y las ciencias en Roma.—Tercer período.....	422
LXIV.	Las letras y las ciencias en Roma.—Cuarto período	428
LXV.	Las letras y las ciencias en Roma.—Quinto período.....	434
LXVI.	Las artes en Roma.....	439